

Daniel Schávelzon

# ARQUEOLOGÍA *de* BUENOS AIRES



emecé





DANIEL SCHÁVELZON

•

ARQUEOLOGÍA  
DE BUENOS AIRES



DANIEL SCHÁVELZON

•

ARQUEOLOGÍA  
DE BUENOS AIRES

Una ciudad en el fin del mundo  
1580-1880



EMECÉ EDITORES

902 Schávelzon, Daniel

SCH Arqueología de Buenos Aires. - 1a ed. - Buenos Aires : Emecé, 1999.  
296 p. : 23x15 cm. - (Obras notables)

ISBN 950-04-2044-9

I. Título 1. Arqueología

Emecé Editores S.A.

Alsina 2062 - Buenos Aires, Argentina

E-mail: [editorial@emecce.com.ar](mailto:editorial@emecce.com.ar)

<http://www.emecce.com.ar>

*Copyright © Daniel Schávelzon, 1999*

© *Emecé Editores S.A., 1999*

Diseño de tapa: *Eduardo Ruiz*

Fotocromía de tapa: *Moon Patrol S.R.L.*

Primera edición: 4.000 ejemplares

Impreso en Talleres Gráficos Leograf S.R.L.,

Rucci 408, Valentín Alsina, septiembre de 1999

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

IMPRESO EN LA ARGENTINA / PRINTED IN ARGENTINA

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

I.S.B.N.: 950-04-2044-9

27.143

Este libro fue editado bajo el título *The Archaeology of Buenos Aires, a City at the End of the World* por Plenum Press, New York; la traducción al español ha sido hecha por Alexandra Lomónaco.





## Prólogo a la versión en inglés

Diseñar un programa destinado a estudiar los registros históricos y arqueológicos de una ciudad de grandes dimensiones constituye un desafío monumental. En este libro Daniel Schávelzon presenta un resumen de los esfuerzos realizados para enfrentar dicho desafío, a través de la búsqueda documental y cerca de treinta proyectos arqueológicos llevados a cabo en Buenos Aires desde 1985.

Para poner en perspectiva el desafío que se impuso Schávelzon, el lector debe saber que la arqueología histórica en América Latina es un campo relativamente nuevo, y que el primer Congreso Americano de Arqueología Histórica se llevó a cabo en Colonia, Uruguay, en noviembre de 1993. En dicho congreso conocí a Schávelzon y a otros de sus colegas y me enteré de que la arqueología histórica estaba siendo encarada por profesionales provenientes de los campos de la antropología, la arqueología tradicional, la historia, la historia de la arquitectura y de la del arte, con una variedad de teorías procesuales y posprocesuales, tal como se da en Estados Unidos.

Al mismo tiempo, en ese congreso, Schávelzon expresó la necesidad de encontrar vías de publicación para los trabajos que se venían realizando. En respuesta a dicha ne-

cesidad edité los 16 volúmenes de la serie *Arqueología histórica en América Latina* entre 1994 y 1996, gracias a fondos provenientes de la Conference on Historic Site Archaeology, fundada por mí en 1960. El trabajo de él sobre la Imprenta Coni fue el primer tomo de esa serie.

Schávelzon es uno de los relativamente pocos pioneros de la arqueología histórica de Sudamérica, y como tal, él y sus colegas se enfrentan con los mismos desafíos que debieron enfrentar los pioneros norteamericanos del tema hace treinta o más años. Uno de los problemas a resolver tiene que ver con que la mayoría de sus colegas están interesados en la arqueología prehispánica y no en situaciones donde la arqueología es multicultural, multinacional y pluriétnica, como la que presentan los asentamientos europeos. Esto limita el número de colegas disponibles para el intercambio interactivo de ideas e información. Asimismo aún son pocos los proyectos similares, que abarquen ciudades completas en la Argentina o América Latina, con los que ya pueda comparar los hallazgos arqueológicos. Los ejemplos comparables requieren además de una taxonomía de la cultura material compartida por colegas que trabajen dentro de un mismo marco de referencia. Sin esta taxonomía consistente en el tiempo —que sé que ya se está construyendo—, analizada cuantitativamente con el objetivo compartido de comprender los cambios urbanos, los estudios específicos interciudad resultan de bajo poder predictivo. Muchas veces la periferia puede ser un lugar muy solitario.

Consecuentemente, en este libro, se lleva a cabo comparaciones intersitios, usando porcentajes obtenidos entre distintos conjuntos de artefactos y comparaciones entre los sitios de Buenos Aires, pero la comparación de sus resultados con los de otros estudios llevados a cabo en otras ciudades sudamericanas, deberá aguardar a que tales estudios —muchos en pleno desarrollo— se completen y sus resultados se publiquen; y ciertamente en muchos casos, a

que se creen las estructuras gubernamentales necesarias para apoyar la arqueología histórica.

Otro desafío es el hecho de que el carácter multinacional, multicultural y multiétnico de la sociedad de Buenos Aires ha dado como resultado un registro arqueológico igualmente complejo de la cultura material, como queda demostrado en este libro. En América del Norte, en sitios coloniales ingleses del siglo XVIII, por ejemplo, el cuadro cerámico es mucho más simple, lo que permite la aplicación de la fórmula de Datación Cerámica Promedio para fechar conjuntos de cerámicas inglesas, o de mayólicas españolas en sitios coloniales, con más de una década de uso. Considerando la complejidad multinacional del registro cerámico del siglo XVIII en Buenos Aires, este sencillo mecanismo de fechamiento usando tipos cerámicos no puede ser aplicado.

Desde hace no mucho Schávelzon y sus colegas han comenzado a elaborar taxonomías cerámicas con el fin de permitir una mejor comparación temporal y de origen de los grupos cerámicos, en los distintos países sudamericanos, situación esta por las que tuvieron que pasar los arqueólogos históricos en las décadas de 1960 y 1970, en los sitios coloniales británicos y españoles de América del Norte.

La integración del registro documental con el arqueológico, para la producción de interpretaciones válidas más allá del nivel específico del sitio, siempre es compleja. En este libro, Schávelzon se apoya fuertemente en el registro documental para desplegar el desarrollo evolutivo de Buenos Aires, usándolo como pantalla sobre la cual proyecta la información obtenida a lo largo de las diferentes excavaciones. Una de las prioridades importantes es el estudio de los procesos de cambio ocurridos a partir del siglo XVI, que están representados por escasas evidencias en comparación con los ricos registros arqueológicos que van del siglo XVIII en adelante. En los años por venir, la acumulación

gradual arqueológica proveniente de distintas partes de Buenos Aires posibilitará un refinamiento de los conocimientos actuales en relación con las preguntas planteadas.

Hasta aquí, sin embargo, Schávelzon puede decir que Buenos Aires era una ciudad “Con un destino predeterminado por las estructuras económicas y políticas internacionales. Y esto es lo que la cultura material refleja: la disminución de las cerámicas indígenas y criollas y el sistemático crecimiento de los productos originarios de Europa”. Buenos Aires era una ciudad múltiple y heterogénea “con diferentes idiomas y religiones”, una ciudad que hoy día “está dividida entre el lujo y la pobreza, entre quienes tienen fácil acceso al consumo masivo de bienes materiales y aquellos que sobreviven en la pobreza más absoluta”. Es una ciudad consumidora localizada “en el fin del mundo”. En este libro, Schávelzon comparte con nosotros las percepciones que recogió sobre su ciudad, a través de sus investigaciones pioneras de Buenos Aires.

Stanley South  
The University of South Carolina  
S. C. Institute of Archaeology and Anthropology  
2 de junio de 1998

## Prólogo a la versión en español

Los estudios históricos sobre las ciudades son taxativos en indicarnos dos principios recurrentes. El primero señala que esas creaciones poseen una longevidad que trasciende la existencia de los hombres y de las culturas que las crearon. El segundo es que las ciudades nacen, se transforman o declinan componiendo una historia a intramuros en la que se suceden una serie de episodios: crecimiento demográfico, cambios sociales y de estado, guerras, pestes y un sinnúmero de episodios que pueden ser estudiados y explicados. Ninguna instalación humana del planeta parece escapar a estos principios; desde la minúscula aldea, hasta la ciudad multitudinaria.

Las historias son visibles en diferentes ciudades vivas del planeta y percibibles en aquellas que han muerto en algún momento de la historia, pero que sobreviven como ruinas y son estudiadas por la arqueología.

La capital de la Argentina, la antigua Villa de la Santísima Trinidad y Puerto de Santa María del Buen Aire se enrola entre las primeras y atesora fuentes documentales y registros arqueológicos que merecían ser rescatados. Es un producto arquitectónico y urbano de más de cuatro siglos de actividad antrópica en permanente transformación, des-

de el desembarco europeo del siglo XVI, con el inicio de su historia escrita y registrada en fuentes documentales. También es el sitio donde subyacen huellas de las primeras ocupaciones indígenas, ocurridas varios milenios atrás, en los tiempos en que los grandes mamíferos del Pleistoceno gobernaban estas costas del Río de la Plata.

El estudio sobre los lejanos conglomerados urbanos donde el hombre se agrupó con otros hombres practicando la vida gregaria es responsabilidad de disciplinas fácticas profundamente articuladas: la historia, el urbanismo, la geografía y la arqueología. Materias que Daniel Schávelzon y su gente han articulado con idoneidad en esta obra, avanzando de menor a mayor en su reconstrucción documental.

Las investigaciones desarrolladas a lo largo de este libro demuestran un dominio de los mecanismos científicos que deben aplicarse en estos casos. Las fuentes historiográficas entregando información (tanto geográfica como arquitectónica y urbanística de la época) a través de documentos escritos o dibujados. Luego la arqueología en el terreno urbano, encargada de probar la autenticidad o falacia de aquéllas. En otras palabras, un adecuado manejo de los datos históricos permite generar hipótesis, mientras que la cultura material rescatada por la arqueología se encarga, hasta donde le es permitido, de contrastarlas. Esta regla de la epistemología es practicada a rajatabla por el autor y su equipo en innumerables pasajes de este libro.

Cuando decimos que Schávelzon avanza de menor a mayor estamos indicando que su crecimiento depende de los registros documentales que se tienen sobre la historia de Buenos Aires. Por ejemplo, observemos cómo trata de localizar la primitiva instalación fundada por Pedro de Mendoza, debatiéndose en fuentes extremadamente lacónicas para ubicar un campamento casi fantasmal, en áreas ubicadas en lo que hoy día podría ser el Parque Lezama, o la margen del Riachuelo o la Plaza San Martín (Capítulo

1). No solamente la escasez de fuentes conspira con el éxito de esta búsqueda, también lo hace el cemento de la actual Buenos Aires.

En este caso su recomposición sufre similares avatares que la de muchas otras ciudades americanas de la primera época de la conquista. Porque es notorio que casi todo lo que conocemos sobre la cultura de los indios, en vísperas y durante los primeros años que suceden al desembarco de Pedro de Mendoza, proviene de la ciencia arqueológica. Para su hermana mayor, la historia, esos lejanos americanos tienen culturas mudas, sin papeles, sin letras. Y cuando desde mediados del siglo XVI surgen los documentos escritos enrolados en el terreno de la historia étnica (etnohistoria), con ellos aparece el etnocentrismo y la parcialidad propia de obras que no fueron compuestas por los aborígenes, sino por quienes los vencieron, los invasores europeos.

Es cierto que algunos cronistas racial o culturalmente mestizados atenúan esa visión distorsionada de la realidad, como Guamán Poma de Ayala o Garcilazo en los Andes centrales, aunque son tardíos en relación cronológica al apocalipsis de las culturas andinas, por lo cual inevitablemente relataron una cultura bastardeada por el influjo europeo.

Este panorama acentúa su melancolía en el universo del Río de la Plata. Aquí no vivieron grandes sociedades indígenas agrícolas y sedentarizadas, constructoras de ciudades como en México y en los Andes, sino desharrapados grupos seminómades de cazadores y recolectores ocupando precarios campamentos. En el período que media desde los desembarcos de Pedro de Mendoza y Juan de Garay, y aun mucho después, no visitaron sus costas cronistas de la talla de los mencionados. No abundan las visitas tempranas de funcionarios y religiosos de los siglos XVI y XVII. Aquellos que pudieran ser testigos presenciales y narrar el desembarco y poblamiento europeo y el principio



del colapso indígena. Aquí no vivieron los Cieza de León como en los Andes peruanos o los Bernal Díaz del Castillo, o Diego de Landa en el antiguo México y Guatemala. Las crónicas decimosextas de Schmidl y Eusebio son las únicas excepciones. Schávelzon se encontró con este panorama documental y esta circunstancia ha dejado varios interrogantes sobre la realidad indígena y los primeros europeos en tiempos del poblamiento del Río de la Plata.

Las crónicas indianas, cartas a la Corona de España, probanzas de méritos de conquistadores, averiguaciones, padrones y otras clases de papeles significa, por otro lado, un estudio histórico y antropológico encarado desde una *perspectiva émica*. Esto implica, en pocas palabras, que las culturas aborígenes americanas que vivieron en esos tiempos fueron vistas, narradas e interpretadas “desde adentro” y con óptica europea. No es el caso en este prólogo—casi convertido en reseña— evaluar hasta dónde alcanza la confiabilidad de ese tipo de registro. Del mismo sabemos que es disímil y variable de acuerdo con la época y el lugar que refiere, la forma en que fue colectado y escrito, la coetaneidad y la capacidad y compromiso político de quien lo escribió. Lo que interesa es puntualizar que esa forma de conocimiento es opuesta epistemológicamente a la visión arqueológica *ética* o “desde afuera de la cultura” con que la arqueología trata la misma temática.

Sin embargo, a medida que avanza en el tiempo y accede a fuentes más jugosas, Schávelzon puede introducirse en la cocina o el patio trasero de las residencias de los Ezcurra, Elía o Peña y decirnos que tipo de dieta consumían, dónde lo hacían o qué vajilla usaban (Capítulo 3). Aquí la investigación del autor virtualmente le permite invadir la vida privada de familias que marcaron estilos en la sociedad porteña y desbrozar las fases de su grandeza y su decadencia. Por mérito de su investigación sabemos que la magnífica residencia de los Peña, construida hacia 1835 y habitada por gente que consumía perfumes extranjeros y

poseía finos objetos de marfil, cristal tallado y porcelana inglesa, a poco de medio siglo más tarde sobrevivía un miserable conventillo habitado por un puñado de familias en precarias condiciones.

Una problemática diferente le toca abordar cuando realiza trabajos arqueológicos de terreno en antiguos espacios y edificios públicos sucesivamente remodelados o reciclados a través del tiempo. Como los patios y los túneles que circundan al Cabildo, en los cuales recupera vidrios, mayólicas, cerámicas y todo un repertorio de objetos fragmentados de las diferentes épocas en que este emblemático edificio fue levantado y remodelado. Por diferentes avatares transcurre en cambio durante sus trabajos en los parques de la ciudad, como el Lezama, Palermo y el Jardín Botánico. Algunos de ellos con testimonios materiales que prueban su historicidad, otros no tanto.

Menos excelsos en su gestación y funcionalidad, los desagües subterráneos, aljibes, depósitos y letrinas, hallados aquí y allá de esa lejana Buenos Aires, le entregan ergologías que lo inducen a correlacionar los diferentes momentos de la intervención arquitectónica con los objetos en uso. Tampoco faltan análisis sobre lo que bien puede llamarse arqueología étnica, los que lo llevan a afirmar una importante presencia estadística de utensilios indígenas en las épocas más antiguas de la ciudad. Panorama que cede gradualmente a medida que se avanza en los tiempos coloniales y republicanos (Capítulo 4). Como contraparte, la arqueología casi no le permite identificar la abundante presencia africana en tiempos coloniales, lo cual le cierra la posibilidad de contrastar los datos históricos que indican lo contrario. Son además sugestivas las discrepancias que encuentra entre los materiales y la arquitectura del centro, en relación con la periferia de la ciudad, seguramente reflejo de las diferencias sociales existentes entre los habitantes de una y otra.

Ya en los finales el autor advierte sobre la existencia de

indicadores que delatan la dieta que consumían los porteños, los componentes de la cultura material que denotan la presencia de los infantes y de la mujer y las relaciones estadísticas entre las muestras colectadas y concluyendo con un análisis de la traza urbana de la ciudad de Buenos Aires. Una más de las ciudades implantadas sobre la base del modelo de instalación legalizado por Felipe II en las *Ordenanzas de Poblamiento* de 1573, genéricamente llamadas Leyes de Indias.

En definitiva, esta urbe multiétnica de Buenos Aires, no demasiado vieja históricamente hablando, pero rica en facetas vitales, encuentra en esta contribución de Daniel Schávelzon a un interlocutor idóneo. Pionero en su estilo, por ser el primero en conjugar datos de disciplinas diferentes en su metodología, pero hermanadas en sus objetivos.

Rodolfo A. Raffino  
Museo de La Plata  
Primavera de 1998

## Prefacio

Buenos Aires es hoy, a las puertas del siglo XXI, un asentamiento de más de ocho millones de habitantes, capital de la República Argentina y una de las ciudades más grandes de América, con una población predominantemente blanca, una clase media importante, un número reducido de aborígenes y muy escasos habitantes de origen africano. Si bien puede ser difícil de creer, en sus orígenes la aldea a duras penas fue viable, situación ésta que persistió durante casi dos siglos. Fue necesario fundarla dos veces en el mismo lugar y algunas otras en ubicaciones diferentes; su primer medio siglo transcurrió en una situación de pobreza y dificultades casi insuperables, y su existencia misma, hasta el siglo XVIII, estuvo más de una vez en juego. Esto fue tan así que cualquier eventual decisión política que hubiera derivado en un cambio de las rutinas portuarias o en el retiro de las guarniciones militares financiadas por la Corona, la hubiera barrido del mapa sin más trámite. La aldea no contaba con campos extensos en uso real y por otro lado, estos eran escasamente explotados: hasta mediados del siglo XVIII, la agricultura no era una actividad prioritaria, y la cría de ganado, encarada como empresa comercial, no existía. La población aborigen era poco numerosa, de ma-

nera que la mano de obra escaseaba para sostener a los europeos; los africanos en situación de esclavitud eran sumamente caros, y tampoco había una explotación minera organizada o plantaciones de azúcar; el puerto no fue construido para funcionar como tal sino hacia fines del siglo XIX, y hasta 1776, estuvo en vigencia una absoluta prohibición para el libre comercio. Buenos Aires se encontraba en el extremo sur del Atlántico, y más al sur todavía no había otra cosa que las inmensidades desoladas de la Patagonia.

¿Cómo, entonces, fue posible que la ciudad lograra mantenerse viva, que lograra sobrevivir con semejantes desventajas —cuando tantos otros asentamientos en circunstancias similares directamente desaparecieron—, para desarrollarse más y más hasta llegar a ser lo que es hoy en día? Santa Fe la Vieja (Cayastá), la ciudad *gemela* de Buenos Aires, debió ser cambiada de lugar en el siglo XVII; Asunción, desde donde Buenos Aires fue fundada, es actualmente una ciudad secundaria en términos de significación, y lo mismo ocurre con Córdoba, Salta o Tucumán. ¿Podría Buenos Aires haber competido con Potosí o Lima, o incluso con Arequipa, de haber existido la intención? Preguntas como éstas ya fueron planteadas por los historiadores en el pasado. Sin duda, los argumentos son muchos y a menudo contradictorios, y en la historia no hay lugar para respuestas definitivas o absolutas.

La arqueología ha venido a proponer una lectura de la ciudad desde una posición alternativa, diferente de las más tradicionales de la historia documental o de las colecciones de arte, y la plantea tomando como base el punto de vista de los desechos materiales y su contextualidad. En este libro se explorará el mundo subterráneo, rico en evidencias físicas arquitectónicas y sobre la actividad cotidiana de la gente en muy diversos momentos históricos, para lo cual hemos trabajado con un cúmulo de información que nos hubiera resultado absolutamente inaccesible si nos hubiéramos limitado solamente a la historia documental, a las

colecciones museográficas, e incluso a la historia de otras expresiones de la cultura. Toda esta información constituye un volumen inmenso de cientos de miles de fragmentos de objetos, huesos, semillas o cimientos de edificios, que por distintas razones fueron dejados de lado y olvidados por la sociedad. Dichas evidencias nos brindan la posibilidad de observar otros aspectos de la vida cotidiana del pasado, de muy diferentes grupos sociales y desde los albores de la existencia de la ciudad. Esta lectura novedosa nos lleva a tratar de construir una historia de Buenos Aires distinta, puesto que parte de evidencias nunca antes tenidas en cuenta.

Para abreviar, lo que surge ante nuestra mirada es una capacidad multiétnica, pluricultural y sumamente flexible de adaptación a cambios frecuentes, una capacidad que posibilitó la creación de mecanismos de supervivencia adecuados a las realidades siempre cambiantes, como fue el caso del contrabando y del comercio de intermediación; una historia que iba a dejar de lado la producción primaria para concentrarse en actividades terciarias que produjeron grandes ganancias, permitían una muy rápida acumulación de poder y que terminó haciendo de la ciudad un centro, en lugar de una pequeña villa en las fronteras del Imperio. Y fue por ello que otras ciudades, que previamente habían sido centros, pasaron a ser asentamientos de frontera. ¿Hubiera podido sobrevivir la ciudad si estos procesos socioeconómicos no hubieran tenido lugar? ¿Existiría hoy en día si hubiera asumido en esos momentos su situación de ciudad en la frontera del Imperio, no del todo blanca y no del todo española? Todas estas son preguntas importantes para las que intentaremos, en un texto tan breve, algunas respuestas básicas.

Y nos preguntamos en este libro: ¿Cómo se expresa arqueológicamente el complejo proceso de cambio que vivió la ciudad desde el siglo XVI? ¿Cómo podemos verlo, leerlo e interpretarlo? ¿Acaso lo que quedó plasmado en el regis-

tro arqueológico del centro de la ciudad es diferente de lo que hallamos en la antigua periferia? Y eso que antes era afuera y ahora es adentro, ¿como puede ser entendido? La cultura material urbana es peculiar, pero ¿es diferente de la del campo? Y si es así, ¿desde cuándo y de qué manera? Los diferentes grupos étnicos y sociales, las mujeres y los ancianos, ¿a qué tuvieron acceso, cómo usaron y descartaron los objetos de su vida cotidiana? Preguntas hubo por docenas, y cada excavación hecha durante todo este tiempo construyó su propio andamiaje. Fueron necesarios muchos años para poder primero confirmar que era posible hacer arqueología en Buenos Aires —cosa que no había sido demostrada como cierta—; segundo, conocer el tipo de materiales culturales existentes en la ciudad y su procedencia y cronología; y por último, establecer una estructura institucional y presupuestaria que permitiera sostener proyectos de larga duración.

Con este trabajo intentaré presentar los resultados de catorce años de excavaciones llevadas a cabo en Buenos Aires. Es este un entrecruzamiento de varias hipótesis que tienen que ver con la historia urbana y los hábitos y estilos de vida de las clases altas y los grupos sociales menos afortunados, haciendo especial hincapié en los procesos de cambio en la arquitectura y las formas de habitar. He reunido un número de ejemplos excavados que considero significativos, a partir de los cuales presentaré sólo una pequeña parte de la gran cantidad de información obtenida. La arqueología de una ciudad de esta envergadura, llevada a cabo a través de un trabajo sistemático, fue una tarea que no se había emprendido en Sudamérica antes de 1985; en ese momento comenzamos nuestros primeros proyectos y los resultados obtenidos hoy representan un cuerpo de conocimientos construido con no pocos esfuerzos, en pos de una visión interdisciplinaria; hoy, tareas similares se están realizando en varios otros países de la región: ¿será que estamos frente a un cambio en la forma de hacer arqueología

en Sudamérica? Probablemente la respuesta sea sí. Y si este libro ayuda a enriquecer este nuevo camino en los campos de la arqueología de la ciudad y de la historia, si ayuda a proporcionar una visión más amplia de nuestro pasado, a recuperar una parte olvidada de nuestro patrimonio cultural y de la memoria urbana, entonces, y así lo espero, mis expectativas se verán satisfechas.





## Agradecimientos

¿Es posible hacer una lista impecable de todas las personas que durante tantos años han colaborado, de una forma u otra, en los numerosos trabajos arqueológicos llevados a cabo en Buenos Aires? Lamentablemente, no lo creo. Esto puede resultar sorprendente y tal vez poco serio para el mundo académico de los Estados Unidos o Europa, pero la realidad latinoamericana es diferente: aun cuando estamos sobre el cambio de siglo, la arqueología en la Argentina debe enfrentar una permanente carencia de presupuestos adecuados y la falta, casi la inexistencia, de editoriales universitarias capaces o deseosas de publicar trabajos sobre estos temas, y esto por no mencionar lo dificultoso que eventualmente resulta encontrar profesionales ya preparados para enfrentar nuevos desafíos en temas tales como la arqueología urbana, u otras formas de actividad científica interdisciplinaria. Por otro lado, nuestros laboratorios y bibliotecas resultan inadecuados y anticuados y las condiciones de trabajo dejan mucho que desear; a las puertas del siglo XXI no son pocos los centros de investigaciones que carecen de una computadora y hasta de una simple máquina fotocopidora. Sin embargo, y a pesar de las condiciones adversas, desde 1985 hemos llevado a cabo

treinta proyectos de investigación arqueológica en la ciudad, además de otra cantidad importante de relevamientos menores, hemos logrado la creación de una interesante colección cerámica de referencia —se han estudiado cerca de 500.000 fragmentos— y la publicación de más de media docena de libros. Todo esto fue posible gracias a la ayuda constante y sistemática de mucha gente, junto con algunas instituciones públicas y privadas que aportaron lo que cada una pudo para los trabajos de campo o los estudios de laboratorio.

Entre las instituciones, he tenido el apoyo permanente del Instituto de Arte Americano Mario Buschiazzo (FADU-UBA), en cuyo ámbito se creó, en 1991, el Centro de Arqueología Urbana (anteriormente Programa), sede de mi trabajo cotidiano. Al CONICET le debo mi carrera como investigador científico y el equipo de colaboradores que trabaja a mi lado todos los días. Desde 1997, el Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires creó el Área de Arqueología Urbana, como parte del programa Por la Memoria de Buenos Aires, actualmente dentro del Instituto Histórico; esto no solamente significó para mí un apoyo de primera línea, sino que también promovió una difusión mucho más amplia de nuestras actividades. Mi más profunda gratitud para las autoridades y amigos de estas tres instituciones.

Estoy en deuda con una serie de organizaciones internacionales que también han colaborado con nuestros esfuerzos en estas tierras —para ellas—, lejanas, con generosas becas y subvenciones: la John Simon Guggenheim Memorial Foundation, de New York, el Center for Advanced Studies in the Visual Arts de la National Gallery of Art de Washington, y Earthwatch-USA, cuyos voluntarios fueron de una ayuda inapreciable durante las excavaciones de varios de los edificios y estructuras aquí descritos. Mi profunda gratitud a Stanley South (South Carolina Institute of Archaeology and Anthropology) por su valioso y cons-

tante apoyo y sobre todo por su amistad; mi agradecimiento también a Kathleen Deagan (Florida Museum of Natural History), y a Charles E. Orser, Jr. (Illinois State University at Normal).

Estoy en deuda con tanta gente en la Argentina; son los colegas quienes desde las disciplinas de la arqueología, la historia, el patrimonio cultural o la historia urbana y de la arquitectura, me han brindado su colaboración y han compartido conmigo ideas valiosas: Mario Silveira, Mariano Ramos, América Malbrán, Ana María Lorandi, Alberto de Paula, Jorge Ramos, Carlos Moreno, Sandra Fantuzzi, María Teresa Carrara, Pablo López Coda, Zunilda Quatrín, Antonio Austral, Facundo Gómez Romero, Graciela Mendoza, Marcelo Weissel, Pablo Willemssen, Silvana Di Lorenzo, Matilde Lanza, Graciela Seró Mantero, Javier García Cano y Paula Moreno, entre tantos otros que tal vez, e involuntariamente, paso por alto. También debo señalar que ninguno de mis trabajos de campo podría haberse llevado a cabo sin la ayuda de todos los estudiantes que colaboraron en ellos —sin retribución alguna, en casi todos los casos—, al igual que en la posterior tarea de laboratorio. Y precisamente en el laboratorio, quiero darles las gracias a María del Carmen Magaz, Norma Pérez y Guillermo Páez. La señora Mirta Coleur autorizó publicar el material proveniente del aljibe de la calle Humberto Primo. En el Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, mi más profundo agradecimiento a María Sáenz Quesada, Juan Ruibal y Liliana Barela.

Para completar esta lista quiero mencionar a mi esposa Alex, quien durante tantos años ha venido transformando mis laberínticos manuscritos en material legible; gracias también a Nicolás porque ha demostrado ser un colaborador creativo y confiable, además de ser mi hijo; entre otras cosas a los 7 años descubrió el que se llamó Sitio 1 en Palermo, lo que nos permitió excavar un basural con varios miles de piezas de fines del siglo XIX.

Las ilustraciones y fotografías incluidas en este libro forman parte de los proyectos de arqueología llevados a cabo por el Centro de Arqueología Urbana. Las ilustraciones de arqueofauna son de Mario Silveira; las fotografías fueron reproducidas de los archivos del Centro de Arqueología Urbana o de la bibliografía citada en cada caso, mientras que los cuadros originales pertenecen al Museo Histórico Nacional, al Museo Nacional de Bellas Artes y al Archivo General de la Nación en Buenos Aires y en un caso al Staatliche Graphische Sammlung de Munich.

## **¿Habrá existido alguna vez la primera Buenos Aires? (1536-1541)**

### EL PRINCIPIO

En 1535, en España, la más grande expedición jamás organizada hasta entonces estaba lista para zarpar a la conquista de la parte sur de América. El adelantado Don Pedro de Mendoza, a cargo de las operaciones, había firmado una capitulación con el Rey por medio de la cual se comprometía a descubrir y asegurar para la Corona una inmensa extensión de territorio en el Nuevo Mundo. Las tareas que habría de llevar a cabo incluían el establecimiento de fortificaciones y la conquista de una tierra desconocida, pero que era considerada inmensamente rica. En 1533, importantes cargamentos de oro enviados por Pizarro desde Perú habían llegado a España, y Europa había quedado atónita ante la vista de semejantes maravillas; en consecuencia, no era ilógico esperar que el Río de la Plata aportara tesoros igualmente sorprendentes.

Mendoza debía explorar la región ubicada exactamente al sur del límite continental de la Línea de Tordesillas, la frontera que separaba las posesiones españolas de las por-

tuguesas, allá donde el Río de la Plata ya había sido descubierto. No solamente se trataba del río más ancho del mundo, también conocido por ese entonces como el Mar Dulce, sino que tenía otras virtudes potenciales: eventualmente podía llegar a ser la entrada oriental a las tierras de donde los incas obtenían su plata. También representaba la posibilidad de una vía rápida de salida para las mercaderías que se les quitaba a los indígenas, sin tener que darle la vuelta al continente navegando por el sur hacia Europa. Con anterioridad, la región había sido explorada por el portugués Manuel Nuño en 1513, por Fernando de Magallanes en 1520 y por el veneciano Sebastián Caboto en 1526, entre otros viajeros. Más tarde, en 1527, y a orillas del río Carcarañá, se había fundado la fortaleza de Sancti Spiritus, pero en el curso del siguiente año los aborígenes la tomaron por asalto y la redujeron a cenizas.

La expedición de Mendoza estaba formada aproximadamente por dos mil hombres y mujeres, una gran variedad de animales y todo aquello que pudiera ser necesario en términos de provisiones y equipamiento para un emprendimiento de semejantes proporciones. Se trataba de una verdadera misión de conquista perfectamente pertrechada y que incluía un buen número de soldados mercenarios no españoles. Un miembro de esta armada, el alemán Ulrich Schmidl, de Tubinga, fue quien escribió la primera crónica detallada de Buenos Aires. Ambrosio Eusebio también fue de la partida; se trataba de un hombre modesto que escribió y envió de vuelta a Italia las primeras noticias sobre estos nuevos y extraños territorios donde había tenido oportunidad de ver *“un gran fiume come mare”*, y donde el clima, en la época de Navidad, era extremadamente caluroso (del Carril, 1955).

Así, la flota completa levó anclas y puso rumbo a América, pero durante el largo viaje varios navíos se perdieron o desviaron, por distintas razones. Para cuando la expedición finalmente llegó al Río de la Plata, tras una na-

vegación que debió enfrentar serios problemas y luchas intestinas, solamente alrededor de mil quinientas almas llegaron a destino. Era un grupo muy numeroso, demasiado para una campaña de conquista si se tiene en cuenta que eventualmente habrían de estar listos para moverse rápido en un territorio hostil, a través de regiones desconocidas y adaptándose constantemente a situaciones nuevas. Una vez que la expedición llegó a la isla de San Gabriel, en el Río de la Plata, Mendoza envió un grupo para que hiciera un reconocimiento de la costa sur; años atrás, un miembro de dicho grupo había navegado con Sebastián Caboto en las mismas aguas. El grupo localizó un sitio bien protegido al pie de una barranca, cerca de un pequeño arroyo que formaba una amplia curva en su boca, lo que llegado el caso constituiría un impedimento si naves enemigas buscaban acercarse directamente. Este sitio se eligió entonces como cabeza de puente y área de desembarco, y desde allí se iniciaron las operaciones de conquista.

El territorio que estipulaba la Corona era extraordinariamente amplio, con una superficie tan extensa como toda Europa occidental. ¿Por qué entonces eligieron la costa sur en lugar de la norte? Esta pregunta ha sido planteada infinidad de veces, pero hasta el momento no se ha logrado una respuesta satisfactoria. La costa norte era firme y rocosa, de aguas limpias y puertos profundos; el lado sur era en extremo barroso y sus aguas eran sucias y poco profundas. Si asumimos los puntos de vista más modernos, que contradicen aquellos de la historiografía tradicional (de Gandía, 1936; Zabala y de Gandía, 1980), bien pudiera ser que Mendoza no tuviera intención ninguna de fundar una ciudad, sino que más bien deseara establecer un asentamiento temporario desde el cual poder explorar el territorio sin verse forzado a cruzar los grandes ríos que hubiera encontrado en su camino, de haber elegido la orilla norte. En realidad, en el sur estaba mejor protegido contra otras naves y suficientemente lejos de los enemigos poten-



ciales, los portugueses; pero era la menos apta para fundar cualquier tipo de poblado estable. Todas las decisiones tomadas dan a entender que estaban más relacionadas con una necesidad de resguardar una posición fortificada, de protegerse contra ataques provenientes de aguas afuera y no desde tierra adentro. Lamentablemente, no se tuvieron en cuenta las condiciones del entorno y muy pronto los expedicionarios se encontraron en graves problemas.

## LAS COSAS NO ERAN TAN SENCILLAS

Mendoza se adentró por el curso de agua —el Riachuelo—, ancló sus naves, desembarcó, e instaló el campamento en algún lugar cerca de la costa. Allí hizo contacto con los indios seminómades que hacían sus pesquerías en el área y les exigió que los abastecieran de peces y otros alimentos. Esta colaboración de los aborígenes no duró más que unos pocos días, puesto que los indígenas se negaron a seguir proveyéndolos de alimentos. Simplemente, no estaban en condiciones de hacerlo; no estaban asentados allí en forma permanente y carecían de las sólidas estructuras económicas de los nativos de Perú o México. Por lo tanto, hubo peleas, luchas, muertos y heridos.

Al poco tiempo los conquistadores cayeron en la cuenta que su situación era desesperada: Mendoza había perdido el control sobre sus hombres, estaba enfermo de sífilis, y para peor, era evidente que carecía de las cualidades de un líder. Todo daba a entender que la región era pobre y que también lo eran los aborígenes. No había en el lugar ni una flora ni una fauna suficientes como para alimentar a un grupo tan numeroso e improductivo. Fue así que iniciaron la larga marcha hacia el norte, remontando los ríos siempre en pos de las rutas de la plata, fundando asentamientos temporarios aquí y allá, mientras rapiñaban a los indios todo lo que tenían a su alcance. Los hombres comenzaron a

morir en número alarmante; los expedicionarios apenas si lograban subsistir y la obtención de alimentos les planteaba enormes dificultades. Remontar el río Paraná les insu-  
mió varios meses de viaje para cubrir unos pocos kilómetros. Debieron llevar las naves a la sirga desde la orilla o arrastrarlas con cuerdas, centímetro a centímetro en botes de remos, en un viaje verdaderamente suicida. De la primera expedición que partió en busca de comida, la mitad de los hombres resultaron muertos por inanición. Sin embargo, de una forma u otra, el resto logró sobrevivir soportando grandes penurias, hasta que finalmente dos de estos grupos de exploradores lograron encontrar alimentos. Los miembros de una de las expediciones fundaron otro asentamiento temporario, Buena Esperanza, cerca de Sancti Spiritus, y lo mismo ocurrió con la fortaleza de La Candelaria.

Entretanto, los que permanecieron con los barcos lograron mejorar un tanto sus condiciones de vida en el real de Nuestra Señora de Santa María del Buen Aire, que recibió este nombre por ser el de la virgen de los hombres de mar. Se construyó una cabaña para Mendoza y también una iglesia, hecha con el maderamen de una nave, junto con una muralla de barro y algunas otras pocas cabañas. Con el tiempo, después de que los últimos escasos sobrevivientes abandonaron la aldea en 1541, dos grupos diferentes magnificaron, intencionalmente, la importancia de este asentamiento: uno estaba formado por aquellos que habían entablado litigio a los herederos de Mendoza, fallecido durante su viaje de regreso a España (Comisión Oficial, 1941); el otro por los historiadores nacionalistas de principios del siglo XX deseosos de presentar una historia lo más gloriosa posible (de Gandía 1936, 1939, 1957; de Vedia y Mitre, 1980; Torre Revello, 1937; Lafuente Machaín, 1939). La palabra “puerto” había precedido siempre al nombre del asentamiento, lo que sugiere que hasta los mismos expedicionarios lo consideraban un lugar donde

atracar y no una aldea, y salvo Paul Groussac, nadie volvió a explorar la idea de que el asentamiento haya estado en la zona baja de las barrancas.

Solamente otros muy pocos asentamientos se habían establecido antes que Buenos Aires: el primero de ellos no fue más que una fortaleza a orillas del río San Juan, conocido hoy en día como río Uruguay; con una población de doce hombres, Sebastián Caboto se había hecho fuerte allí a principios de 1527; el segundo, Sancti Spiritus, no duró demasiado, ya que fue arrasado por los nativos que no estaban dispuestos a aceptar la presencia de extranjeros en sus territorios y mucho menos a cumplir con sus exigencias de alimentos y oro. Por su parte, uno de los hombres de Mendoza hizo dos veces el intento de colonizar Corpus Christi y en ambas oportunidades fracasó; los colonos una vez más se vieron obligados a partir.

Por todo esto, la primera Buenos Aires tal vez no fue más que un asentamiento temporario, similar a tantos otros establecidos únicamente como cuartel general o fortaleza al servicio de una operación de conquista de gran envergadura. De los escritos de Schmidl surge con claridad que a los aborígenes se los trataba con una crueldad indecible; cuando los expedicionarios tomaron la decisión de ejecutar a los caciques payaguá los sentenciaron a morir en la hoguera, pero los fueron quemando lenta, parsimoniosamente, de un modo que no era muy distinto al procedimiento usado en la Edad Media. Dicho autor tampoco tiene empacho en relatar cómo todos ellos robaban, rapiñaban, quemaban aldeas hasta dejarlas reducidas a cenizas y tomaban todos los esclavos que podían; en cuanto a los españoles, se ultimaban entre ellos por la menor ofensa. La idea de establecerse definitivamente, de trabajar la tierra y de construir una ciudad jamás cruzó por sus mentes.

Y esto nos lleva una vez más a la antigua controversia relacionada con la posible extensión de Buenos Aires y el tipo de asentamiento de que se trató. Para algunos autores

fue una verdadera ciudad con una plaza, calles, iglesias y una cantidad importante de viviendas confortables que incluían la residencia del Adelantado. Para otros, nunca fue más que un grupo de chozas precarias hechas de madera y paja, que en algún momento quedaron encerradas dentro de un muro bajo de adobe (Patti, 1993).

Hay una segunda cuestión que tampoco ha sido dilucidada hasta el momento y que tiene que ver con la ubicación precisa de esta supuesta ciudad. Existen algunas hipótesis contradictorias y también una posición oficial asumida por parte de la historia nacional, según la cual el sitio de la primera fundación de Buenos Aires está en el sector sur de la parte más alta de la ciudad actual, junto a la barranca y en el punto más cercano al Riachuelo, esto es donde hoy en día se encuentra el Parque Lezama. Ésta es la ubicación oficial de la primera ciudad; pero también es éste el sitio donde hemos llevado a cabo excavaciones arqueológicas y donde no pudimos encontrar un solo fragmento que pudiera ser atribuido al siglo XVI (Schávelzon, 1992b).

La historia de esa primera Buenos Aires comenzó a declinar cuando Juan de Ayolas, cumpliendo con instrucciones recibidas de Mendoza, construyó una fortaleza en 1537 llamada Nuestra Señora de Asunción, actual capital de Paraguay. El asentamiento se estableció en un entorno apto para una estadía permanente y con aborígenes amigables en los alrededores, suficiente comida, una razonable provisión de agua y un puerto. Este asentamiento puede considerarse una muestra de lo que Buenos Aires o cualquier otro sitio contemporáneo pudo haber sido, porque al menos hasta 1541 no fue otra cosa que una inmensa cabaña de madera y paja rodeada por un muro perimetral de adobe (Lafuente Machaín, 1955).

En Buenos Aires, los pobladores aún morían de hambre y los niveles de mortalidad eran altos; así y todo, solamente un grupo muy reducido llegó finalmente a tomar la decisión de cultivar la tierra. Y sólo después de dos años de

arduos padecimientos, uno de los colonos tuvo la idea brillante de usar anzuelos para pescar, empleando también para tales fines las redes que les habían robado a los aborígenes cuando tiempo atrás se lanzaran contra ellos exigiéndoles alimentos. El grupo de expedicionarios estaba compuesto principalmente por mercenarios y soldados codiciosos que no estaban dispuestos a efectuar trabajos manuales. De esta forma, sus planes y proyectos parecían caerse en pedazos: no vislumbraban tesoro alguno a la vista y la ruta hacia las tierras de la plata no era más que un espejismo; iban a tener que abrirla ellos mismos. Y para peor, después que Mendoza regresó a España la población y las nuevas autoridades comenzaron a luchar por el poder, mientras se debatía la idea de trasladarse hacia Asunción, al norte, o de permanecer donde estaban. La situación tuvo un final abrupto cuando Alonso de Cabrera tomó la decisión irrevocable de seguir adelante y prendió fuego a lo poco que quedaba en pie de la pequeña villa. Ya corría el año 1541 y sólo un grupo muy reducido de pobladores seguía con vida. Una vez llegados a destino, las antiguas y precarias cabañas de Asunción fueron derruidas y se dibujó el primer trazado de la ciudad. Esta historia podría haber tenido un final diferente, si pensamos que Álvar Núñez Cabeza de Vaca llegó a la villa abandonada sólo pocos días después, con órdenes de poblar Buenos Aires una vez más. Intentó asentarse nuevamente en las orillas del río San Juan sobre la costa este, pero todos sus esfuerzos resultaron vanos y ese sitio también fue abandonado.

#### NUEVAS CUESTIONES PLANTEADAS POR LA ARQUEOLOGÍA

¿Cómo podría toda esta información histórica traducirse en términos de arqueología? Si aceptáramos las versiones historiográficas tradicionales, sin lugar a dudas deberíamos

haber encontrado evidencias claras de una villa con arquitectura de adobe, toda suerte de restos de cultura material y, obviamente, cientos de cuerpos enterrados. Pero si por el contrario estuviéramos dispuestos a aceptar el cuadro general esbozado hasta aquí, lo que tendríamos entre manos no sería más que un recinto cerrado con algunas cabañas o chozas, una de las cuales albergaba a la iglesia, otra un tanto más acogedora a don Pedro de Mendoza, pero nada más que sencillas cabañas todas ellas rodeadas en forma irregular por un muro bajo de adobe que cerraba el área. En cuanto a su ubicación física: aun cuando la hipótesis oficial dice que la villa ocupaba el espacio en el que actualmente se encuentra el Parque Lezama o en sus inmediatas proximidades, un estudio reciente y detallado llevado a cabo a partir de las excavaciones ha demostrado que, de hecho, ninguna de estas versiones tradicionales tiene raíces sólidas, o por decirlo de otro modo, todas ellas contienen elementos que pueden hacerlas sólo parcialmente ciertas (Patti, 1996). La documentación histórica referente a Parque Lezama, al igual que a otros sitios dentro y fuera del perímetro de la ciudad, ha sido usada permanentemente en forma acrítica y arbitraria recogiendo sólo aquellas porciones de información que mejor convenían a las hipótesis que los historiadores pretendían presentar como válidas. De la documentación histórica no es posible extraer datos que puedan probar sin lugar a dudas dónde estaba ubicada la primera aldea, y el análisis no comprometido de todas las posiciones tomadas en esta cuestión deja la puerta abierta a tal cantidad de interpretaciones que sería necesario elegir al gusto de cada cual para decidir por una u otra. Y fue precisamente por esto que tomamos la decisión de excavar Parque Lezama y su barranca al río, sin que hayamos encontrado evidencias de objetos o restos arquitectónicos de la época. Basados en estos resultados, continuamos efectuando excavaciones e investigando en otras ubicaciones posibles de la primera villa, a partir de la información sugerida en la bibliografía histórica.

De todas las descripciones disponibles, que comparten las características de presentar una información incompleta y de ser sumamente parcas a la hora de presentar datos exactos, aquellas a las que con mayor frecuencia se ha hecho referencia han sido las de Francisco Villate, Ruy Díaz de Guzmán, Martín del Barco Centenera, Pero Hernández y Martín González, además del ya mencionado trabajo de Ulrich Schmidl. Sin embargo, hay un texto que no ha recibido la debida atención, siendo como es el único que siendo testigo presencial menciona cadáveres como un hecho material: se trata de un escrito del Padre Antonio Rodríguez, quien dijo que en ese sitio fallecieron seiscientas personas. Dice que “carecieron de sepultura”, lo que sugiere que allí quedaron al dejar “la ciudad sepultura de muertos” cuando fue abandonada en 1541 (Leite, 1948:173). Pero salvo esto casi nada hay más que lo siempre referido por la bibliografía clásica. Quedaría solamente tener en cuenta que para los compañeros de Mendoza el lugar donde estaban no tenía una dirección, identidad o sitio fijo, no había necesidad de referencias geográficas precisas. Era justamente lo que Luis de Miranda destacó cuando dijo “vivo en esta conquista”; era un sitio no importaba dónde, era sólo un lugar desde el cual “hacer entrada, penetrar la tierra, conquistar...” (Lopreto, 1996).

En esta búsqueda de rastros de este fantasmal poblado, estaríamos dispuestos a aceptar que el terreno donde se encuentra el Parque Lezama ha sido notablemente perturbado por las muchas construcciones llevadas a cabo allí durante los siglos XVIII y XIX; sin embargo, también es un hecho que no hemos encontrado un solo fragmento de cerámica que pudiera ni remotamente asociarse con el siglo XVI. Otra evidencia que tiene que ver con la primera Buenos Aires son los restos de un naufragio, descubiertos durante el siglo pasado en la boca del Riachuelo (Romero, 1928); lamentablemente, estos restos, después de 1926, no han vuelto a ser estudiados en profundidad. También exis-

ten algunos hallazgos ocasionales y un sitio colonial reportados por Carlos Rusconi (1928; 1940; 1956), y otro tema que contribuye aún más a la confusión general es el hecho de que se ha prestado escasa o ninguna atención a los cambios ocurridos en la topografía regional particularmente en lo que tiene que ver con el curso del río Luján, siendo que esto constituye una cuestión fundamental cuando de leer la documentación histórica se trata (Molina, 1956).

Ninguna de las excavaciones arqueológicas realizadas en la ciudad ha posibilitado el descubrimiento de contextos arqueológicos que pudieran asociarse con la época del primer asentamiento; sí se han hallado fragmentos cerámicos fechados para esos años, pero nunca en un contexto. Hasta ahora, el conjunto arqueológico más antiguo en Buenos Aires está fechado para 1590 +-50. En años recientes hemos llevado a cabo un relevamiento de arqueología de superficie en parques y plazas, incluyendo también algunas áreas abiertas sobre la vieja barranca del río, al sur de la ciudad. Sin dejar de tener presente que dichos espacios han sufrido grandes cambios y movimientos de tierra, nuevamente tenemos que en estos casos tampoco se halló ninguna cerámica de ese fechamiento que pudiera apoyar las hipótesis de algunos historiadores (Furlong, 1968). La situación se repite en la barranca de Plaza San Martín y en otros sitios propuestos, como por ejemplo las orillas del Tercero del Sur (Cardoso, 1911). Por lo tanto, o Buenos Aires no tuvo nada que ver con las ideas que son mayoritariamente aceptadas, no siendo en gran medida más que un mito histórico o historiográfico, o estuvo en algún otro sitio, o el proceso de destrucción del suelo urbano ha sido tan pronunciado que de ella no quedó ni la más ínfima evidencia (Schávelzon, 1991).

Y todavía queda otra pregunta sin respuesta acerca de esta malograda Buenos Aires y está relacionada con el verdadero tipo de vida de su gente. Las descripciones antiguas hablan de hambre y desesperación; pero también hablan



de colonos que se negaban a trasladarse a Asunción. Lo que antecede podría entenderse de varias maneras: podríamos pensar que los comienzos fueron realmente muy duros pero que con el paso del tiempo la situación tendió a mejorar; también podríamos imaginar que la pesca y el cultivo de la tierra hicieron la vida un tanto más llevadera, o que la alta tasa de mortalidad sólo dejó a un número pequeño de colonos, más a tono con lo que los recursos disponibles en el área podían proporcionar en términos de subsistencia. Pero aun cuando este tema de la muerte por inanición surge una y otra vez, podríamos también postular —si hiciéramos una lectura entre líneas de la documentación histórica— que los conquistadores en realidad gozaban de una buena posición en términos de cultura material. Estaban en condiciones suficientemente buenas como para comprometerse por cantidades importantes de dinero —por medio de la firma de documentos sobre futuros hallazgos de oro— al comerciante León Pancaldo, cuya nave cargada de mercaderías vino a hundirse precisamente frente a las costas de Buenos Aires. La lista de productos que se encontraban en la nave de Pancaldo y que fueron vendidos a los conquistadores es sorprendente: africanos en situación de esclavitud y docenas de cajones de finas telas, sombreros, peines, materiales para costura, papelería, vidrios, frascos, cuchillos, perfumes, plumas para sombreros, trajes, calcetines, sedas, terciopelos, encajes de Holanda, herramientas, conservas, queso, ajo, alcaparras, jabón, azúcar, pimienta, azafrán, etc. (Comisión Oficial, 1941-II:236-242). Pero según Schmidl y otros autores, la hambruna llegaba a niveles tan tremendos que la gente había caído en el canibalismo. Y esto es casi imposible de sostener, puesto que de hecho, los conquistadores jamás sacrificaron sus caballos para alimentarse y hacia 1580 todavía había abundancia de ellos en la región. En las relaciones que describen la partida se hace hincapié en los muchos cerdos que se habían logrado reproducir. ¿Es posible que

la historiografía haya buscado poner especial énfasis en las penurias que soportaron los primeros colonos?, ¿que intencionalmente dejaran de citar en sus historias las comodidades de que pudieron haber disfrutado? También debe tenerse en cuenta que la mayoría de las descripciones de este tipo fueron hechas en medio de fuertes controversias y muchas veces por los mismos interesados —con el afán de destacar sus méritos personales—, sin olvidar las terceras partes comprometidas en litigios contra Mendoza. Todavía queda por hacer una nueva revisión completa y profunda de la documentación histórica referida a la primera Buenos Aires y en este sentido sería conveniente continuar con la investigación arqueológica.

Pedro de Mendoza y sus capitanes fracasaron por completo: no lograron ni conquistar ni colonizar la región, no se llenaron los bolsillos de oro o piedras preciosas y no consiguieron llevar adelante el proyecto de fundar una ciudad viable. El hecho de que los expedicionarios se hubieran establecido en la pampa, uno de los territorios más ricos del mundo, más extenso y adecuado para la agricultura y la cría de ganado que cualquier región conocida de Europa, hace que los resultados de esta empresa resulten un completo sinsentido. ¿Qué quedó entonces de esta aventura de Mendoza, a quien evidentemente no terminamos de entender si consideramos que hablamos de un hombre que en su equipaje traía a Erasmo, Virgilio y Petrarca?

La fundación de la próspera Asunción, con una mezcla tan intensa de grupos humanos que para 1574 Juan López de Velasco reportaba 300 vecinos y 2.900 nuevos nacimientos, y para 1600, Antonio de Herrera hacía lo propio mencionando 400 españoles y 3.000 mestizos, fue lo que llevó al surgimiento de la primera estructura urbano-regional, que con el tiempo llegó a representar un fuerte apoyo para la nueva fundación de Buenos Aires y la consi-

guiente marginación de Asunción. Pero en el territorio también se fundaron otras ciudades que no pudieron prosperar; tal fue el caso de San Lázaro, fundada en 1527 como el primer asentamiento. En las cercanías de Asunción, en 1557, la Ciudad Real del Guayrá se fundó alrededor de Villa de Ontiveros, otra pequeña aldea que había sido fundada con anterioridad en 1554, y en Salto Grande se hizo lo propio con Villa de San Juan en 1552, que desapareció tres años después. Más cerca de Buenos Aires, Juan Ortiz de Zárate fundó Zaratina de San Salvador en 1573 sobre la costa este del río, tras haber recibido la orden de repoblar Buenos Aires en el lugar que había ocupado primitivamente, y en caso de no ser esto posible debía hacerlo en alguna otra ubicación apropiada; el asentamiento duró menos de un año. Y hubo otros asentamientos: Villa Rica fue fundada tres veces, Santiago del Estero fue fundada en cuatro lugares diferentes; Santa Cruz de la Sierra fue fundada dos veces al igual que Santa Fe; Talavera de Madrid o Esteco se fundó en tres sitios diferentes y San Miguel de Tucumán se fundó dos veces. San Salvador existió entre 1574 y 1576 en las proximidades del sitio donde Caboto había construido su fortaleza; Villa Rica del Espíritu Santo se fundó en 1577 y se cambió de lugar al año siguiente; de 1593 a 1632 existió también Santiago de Xerex en Paraguay, y Concepción del Bermejo que se fundó en 1585 quedó abandonada en 1632. En mi opinión, la primera Buenos Aires no fue otra cosa que uno más de todos los casos mencionados más arriba: una cabecera de puente, un asentamiento provisional extremadamente pobre, sencillo, casi inexistente; poco más que un campamento militar. Nunca fue una ciudad, ni el embrión de una de ellas; quizás sea la hora de asumir una actitud más modesta frente a nuestra historia.

## El largo camino hasta ser una ciudad

### LA FUNDACIÓN Y LOS PRIMEROS TIEMPOS (1580-1620)

Se dieron dos razones importantes para que entre 1541 y 1580 la ciudad de Asunción reemplazara a la de Buenos Aires: Asunción tenía un puerto geográficamente bien protegido para las nuevas expediciones de conquista, y representaba un punto de partida adecuado desde el cual continuar la búsqueda de la rica Sierra de la Plata, y sirvió contundentemente a ambos propósitos. No era fácil llegar a ese puerto, ya que ello dependía de la estación del año, de las corrientes y de los vientos. Eventualmente, el viaje desde Buenos Aires podía insumir tres meses y cobrar la vida de muchos hombres de mar, pero con todo era un refugio seguro y estable en la vasta y desconocida geografía de América del Sur. Y fue desde Asunción que partieron expediciones, siempre con rumbo al oeste y en pos de los tesoros con que soñaban los conquistadores; sin embargo, no pudieron atravesar los territorios ocupados por nativos hostiles, por junglas y cadenas montañosas, y lo más lejos que llegaron fue a Llanos de Mojos y los alrededores de la antigua Chuquisaca (hoy Sucre). Potosí y las minas de pla-

ta iban a ser descubiertas desde Lima y Perú sería el único beneficiario de toda esa riqueza.

Asunción misma estaba en pleno proceso de expansión, y la población criolla estaba más que ansiosa por tener tierras de su propiedad, indígenas para el trabajo y africanos esclavizados a su servicio. Según la ley española, esto sólo podía ser posible por medio de una merced real —un otorgamiento directo del Rey— o por medio de un repartimiento, esto es, el derecho a ser propietario de tierras por ser vecino fundador de una nueva ciudad. Por lo tanto, era necesario organizar nuevas expediciones fundacionales para que los blancos de esta forma transformados en “miembros fundadores”, estuvieran en condiciones de recibir tierras agrícolas y terrenos dentro de las nuevas ciudades, al igual que indios encomendados. Hacia mediados de 1570, el Rey insistía en la necesidad de llevar adelante estas nuevas expediciones pero esta vez con rumbo al sur y no solamente al este o al oeste. Asunción estaba completamente aislada en el medio de la selva, con muy escasas o remotas posibilidades de lograr abrir una ruta hacia Lima, la gran capital española en América del Sur; su única posibilidad de contacto con el mundo exterior era el Río de la Plata.

Entretanto, el conocimiento sobre los nuevos territorios se había ido incrementando gracias a las expediciones que recorrieron intensamente la región cubriendo enormes distancias, siempre a la búsqueda de El Dorado: en 1544 Francisco de Mendoza había separado un grupo de hombres de la expedición de Diego de Rojas para conducirlos desde Tucumán hasta el Río de la Plata; su destino final iba a ser el mismo sitio donde una vez existiera Sancti Spiritus. En 1553, Francisco de Aguirre llegó desde Santiago del Estero, remontando el río Salado hasta el Carcarañá, y en 1560 Gregorio de Bazán hizo lo propio (Levillier, 1976). Se estaba explorando la región austral del continente, y la información, un tema fundamental que los con-

quistadores habían pasado por alto, era recogida para poder iniciar más tarde una expedición colonizadora correctamente planificada.

Desde Asunción, Juan de Garay, con aproximadamente 80 criollos y un grupo de españoles, comenzó un viaje hacia el sur con el fin de fundar una nueva ciudad o de repoblar Buenos Aires en la boca del río, si tal cosa era posible. Santa Fe, también conocida como Cayastá, fue la primera ciudad que fundó en 1573, y en 1580 llevó a cabo la segunda fundación de Buenos Aires, precisamente donde estuviera anteriormente o en todo caso muy cerca del primitivo asentamiento.

¿Cómo era América del Sur en 1580? Desde 1536 las cosas habían cambiado, sin lugar a dudas. Potosí se había transformado en el corazón de la actividad productiva y era la ciudad donde se gastaba el dinero, mientras que el centro de la administración política estaba en la esplendorosa Lima, la que oficialmente monopolizaba el comercio en detrimento de Portobello y era sede de las autoridades gubernamentales. Llegar a cualquiera de esas dos ciudades desde Europa no era cosa sencilla y sólo se presentaban dos opciones: la primera consistía en navegar hasta la otra costa del Atlántico y una vez allí cruzar el continente a través de Panamá; si se elegía la segunda, los viajeros debían navegar hacia el extremo sur del continente, atravesar el peligroso estrecho de Magallanes, y una vez en el Pacífico poner nuevamente rumbo al norte hasta llegar a su destino final. Ambos viajes eran extremadamente largos y riesgosos. Una vez en Potosí y Lima, las mercaderías traídas de Europa se redistribuían en la región utilizando los antiguos caminos incas, en viajes que también insumían mucho tiempo y estaban llenos de peligros. Hacia 1580 esta estructura regional estaba prácticamente establecida: Lima cumplía el papel de ciudad capital con aproximadamente 10.000 habitantes, mientras que Potosí era la más extensa y rica. Hacia el sur estaba Santiago del Estero; hacia el este

Asunción y Santa Fe, y hacia el oeste, dependiendo de Chile, otros sitios de menor importancia. Al este de los Andes, en territorio argentino pero bajo control chileno, estaban Mendoza y San Juan. En cualquier caso, al sur de Potosí la región no era más que territorio marginal, claramente divorciado de las prósperas tierras de la América Hispánica que se centraban en México y el Caribe. En 1580 entre Colombia y México ya se habían fundado 150 ciudades, mientras que al sur de Colombia sólo había 65.

Buenos Aires por su parte respondía a dos propósitos: en primer lugar a la necesidad de España de mantener bajo vigilancia a los portugueses, a quienes se los imaginaba siempre deseosos de expandir sus fronteras hacia el Río de la Plata; en segundo, la ciudad representaba la posibilidad de abrir una ruta más directa y segura para el comercio con Potosí. Y fueron estas dos funciones, alternativamente, las que posibilitaron la supervivencia de la ciudad por los dos siglos siguientes.

De todas maneras las cosas no eran fáciles, puesto que los comerciantes de Sevilla, con el apoyo de Lima, se oponían tenazmente a la posibilidad de que Buenos Aires pudiera comerciar libremente o que tan siquiera tuviera un puerto propio, lo que podía poner fin a su monopolio comercial. En Lima el virrey reaccionó de inmediato exigiendo una y otra vez el despoblamiento de Buenos Aires. Fue por todo esto que sólo en 1776 el puerto fue autorizado a funcionar como tal; hasta entonces y durante mucho tiempo, los comerciantes locales llevaron adelante sus actividades a través de un sistema ilegal, prohibido por supuesto, pero muy eficiente, de contrabando. Sin embargo, aun sabiéndolo y debido a la situación existente con Portugal, España no podía darse el lujo de prescindir de una plaza fuerte con tropas militares en el lugar, de manera que de una forma u otra Buenos Aires siguió recibiendo el apoyo necesario para continuar creciendo. La ciudad estaba en un extremo del mundo, era una ciudad de frontera y era peri-

feria, pero al mismo tiempo estaba ubicada precisamente en una encrucijada desde donde podía llegar a construirse una estructura comercial alternativa para la América Hispana.

Y fue dentro de este marco de intereses encontrados, de intrigas palaciegas, de luchas por el control de las rutas de comercio y de las actividades de un puerto local que importaba y exportaba en forma ilegal todo tipo de mercaderías desde y hacia Europa, que Buenos Aires vio transcurrir sus primeros días. Este puerto no autorizado permitió no sólo la entrada de productos que por momentos resultaban vitales para la subsistencia junto con otros que seguían viaje a Potosí, sino que llegó a ser en un muy breve período de tiempo la puerta de salida hacia mercados extranjeros de la plata que se sacaba ilegalmente de dicha ciudad, la mina de plata más productiva del mundo. Para cumplir con las leyes vigentes, los dueños de las minas debían pagar impuestos exorbitantes por el sellado de la plata, de manera que buscaron la forma de enviarla a Buenos Aires sin sellar, para que desde allí siguiera viaje a Europa. La ciudad jugaba un papel preponderante como nexo de caminos de entrada y salida, y era también sede de una pequeña fuerza militar y una burocracia administrativa que supuestamente debía proteger las fronteras del reino. Buenos Aires era una frontera, pero al mismo tiempo constituía un punto centrífugo que llegó a transformarse, en el lapso de dos siglos, en un centro con su propia periferia; como consecuencia, Santa Fe se despobló y Corrientes y Asunción pasaron a un plano secundario.

La verdad es que Buenos Aires no estaba en el medio de la nada. Aun cuando los españoles siempre consideraron el territorio como un desierto —siendo ésta la palabra que se utilizó para designar el *hinterland* hasta fines del siglo XIX—, el territorio tenía otros dueños y estos eran los nativos. Aún hoy existe una controversia sobre el número real de pobladores de la zona y la adscripción étnica de los primeros habitantes, los querandíes. La ciudad se había es-



tablecido en un territorio que a su vez era frontera entre varias culturas indígenas, en una zona neutral utilizada al menos por dos grupos importantes: los guaraníes, en su extremo sur, y los querandíes, en su extremo oeste (Outes, 1897; Martínez Sarasola, 1992; Caggiano, 1995), junto con otros grupos menores como por ejemplo los chaná. Estacionalmente, en verano, estos grupos solían compartir el área para hacer sus pesquerías, según observara Mendoza en el pasado; llegado el tiempo de las cosechas partían dejando a los españoles librados a sus propios recursos. Si bien sus bases agrícolas eran modestas, sí cultivaban los campos, especialmente sembrando maíz. No eran grupos nómades como creían los españoles, sino que se movían en circuitos preestablecidos dependiendo de los recursos disponibles y de las distintas estaciones. Y si bien estos grupos diferentes se unían cuando de combatir se trataba, formando una temible fuerza de combate —como Mendoza pudo comprobar por sí mismo cuando quedó sitiado—, en realidad fueron presa fácil para los soldados de Garay; los nativos que se unieron a ellos durante la fundación desertaron poco después. La información disponible indicaría que la población pampeana en el momento de la conquista ascendía a 55.000 personas, en el delta del Paraná a 10.000 y que todos los grupos guaraníes juntos podrían haber sumado 33.000 individuos (Pyle, 1976).

La escasez de hallazgos indígenas puramente prehispánicos dentro de los límites tan extensos de la ciudad está relacionada con esta ocupación intermitente de la zona. En Buenos Aires se han hallado objetos indígenas en distintos momentos (hay una lista detallada en Rusconi, 1928; 1940). En 1905, un conjunto de objetos indígenas sin el más mínimo rasgo de material colonial fue descubierto en el interior de la Casa de Gobierno (Ambrosetti, 1905). Se trataba mayormente de objetos líticos de los cuales sólo unos pocos fueron publicados (Leguizamón, 1919:240-243); todos los demás hallazgos dentro de la ciudad inclu-

yen materiales históricos. Al establecer una comparación entre las situaciones de Buenos Aires y Cayastá, es obvio que son totalmente diferentes: nuestro análisis preliminar de las colecciones de Santa Fe, del área urbana únicamente, arrojaron un promedio cercano al 90% de cerámica indígena o mestiza y poco más del 10% de restos europeos, mientras que en Buenos Aires esta relación es prácticamente inversa. Las razones de lo que antecede se explicarán en capítulos posteriores.

La mortandad de aborígenes como consecuencia de las guerras y su temor a ser forzados a trabajar para los extranjeros produjo su rápida dispersión, a un punto tal que para el siglo XVII los pocos querandíes que quedaban eran casi una curiosidad. Cuando Garay combatió contra ellos en un lugar que más tarde se conoció como De la Matanza, lo que sus soldados perpetraron no fue otra cosa que una atroz carnicería que contribuyó aún más a dicha dispersión. De manera que cuando distribuyó entre sus lugartenientes a los aborígenes derrotados, éstos formaban un conglomerado de grupos culturales muy variados (Carnals Frau, 1940). Por esta razón, los guaraníes, quienes sí permanecieron en las vecinas regiones del nordeste, quedaron profundamente ligados, hasta el siglo XIX, a la historia de Buenos Aires y a los españoles. En cambio los pampa mantuvieron su distancia y su libertad, en una serie ininterrumpida de enfrentamientos armados.

En octubre de 1580 Garay completó la distribución de tierras entre sus 63 lugartenientes y una semana más tarde repartió las estancias siguiendo la línea costera, sin que los nativos ofrecieran resistencia. Al poco tiempo emprendió un largo viaje al sur, de más de cien kilómetros por la costa, para tener un conocimiento más preciso del territorio, y tampoco en esta ocasión se le ofreció resistencia. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué era lo que había cambiado tanto desde los tiempos de Mendoza? Los aborígenes habían estado migrando hacia el interior durante un siglo. Los con-

quistadores se habían apropiado de los nuevos territorios con tanta violencia y crueldad que los grupos nativos, como corolario de un sinfín de experiencias nefastas, deben de haber llegado a la conclusión que era mejor y más seguro que dieran un paso al costado. De manera que en los recorridos que efectuaban anualmente trataban a toda costa de evitar esa zona.

Los españoles habían completado la etapa de la conquista y se habían asentado en ciudades que ya habían cobrado cierta importancia, considerando los tiempos y la región. Potosí era sin duda el centro más notable, con 120.000 habitantes en 1580 y 160.000 a principios del siglo siguiente. Se habían organizado redes comerciales, y si bien eran un tanto precarias, los comerciantes aceptaban los riesgos y obtenían inmensas ganancias —del orden del 1.000%—, fortunas con las que nunca podrían haber soñado en Europa. La plata era llevada por toneladas de Potosí a Lima y muchas de las futuras grandes ciudades ya estaban fundadas y en situación estable: en el Virreinato del Perú había 19 pueblos de españoles dentro de la jurisdicción de Lima, 13 en Charcas y 11 en Chile. También había cientos de aldeas indígenas que habían sido trasladadas a otros lugares y otras tantas que habían desaparecido. En síntesis, se había logrado organizar una primera estructura urbano-regional junto con una red de caminos que intercomunicaba ciudades y pueblos. Hacia 1630, sólo medio siglo después de la segunda fundación de Buenos Aires, en la América Hispana ya se habían fundado todas las ciudades capitales que existirían en el futuro; había 37 ciudades en Charcas, 19 en Lima y 10 en Chile (Hardoy y Aronovich, 1974).

Simultáneamente se había producido un cambio significativo en la forma de pensar: se había hecho evidente que ya no quedaba oro que robar o aldeas que saquear, de manera que el único recurso posible para generar ganancias era el comercio, la explotación minera o la agricultura, y

ésta no era una región minera. Esta situación particular produjo un tipo de migración que no tuvo nada que ver con las oleadas de aventureros que llegaban a México, Perú, o directamente a Potosí, lugares en que abundaba la plata. En un período de tiempo que no excedió las dos generaciones, entre 1536 y 1580, la rápida y abrupta mezcla de grupos étnicos también tuvo que ver con los cambios que se produjeron entre los conquistadores mismos; ya no eran más soldados y aventureros, sino gente cuyas expectativas apuntaban a llegar a ser terratenientes y a tener aborígenes que trabajaran para ellos.

Y había una tercera cuestión: a pesar de la férrea oposición de Lima en cuanto a la existencia de Buenos Aires, la presencia de al menos una plaza fortificada en la boca del Río de la Plata resultaba indispensable para la estrategia militar española, cuyo objetivo era evitar cualquier ataque por sorpresa de los portugueses o de los piratas ingleses. Por otro lado, también había un interés por quebrar el monopolio de Sevilla a través de rutas de comercio alternativas, tanto con Potosí como con la región central de América del Sur. Hasta este momento todavía no era grave el tema del contrabando, pero el Río de la Plata era firmemente considerado como una posibilidad prometedora para producir cambios en los sistemas de caminos de América del Sur, para reemplazar las complicadas rutas del Pacífico por otras mucho más directas a través del Atlántico. Los intereses en juego eran enormes y Buenos Aires quedó atrapada en el medio de estas pujas durante dos siglos.

Pensando en términos geográficos y teniendo en cuenta las enormes dimensiones físicas de América del Sur, se llega fácilmente a la conclusión de que el viaje de España a Potosí en la forma establecida por el monopolio sevillano era todo un despropósito. De Cádiz a Nombre de Dios, en Panamá, había cuarenta días de navegación incluyendo una escala en Canarias. De allí, había dos días más de viaje por tierra para cruzar el istmo a través de las traicione-

ras selvas tropicales, consideradas muy peligrosas por los viajeros. Una vez llegados al Pacífico se tenían aproximadamente noventa días de navegación hasta el puerto de El Callao en Perú —por los vientos siempre en contra; la vuelta en cambio era muy rápida porque navegaban con viento de popa—, y una vez en El Callao todavía tenían algunas semanas de viaje por tierra hasta Lima y más hasta Potosí. También estuvo abierta durante algunos años una ruta marítima entre El Callao y Arica o Tarapacá, a la que seguía una corta travesía por tierra. Los comerciantes de Arequipa cerraron ambos puertos para que las caravanas se vieran forzadas a entrar en sus ciudades y aumentar sus ganancias. Tengamos en cuenta que todavía los productos debían ser llevados a Buenos Aires, pasando previamente por Tucumán. Entre una cosa y otra estas mercaderías llegaban a Buenos Aires no menos de un año después de su fecha de embarque, con lo cual los costos y consecuentemente los precios alcanzaban niveles estratosféricos. Por todo esto la apertura de una ruta vía el Atlántico resultaba mucho más simple, y las ciudades australes, incluyendo aquellas que se encontraban en territorio chileno, esperaban ansiosamente que Buenos Aires tuviera su puerto o que se habilitara otro en algún lugar cercano.

El trazado de Buenos Aires se llevó a cabo siguiendo el modelo indiano, en cuadrículas de 140 varas de lado, con una plaza central cercana al río, un fuerte sobre la barranca y los edificios públicos en torno a dicha plaza que también fungía como mercado. En el capítulo correspondiente se hará una descripción detallada del sistema de reparto de tierras y de cómo fueron utilizados los terrenos; cabe mencionar que siempre hubo una clara diferenciación entre la ciudad, llamada De la Santísima Trinidad, y el puerto, considerado como una entidad separada. Sólo mucho más tarde ambas pasarían a formar una sola, conocida desde entonces como Buenos Aires.

Al parecer, al poco tiempo la traza de la ciudad resultó

chica, insuficiente, aun cuando en el repartimiento hecho por Garay había solares de sobra. Sin embargo, han quedado registros que muestran el movimiento de los nuevos vecinos llegados al lugar y el detalle de los terrenos que quedaron vacíos. En 1602 se amplió este trazado y se modificó el reparto original. De todos modos, la idea básica de una ciudad que se abría hacia el río se mantuvo hasta mediados del siglo XIX. A partir de entonces, pareciera que el río comenzó a desaparecer, tanto en términos del paisaje que los habitantes de Buenos Aires estaban acostumbrados a ver, como de su uso cotidiano: la ciudad le dio la espalda al Río de la Plata.

El estudio de dicho proceso de cambio fue prioritario en los trabajos arqueológicos llevados a cabo, ya que no quedaron restos ni de la fundación ni de los dos primeros siglos de historia de la ciudad, exceptuando la traza urbana. La arqueología fue posibilitando un lento avance en la comprensión de los cambios ocurridos en el uso del suelo urbano, de los terrenos y de los distintos tipos de arquitectura. Junto con la documentación histórica —sumamente rica desde inicios del siglo XVIII—, ahora podemos comprender el desarrollo de los procesos constructivos en las épocas más tempranas. No hay dudas en cuanto a que la primera arquitectura fue modesta, simple, sin que se vieran diferencias notables entre las casas de los ricos y las de los pobres. Aun cuando la posición social podía ser muy diferente, no lo eran tanto los hábitats, o por lo menos las diferencias de sus construcciones no resultaron demasiado marcadas. Con la excepción de las iglesias no había arquitectura pública y éstas no fueron demasiado distintas de las construcciones en el resto de la ciudad, al menos hasta bien entrado el siglo XVII; Buenos Aires todavía era un sitio marginal, en los confines del Imperio.

Las primeras viviendas fueron construidas de carrizo cubierto con barro, con techos de paja, con sus estructuras sostenidas por pilares de madera y eventualmente con

un alero en el frente. Podemos describir las viviendas de los blancos tomando como ejemplo lo observado en Santa Fe la Vieja (Calvo, 1990), aunque en Buenos Aires las viviendas no tenían galerías techadas perimetrales sino en el frente. De todas maneras parecen haber sido notablemente similares: dos gruesos muros paralelos formando una casa rectangular, alargada, ubicada dentro del gran solar del terreno, con uno, dos o tres ambientes internos. Eran casas amplias y cómodas —aunque modestas— dentro de los patrones de la época y daban la posibilidad de ampliarlas paulatinamente agregando nuevas habitaciones. No era difícil mejorarlas con el reemplazo de la enramada de las paredes por tapias francesas, ni tampoco el agregar tejas en los techos para mejorar su apariencia. Este tipo de techumbres se usó por primera vez hacia principios del siglo XVII, pero su costo era elevado, de manera que recién se generalizó un siglo después, a principios del siglo XVIII, cuando el uso del ladrillo ya fue cosa común (Furlong, 1946).

Los documentos históricos hablan de casas con dos o tres aposentos, o sala y aposento, mientras que en el resto del terreno había quintas de hortalizas o directamente nada. Los vecinos acostumbraban tener algún que otro animal doméstico (Torre Revello, 1957; Schávelzon, 1994). La mayor parte de las actividades domésticas, desde lavar la ropa, cocinar y hasta comer, se llevaban a cabo al aire libre —por lo general había un fogón ubicado al reparo de algún muro, contra la casa—, los niños jugaban libremente por los alrededores, los artesanos trabajaban y nadie se molestaba con los animales sueltos. De manera que con la excepción de los fríos meses de invierno —aunque no nevaba en la zona—, la familia prácticamente vivía afuera. Los límites entre los distintos lotes eran casi virtuales; eventualmente se plantaban tunas, se cavaban zanjas o se colocaban postes para demarcar los terrenos, pero en esos tiempos esto constituía un problema secundario; sólo se conocen

poquísimos casos de propietarios que llegaron a poner una pared alrededor de sus propiedades.

Al menos en la teoría la traza de la ciudad estaba definiendo un asentamiento de europeos, esto es, de blancos. La estructura de las viviendas para los no blancos no estaba tan bien definida: los africanos en situación de esclavitud solían compartir las casas patronales con sus amos u ocupaban un rancho junto a ésta, pero siempre dentro del mismo terreno. Es bien sabido que hubo terrenos cuyos dueños no los habían ocupado desde el repartimiento, por lo que probablemente fueron ocupados temporariamente con chozas modestas, particularmente en la zona sur de la ciudad. En las excavaciones realizadas en dicha zona, habitualmente constatamos en el estrato inferior, con fechamientos que van desde fines del siglo XVI hasta fines del XVII, la presencia de huesos dispersos de animales, cerámicas, hierro, vidrio y marcas de postes, resultado de una ocupación esporádica de los terrenos. La zona del Tercero del Sur permitió confirmar, a través de las excavaciones efectuadas en Defensa 751, San Lorenzo 392 y Perú 680, que dicha área, que se inundaba con frecuencia y que no gozaba de las preferencias de los europeos, fue usada de esta manera temporaria. Huelga decir que los indígenas vivieron fuera de la traza urbana y del ejido, al menos hasta el siglo XVIII.

Todos los temas que tienen que ver con la cultura material del primer siglo de vida de Buenos Aires aún están siendo estudiados por medio de excavaciones arqueológicas, puesto que tanto los contextos como los materiales de dicho período son muy escasos. Si nos referimos específicamente a la cerámica, hemos podido determinar una presencia baja de materiales puramente indígenas, cantidades más importantes de cerámicas criollas o mestizas y gran abundancia de cerámica importada, teniendo en cuenta que tomamos como indígenas a todos los objetos fabricados con las técnicas tradicionales, que mantienen la forma, la decoración y las funciones indígenas, aun cuando fueran



fabricados durante la colonia. Lo que llamamos mestizo, hispano-indígena o criollo, se refiere exclusivamente a los grupos de materiales que presentan indistintamente uno o la totalidad de estos rasgos, mezclados con las tradiciones africanas y/o europeas.

En Moreno 350 se excavó un pozo de basura fechado hacia 1630-1640, cuando Buenos Aires tenía 200 vecinos y una población de aproximadamente 1.000 habitantes. En el pozo se encontraron: 6 cerámicas netamente indígenas, 27 mestizas y 59 fragmentos de españolas, junto con 250 fragmentos de vidrios europeos, un cuchillo inglés, 2 fragmentos de cobre y gran variedad de materiales para la construcción, como ladrillos, tejas y piedras. Es decir que en un sitio ubicado dentro de la traza urbana donde blancos y criollos gozaban del privilegio de tener solares, la vajilla de la familia incluía un 88,46% de objetos traídos de Europa. Hasta el momento la arqueología coincide con la historia: el centro, la periferia y el ejido muestran un patrón concéntrico donde los tipos cerámicos, su calidad y el porcentual de cerámicas locales y extranjeras son inversamente proporcionales. Un siglo más tarde la ciudad estaba habitada por una gran variedad de tipos étnicos que formaban un inmenso mosaico humano, lo que cambió el patrón fundacional de una ciudad pensada únicamente para blancos, en un entorno en el que tenían cabida los no blancos. En cuanto al pozo de basura de la calle Moreno, nos llamó la atención que a las botellas, que en esos tiempos eran raras y costosas, se las hubiera roto para recuperar los picos de estaño, probablemente para reutilizarlos. Estas situaciones de coincidencia entre la riqueza y la pobreza no deben sorprender: el hecho de vivir en la periferia del Imperio implicaba a veces la abundancia de algunas cosas y la carencia total de otras.

Esta cultura blanca en América, rígidamente apoyada incluso por grupos que no eran totalmente españoles —para los nacidos en España, los criollos no eran peninsu-

lares—, con un alto porcentaje de europeos de otros orígenes entre ellos, es una buena expresión de la mentalidad fundacional. Un recuento de extranjeros realizado en 1619 muestra que de un total de 200 vecinos, había 42 portugueses, 2 flamencos, 1 florentino y 1 griego (A.Z., 1957). Esto fue cosa común a lo largo de los siglos aun cuando la Corona presionaba para que todos los extranjeros fueran expulsados, a lo que el Cabildo, por su parte, habitualmente se negaba. Los extranjeros eran los únicos dispuestos a realizar aquellos trabajos artesanales sin los cuales la vida urbana se hubiera hecho inviable. La presencia de extranjeros de distintos lugares de Europa fue un rasgo notable desde los muy primeros tiempos: Pedro de Mendoza había traído consigo hombres de mar y mercenarios hasta de Baviera y cuando la nave de León Pancaldo naufragó en estas costas traía a bordo medio centenar de comerciantes italianos (Konetzke, 1952). En 1569 la lista que Francisco Ortiz de Vergara le envió al Rey hacía mención de 76 no españoles para la región, entre ellos 11 portugueses, 2 ingleses, 5 flamencos, 2 bretones y 1 italiano; uno de los compañeros expedicionarios de Juan de Garay, además, era veneciano (de Gandía, 1931). A principios del siglo XVII, los propietarios del primer molino de harina eran flamencos; en 1607 tomaron la decisión de cerrar como consecuencia de la escasez de trigo, pero el Cabildo los obligó a continuar con lo suyo porque no había nadie más capaz de hacer el trabajo. Debemos tener en cuenta que desde 1587 las primeras exportaciones de la ciudad a Brasil consistían en harina, sebo, tasajo y lana, todo lo que implicaba una considerable labor manual que los españoles no estaban dispuestos a hacer.

En Santa Fe la Vieja, la ciudad gemela de Buenos Aires, hemos tenido oportunidad de estudiar una rica colección de cerámicas europeas del período comprendido entre 1570 y 1660; hay mayoría de fragmentos españoles pero no dejan de estar presentes los italianos como el Faenza

Compendiario, Montelupo policromo y Faenza blanco, el gres proveniente de Westerwald en el Rhin, el sgraffito de North Devon en Inglaterra y la cara porcelana Ming de China. No hace falta aclarar que tales productos estaban destinados al consumo de la elite urbana, pero hay un tema que la historia no ha podido aclarar tanto como la arqueología y que tiene que ver con la notablemente complicada interculturalidad que existía en las ciudades, en el corazón mismo de la sociedad blanca dominante. Lo que sucedía entre los africanos y los nativos debido a la multiplicidad de lenguas y variedad de orígenes, también sucedió entre los blancos. Con toda probabilidad, la llamativa variedad de tipos cerámicos contemporáneos está expresando precisamente el tema de la multiétnicidad.

Paralelamente al crecimiento lento de Buenos Aires, o tal vez por esta misma razón, se produjeron algunos hechos que tuvieron como consecuencia la modificación de la estructura urbano-regional establecida en el siglo XVI. Primero fue la fundación de Concepción del Bermejo en 1585, seguida por la de Corrientes en 1587, ubicada a mitad de camino entre Santa Fe y Asunción, lo que facilitó las relaciones con la región del Guayrá donde los jesuitas habrían de establecerse poco después. Asunción había dejado de ser una ciudad importante; más bien había quedado aislada en la selva, corroída por las luchas internas por el poder y sin caminos transitables para llegar a Potosí o a Lima, por todo lo cual ya no fue más un punto de escala sino el final de un camino. En 1680 Corrientes tenía 40 vecinos, Santa Fe 150 y Buenos Aires más de 200. Pero en 1700, Buenos Aires ya tenía una población que cuadruplicaba la de Santa Fe. Entretanto, por la ruta hacia Potosí transitaban cada vez más caravanas; Potosí era casi un espejismo para aventureros, artesanos, cazafortunas, vagabundos, vividores y gentes de todas las condiciones, llenas de esperanzas, que buscaban nuevas oportunidades después de la dura desilusión sufrida en el Río de la Plata.

Córdoba y Tucumán muy pronto pasaron a ser sitios de escala y proveedores de mulas de carga, provisiones y alojamiento para ese ir y venir constante de viajeros. Ya antes de las postrimerías del siglo XVI la yerba mate de las misiones y los vinos mendocinos también hacían el mismo recorrido (Garavaglia, 1983).

La pobreza seguía siendo marcada, pero más marcadas se estaban haciendo las diferencias entre los pobres y los pocos realmente ricos. En 1599 Alonso Muñoz expresó lo siguiente: “en esta ciudad no hay vino para decir misa, ni cera, ni aceite para alumbrar el santísimo sacramento, ni tafetán, ni otra seda, ni holanda, ni otro lienzo (...) ni hierro, ni acero para el servicio de las piezas de artillería (...) ni para las rejas de los arados y hoces para segar trigos, ni hachas para cortar leña y labrar madera (...), no hay ningún género de azúcar, ni miel, ni conservas ni otro regalo para los enfermos, ni papel para escribir (...) y generalmente faltan todas las cosas necesarias para el sustento y vestido del hombre” (Zabala y de Gandía, 1980:213). Por su parte, fray Sebastián Palla le escribía al Rey en estos términos: “no hay cuatro hijos de vecino que traigan zapatos y medias ninguno y cuál camisa” (Zabala y de Gandía, 1980: 212). El viajero holandés Heinrich Ottsen, cuyo barco estuvo anclado en el puerto en 1599, describió el tipo de población que vio: “pobres acabados que no tenían qué ponerse en el cuerpo y mostraban los dedos del pie que les pasaban por la punta del calzado” (1945:32).

Es probable que las descripciones distorsionaran parcialmente la realidad, exagerándola, porque en el primer caso Alonso Muñoz estaba solicitando una autorización para comerciar con Brasil, y en el último el viajero Ottsen no debe de haber tenido oportunidad de observar más que un reducido grupo de pobladores; en cuanto a su comentario sobre el calzado, evidentemente no conocía la tradicional bota de potro. Con todo, estas descripciones no se alejaban mucho de la verdadera situación por la que pasaba

buena parte de los habitantes de la ciudad, si bien también existía ya un muy pequeño grupo de españoles inmensamente ricos. Hay inventarios de las posesiones de algunos de estos últimos que incluyen objetos muy especiales, como vajillas completas de plata y variedad de objetos de oro.

Aunque los expedicionarios europeos han aseverado una y otra vez que Buenos Aires estaba rodeada por desiertos, la ciudad en realidad estaba ubicada en un área donde no había asentamientos indígenas estables pero sí un movimiento humano intenso. Por un lado, los indígenas estaban marcando una línea que por los siguientes dos siglos iba a delimitar su frontera con los territorios del hombre blanco, jugando simultáneamente un papel importante en la región: como repartidos en las estancias, como proveedores —cuando se acercaban a vender caza y alimentos— y por supuesto como enemigos, cuando atacaban para defender su territorio. Buena parte de este llamado desierto estaba ocupado por europeos o criollos dueños de campos, quienes introdujeron cambios en cuanto al uso de los recursos hídricos, de los bosques, de la tierra misma y también de las vaquerías, cuando recorrían la región a caballo para cazar vacunos sueltos. Con el tiempo, esto dio lugar al crecimiento de una masa humana que habitaba por los alrededores, en las afueras del ejido y en el medio de la nada, compuesta por africanos, indígenas y criollos cuyo único rasgo en común era el de ser marginales a todos o a alguno de esos grupos. De esta forma el llamado *desierto* cobraba cada vez más vida, creándose una apretada red de relaciones económicas y sociales; la ciudad parecía no estar demasiado al tanto, pero estas relaciones existían. Y la expresión material de lo que acabo de decir quedó plasmada en las cerámicas criollas que a partir del siglo XVII se comenzaron a producir, cada vez en mayor escala, en las afueras de la ciudad. Lo llamativo es que Buenos Aires —a diferencia de Santa Fe— nunca produciría su propia cerámica; sólo hacia fines del siglo XVII comenza-

ron a fabricarla, aunque en muy pequeñas cantidades, al menos hasta que la industria lo hizo hacia 1880.

En el año de 1617 se produjo un hecho significativo para Buenos Aires: España tomó la decisión de dividir los territorios del extremo sur del continente, designando las nuevas gobernaciones de Paraguay con Asunción como ciudad capital, y del Río de la Plata con sede en Buenos Aires. Esto le dio a la ciudad un estatus más importante dentro de la estructura española de administración. Otro cambio importante en la estructura regional comenzó a cobrar cuerpo hacia 1610, cuando los jesuitas se asentaron en la región selvática donde habitaban los guaraníes, en Paraguay o Guayrá, como también se la llamaba. Este proceso se inició como resultado de la división territorial entre regiones a evangelizar; en el corto plazo produjo la creación de uno de los sistemas económicos más sofisticados jamás desarrollados en América del Sur, con capacidad para competir en términos de poder y organización con el mismo Imperio español. La base de esa importante estructura económica se apoyaba en el establecimiento de misiones en las que habitaban indígenas establecidos en nuevos poblados urbanos y en una economía centrada en la yerba mate. Los indígenas usaban la yerba para preparar una infusión que más tarde se llamó “el té de los jesuitas”, cuya utilización, al principio, no contaba con la aprobación de éstos. Pero al comprender el potencial que representaba ese cultivo fueron cambiando gradualmente de actitud. Los jesuitas, así lograron domesticar la planta dando inicio a su producción masiva en extensas plantaciones en las que trabajaban miles de indígenas bajo un sistema de manse-dumbre no esclavista pero absolutamente obligatorio. Pocos años más tarde las misiones ya producían suficiente yerba mate para satisfacer la demanda de los territorios comprendidos entre Lima y Santiago de Chile, creando una fuente de poder y riqueza sólo comparable a la de las regiones mineras. Ese polo de desarrollo, independiente de

las redes de caminos y del comercio español, estaba ubicada en el área comprendida entre Corrientes y Asunción, desde donde los voluminosos atados de yerba eran transportados por tierra y agua a Buenos Aires primero, para después seguir viaje a Tucumán, Chile, Potosí y hasta más al norte inclusive. Esta redistribución, al estar centrada en Buenos Aires, constituyó un factor adicional para restarle poder a Santa Fe y colocarla en una situación desventajosa (Garavaglia, 1983). Según algunos cronistas, en 1600, en Asunción, el consumo anual por persona de yerba mate era de 345 kilos; si bien esta cifra es exagerada, da una idea de la importancia del producto en la región.

En los dos siglos que siguieron y bajo la dirección de los jesuitas, los guaraníes constituyeron la mano de obra de los edificios públicos de Buenos Aires —los jesuitas fueron sus arquitectos—; también los reclutó el ejército y su presencia numérica en la ciudad siempre fue importante. Hasta finales del siglo XVIII los tipos cerámicos indígenas e hispano-indígenas típicos de Buenos Aires fueron producidos precisamente por este grupo étnico, que con el tiempo comenzó a introducir formas, técnicas de manufactura y funciones europeas en sus vasijas tradicionales. Los guaraníes inclusive llegaron a producir imitaciones de platos Creamware con cerámica local de grano grueso, baja cocción y pintada de rojo.

Una vez fundada Buenos Aires y establecidos sus pobladores —es decir, apenas iniciada la construcción de ranchos y caseríos en los lotes de terreno—, los vecinos decidieron fletar a España un primer navío con productos locales, como para iniciar actividades comerciales. Aun cuando el proyecto parecía promisorio, el primer barco español cargado con toda suerte de productos tardó tres años en llegar a Buenos Aires, y en los años que siguieron el movimiento anual controlado no pasó de un barco que partía y otro que llegaba. Quedaba claro que esperar que el comercio llegara de España no era la herramienta ade-

cuada para producir los beneficios buscados y en este punto comenzaron a perfilarse otras posibilidades: Buenos Aires podía ser un centro comercial de intermediación. La posibilidad de comerciar con Brasil, cuestión que no fue posible abordar antes de la anexión de Portugal a España, puso a la ciudad en el centro de un intenso movimiento comercial que crecía día a día. En las costas brasileras atracaban naves de Holanda, Portugal y de toda Europa; las mercaderías llegadas a los puertos de Brasil podían ser introducidas ilegalmente a Buenos Aires para más tarde ser redistribuidas en Tucumán y hasta en Chile. A su vez Buenos Aires les compraba harina a Córdoba y Santa Fe, textiles al norte y yerba mate a Paraguay. La organización para la agricultura y la ganadería —de la que se ocupó Santa Fe en sus inicios— pasó a segundo plano, porque ahora lo que hacía falta era obtener las correspondientes autorizaciones de comercio para regularizar la situación. Estas empresas comerciales, tanto legales como ilegales, habían cobrado una importancia tal que, hasta 1620, el gobierno español ya había enviado varios comisarios con el encargo de poner fin o al menos desalentar el contrabando.

Por suerte para la ciudad (puesto que España no tuvo más remedio que enviar refuerzos y fondos adicionales), el pirata Francis Drake, en 1578, había hecho su aparición por el río; de 1582 a 1584 Edward Fenton también incurrió por la zona y John Drake había naufragado frente a las costas uruguayas. En 1586, un pirata inglés destruyó el primer gran embarque de mercaderías importadas que iban destinadas a Tucumán —operación que había sido organizada por el obispo Vitoria—, y para 1592 Cavendish ya representaba una permanente amenaza para el puerto. Pasados algunos años el peligro desapareció por completo; no obstante España consideró necesario mantener una fuerte dotación militar en la ciudad a la que financiaba en su totalidad.

Finalmente, los pobladores de Buenos Aires cayeron



en la cuenta de que las operaciones de importación y exportación llevadas a cabo desde y hacia Brasil podían producir pingües ganancias, incluso trayendo africanos en situación de esclavitud a precios bajos. Que podían aprovechar la presencia de los holandeses que ya llevaban cierto tiempo mercadeando en el área para encargarles el transporte desde y hacia Europa de los distintos productos. Estas transacciones, que implicaban muchísimo dinero para una ciudad tan pequeña, contradecían el volumen de mercaderías que se importaban legalmente y que eran en realidad pocas y de precios muy altos. Pero el contrabando no había hecho que los precios bajaran, de manera que sólo un grupo muy reducido de gran poder adquisitivo podía consumirlas; el resto de los pobladores era gente modesta que planteaba sus quejas por no poder comprar telas para vestidos y otros productos indispensables, básicos, para vivir con cierta dignidad. Por desgracia, casi todos los documentos disponibles de la época relacionados con las necesidades de la población son los que acompañaban las solicitudes de ampliación del marco legal para el libre comercio; con esto quiero decir que están llenos de exageraciones que ponen en duda el conjunto de la información.

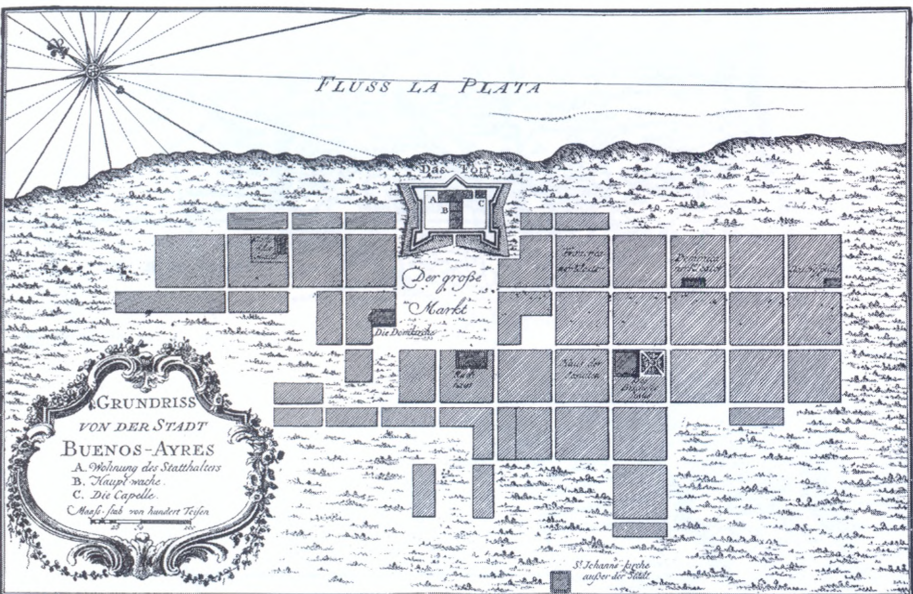
La presión ejercida desde Lima, Arequipa y Portobelo se sumaba a la de Sevilla, puesto que todas esas ciudades se enfrentaban a un potencial competidor que podía poner en peligro su estructura fuertemente monopolizada: en 1592 el virrey, en Lima, prohibió todos los embarques de plata a Brasil y España que no fueran entregados a través de las rutas tradicionales, y al año siguiente directamente prohibió todo comercio con Brasil, medidas que en 1594 fueron reafirmadas por la misma Corona española. Las razones abundaban: se esgrimían argumentos que iban desde la reglamentación impositiva hasta el control de la inmigración ilegal. En realidad la discusión tenía que ver con un tema mucho más importante, a saber, si había razones que justificaran la existencia de la ciudad o no. En 1622 se estable-



BUENOS AIRES A FINALES DEL SIGLO XVI: un pequeño puerto en el fin del Atlántico que la fantasía transformó en misteriosa entrada al nuevo continente. (Biblioteca Nacional)

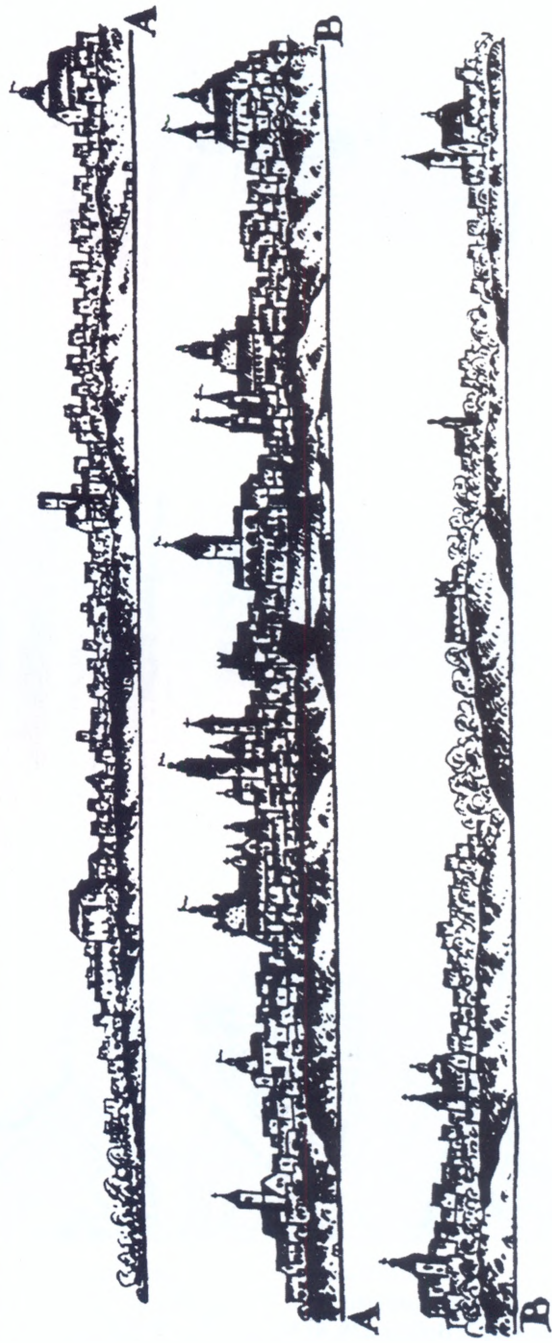


Vista de Buenos Aires como una ciudad costera sobre la barranca; grabado de Silvio Ferreira da Silva de 1748. (del Carril y Aguirre Saravia 1982:119)

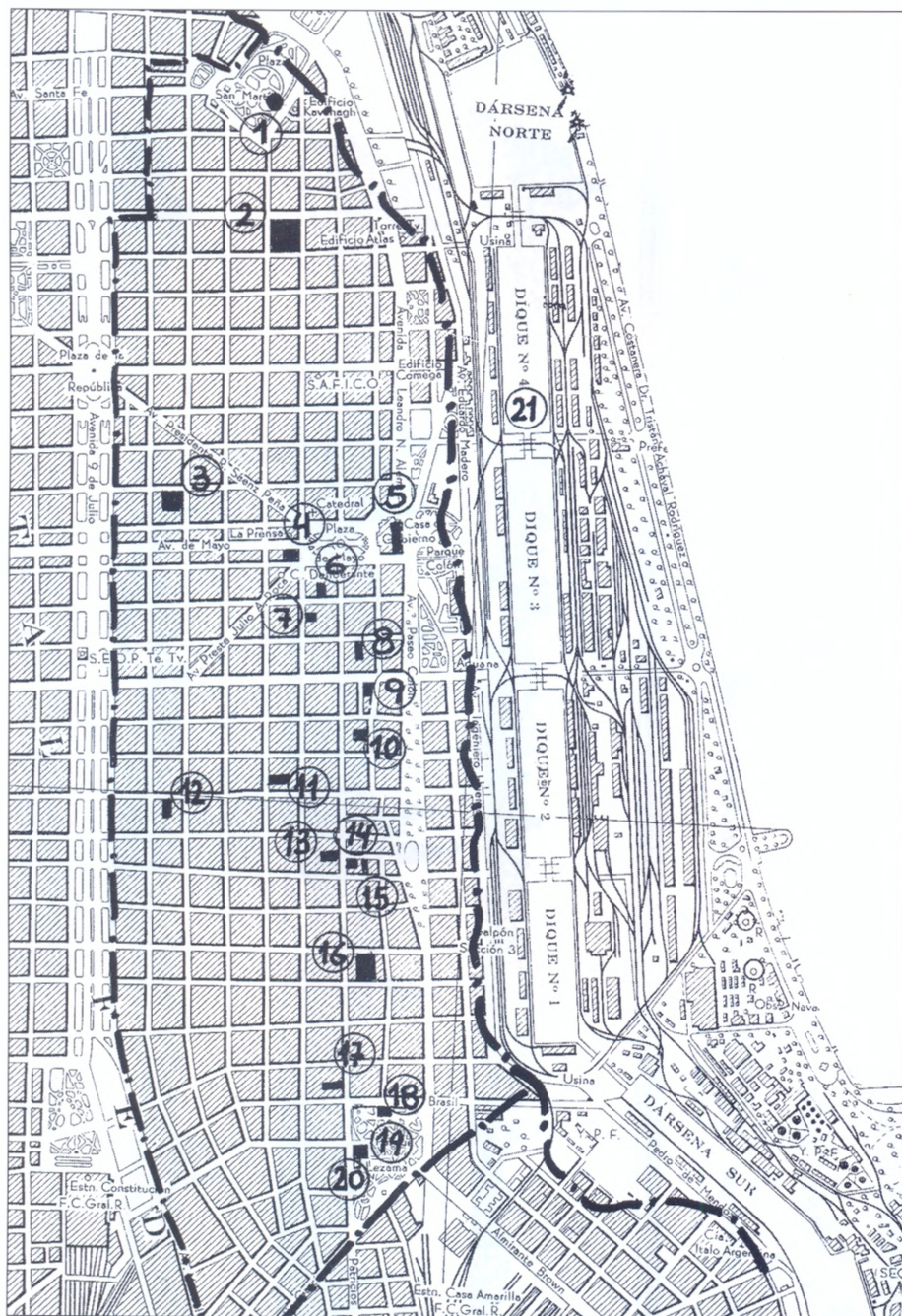


Plano de la ciudad publicado por François Xavier Charlevoix en 1756; el autor sólo mostró las manzanas totalmente edificadas, visión que contrasta con la tradición española de cartografía que completaba las manzanas en formación. (Biblioteca Nacional)

*Prospectiva de la Ciudad de Buenos Ayres mirada desde el Amanecer de dicha Ciudad*



Dibujo de la ciudad hecho por José Antonio Puigral, tal como era vista aún en 1770: desde el agua y con una topografía irregular (del Carril y Aguirre Saravia 1982: 122).



EDIFICIOS Y SITIOS EXCAVADOS EN EL CENTRO DE LA CIUDAD: 1) Plaza San Martín, 2) Galerías Pacífico, 3) Plaza Roberto Arlt, 4) Cabildo, 5) Casa de Gobierno y ex-Aduana Taylor, 6) Alsina 455, 7) Bolívar 238, 8) Moreno 350, 9) Balcarce 433, 10) Balcarce 531, 11) Perú 680, 12) Chile 830, 13) Defensa 751, 14) San Lorenzo 392, 15) San Lorenzo 345, 16) Iglesia y Residencia de San Telmo, 17) Defensa 1469, 18) Casa Barriles, 19) Parque Lezama, 20) Museo Histórico Nacional, 21) Puerto Madero, dique 4.



LO QUE EL SUELO CUBRE: excavación de la bóveda de un pozo de desagüe en H. Yrigoyen 3450; los pozos han sido los mejores contenedores de basura histórica ya que fueron prohibidos y cerrados en toda la ciudad en 1894.



LO QUE EL SUELO CUBRE: pileta recubierta en azulejos franceses contruida en 1875 para la primera Clínica de Hidroterapia en la ciudad, rellena para edificar encima hacia 1900; excavada en H. Yrigoyen 3450.



*Pulpería de Buenos Aires*, cuadro de Leon Pallière de 1858, mostrando la cultura material de las clases bajas; botellas de vino de forma redondeadas y de ginebra cuadradas, bacinicas de loza, algunos vasos y aún en uso las antiguas botijas de aceite de Sevilla. (Biblioteca Nacional)



*Pulpería de Buenos Aires*, grabado de César H. Bacle de 1834, se observan los objetos de la vida cotidiana de la periferia de la ciudad. Nótese las variantes en las pipas y ropas de afros y criollos.



EL TRABAJO COTIDIANO DE LA ARQUEOLOGÍA URBANA: clasificación y restauración de miles de fragmentos de cerámica caribeña excavados en Balcarce 433, parte de una vajilla descartada en 1850.

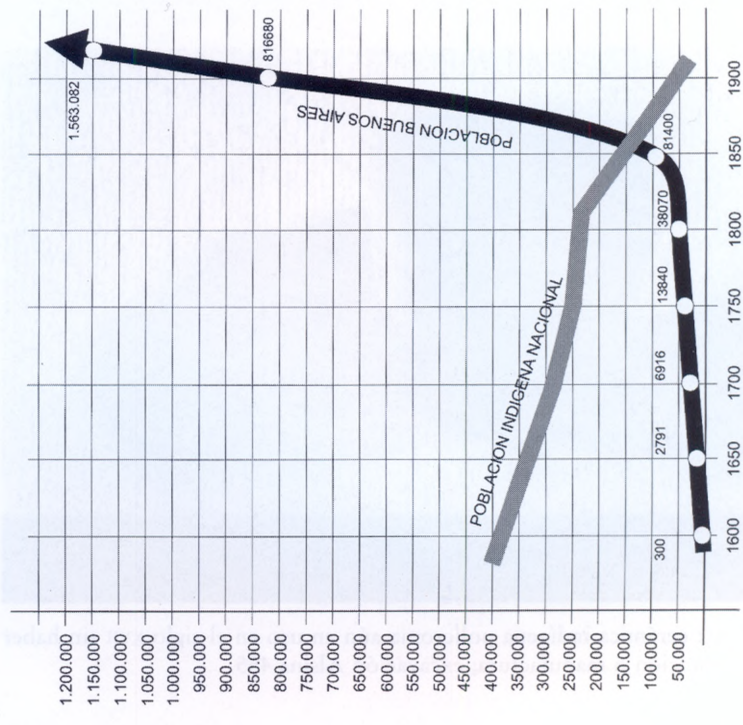
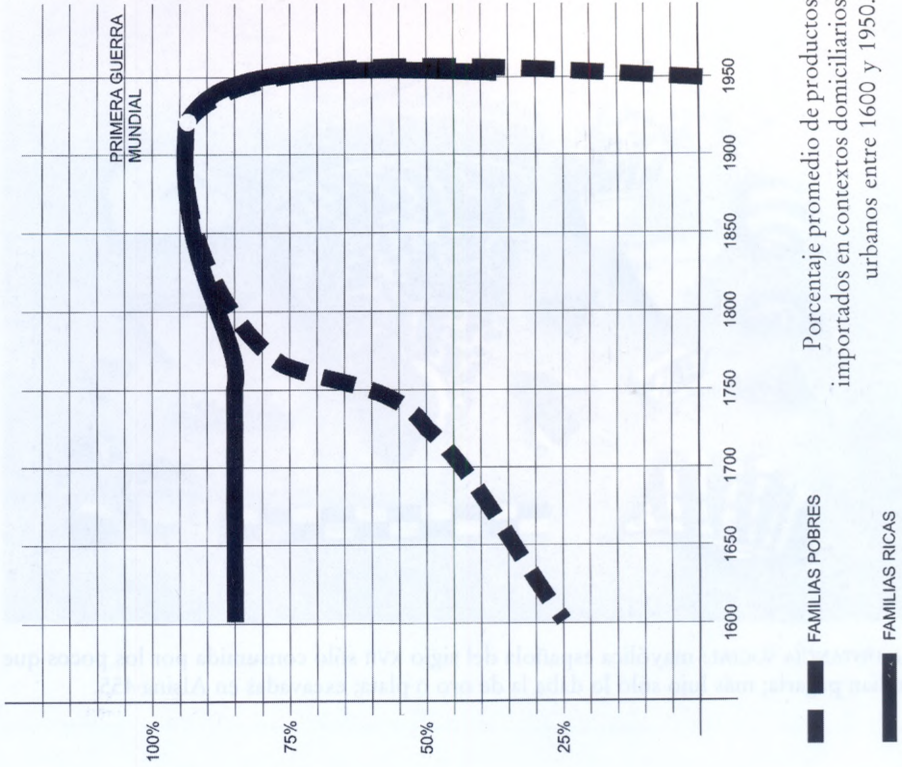


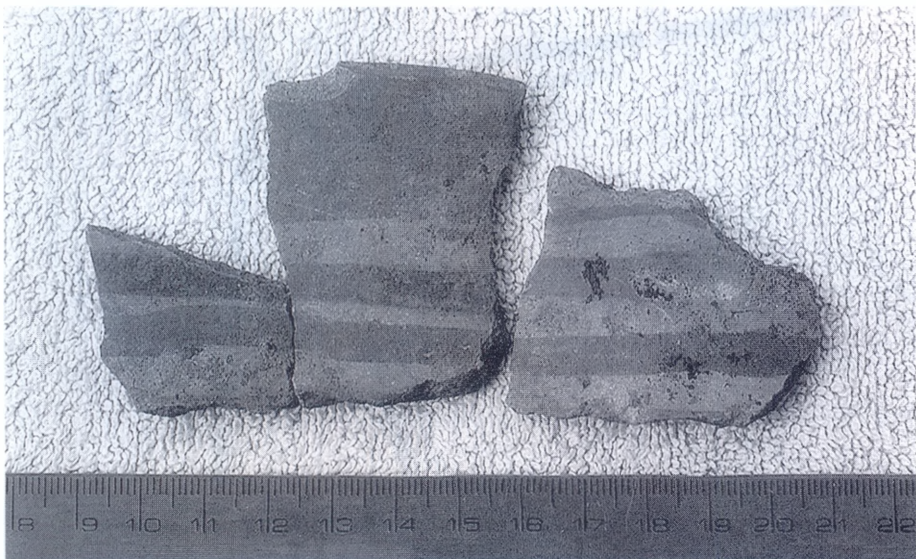


LA CULTURA MATERIAL INDÍGENA EN LA CIUDAD: cerámica guaraní con la superficie decorada de finales del siglo XVI, excavados en Alsina 455.



LA CULTURA MATERIAL INDÍGENA EN LA CIUDAD: manos de piedra usadas para moler maíz en morteros planos, siglo XVII, excavados en Perú 680.

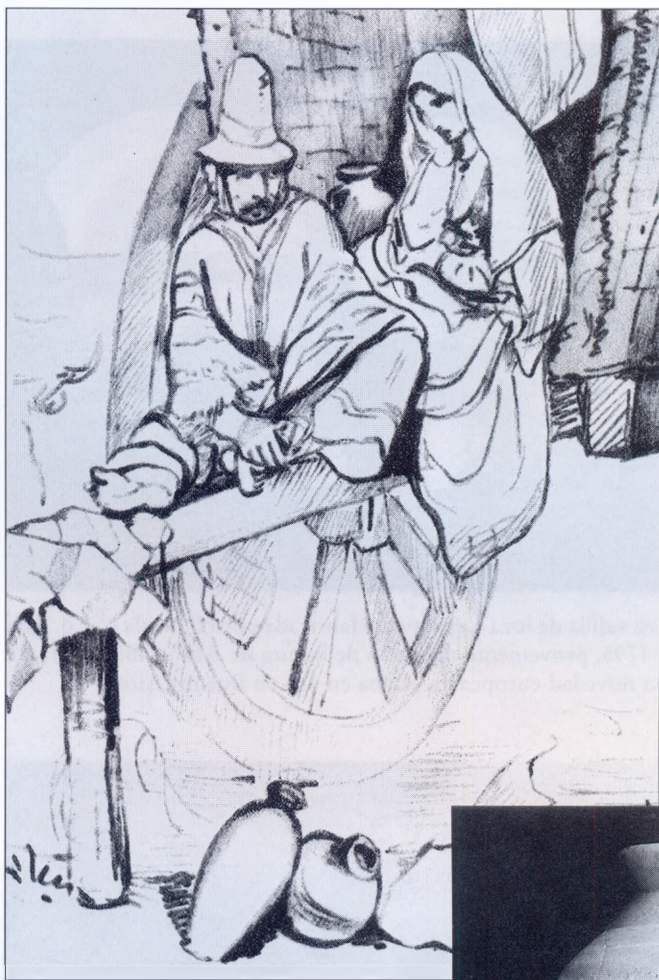




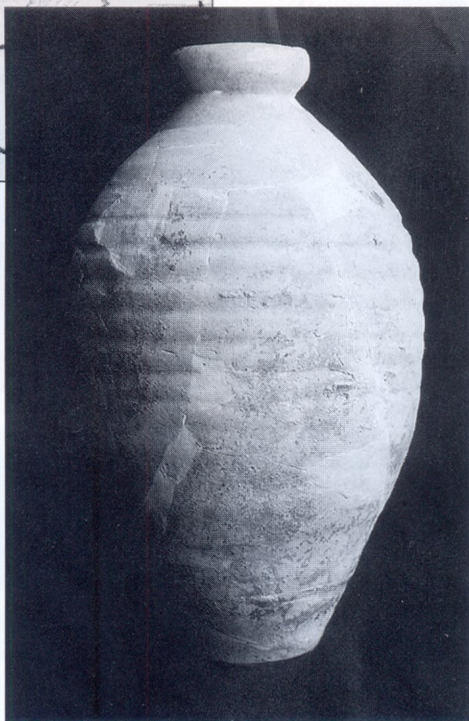
LA DISTANCIA SOCIAL: cerámica indígena polícroma aún en uso en el siglo XVII sin haber variado formas, decoración o manufactura; excavación Alsina 455.

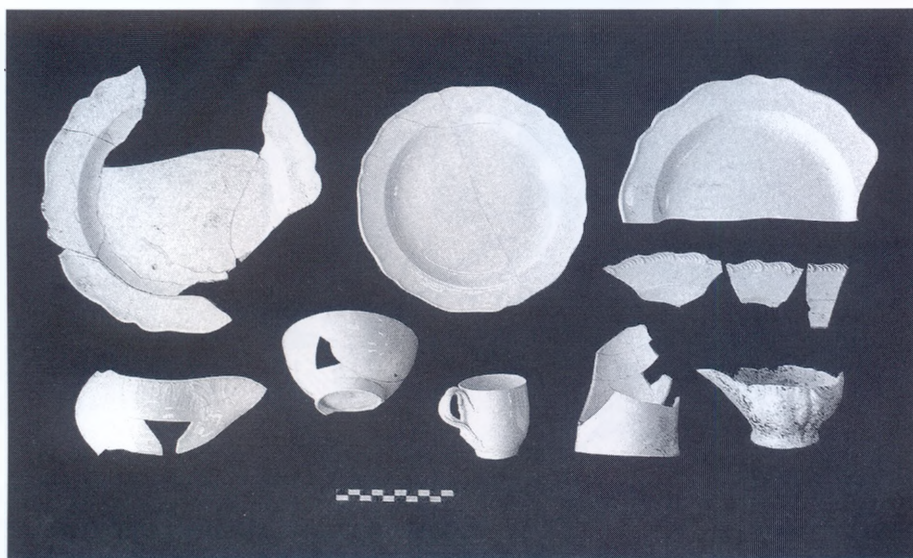


LA DISTANCIA SOCIAL: mayólica española del siglo XVII sólo consumida por los pocos que podían pagarla; más lujo sólo lo daba la de oro o plata; excavadas en Alsina 455.



LA CONTINUIDAD EN LA POBREZA: dibujo de Moritz Rugendas *Familia en carreta* de 1845, mostrando varias antiguas botijas sevillanas aún en uso; botija similar excavada en Balcarec 433 en un basural de obreros fechado para 1845/50. (Staatliche Graphische Sammlung, Munich)





LUJOS REALMENTE EXÓTICOS: vajilla de loza Creamware fabricada por H. Neale & Co. para Wedgwood, entre 1786 y 1795, proveniente del pozo de basura de Alsina 455 (1801 -ca. 1820); la última y más cara novedad europea ya estaba en uso en Buenos Aires.



LO EXÓTICO COMO SUPUESTO LUJO: plato inglés de fabricación masiva hacia 1850 con un paisaje de castillo europeo, muy a gusto de las clases medias; excavado en H. Yrigoyen 3450.



LA ESTABILIDAD BURGUESA: platos Pearlware azules habituales en la ciudad desde 1800 hasta la actualidad, símbolo de lo permanente y la tradición; excavación de San Lorenzo 392.



LOS CAMBIOS DEL GUSTO BURGÜÉS: loza polícroma Pearlware de una sopera, muy al gusto de la mitad del siglo xix desapareció rápidamente hacia 1880; excavado en San Lorenzo 392.



LOS CAMBIANTES SÍMBOLOS DEL PODER: moneda de Potosí en forma de corazón de 1732 con las armas reales; escudo de gorro de funcionario público de la nueva república hecho en bronce; Alsina 455 y H. Primo 832.



LOS CAMBIANTES SÍMBOLOS DEL PODER: el destino final de un conjunto de cintas con la inscripción VIVA LA SANTA FEDERACIÓN fue el pozo de basura de Humberto Primo 832.



LA VAJILLA QUE NO SE MUESTRA: conjunto de bacinillas de uso doméstico; de arriba hacia abajo se ven las usadas desde 1750 hasta 1900; excavadas en Alsina 455 y Bolívar 238.



LA VAJILLA QUE SE MUESTRA: conjunto de mesa y sus bacinillas haciendo juego del tipo habitual a mitad del siglo XIX; excavado en Bolívar 238.





LOS OBJETOS PERDIDOS: pequeños artefactos de la vida diaria que se quedan entre los ladrillos y baldosas del piso, siglos XVIII y XIX.

ció en Córdoba una Aduana Seca cuyo tarea consistía en impedir el traslado de mercaderías hacia el norte; más adelante se la trasladó a Jujuy —ciudad fundada en 1593—, aunque ninguno de estos subterfugios dio resultados positivos, porque a diario los contrabandistas encontraban nuevas rutas que les permitían sortear esos controles. En 1623 las autoridades llegaron a tomar la medida extrema de intentar prohibir el uso del dinero metálico en Buenos Aires.

Sin pérdida de tiempo y conscientes de la debilidad de su sistema económico improductivo, los habitantes de Buenos Aires solicitaron autorización para la entrada de navíos de registro, barcos que podían entrar y salir del puerto con un permiso especial y sujetos a controles severos, que al menos les acercaran lo indispensable para la subsistencia. Esto era lo que se estilaba en las zonas marginales de América y se otogaron varios permisos en distintas oportunidades; el problema fue que la ley se violaba repetida y ostensiblemente. El Cabildo normalmente otorgaba a todos los habitantes por igual el permiso para exportar frutos del país, pero muchos comerciantes les compraban a otros estos permisos y embarcaban a Europa mercadería que no coincidía en absoluto con las declaraciones aduaneras. Y a su vez, cuando los barcos regresaban a Buenos Aires, llegaban cargados con productos no permitidos. Nadie podía dudar de que la carga llevada a Europa era plata no sellada proveniente de Potosí.

Durante el cambio del siglo XVI al XVII, el movimiento portuario controlado promediaba una llegada de barco cada dos meses, las operaciones ilegales continuaban y había sólo esporádicas autorizaciones, pero el cálculo no es exacto, puesto que las naves ya tenían atracaderos escondidos, desembarcaban en la orilla opuesta del río o en sitios profundos en las cercanías de la ciudad, desde donde llevaban el contrabando directamente en grandes carretones ya que Buenos Aires no tenía murallas ni puertas que limitaran su acceso. Durante dos siglos, el puerto, que en realidad no

había sido construido y no era más que un simple amarradero, estuvo en el centro de la escena: las autoridades de América y España se contradecían, y a menudo otorgaban permisos y autorizaciones que posteriormente eran cancelados, como consecuencia de los muy diversos cambios o intereses de turno. Hacia 1590 las ganancias producidas por el contrabando de africanos y las mercaderías que entraban clandestinamente por el río y se mandaban a Tucumán, llegaban a ser de doce a quince veces más altas que las sumas invertidas originalmente.

Si bien durante algunos años las autoridades se negaron a apañar el contrabando y hasta lo combatieron —como fue el caso de Hernandarias, yerno del fundador Garay—, tanto en Buenos Aires como en Santa Fe, la política oficial varió con el cambio de siglo. Con la construcción del fuerte, su guarnición y sus autoridades, comenzó la complicidad de los militares y el gobierno mismo, con lo que el negocio de la intermediación se fortaleció y pasó a rendir mayores ganancias; además, representaba una alternativa atractiva para hacer fortuna sin trabajar la tierra (Molina, 1966; Moutoukias, 1988). El campo por su parte, que no estaba eficientemente explotado y carecía de apoyos oficiales, era poco más que un territorio reducido en términos de extensión, había cambiado muy poco desde los días de la conquista y los aborígenes lo sostendrían en guerras sin cuartel. Buenos Aires no tenía un verdadero *hinterland* —la llamada *campana*—, a diferencia de las demás ciudades del territorio; éste sería otro de los dinamizadores de un proceso económico altamente eficiente y diferente al del resto de las ciudades de la región, que dio por tierra con el peligro potencial de que la ciudad desapareciera.

Para hacer un relato más completo de la situación general, debemos agregar que en 1630 España se debatía en medio de una profunda crisis económica y tenía su flota muy debilitada; esto les dejó el camino libre a los holandeses, que ya no tuvieron que enfrentar obstáculos para

apropiarse de los mercados de Brasil y del Río de la Plata. La primera descripción minuciosa de la ciudad fue escrita en 1662 por los hermanos Massiac, originarios de Francia (Molina, 1955a); la primera vista de la ciudad es una acuarela pintada en 1628 por el holandés Johannes Vindboons (Hardoy, 1991), y el primer mapa que mostraba en detalle la situación geográfica de la ciudad en relación con el río también fue dibujado por un holandés, Heinrich Ottsen, en 1599 (1945). Paralelamente, la pluriétnicidad de las clases bajas y la multinacionalidad de los grupos blancos se hicieron más marcadas. Y esto es lo que refleja la cultura material, la arquitectura y los objetos de uso cotidiano en la ciudad. Buenos Aires era muy particular y por más de un siglo tuvo un carácter totalmente diferente al de otras ciudades cercanas, como Santa Fe, Asunción, Corrientes o Córdoba.

Buenos Aires entraba en el siglo XVII asomada al borde de un abismo: todavía estaba por verse si sus habitantes iban a poder consolidar la estructura económica de contrabando e intermediación; si no, con toda probabilidad, la ciudad no tendría futuro. La otra alternativa, que en esos tiempos quedaba fuera de toda discusión, era la de trabajar duramente tanto en el campo como en la ciudad. Pero entre los grupos de poder, de eso ni se hablaba.

## LA CIUDAD COLONIAL: COMO EN UNA EUROPA POBRE, AUNQUE NO DEL TODO IGUAL (1620-1810)

Hacia los inicios del siglo XVII Buenos Aires ya estaba fundada, su estructura física interna había sido delimitada, los solares, las chacras y las estancias ya se habían distribuido, y los pocos indígenas que quedaban se habían repartido. Los espacios públicos, aunque virtuales, también existían: el Cabildo, las iglesias y conventos, el Fuerte, la Plaza Mayor y la residencia del gobernador, aunque no

eran más que construcciones modestas con techos de paja y ocasionalmente de tejas. Las calles eran sucias, fangosas y estaban mal trazadas, y los bordes urbanos habían quedado desdibujados debido a la no ocupación de muchos terrenos y a la apropiación ilegal de otros. Algunos vecinos eran propietarios de viviendas más grandes, otros habían edificado almacenes o pulperías, casas de trueques y carnicerías; la Plaza Mayor funcionaba como mercado abierto, por lo que en la zona había olores desagradables, barro y animales muertos por doquier; la plaza funcionaba también como punto central del intercambio económico y social de la comunidad. El Cabildo tenía un pobre edificio donde las autoridades sesionaban de tanto en tanto, a pesar de la falta de comodidad y de la amenaza constante de derrumbe; la Catedral no era más que un rancho grande que debía ser reconstruido una y otra vez, aunque esto no perjudicaba el poder temporal de los religiosos. Los conventos eran cambiados de lugar permanentemente: los dominicos nunca se habían sentido complacidos con el lugar que les otorgara Garay y como corolario de complicadas negociaciones finalmente obtuvieron un lote en la Calle Mayor, cerca de donde estaban los franciscanos. Los jesuitas, que llegaron más tarde, consiguieron para sí la manzana ubicada entre la Plaza Mayor y el Fuerte, que nunca había terminado de ser ocupada por sus propietarios y que terminaron por desocupar ellos también casi de inmediato. Para los visitantes y viajeros, evidentemente Buenos Aires era vista como una modesta ciudad de blancos, un asentamiento español en América; para sus pobladores, la ciudad constituía el último confín del Atlántico y bastión de Europa, aunque la multiétnicidad de sus habitantes ya estaba apuntando hacia otra dirección.

En los primeros tiempos la organización por manzanas no estaba demasiado bien definida: los propietarios solían invadir las calles con sus construcciones, los franciscanos tuvieron un prolongado litigio por haberse apropiado de

calles y manzanas que no les pertenecían, hubo que obligar a los dominicos a que retiraran de la ciudad sus rebaños de ovejas que dejaban pastar con toda libertad, y en 1608 la ciudad completa, al igual que las estancias, fueron vueltas a trazar. Éste fue, para la época, un emprendimiento urbano de proporciones que implicó redireccionar la ciudad y su *hinterland*. La regularización de las manzanas recién se completó a principios del siglo XIX (de Paula, 1985). Pero la vida en la ciudad y su periferia era de estrecheces, tal vez no tan dramáticas como surge de los documentos históricos, pero queda claro que la comunidad no era rica, ni en dinero ni en posesiones. Había tierra más que suficiente, pero eso no era demasiado importante: la explotación agropecuaria era casi inviable debido a la falta de mano de obra indígena y al alto precio de los africanos traídos como esclavos; en cuanto a la ganadería, qué objeto tenía en un país de vaquerías gratis, al menos para esos años. El comercio legal o ilegal era una fuente de riqueza al igual que las explotaciones de cuero y sebo, pero de todas formas un gran porcentaje de la población vivía en la pobreza. Obviamente los parámetros de la riqueza no eran los mismos en el siglo XVI que en nuestros días, tema que Eugene Lyon (1992) explicó suficientemente, pero las declaraciones según las cuales se veía gente blanca envuelta en cueros por carecer de telas, la inexistencia de hierro para fabricar arados y el hecho de que ya algunos españoles hicieran trabajos manuales, son hechos que indican una necesidad extrema; había excepciones, pero pocas (Fitte, 1980).

Hacia 1650, una de las ventajas de la ciudad tenía que ver con la notable abundancia de ganado vacuno en los alrededores. Allí, y debido en parte a las cacerías de ganado, había comenzado a crecer una población marginal y no sedentaria mezcla de distintos grupos étnicos y culturales, que oficiaba informalmente de intermediaria entre los indígenas y los blancos; no eran indios pero tampoco eran

blancos y por aquellos tiempos ésta era una definición en sí misma. De manera que se iba generando una vida de frontera en las fronteras del Imperio, con enfrentamientos, conflictos y alternativas para quienes buscaban esquivar el sistema represivo de la comunidad blanca. Se iban estableciendo sofisticados mecanismos de comercio para las mercaderías importadas y los cueros, con los comerciantes urbanos en un extremo y los indios del desierto en el otro. No tenían un contacto real sino que actuaban a través de intermediarios, pero con todo, la situación ayudó al desarrollo de un mercado siempre creciente para los productos europeos.

A principios del siglo XVII el ganado era gratis: no había más que atraparlos, cuerearlos y vender todo, si es que aparecía algún comprador para la carne. La mayoría de las veces el ganado se mataba por el sebo o para vender los cueros en el extranjero; era un recurso natural que se reproducía solo, como las aves y los peces. Por mucho tiempo fue habitual referirse a los cueros como si se tratara de algún mineral: era cuestión de buscarlo y extraerlo; probablemente, de no haber existido esta fuente inagotable de carnes rojas, la ciudad se hubiera vuelto inviable para muchos habitantes pobres del siglo XVII. Pero la situación cambió a fines del siglo XVIII: en 1787, Félix de Azara, quien estaba a cargo de delimitar las fronteras entre España y Brasil, describió el problema de esta forma: "...que a mediados de este siglo estaba exhausto este precioso mineral de cueros y no habiendo ya ganados alzados en las pampas se vicieron los bárbaros en una especie de precisión de robar el manso" (Azara, 1943).

En 1749, el jesuita Pedro Parras escribió que había días que se mataban dos mil toros y novillos por su cuero y su sebo, mientras que la carne quedaba abandonada en el campo. Para el consumo de la ciudad se llegaban a faenar hasta quinientas vacas por semana (Parras, 1943:133), pero se descartaba la sangre, las cabezas, las patas, el hígado y

otras entrañas. En 1719 otro jesuita, el padre Antonio Betshon, escribió azorado que su guía indio mataba una ternera para cada comida (1946:34). Si hacemos una comparación entre estas cifras y las que se manejaban en Europa, tenemos que el movimiento de vacunos en las regiones norte y central del continente llegaba a las 400.000 cabezas por año en el siglo XVI, mientras que en la gran París se vendían menos de 70.000 cabezas anuales (Braudel, 1984:156). Solamente en Buenos Aires —sin incluir el *hinterland*— se faenaban por año al menos 25.000 cabezas para alimento de la población. Además, hacia fines del siglo XVIII se mataba más de un millón de bovinos para abastecer de cueros a los mercados extranjeros, en tanto que la carne mayormente se desperdiciaba. Todo aquel que posea una clara noción del valor que tenían los alimentos en otras regiones del continente, como Perú o México, verá que en gran medida la supervivencia de Buenos Aires fue posible gracias a esta abundancia de carne, no sólo en los primeros tiempos sino también a lo largo de la crisis del siglo XVII.

El valor de un cuarto de res oscilaba entre 2 y 4 reales, siendo la ternera de la mitad de precio; una lengua —que junto a las ubres eran las partes más apetecibles del animal— costaba un promedio de medio real durante el siglo XVII (Romero Aguirre, 1957). Si lo comparamos con el ingreso diario más bajo en la ciudad, el del peón, que era precisamente de 2 a 4 reales, el de un albañil que iba de 4 a 8 reales, y el de un obrero especializado como los calafateros que llegaban a ganar 18 reales por día, es fácil calcular que la alimentación cárnica era de costo casi nulo. Es por eso que, en comparación, otros productos de la canasta familiar resultaban tan caros, como el pan, que se llevaba hasta el 40% del gasto diario (Gelman, 1998:23).

La arqueología muestra que la dieta era bastante más compleja de lo que los cronistas viajeros describían. La noción de una dieta excluyente fue planteada por los europeos que no daban crédito a lo que veían, en especial en los



inicios del siglo XIX, y eso pasó a la historia común y luego al mito. Es lógico; a los ojos de un europeo se trataba de cantidades de carne impensables e inconcebibles, pero en la lectura arqueológica desde poco antes de 1650 tenemos un pozo de basura que mostró huesos de oveja y vaca en una relación 1 a 3 (Silveira, 1995; 1996). También los estudios de fauna han mostrado lo rica y variada que era la dieta, en especial en aves silvestres y caza, aun para finales del siglo XIX: perdices, torcazas, lagarto, pavo, cuis, armadillo, martinetas, cerdo, pollos, gallinas y hasta avestruz, son sólo parte de lo cotidiano en el ámbito urbano. En cuanto a la alimentación en granos y verduras, la nueva historia económica muestra la misma tendencia al interpretar la documentación (Garavaglia, 1991; Gelman, 1998).

En cuanto a la ciudad, parecía que la grave crisis española del siglo XVII no había afectado significativamente su crecimiento; hacia 1650 ya había pobladores que tenían más de cuarenta africanos trabajando como esclavos; entre 1620 y 1680 la población creció de 1.100 habitantes a poco más de 5.000. Esto puede parecer mucho, pero en el mismo período Córdoba había incrementado en veinte veces su número de habitantes. Aun cuando seguía creciendo, en términos generales la ciudad aún era pobre y modesta: todavía era la ciudad-puerto más austral del Atlántico, atrapada en medio de dos conflictos; uno, ser una frontera que debía ser vigilada y el otro, ser una periferia que a nadie importaba, con un puerto que generaba riqueza para unos y pobreza para otros.

Uno de los motores que dinamizaron la existencia de la ciudad y ayudaron a su consolidación y crecimiento fue el surgimiento de conflictos con los portugueses en Uruguay. La fundación de Colonia del Sacramento ocurrida en 1680, tuvo lugar en el marco de crecientes conflictos armados; España recuperó Colonia del Sacramento y el territorio pasó a ser entonces la nueva cabecera del contrabando en la otra margen del río. Ya fuera desde Brasil o Europa,

los productos llegados allí se transportaban luego a Buenos Aires en grandes barcazas. Las autoridades no pudieron poner fin a este nuevo sistema de contrabando (suponiendo que en efecto desearan hacerlo), ya que los botes de fondo plano se escabullían por entre los cientos de islas del delta y descargaban la mercadería en cualquier sitio que desearan de las extensas costas. Cada vez más, el río se transformaba en un elemento de unión y no en un límite territorial; era una frontera que alternativamente se abría o se cerraba, dependiendo de cuál de los dos imperios invadiera, pero esto no afectaba en lo más mínimo a los contrabandistas y sus viajes de ida y vuelta continuaron sin interrupción. Algunos años más tarde se fundó Montevideo y la ciudad experimentó el mismo crecimiento repentino que Buenos Aires en el siglo XVIII; desplazó entonces a Colonia y un siglo después pasó a ser la capital de un nuevo país: Uruguay.

Todos estos conflictos hicieron necesario el fortalecimiento de la plaza militar porteña, por lo que a partir de 1670 llegaron soldados en forma ininterrumpida. En 1674 se unieron a la guarnición 330 nuevos hombres de armas con el consecuente incremento de la comunidad blanca; estos hombres muy pronto comenzaron a jugar un papel importante en la vida de la ciudad, que fue mucho más allá del tema estrictamente militar. Los enfrentamientos con Portugal pusieron de manifiesto la debilidad de la estructura económica de Buenos Aires; cada vez que los residentes portugueses estuvieron a punto de ser expulsados de la ciudad aparecía una decisión de última hora que los autorizaba a permanecer en ella, porque constituían una fuerza laboral sumamente valiosa: entre ellos había cerrajeros, plateros, carpinteros, herreros, tejedores, escultores y pintores, para mencionar sólo algunos de los tantos oficios que practicaban. En 1715 había cerca de 500 milicianos en la ciudad y en 1776 ese número había aumentado a casi 7.000, que financiaban tanto Madrid como Lima. El papel

que este ejército jugó en la ciudad, como más tarde se verá, fue de gran importancia durante el siguiente siglo sobre todo en relación con las guerras contra Portugal: Colonia del Sacramento fue capturada o entregada a los españoles por medios diplomáticos en 1705, 1762 y 1777, y a los portugueses en 1683, 1756 y 1764.

La presencia de intereses no españoles en la ciudad era cada vez más notoria, al igual que la presencia efectiva de extranjeros. El mercado de africanos esclavizados pasaba alternativamente de las manos de los ingleses a las de los portugueses, los franceses y los españoles, y desde la ilegalidad los holandeses jugaron un papel crucial en el contrabando y comercio de estos grupos. Junto con estos embarques, otras mercaderías llegaban de todas partes del mundo: hierro de Suecia, cuchillos de Flandes, telas de Ruán, grabados de Europa central, bacalao de Noruega, ginebra de Rotterdam, cristales de Bohemia, aceite de Sevilla, arados de Inglaterra, cuero repujado para muebles de Rusia. Es verdad que muchos de estos productos seguían viaje hacia otras ciudades pero muchos otros no, lo que ha representado una contribución importante para la variada cultura material de la vida cotidiana cuya presencia hemos comprobado por medio de la arqueología. Existen algunas listas de cargamentos que en su momento fueron confiscados por el gobierno: uno de ellos, de 1719, incluía ítem indispensables como armas, cerveza, aguardiente, pólvora, cera, lienzos de algodón, porcelana china, arroz, cuchillos, espejos, tabaco, vestimenta y muchos otros objetos. En cambio, otra lista de 1727 se refería a objetos claramente de lujo: limpiadientes, telescopios, peinetas de carey, marfil, diversos bastones, cajas de rapé, calcetines de hombre y medias de mujer —inclusive de seda—, saleros, espadines, chinelas, pañuelos de seda, indianas con flores de oro, galones de plata, relojes de plata y sombreros finos, entre otros elementos que sin duda eran suntuarios (Villalobos, 1986:34).

El crecimiento y desarrollo de la ciudad alentó la presencia de artesanos de todo tipo como los zapateros, sombrereros, albañiles y otros, actividades en las que los africanos y los portugueses se destacaban; también hubo algunos médicos ingleses. Y entre los extranjeros, con el rótulo indistinto de “portugueses” había un número importante de los llamados *marranos* provenientes de distintos países europeos, conversos de origen judío que habían sido forzados a abandonar su fe por las persecuciones religiosas (Kellenbenz, 1971; Chaunu, 1955; Goslinga, 1983). Hacia fines del siglo XVIII sólo el 24% de la población blanca masculina, aun cuando muchos eran criollos, practicaban algún oficio.

En la ciudad, la actividad mejor organizada y la que producía mayores dividendos era el comercio, ya fuera legal o ilegal. En los últimos años los historiadores han llegado a la conclusión de que en realidad no había diferencias substanciales entre una y otra forma de comerciar, ya que ambas se llevaban a cabo de la misma manera, a través de los mismos agentes y con el consentimiento y participación de los autoridades locales (Molina, 1966; Moutoukias, 1988). Este sistema se organizaba a base de un sofisticado mecanismo en el que convergían necesidades reales, corrupción, y la connivencia entre civiles, militares y gobierno, todo perfectamente estructurado bajo la férrea vigilancia de la oligarquía local que controlaba la administración pública. En realidad y debido al hecho de que la ciudad y su fuerte eran viables en parte gracias al comercio ilegal, España no se mostró demasiado preocupada. No sólo se recaudaban grandes sumas de dinero sino que había fondos suficientes para sostener la guarnición, para pagar las expediciones militares y para la vigilancia de las fronteras. La Corona consideraba prioritario que Lima mantuviera sus privilegios, pero no estaba en situación de darse el lujo de despoblar la entrada al continente por el Atlántico; de esta contradicción se nutrió el desarrollo de la ciudad, lo mismo que de la existencia del asentamiento portugués

de Colonia del Sacramento en la otra orilla del Río de la Plata. El contrabando, las autoridades corruptas, la connivencia de los militares, los administradores y la oligarquía fueron las herramientas que posibilitaron sostener a Buenos Aires, hacerla crecer y desarrollarse, y más tarde jugar un papel preponderante en la región. Los dineros en plata para estas operaciones continuaban llegando desde Potosí; como consecuencia, las economías de ambas regiones mantenían lazos tan estrechos que hubiera sido imposible romperlos sin arriesgarse a un colapso total.

Otro factor importante que tuvo que ver con el crecimiento y consolidación de Buenos Aires —en medio de la grave crisis española del siglo XVII—, fue el intercambio comercial con las misiones jesuíticas. En 1644 la población en las misiones era de unas 24.000 personas; para 1702 prácticamente se había duplicado, rozando los 49.000 habitantes, y durante el siglo siguiente se mantuvo en los 50.000. Estos centros productores de yerba mate, cerámicas, artesanías de todo tipo, arte religioso, instrumentos musicales y libros, eran al mismo tiempo los más importantes consumidores de mano de obra esclavizada en toda la región. Es cierto que la estructura económica de este sistema de misiones, dispersas a lo largo y a lo ancho de un territorio muy extenso, no podía posibilitar un desarrollo ilimitado, pero para Buenos Aires —donde estaba la Procuraduría de las Misiones— constituía un factor altamente dinamizante. La producción de yerba mate recorría dos caminos importantes: hacia Bolivia, Perú y Chile, donde los jesuitas manejaban sus propias operaciones, y por el Pacífico hasta Panamá, donde el comercio estaba en manos de comerciantes independientes. Ambos grupos mantenían un muy dinámico intercambio a larga distancia de distintas mercaderías: en 1798 Buenos Aires llegó a recibir más de 305.000 arrobas de yerba. De allí que no sea extraña la presencia en la región no sólo de objetos europeos sino de cerámicas de México, Panamá y Perú. Esta red internacional

estaba íntimamente relacionada con la red de caminos que se iban abriendo en el territorio: hacia Mendoza para obtener vinos y aguardiente; hacia el Tucumán para telas y mulas, y hacia el norte, por los ríos Uruguay y Paraná, llegaban cueros, yerba, madera, tabaco y cal.

No hay que perder de vista que la ciudad no tenía un puerto propiamente dicho, o sea que no había ni construcciones ni instalaciones adecuadas donde llevar a cabo los trabajos de carga y descarga con la excepción de la boca del Riachuelo, donde podían amarrar barcos de pequeño y mediano porte únicamente. Las naves más grandes debían fondear a una milla de distancia frente a la ciudad desde donde se iban aproximando botes, caballos y más tarde carros de altísimas ruedas para descargar las mercaderías. Y tampoco hay que perder de vista que Buenos Aires nunca tuvo murallas o puertas que permitieran el control de la llegada o salida de mercaderías y además, que existían otros puertos naturales mucho mejores en las áreas cercanas, como los de Olivos más al norte o Quilmes más al sur.

La presencia indígena en las cercanías, por lo menos hasta 1620, no se hizo notar ni produjo conflictos dignos de mención: ambas partes respetaban la frontera. La comunidad urbana entendía que constituían un reducido grupo de blancos en un inmenso territorio controlado por los aborígenes y actuaban en consecuencia. El primer movimiento expansivo fuera de los límites originales hizo presión sobre la línea de fronteras, sobre todo a causa de las vaquerías. A su vez, los indígenas hacían retroceder a los nuevos colonos rurales, con el agravante que para entonces montar a caballo ya era cosa habitual en ellos, dándoles una nueva gran ventaja. Los aborígenes también estaban sufriendo un proceso de cambio que venía dándose al sur de Buenos Aires en la actual provincia de La Pampa: la araucanización del territorio, un fenómeno producto de la migración desde Chile de numerosas y nuevas comunidades indígenas: los mapuches. En Buenos Aires no se es-

taba al tanto de estos movimientos, que más tarde provocarían serios conflictos y hasta guerras entre los aborígenes y los blancos (Martínez Sarasola, 1992). Para los porteños del siglo XVII, la zona natural hacia la cual buscaban expandirse era la banda oriental, la orilla opuesta del río, y hacia allí fueron, descartando otras áreas al sur o al oeste. Sin embargo, esto se modificaría con la fundación de Montevideo mucho más tarde y el enorme esfuerzo realizado por sus habitantes para no depender de Buenos Aires —cosa que lograron—, de manera que la expansión de los porteños daría un nuevo giro hacia el sur.

La cerámica arqueológica y en general toda la cultura material del siglo XVII que se ha observado presenta rasgos que indican ya una fuerte presencia europea, mayormente española, un porcentaje medio de materiales que podríamos llamar mestizos —ya que no eran criollos por cierto—, y una presencia escasa de artefactos de origen africano e indígena. ¿Es éste un reflejo preciso de la incidencia que cada grupo social tuvo en la ciudad? Me inclino a pensar que los materiales culturales estudiados tienen poco que ver con el número de personas que compuso cada grupo y que más bien están relacionados con la importancia de éstos en la vida cotidiana: por ejemplo los africanos, que constituyeron un 25-30% de la población en el siglo XVIII están representados por mucho menos del 10% de las cerámicas encontradas.

Por otro lado, hay un tipo cerámico que expresa correctamente la doble estructura de las rutas comerciales y es el panamá policromo, que se produjo en esa ciudad entre 1600 y 1650. Este tipo fue hallado en Buenos Aires y en Santa Fe la Vieja y entró casi con certeza por el Atlántico, aunque también se lo encontró en Catamarca, Mendoza y Neuquén, adonde fue introducido por el oeste vía el océano Pacífico. La mayoría de las cerámicas encontradas que corresponden al siglo XVII son españolas, a pesar de la presencia de otras de distintos orígenes europeos. La tradi-

ción talaverana que se expresó en el tipo ichtuknee azul sobre blanco homogeneizó todo el territorio hasta el siglo siguiente.

Hacia 1650 la sociedad estaba claramente dividida desde el punto de vista social y los rasgos distintivos de cada grupo se expresaban en la arquitectura, la decoración y los bienes personales. En 1657 un viajero contó que “las casas de los habitantes de primera clase están adornadas con colgaduras y otros ornamentos y muebles decentes, y todos los que son de situación regular son servidos en vajilla de plata” (du Biscay, 1943:18). Se trataba de un comerciante que venía a la ciudad para vender “sederías, cintas de hilo, agujas, espadas, herraduras y otros artículos de fierro, herramientas de todas clases” (1943:15); pero tengamos presente que este comerciante vendía su mercadería en una ciudad sin puerto y con prohibición de comerciar, y para peor, venía de un país tradicionalmente enemigo de España.

Durante la primera mitad del siglo XVII la ciudad tuvo un crecimiento lento y de vez en cuando los conquistadores solicitaban a España el envío de nuevos inmigrantes “para mejorar la sangre”; para aquellos que seguían pensando desde el punto de vista de un conquistador, la mestización sólo podía significar una regresión social (García, 1955). En 1657 la ciudad tenía 400 casas, mientras que Santa Fe tenía 25 y Potosí 4.000; este crecimiento continuo se mantuvo hasta que comenzaron a darse importantes cambios demográficos y económicos hacia mediados del siglo XVIII: en 1744, la ciudad tenía 10.056 blancos, 188 aborígenes, 99 mestizos, 1.150 africanos, 330 mulatos y 221 pardos. Para 1778 estas cifras habían aumentado a 24.083 blancos, 524 aborígenes, 627 mestizos, 3.837 africanos, 2.997 mulatos y 1 pardo (Ravignani, 1919).

En los inicios del siglo XVIII la exportación de cueros era una actividad regular; esto, junto con el consumo intenso de carnes rojas, resultó en la extinción del ganado cimarrón. En consecuencia, surgió la necesidad de crear es-



tancias, establecimientos rurales donde criar ganado metódicamente y llevar a cabo una explotación más racional. Por todo esto la tierra se revalorizó y sus dueños pasaron a ocupar un lugar más importante desde el punto de vista social; cualquiera podía transformarse en un noble con la explotación del campo, algo que en el siglo XVI hubiera sido absolutamente impensable. Una gran masa de cazadores de ganado cimarrón y arrieros poco a poco se fueron transformando en peones de estancia, y gracias a su trabajo y al nuevo sistema, para la década de 1720 ya se exportaban casi 200.000 cueros al año. Rápidamente, inmensas extensiones de tierra pasaron a las manos de unos pocos dando origen a los latifundios que caracterizaron al campo bonaerense por los siguientes dos siglos. Por supuesto hubo extensas regiones con pequeñas propiedades, pero nunca llegaron a tener el peso necesario para gravitar en el mercado ni en la administración del Estado.

La explotación organizada de las estancias produjo una fuerte reacción en la población indígena del entorno, ya casi araucanizada en su totalidad. Como respuesta a la invasión de sus territorios por parte de los blancos, los indígenas lanzaban sus malones una y otra vez, ataques que los blancos repelían con las malocas, arrasando las tolderías a sangre y fuego. Todo esto generó un estado de guerra casi permanente en las fronteras, creando la necesidad, en 1716, de establecer un primer fortín en Arrecifes para controlar la situación. Desde entonces, los blancos tomaron como política habitual establecer fortines en líneas que lentamente iban avanzando sobre territorio indígena, forzando a éstos a retroceder. Esas tierras eran el hogar de multitud de “vagos y malentretidos”, como se los llamaba en la época, que seguían cazando ganado —tuviera o no dueño— y aceitando los engranajes de un movimiento comercial constante a lo largo de la frontera.

Durante el siglo XVIII la ciudad sufrió grandes transformaciones, debidas mayormente al crecimiento abrupto

que provocaron circunstancias distintas pero relacionadas entre sí: las nuevas políticas económicas de los Habsburgo, nueva casa reinante en España, que apuntaban hacia el desarrollo de un mercantilismo capitalista cada vez más intenso y liberal; una lenta apertura del puerto con la debida autorización para comerciar libremente —proceso que se completó en 1776—, y la creación en 1777 del Virreinato del Río de la Plata con la presencia de un virrey y su corte. Otra circunstancia que tuvo algo que ver con todo esto fue la gradual disminución de la producción de plata en Potosí y la consiguiente modificación de la estructura del comercio regional norteño. Con la desaparición de este centro de consumo tan tradicional, fue necesario construir una nueva red para la circulación de los productos, mejor adaptada a un territorio que había cambiado en forma notoria; las condiciones que prevalecieron en el siglo XVI habían sufrido cambios profundos. La proclamación del Virreinato por Pedro de Cevallos, quien había conquistado Colonia con una flota de 9.000 hombres, trajo aparejado el logro de que la plata potosina saliera oficialmente del continente por Buenos Aires y ya no más por Lima, y además que se recibiera el mercurio español para tratar dicho metal. Más tarde se abolió la aduana de Córdoba y quedaron sin efecto casi todos los impuestos y prerrogativas monopólicas preexistentes. En 1729, la nueva ciudad de Montevideo se fundó en la orilla opuesta del río y se creó una estructura económica similar a la de Buenos Aires, basada en el contrabando y la exportación de cueros. Por lo tanto, a raíz de la presencia de ese nuevo polo competidor, hubo que acelerar los procesos de cambio de Buenos Aires. Montevideo llegaría a ser la capital de todo su *hinterland* con un crecimiento notable para el siglo XIX temprano, sin que su competidora Buenos Aires lograra quitarla de en medio. El desarrollo de Colonia del Sacramento quedó truncado y la ciudad se mantuvo como estaba, sin cambios significativos, por los siguientes dos siglos.

El cambio en la economía porteña ya venía produciéndose desde la década de 1740, con el siempre creciente comercio de los cueros. Buenos Aires y sus alrededores ya no eran meros intermediarios sino exportadores de sus propios productos, con una demanda cada vez mayor de los países extranjeros, junto con el sebo y las grasas; desde 1650 no se había visto un aumento semejante en los pedidos. Esto ayudó a que Buenos Aires se emancipara de la antigua relación de dependencia que tenía con Potosí y Lima; un logro importante, si se considera lo que ocurrió con la explotación de las minas de plata en Potosí (Segreti, 1987; Villalobos, 1986). El número de cueros que salieron por el puerto habla por sí solo: durante el primer cuarto del siglo XVIII las exportaciones representaron aproximadamente 75.000 cueros por año; para fines de la década de 1750, los cueros exportados treparon a 150.000 por año; en 1778 fueron 800.000, y en 1783 la cifra se elevó a 1.400.000 unidades.

Como el puerto había sido autorizado y los productos ingresaban sin dificultad, Buenos Aires pronto estuvo en condiciones de abastecer los mercados internos de Córdoba, Tucumán y toda la región litoraleña hasta Asunción. Era una gran masa de consumidores que ahora sí podían comprar esos mismos productos que antes no estaban a su alcance por ser traídos desde Lima o contrabandeados en el territorio; la gente ahora podía comprar directamente y a precios razonables. En el litoral, las nuevas estancias ganaderas proveyeron grandes cantidades de cueros para la exportación, y a éstas había que sumar todas las otras, cada vez más grandes, que iban apareciendo al sur de Buenos Aires. A los aborígenes se los iba haciendo retroceder constantemente, de a poco pero con firmeza. Las luchas se intensificaron, pero invariablemente el blanco ganaba terreno y se asentaba.

La desaparición de Potosí como consumidora masiva de productos regionales e importados y el simultáneo de-

terioro de los caminos, produjo un impacto difícil de evaluar en las economías sudamericanas. El libre comercio, junto con las circunstancias ya mencionadas, resultaron en el colapso de las manufacturas del interior: los vinos de Europa resultaban más baratos que los de Mendoza o San Juan, siendo que los europeos no pagaban los impuestos exorbitantes a los que estaban sujetos los dueños de viñedos aquí; las telas de Catamarca no eran competencia para los telares ingleses, y para 1790 Inglaterra ya se había alzado con todos los mercados de la región, seguida de Francia y Alemania. La carne salada, única industria nueva que se pudo promover por aquellos años, pasó a ser uno de los productos regionales para la exportación más importantes y se vendió muy bien en el Caribe (Oddone, 1982). Al mismo tiempo el comercio negrero creció como nunca antes, representando una ventaja adicional en los importantes cargamentos de contrabando que ingresaban en el país; por su parte y gradualmente, España, que se desgastaba en guerras constantes y absurdas, fue perdiendo la posibilidad de manejar el comercio a larga distancia, al tiempo que disminuía su capacidad de control sobre las colonias americanas.

En 1806 y 1807 se produjeron dos invasiones inglesas contra Buenos Aires en un afán de hacerla colonia de Inglaterra, pero después de cruentas batallas los ingleses fueron expulsados. De todas formas, los barcos repletos de mercaderías produjeron un fuerte impacto sobre una sociedad aburguesada y ávida de los nuevos productos ofrecidos por la Revolución Industrial. Estas invasiones contribuyeron a eliminar el control ya exiguo que España ejercía sobre el Río de la Plata, de forma tal que se reemplazó a las autoridades españolas con gobiernos locales y poco más tarde se dio inicio a las guerras de independencia que signaron la siguiente década. Es interesante mencionar que cuando la flota inglesa llegó a Montevideo en 1806, había varios otros barcos en puerto: 11 de Portugal,

16 de los Estados Unidos, 2 de Dinamarca y 1 de Prusia (Villalobos, 1986:88). Las ansias de consumo crecían a medida que los grupos socialmente altos acumulaban más y más riqueza, lo que se expresaba en viviendas cada vez más amplias y objetos suntuarios cada vez más caros. Algunos de estos objetos de lujo pasaron a formar parte de la vida cotidiana, como fue el caso de la platería de uso hogareño.

La presencia de plata en los hogares de la ciudad, gracias a la gran provisión que no cesaba de llegar de Potosí, significaba que aunque se trataba de objetos caros —si bien no prohibitivos—, mucha gente estaba en condiciones de adquirirlos; además, había diferentes calidades y precios. Un estudio llevado a cabo con más de 1.400 testamentos e inventarios que abarcaban un período de treinta y cuatro años, puso de manifiesto la existencia de 4.979 alhajas de plata y otros 15.977 objetos varios, también de plata (Porro y Barbero, 1994). Las cifras totales llaman la atención, aunque se trataba en su mayoría de objetos pequeños como hebillas de cinturón, botones o cubiertos de mesa, pero más del 90% de los tenentes sólo contaban con objetos de peso y valor mínimos.

Para 1810, cuando comenzaron las revoluciones independentistas, Buenos Aires ya era un mercado totalmente europeizado que muy poco se diferenciaba en su cultura material de cualquier otra colonia inglesa, salvo por la mayor presencia de productos europeos. Por ejemplo, durante esos años llegaron barcos cargados con mercaderías de Rusia, Dinamarca, Holanda, Bremen, Suecia y Hamburgo (Kellenbenz, 1966), y a esta lista habría que sumarle los que llegaban de los Estados Unidos trayendo fundamentalmente harina, y los muchos foceros que cazaban focas y lobos marinos en las islas más australes del continente. Hacia 1643 la ciudad albergaba un 16% de extranjeros, porcentaje que disminuyó durante el siguiente siglo. El censo de 1804 indica que los extranjeros sumaban 475 individuos, entre ellos 250 portugueses, 108 italianos, 57

franceses, 29 norteamericanos, 15 ingleses, 8 irlandeses, 2 eslavos (¿de Rusia?) y uno de Alemania, Escocia, Bohemia, Suecia, Dinamarca y Hungría, respectivamente. El total de la población urbana ascendía a 41.281 habitantes, lo que hace más significativo el porcentaje de extranjeros en el total de blancos de la ciudad.

De las importaciones ingresadas en la ciudad en 1825 el cónsul inglés hizo el siguiente cálculo: 51,11% venían de Inglaterra, 11,50% de los Estados Unidos, 12,14% de Brasil —mayormente productos reexportados desde Europa—, y lo demás correspondía a Francia, al norte europeo y a otros países. La arqueología por su parte muestra esta realidad de una sociedad sin duda importadora, pero también muestra qué importante era España en relación con algunos productos: las cerámicas de Triana, por ejemplo, no podían faltar en las mesas de los porteños, lo mismo que los bacines de Sevilla para debajo de las camas y las macetas de Talavera para los balcones, y esto continuó hasta 1850 a pesar de los fuertes sentimientos antiespañoles que prevalecieron después de la Independencia. Antes de la emancipación, Mariano Moreno se preguntaba por qué razón España se oponía al libre comercio, cuando en la ciudad, las nueve décimas partes de la mercadería no eran españolas: “Hoy en día el que mira con recelo el comercio con la Gran Bretaña no puede ser un buen español”.

El censo efectuado en 1744 es indicativo de las actividades de los vecinos blancos: el 100% del comercio y las pulperías o almacenes de ramos generales estaba en manos de gente no nacida en la ciudad, mientras el 95% del comercio de productos regionales era local; la totalidad de los oficios y artesanías correspondía en un 69,10% a extranjeros, como los portugueses, españoles, franceses, escoceses e irlandeses. Todos los otros trabajos no manuales estaban, en idéntica proporción, en manos de los locales: 31%, mientras que el resto correspondió a otras regiones o países (Guerín y otros, 1988). Nuevamente, esto indica

el importante papel que personas llegadas de otros sitios jugaron en la ciudad.

Durante el siglo XVIII Buenos Aires cambió ostensiblemente, pasando de ser una gran aldea a ser una verdadera ciudad para la época. Después de la construcción del Fuerte se levantaron varias otras obras públicas como el nuevo Cabildo en 1729, el Teatro de la Ranchería en 1782, el Consulado en 1790, la Recova en 1803 y las sucesivas construcciones de la Catedral, a la que hubo que rehacer y reparar varias veces. También se construyeron otras iglesias y conventos de gran envergadura, como los de Santo Domingo, San Ignacio, San Francisco y La Merced. Los 22.000 habitantes que la ciudad albergaba en 1770 habían pasado a ser 40.000 para 1800. A comienzos de la década de 1820 la ciudad y su entorno más próximo ya tenían 260 tiendas y 500 pulperías, formando un centro de actividad comercial que se iría consolidando paulatinamente y que llegaría como tal hasta el siglo XX. También fue durante el siglo XVIII que se construyó la primera gran obra a escala urbana, la Alameda, un amplio paseo público frente al río, para solaz de la nueva burguesía. Simultáneamente pasaron a definirse los primeros barrios, tomando como punto de partida las parroquias y los cuarteles militares que dividían la ciudad: estas entidades habían servido para aglutinar la población a su alrededor en grupos coherentes y fáciles de identificar, y aún hoy definen el sistema de barrios.

En cuanto a la política, los cambios más significativos ocurrieron después de 1810 con el proceso de la Independencia y sus guerras. Éste no es el ámbito para discutir un proceso tan complicado en su generación, desarrollo y consecuencias futuras, pero se lo puede comprender como parte del proceso que hemos visto hasta ahora: Lima o Potosí dejaron de ser los centros más importantes de Sudamérica y Buenos Aires pasó a ocupar ese lugar. La situación económica, al igual que la correlación de poder, se había revertido: ambas ciudades quedaron relegadas dentro

de la nueva estructura regional y el sistema de producción y comercio; los caminos se estaban derrumbando y lo mismo pasaba con esos territorios que hasta entonces habían sido tan importantes. El cierre del mercado económico en Paraguay causado por la expulsión de los jesuitas y por las guerras de la Independencia también contribuyeron para quebrar la estrecha relación que hubo alguna vez entre Buenos Aires y la región de los antiguas misiones jesuíticas, ayudando así a la reorientación de Buenos Aires hacia su puerto. Hasta mediados del siglo el país sufriría los estertores del sistema que se derrumbaba, constantes guerras, la secesión de muy extensos territorios —Paraguay, Uruguay, Bolivia—, y la reorientación de la economía exportadora hacia Buenos Aires.

## LA “PARÍS” DE AMÉRICA (1810-1880)

Durante la primera mitad del siglo XIX Buenos Aires experimentó un crecimiento acelerado. El centro se densificó notablemente y el precio de los terrenos subió, por lo que las viviendas precarias y pobres ya no tuvieron cabida en la zona. Asimismo, los lotes continuaron subdividiéndose hasta llegar al octavo de solar, medida que quedó establecida como la dimensión más habitual. Hacia los bordes la ciudad siguió extendiéndose en la dirección que marcaban las cuadrículas originales, excepto en algunos puntos en que a causa de la topografía era imposible evitar los quiebres. El proceso de rectificación de las manzanas se volvía cada vez más estricto al igual que la homogeneización de fachadas y esquinas. Paulatinamente, la heterogeneidad arquitectónica y la forma del uso de los terrenos urbanos tan típico antes del siglo XVIII se fueron perdiendo; hacia 1820, la superficie del *hinterland* hacia el río Salado se había duplicado, y después de algunos altibajos y de la campaña militar de Juan Manuel de Rosas de 1833, el



territorio completo quedó asegurado. El viejo modelo cuadrangular de ciudad, con raíces tan profundas en Buenos Aires, se usó como base para el trazado de los muchos nuevos poblados que iban surgiendo en los alrededores, a medida que la frontera con el indígena se corría. En ellos se establecieron nuevas estancias que funcionaban con el sistema tradicional del latifundio, y la producción de ganado ovino creció en forma notable. Los fuertes construidos en esas fronteras se fueron transformando, con el tiempo, en las ciudades capitales de los futuros partidos provinciales; era bastante frecuente que las ciudades crecieran adentro mismo de las estancias. Estas nuevas realidades produjeron un cambio en la estructura social de los habitantes suburbanos y rurales, que se hallaban divididos entre aquellos que se adaptaron al trabajo asalariado y otros que intentaron mantener un cierto margen de libertad individual, posición que para ese entonces ya se había vuelto casi incompatible con el sistema agroganadero latifundista prevaeciente.

El impacto de la inmigración europea comenzó a hacerse sentir desde la década de 1830, y para 1850 ya había cobrado mucha fuerza. Los extranjeros no eran más una minoría activa; para entonces ya formaban parte de todos los niveles sociales, enriqueciendo la heterogeneidad de la población. Al mismo tiempo, el número de afroargentinos disminuyó drásticamente después de su liberación como consecuencia de su participación masiva en las guerras internas y externas, por la finalización del tráfico internacional de los esclavistas, los altos índices de mortandad causados por las epidemias, y las mezclas raciales. Los indígenas estaban cada vez más alejados de la ciudad, al punto de haberse convertido casi en rarezas para la cultura blanca que definitivamente tenía el control. La arquitectura reflejó dramáticamente todos estos cambios: se intensificaron las diferencias en las formas del hábitat entre las grandes residencias, las viviendas de la clase media y los conventillos,

que comenzaron a aparecer después de 1860. Estos conventillos no eran más que tiras de habitaciones cuadradas construidas a lo largo de patios estrechos que se alquilaban a razón de una por familia, de manera que era habitual ver que veinte o treinta de ellas ocupaban el mismo espacio que en los tiempos de la colonia ocupaba una sola. El sistema de vivienda barata implementado a partir del siglo XVIII tardío consistente en viviendas mínimas alineadas frente a la calle se volvió inoperante, principalmente debido al precio de los lotes y al hecho de que, en realidad, los fondos del terreno quedaban completamente desaprovechados. Los nuevos conventillos podían albergar a más de doscientas personas, en su mayoría inmigrantes de distintos orígenes, en un mismo edificio (Scobie, 1977). Los nuevos barrios que iban surgiendo en áreas más alejadas del centro fueron cobrando mayor importancia, y después de 1870, gracias al mejoramiento del transporte público, vivir en los suburbios no constituía un problema y había quienes elegían alejarse aún más: Flores y Belgrano quedaron como poblados cercanos, y con los nuevos límites de Buenos Aires a partir de 1880 quedaron encerrados dentro de la capital transformados en barrios.

Por ese entonces la arquitectura era el mejor indicador de los cambios urbanos: a partir de la década de 1820, cuando las guerras de la Independencia finalizaron, cobró nuevo impulso la construcción de grandes edificios. Algunos ejemplos de esta suerte de renacimiento podrían ser las primeras iglesias cristianas no católicas (Anglicana, Evangelista y Presbiteriana), las católicas de Balvanera y La Concepción, los primeros hoteles, el Hospicio de la Convalecencia, teatros como el fastuoso Colón, hospitales, mercados y asilos. En 1856 ya estaba en marcha la construcción de edificios que iban a ser utilizados específicamente como escuelas, y poco después siguieron los Bancos, unas pocas universidades y la Penitenciaría Nacional. Para la década de 1880, la ciudad ya estaba perfectamente

organizada en un sistema de barrios, cada uno con sus propios hospitales, escuelas, cuarteles, estaciones de ferrocarril, mercados e iglesias. Durante esta década comenzaron a levantarse los primeros palacios privados, grandes residencias ubicadas en la zona norte donde habitaban casi únicamente familias de gran fortuna; muchas de estas lujosas mansiones habían sido diseñadas y construidas en Europa e incluso hubo las que se trajo a Buenos Aires por partes, para ser armadas aquí. Cada vez más, la enorme riqueza generada por las actividades agroganaderas de exportación se reflejaba en las residencias de una selecta minoría que vivía a todo lujo. El proceso de europeización de las clases media y alta se fortaleció no sólo gracias al trasplante físico de cientos de miles de inmigrantes a la Argentina, sino también por la reproducción de sus formas de vivir, comer y vestirse. Buenos Aires ya era llamada *La París de América*. Desde 1880, cualquiera que visitara los barrios residenciales, la zona del centro e inclusive los barrios de clase media alta, podía fácilmente hacerse la ilusión de estar en París: sin embargo, si se asomara a echar un vistazo al interior de los conventillos o mirara un poco la periferia urbana, sin duda hubiera visto una realidad muy distinta.

En el siglo XIX los parques y plazas jugaron un importante papel como articuladores del espacio urbano. Después de la construcción de la Alameda en el siglo XVIII, vendría la construcción en el siguiente siglo del Caserón de Rosas, con enormes parques abiertos al público, zoológico y botánico. Duramente criticado por sus adversarios, en 1852 y después de los acontecimientos políticos y las batallas que provocaron su caída, el tema surgiría con mayor ímpetu: era necesario crear, en distintas partes de la ciudad, espacios adicionales para el esparcimiento y la recreación de la nueva burguesía. Estas plazas se construyeron hacia fines del siglo XIX y hoy constituyen la mayor parte de los espacios abiertos de la ciudad. La diferencia entre estas plazas y parques y los *huecos* coloniales o la Plaza Mayor ra-

dicaba no sólo en su diseño y decoración sino también en la forma en que se usaban dichos espacios, que ya dejaron de ser sitios de mercado o paradas de carretas para transformarse en lugares de paseo y esparcimiento. Las actividades que antes se llevaron a cabo allí, junto con los mataderos, los talleres, los depósitos, los corrales de ganado y en general toda otra actividad industrial, fueron desapareciendo del centro para trasladarse a otras áreas y fueron a su vez generadoras de nuevos barrios. En el área del centro se concentró la administración pública, viviendas y la actividad comercial. Y después de la epidemia de fiebre amarilla ocurrida en 1871 la ciudad quedó dividida en una zona céntrica y otras dos áreas claramente delimitadas: la norte y la sur, ocupadas por los ricos y los pobres, respectivamente.

A partir de 1850 Buenos Aires fue una ciudad de extranjeros: la inmigración fomentada por el gobierno experimentó un crecimiento intensivo y sin igual en el continente, con la excepción de los movimientos inmigratorios de los Estados Unidos; hacia 1870, el 24% de la población era de origen italiano y el 8% español. La ciudad iba cobrando el carácter de un mosaico multiétnico de escala desconocida en el país: alemanes, rusos, polacos, ingleses, irlandeses, árabes y judíos de toda Europa oriental trabajaban juntos y convivían, compartiendo sus diferencias y similitudes.

El gran problema urbano del siglo XIX tenía que ver con la creación de una eficiente estructura de servicios públicos: agua corriente, desagües cloacales y pluviales, y después electricidad, gas y teléfono. La mala calidad del agua ya había provocado las terribles epidemias de cólera y fiebre amarilla y el problema no tenía visos de solución, hasta que se contrataron algunas empresas inglesas para llevar adelante las obras que la ciudad necesitaba tan imperiosamente. Esta gigantesca intervención, iniciada en la década de 1880, dejó rastros en el subsuelo de la ciudad y con cierta frecuencia se reporta el hallazgo de evidencia ar-

queológica de estas instalaciones en la forma de sistemas de cañerías en las calles y debajo de casas y edificios, con varias superposiciones. Antes, las autoridades locales lo habían intentado todo: alrededor de 1865 se entubaron los Terceros —los arroyos que cruzaban la ciudad—, y en la década de 1820, previo a esto, se trató de instalar bombas y tanques para reparto domiciliario. Mientras tanto, el viejo sistema colonial de abastecimiento de agua potable por medio de los aguateros que la traían del río, seguía en uso; la población también obtenía agua no potable extrayéndola de pozos que excavaban en los patios de las viviendas. Las familias acomodadas y las órdenes religiosas tenían enormes aljibes con cisternas subterráneas donde se acumulaba el agua de lluvia y se conservaba limpia y fresca. Ya hemos excavado muchas de estas cámaras bajo tierra, buscando más información sobre las complejidades de estos antiguos sistemas de aprovisionamiento.

En el centro de la ciudad continuaron aglutinándose las actividades administrativas, públicas y privadas, con lo cual definitivamente todo lo que fuera residencial se tuvo que trasladar al norte o al sur de la ciudad. Pero de todas formas y en muchos aspectos Buenos Aires era una ciudad con carácter provisorio: había muchas casas de chapa acanalada o de madera y cantidad de cabañas construidas de acuerdo con la habilidad de cada uno (Licnurn y Silvestri, 1993). Buenos Aires era cada vez más una ciudad abierta a la inmigración, donde para 1869 el 70% de los individuos que habitaban en el centro eran extranjeros; si a este porcentaje se suma el de sus hijos, tenemos que los extranjeros representaban nada menos que el 90% de la población total. La antigua ciudad colonial pasó a ser un recuerdo. Ocasionalmente podía observarse alguna pauta cultural del pasado, junto con las grandes casonas de la colonia que habían sido transformadas en conventillos.

De la misma manera que la arquitectura y la ciudad vieron este cambio notable, la vida cotidiana, en términos

de familia y trabajo también cambió hasta el punto que las antiguas costumbres prácticamente quedaron borradas. Desde el siglo XIX temprano la vida doméstica comenzó a sufrir cambios bajo la influencia de las nuevas modas europeas venidas primero con la Ilustración, después con la Revolución Industrial, y más adelante con la nueva burguesía. Curiosamente, si se tiene en cuenta la distancia geográfica que había entre Buenos Aires y el Imperio, muchas de estas nuevas ideas y costumbres llegaban todas juntas, al mismo tiempo, e inclusive se superponían las que ya no eran tan novedosas en Europa con las que sí lo eran. Los hábitos de la mesa pueden ser un buen ejemplo: el uso del plato playo y el tenedor comenzó durante el siglo XVIII tardío —en el seno de las familias acomodadas, obvio es decirlo—, junto con las nuevas vajillas hechas de lozas Creamware y mayólicas de Triana, además del hábito de usar un vaso por persona y de instaurar una cierta individualidad en el uso de los utensilios para comer. Sin embargo esta costumbre recién se generalizó en el siglo XIX cuando los porteños la asimilaron bajo la influencia del liberalismo inglés. Por el contrario, la costumbre de tener una chimenea, un hogar —de influencia inglesa— ya se había generalizado para 1810-1820, junto con las tertulias europeas. Todo esto se ha interpretado como un fenómeno global de cambio. Hay ciertos detalles insignificantes y otros de mayor relevancia —como el uso de botones producidos en serie y la idea de desechar las botellas de vidrio—, que forman parte de la misma notable transformación que ocurrió en el lapso de sólo dos generaciones. La Independencia, la liberación de los africanos esclavizados y el ingreso masivo de productos derivados de la Revolución Industrial, junto con el desmantelamiento del viejo sistema económico regional, son también representativos del mismo e intrincado fenómeno.

Según la evidencia arqueológica estos cambios no fueron violentos aunque sí muy rápidos: por lo menos en lo

referente a la vajilla de mesa y a los objetos de la vida cotidiana; la gente tenía opciones, puesto que el mercado ofrecía simultáneamente “lo viejo” y “lo nuevo”. En los pozos de basura de una familia acomodada —la casa estaba en Alsina 455—, se encontró idéntica cantidad de vajillas de mayólica y de lozas Creamware; en Balcarce 433 encontramos las muy baratas cerámicas tipo El Morro, en concordancia con un sitio que estaba siendo ocupado por trabajadores de la construcción; y aún más, en San Lorenzo 392, el sitio que habitó una familia en proceso de ascenso social, se encontraron únicamente lozas Creamware y Pearlware. De manera que no se trataba solamente de ser rico o pobre, la gente podía elegir dentro de una amplia gama de precios, modelos, materiales y diseños.

En cuanto a las artes y oficios las cosas también cambiaron en cuanto a la forma de trabajar y a las herramientas que se empleaban: las máquinas y los objetos de hierro que se fabricaban en Alemania o Inglaterra se conseguían sin dificultad; la burguesía por su parte tenía necesidades nuevas y la aristocracia estaba ávida de nuevos lujos. Y la inmigración masiva desde Europa es una cuestión que no se debe perder de vista.

Desde mediados del siglo XIX Buenos Aires era casi una ciudad de inmigrantes; con el cambio de siglo, el 50% de los habitantes urbanos eran extranjeros y más tarde el porcentaje siguió trepando. La antigua ciudad con su puerto y edificios de una sola planta comenzaba a desdibujarse, para ser reemplazada, primero, por construcciones temporarias y después, por los nuevos estilos arquitectónicos europeos. Es por esto que a los indígenas ya se los veía como una cosa rara, exótica y hasta malévola. Los africanos se habían enrolado masivamente en los ejércitos de la Independencia y de otras guerras, se mezclaron con diferentes grupos sociales y murieron por millares durante la terrible epidemia de 1860. Así, la nueva sociedad parecía ser completamente blanca —aunque incluía europeos del

este y del oeste, árabes, armenios, rusos y judíos—, y ya casi no quedaban ni africanos ni orientales. Durante un tiempo el sueño de las clases altas se hizo realidad; con todo y para el fin de siglo los habitantes de la ciudad tuvieron que enfrentar la realidad de que Buenos Aires, sin importar que su población fuera blanca, no era y nunca sería París. Las calles podían parecer iguales, los edificios podían tener idéntico aspecto, los arquitectos y urbanistas que trabajaron en la expansión de la ciudad podían ser europeos, la gente podía fácilmente imitar modales y las clases altas estaban en condiciones de hacer alarde de una educación impecable, pero a pesar de todo, definitivamente, Buenos Aires no era París.





## La arqueología de la arquitectura y los espacios públicos

La arqueología de la ciudad, desde sus inicios, fue pensada alrededor de lo que en ese momento era un tema central de preocupación: la vida cotidiana. En los inicios de la década de 1980, en especial con el retorno a la vida democrática a fines de 1983, habían tomado fuerza un conjunto de preguntas relacionadas con la gente común, con su vida y su cultura material. Más aún, incluso acerca de la vida diaria de personajes ilustres. No es casual que la primera excavación fuera hecha en el Caserón de Rosas en Palermo: confluían en ese trabajo tres coyunturas históricas: era alguien acerca de quien había estado prohibido hablar durante un siglo —o se había hablado sólo desde posturas hegemónicas y cargadas de connotaciones no históricas—, se desconocía casi completamente su cotidianidad —tema no bien visto desde la *heroicidad*—, y pese a las docenas de libros escritos sobre su residencia ni siquiera estaba claro quién la había construido ni cuándo; también la historia de la arquitectura de su residencia había sido apologética. Y no casualmente la excavación generó una cuantiosa polémica entre historiadores, arqueólogos y especialistas en historia de la arquitectura que ahora, apagados los ardores, vemos como altamente positiva.

Desde allí hasta ahora las excavaciones han ido variando de objetivo, las hipótesis sobre las cuales se avanzó son muchas y los problemas considerados centrales han ido cambiando; y por suerte. Pero siempre el tema recurrente era la ciudad en sí misma. Durante años nos preocupó el área céntrica no sólo por su profundidad cronológica —obviamente es la zona más antigua— sino por la rapidez del proceso de destrucción que allí se opera. Quizá seamos la última generación que podrá hacer arqueología en el centro. Más tarde nos interesó la antigua periferia, los bordes como el Tercero del Sur; después fue el cinturón de quintas que bordeó a la ciudad y ahora han quedado subsumidas bajo la mancha urbana. En otro momento fue la cultura material, actualmente nos preocupan las minorías étnicas, en especial los africanos; y así se seguirán variando las preguntas que, en última instancia, siempre son sobre nosotros mismos. En cada caso que se describe sucintamente a continuación se verán algunas de las hipótesis que generaron esas excavaciones, pero es imposible describir la totalidad; ni siquiera todo lo que se ha excavado.

Pero el excavar la ciudad nos ha enseñado mucho acerca de cómo se excava en una ciudad en constante transformación, donde un edificio es demolido en uno o dos días con maquinaria pesada; y en donde los permisos de excavación a veces son por pocos días; incluso a veces solamente horas. No se trata de una arqueología en áreas montañosas o desérticas a donde “se regresa el año entrante” para continuar trabajando; aquí ni siquiera se puede volver la semana siguiente. Y donde toda la superficie pertenece a alguien; si es particular, nacional o municipal, todo tiene dificultades que a veces se transforman en imposibles. Hay trabajos que hemos pensado e intentado durante años hasta lograr hacerlos. No son excusas, son sólo realidades.

Pero lo más importante es que hemos aprendido a excavar ciudades: trabajar entre los escombros, bajo enormes pilas de basura moderna, con la empresa de demolición o construcción alrededor nuestro, siguiendo una topadora o una excavadora mecánica, o simplemente juntando lo que éstas van destruyendo a su paso; a dejar de lado muchas buenas intenciones en aras de la factibilidad, o tomando duras decisiones sobre qué se destruye y qué se conserva, cuando se puede conservar algo. En anteriores libros he intentado plantear algunos temas relativos a los procesos de formación arqueológica de la ciudad (1991:23-33; 1992), a los rellenos y nivelaciones que alteraron casi toda la topografía preexistente, los rellenos que alcanzan a cientos de miles de metros cúbicos en algunas zonas y la inexistencia de depositaciones primarias salvo en los pozos de basura, o en casos absolutamente excepcionales como el patio posterior de la Casa Ezcurra, lo que me excusa de volver a hacerlo aquí. Era necesario encontrar explicaciones a fenómenos raramente estudiados con poca a ninguna bibliografía: ¡de casi 60 metros cuadrados excavados en el Cabildo —y más de 120 metros cúbicos de tierra analizada— se encontró menos de un metro de tierra no alterada con violencia al menos durante el último siglo! Lo que se describe es, precisamente, los resultados obtenidos más allá de estos problemas.

## I. EL ANTIGUO CENTRO

### 1. *La casa de María Josefa Ezcurra (Alsina 455)\**

A menos de una cuadra de la Plaza de Mayo, en pleno centro de la ciudad, todavía existe la casa de María Josefa

\* Excavación hecha para el Gobierno de la Ciudad en el marco del proyecto de restauración del edificio a cargo de Graciela Seró Mante-ro; dirección de Daniel Schávelzon con la colaboración del equipo del Centro de Arqueología Urbana.

Ezcurra, construida hacia 1801 sobre los restos deteriorados de una casa jesuítica de mediados del siglo XVIII. En los patios y algunos sectores interiores realizamos excavaciones que indicaron una utilización intensa del terreno y logramos sacar a la luz un sector del suelo original de la ciudad, anterior a cualquier edificación posterior. Este sector permitió la recuperación de restos cerámicos, óseos, materiales de construcción y vidrio correspondientes al siglo XVI tardío y al XVII temprano con un fechamiento de Carbono-14 para 1590 (+- 50). En el mismo sitio pero formando un contexto posterior se encontró una gran variedad de cerámicas de tradición afro e indígena. En su momento la gente caminaba sobre esa porción de terreno donde no existía construcción alguna, de forma tal que a lo largo de dos siglos se produjo una gran acumulación de restos, entre los cuales hallamos una cantidad importante de objetos, huesos y grasa animal. Esto indicaría que a pesar de la ubicación tan céntrica de este terreno, buena parte del mismo habría quedado desocupada hasta principios del siglo XIX, lo que solamente coincide con terrenos excavados fuera del centro. La casa jesuítica inicial fue ampliada en 1801, nuevamente hacia 1860 y más tarde hacia 1890 (Seró Mantero, 1997).

Los pozos de basura encontrados y fechados entre 1801 y 1820 fueron muy ricos en materiales asociados con el estatus social de sus propietarios. Hay dos fenómenos dignos de mencionar en estos pozos: primero, la notable incidencia de mayólicas españolas de Triana (28% del total de las cerámicas), en un momento en que ya estaban un tanto pasadas de moda y segundo, la presencia casi pareja de vajillas de lozas Creamware fabricadas por Neil and Co. (28,27%); junto con todo esto, se recuperaron restos de una rica colección de vasos y jarras de vidrio tallado y dorado junto con otros objetos de uso suntuario (lo que representa el 54,20% del total de los materiales —no de la construcción— recuperados). Es decir que siempre fue una casa usada por niveles muy altos de la sociedad.

El uso de la topografía del terreno responde a los patrones anteriores al siglo XVIII: siendo que la Plaza de Mayo se encuentra en el nivel más alto del área central, el lote está ligeramente desnivelado hacia la entrada de la casa, con una orientación norte-sur. Cuando se construyó la primera casa, el nivel del suelo del terreno posterior no se modificó; se corrigió únicamente la parte sobre la cual se habría de asentar la residencia, de manera que los cuartos de la servidumbre quedaron a 1,50 metro por arriba del resto de la construcción: un rasgo muy curioso que se mantuvo en el tiempo y llegó intacto hasta nuestros días, como un recuerdo de la antigua costumbre que prevaleció hasta el siglo XIX de no modificar los distintos niveles del relieve de la ciudad.

Desde la década de 1860, la función del edificio fue cambiando constantemente: después de los años durante los cuales fue usada como residencia familiar, se subdividió en cuartos de alquiler separados, luego pasó a ser una imprenta, cuyo lugar para las prensas y maquinarias semi-hundidas fue excavado y se encuentra en el lugar; a lo largo del siglo XX el proceso de cambio y deterioro fue constante y en 1970 la casa quedó finalmente abandonada; en 1997 se iniciaron trabajos de restauración con el objetivo de que el edificio funcionara como museo. El edificio responde al proceso de cambio que fue usual en la ciudad: una casa modesta de la colonia que se reconstruyó para ser usada y lucir como una residencia lujosa por aproximadamente cincuenta años; que más tarde fue deteriorándose, tuvo una imprenta funcionando en la planta baja e inquilinos en la planta alta, y que luego sufrió los avatares del tiempo y el abandono. Este patrón de comportamiento en la arquitectura civil lo veremos repetido una y otra vez en toda la ciudad: la arquitectura privada nunca tuvo una vida útil de más de dos generaciones.

## 2. *Cinco casas en la antigua calle Victoria\**

Cuando Juan de Garay repartió los terrenos en 1580 decidió que el Cabildo debía construirse frente a la Plaza Mayor. Allí, entre 1608 y 1612 se levantó una primera construcción, y luego en 1729 se iniciaron las obras para un nuevo edificio tras demoler el antiguo: éste es el que, en parte, sobrevivió hasta nuestros días. A un lado, sobre la antigua calle Victoria (actual Hipólito Yrigoyen), excavamos lo que hoy es la plaza que quedó incorporada al Cabildo. Allí encontramos los restos de cinco casas que tuvieron una existencia corta.

Históricamente el Cabildo sufrió de escasez de presupuestos; los recursos no alcanzaban y durante sus primeros años de vida, dicha falta de fondos llevó a que varias veces se tuvieran que empeñar los pocos objetos de plata registrados en los inventarios para obtener algún dinero. Por esta razón las autoridades de tanto en tanto intentaban vender porciones del terreno, que era lo suficientemente amplio como para no verse perjudicado por estos recortes. Cuando en 1725 se iniciaron las obras del edificio nuevo, esta búsqueda de recursos económicos se acentuó aún más, puesto que la nueva construcción requería de grandes inversiones; fue por esto que las autoridades tomaron la decisión drástica de vender una franja del lote que daba sobre la calle Victoria (Torre Revello, 1951). Aun cuando la transacción involucraba a una propiedad pública, la venta no fue cabalmente documentada; en todo caso, lo que se desprende de la documentación existente es que la propiedad fue transferida por partes entre 1800 y 1810. Pocos años después se alquiló una sección del Cabildo donde no tardó en erigirse una quinta casa, aunque el terreno fue re-

\* Excavación dirigida por Daniel Schávelzon y Ana María Loran-di junto al equipo de colaboradores del Centro de Arqueología Urbana y los voluntarios de Earthwatch-USA.

cuperado antes de fines del siglo XIX. En esta franja sobre la calle Victoria se construyeron cuatro casas pequeñas, de 7,66 metros de frente por 20 de fondo. De ese total de cinco casas, hemos realizado excavaciones arqueológicas en cuatro (Schávelzon, 1995), lo que nos llevó a comprobar que al menos dos de ellas fueron reconstruidas dos veces en un mismo siglo, mientras que las otras dos sufrieron modificaciones profundas en ese mismo tiempo. Lo sorprendente es que estas cuatro casas se construyeron por una decisión del gobierno de la ciudad, el mismo gobierno que más tarde las tuvo que demoler para revertir la situación y recuperar el terreno.

Con el fin de dar una descripción detallada de estas viviendas seguiremos un orden de oeste a este: a la primera se la conoce como la casa Armstrong-Bosé (apellidos de sus antiguos propietarios) y en sus orígenes fue una pequeña residencia privada con un patio trasero también pequeño, que mantuvo el esquema tipológico en forma de “U” alrededor de un patio, característico del siglo XIX. Hacia 1881 esta casa fue demolida y el espacio fue ocupado por un almacén de dos pisos, planta libre, y un inmenso sótano que abarcaba la totalidad de la superficie subterránea del lote. Cuando en 1982 se llevó a cabo la demolición, todo el material fue a dar al sótano, de manera que nuestra excavación nos permitió recuperar una cantidad importante de marcos de puertas y ventanas, escaleras, vigas de hierro y en general, un conjunto llamativo de materiales de la construcción.

La segunda construcción, conocida como la casa García-Lara, fue construida para vivienda, pero hacia 1885 se la modificó radicalmente reemplazándole las paredes portantes interiores por columnas de hierro, para transformarla en una tienda. Esta remodelación provocó cambios importantes en su interior que se hicieron evidentes durante las excavaciones. En el momento en que la remodelación tuvo lugar también se construyó una gran cisterna subterránea y atrás de ella se ubicó un pozo de agua de 95



cm de diámetro. Este pozo fue cancelado hacia 1895 arrojando a su interior tierra proveniente de algún otro sitio, de su relleno se recuperaron cerámicas de tradición indígena y mestiza, tinajas, botijas y mayólicas, todo fechado para el siglo XVII. La casa fue construida sobre una ocupación corta del siglo XVIII, y si bien quedó completamente destruida por intervenciones posteriores, dejó evidencias claras en varios sectores de las cuadrículas.

Los materiales recuperados del pozo de agua, originados en algún sitio cercano con una ocupación del siglo XVII como ya dijimos, han indicado la presencia de cerámicas de tradición indígena (15%), regional o mestiza (57,15%) y europea (27,85%). Los fragmentos de lozas Creamware (0,70%) y Pearlware (1,4%) se interpretaron como materiales asociados a los trabajadores contratados para su relleno; así, lo que tenemos es un conjunto en el que prevalecen los materiales domésticos (72,15%), situación muy similar a la del pozo de basura de Moreno 350 y a otros contextos de la época.

La tercera construcción es la casa Peña-Barés, un edificio con una historia que nos dificultó su interpretación por haber sido el último en construirse (se lo erigió hacia mediados del siglo XIX): se trata de una vivienda de dos plantas que parece haber sido transformada con cierta frecuencia. Entre sus ocupantes, en 1883 la planta baja estuvo ocupada por la Imprenta Barés; de esa imprenta se recuperaron numerosas evidencias materiales rescatadas del relleno de una cisterna subterránea, donde fueron a parar en 1930 cuando la imprenta se mudó; allí fue arrojada gran cantidad de clichés junto con otros objetos en desuso. La identificación de esa información y lo hallado fue lograda gracias a la historia oral.

El presente caso es un buen ejemplo de la rapidez con que ocurrían los cambios en la arquitectura doméstica: la primera residencia de la familia Peña funcionó como tal durante tan sólo treinta años; más adelante se la amplió pa-

ra albergar una confitería y a dos escribanos, luego una imprenta en su planta baja y un estudio de abogados en el primer piso, y llegó al siglo XX convertida en conventillo con más y más cambios cada día.

La última estructura, conocida como la casa Rebuición-Basualdo, sólo pudo estudiarse en forma parcial, porque el hecho de estar ubicada debajo de construcciones modernas nos dificultó sobremanera el trabajo. Identificamos una casa construida hacia mediados del siglo XIX, que fue demolida para ser reemplazada, en 1901, por una estructura comercial con un sótano; durante la construcción del mismo, se perdieron evidencias importantes de los cimientos y otros rasgos culturales más antiguos.

Las excavaciones y posteriores estudios realizados en estos cuatro edificios, más las consideraciones en torno al quinto que no pudo ser estudiado, constituyen un ejemplo claro de las muy rápidas transformaciones que sufrió el centro urbano, al igual que del uso indiscriminado de sus lotes por parte de las autoridades municipales. Después de haber sido vendidos para obtener fondos, los lotes se usaron para albergar residencias familiares por un período que no llegó a las dos generaciones, después de lo cual, durante medio siglo, pasaron a ser tiendas y negocios; hacia 1900 las plantas bajas respectivas se habían transformado en comercios de poca monta y los espacios restantes en habitaciones de alquiler y luego en conventillos. En un momento dado, durante la década de 1950, las autoridades municipales se vieron forzadas a adquirir nuevamente las propiedades para demolerlas en su totalidad en 1982. Esta podría ser una buena síntesis de los procesos de transformación de los terrenos urbanos céntricos a lo largo de los siglos XIX y XX.

### 3. *El Cabildo: tradición y prestigio de España en América\**

Toda ciudad española en América debía tener su cabildo, una institución municipal encargada de velar por los intereses de los vecinos, considerando como tales únicamente a los hombres blancos, propietarios y jefes de familia. Es así como los cabildos tenían una particular importancia para la comunidad y buena parte de los problemas cotidianos se resolvían durante las sesiones que en ellos tenían lugar. Por todo esto se hacía indispensable contar con un edificio a tales propósitos, siguiendo la tradición española que indicaba que debían ser de dimensiones generosas y rasgos destacados, o sea un tipo de construcción que debía destacarse dentro de la ciudad. En el continente americano estos edificios se ubicaron frente a la plaza principal y respondieron a una tipología estandarizada consistente en una amplia sala capitular para sesionar, un balcón o ventanas abiertas a la calle, una galería en la planta baja donde se pudieran llevar a cabo actividades comerciales, un patio frente a una prisión, y un determinado número de oficinas para la Tesorería Real y la Contabilidad General; solían ser muy grandes y remataban en una o dos torres.

El lugar donde debía construirse el Cabildo ya había sido establecido durante el repartimiento hecho por Garay en 1580 y el sitio se había mantenido desocupado; la falta de fondos para construir un edificio —por más modesto que fuera— llevó a que las sesiones tuvieran que llevarse a cabo en el Fuerte o en cualquier otro lugar disponible. En 1608 se iniciaron las obras para la construcción del primer Cabildo, que quedó listo en 1612 (Torre Revello, 1951); se trataba de una estructura muy modesta y con muros de

\* Excavación dirigida por Daniel Schávelzon y Ana María Loran-di con los colaboradores del Centro de Arqueología Urbana y los voluntarios de Earthwatch-USA.

adobe, al extremo que según la documentación histórica ya para 1624 parecía estar al borde del derrumbe. Por esa razón hubo que hacer numerosos trabajos adicionales, de manera que una vez más el Cabildo pasó a sesionar en el Fuerte; por otro lado, las condiciones del edificio no eran del todo seguras, debido mayormente a sus dos torres fortificadas que permanentemente amenazaban con desplomarse. Según las pocas descripciones disponibles el edificio era de dimensiones reducidas, estaba hecho con materiales modestos y si bien las torres debían proyectar una imagen imponente para la época, toda la estructura no ocupaba más que una pequeña porción del terreno.

En 1725 se inició la nueva construcción —después de extenuantes esfuerzos para reunir los fondos necesarios—, de manera que el edificio antiguo se demolió. Después de haberse introducido algunos cambios en el proyecto se designó a dos de los más notables arquitectos jesuitas de la época para que se hicieran cargo de la obra: uno de ellos fue Juan Bautista Prímoli, quien se ocuparía de la planta, y el otro Andrés Blanqui, proyectista principal y constructor (Sobrón, 1997). El nuevo Cabildo sería un edificio en dos plantas comunicado con la plaza por medio de un pórtico bajo y con un patio a un lado, en cuya parte posterior se ubicaría la prisión. Semejante construcción significó un gran desafío para la ciudad ya que resultó tan imponente como cualquiera de sus magníficas iglesias, y cuando se la terminó, su llamativa torre pasó a rematar la estructura civil más importante construida en Buenos Aires en el siglo XVIII. Los salones interiores eran abovedados, así como también los portales que se abrían a la calle frente a la plaza; y esto tuvo como consecuencia la planificación de un importante proyecto urbano, tendiente a rodear el edificio con portales por sus cuatro lados. De acuerdo con lo que pudimos hallar durante nuestros trabajos arqueológicos, el proyecto incluía la apertura de por lo menos dos túneles subterráneos que debían empalmar con los que se venían

construyendo debajo de la iglesia de San Ignacio y el convento de los jesuitas. Como el tema de los túneles está analizado por separado en otra parte de este libro, nos limitaremos a decir aquí que formaban parte de un proyecto orgánico de un sistema defensivo para comunicar los edificios principales de la ciudad entre sí y que nunca llegó a terminarse.

Los avances en la construcción fueron lentos y veintitrés años más tarde ya se había terminado buena parte de ella, aunque la capilla no quedó lista hasta varios años después (Torre Revello, 1951). La obra sufrió varias interrupciones, hubo cambio de directores, y se padeció la habitual falta de fondos y abastecimientos. Por ejemplo, los vidrios de las ventanas comenzaron a colocarse hacia 1752 y la torre quedó lista para 1763. Desde entonces casi no se introdujeron cambios en el Cabildo, salvo en la capilla, la prisión y en alguno que otro detalle menor, hasta que en 1879 se lo transformó en Casa de Justicia —o Tribunales—, y entonces sí se le practicaron modificaciones importantes. El arquitecto Pedro Benoit completó con nuevos edificios prácticamente la totalidad de la superficie del patio, dejando sólo unos espacios abiertos; la Sala Capitular y las demás oficinas se reddecoraron con molduras y otros ornamentos, y las fachadas se hicieron a nuevo al igual que la torre, que quedó más alta. En 1889 la nueva torre fue demolida junto con toda la sección norte del edificio: en pocas palabras, todo esto sucedió sólo diez años después de que el Cabildo fuera completamente reconstruido. En 1931 se demolió la sección sur y en 1938 el Cabildo fue declarado Monumento Histórico Nacional, momento en el cual se lo reconstruyó y pasó a ser un museo. Nuevas obras de ampliación en 1960 volvieron a modificar el terreno posterior.

Toda nuestra excavación se llevó a cabo alrededor del edificio principal, en los dos patios que actualmente lo rodean. Básicamente se detectó una ocupación leve del siglo XVII sin rastros de arquitectura, como consecuencia de que

cualquier evidencia material que pudiera haber quedado del primer Cabildo desapareció al destruirse el sector donde había estado, cuando se abrió la actual Diagonal Sur. Pero al menos pudimos identificar un estrato delgado de ocupación de aquella época, a 1,50 metro por debajo del actual nivel del piso. Por sobre éste hallamos evidencias de uso del siglo XVIII, probablemente originadas por las obras de construcción del edificio actual, cuyo nivel de piso se elevó. Los primeros años están representados con tipos cerámicos raramente presentes en Buenos Aires, como el micáceo naranja, el feldespató incluido, diversas cerámicas de pasta roja sin vidriar y el melado, lo que tal vez sea consecuencia del uso del edificio para actividades gubernamentales y no residenciales (Schávelzon, 1995). Los contextos mejor representados corresponden al siglo XVIII y a la construcción del edificio, además del complejo de túneles. Dichos túneles, cavados en la tierra, son de dimensiones reducidas y se cruzan en un punto en el cual Benoit, en 1879, aprovechó para construir un gran pozo de desagüe utilizando al menos uno de los túneles para hacer circular el agua por un entubamiento de ladrillos. Este sistema estaba conectado con un gran aljibe que fue destruido en 1960 (Schávelzon, 1995). En el piso de los túneles se halló material cerámico de los siglos XVIII y XIX, pero su interior presentaba condiciones tan ruinosas y poco seguras que no fue posible revisar más que unos pocos metros: los túneles son angostos, de bóvedas muy bajas y no hay duda de que fueron abiertos para ser usados únicamente en situaciones de emergencia.

Los patios laterales del Cabildo que dan a la calle Hipólito Yrigoyen (la antigua calle Victoria) ya fueron descritos en la sección 2 del presente capítulo, y poco tienen que ver con el edificio. En el resto del terreno las construcciones modernas, sobre todas las de 1960, han destruido el subsuelo hasta una profundidad de varios metros, por lo que fue imposible ubicar otras evidencias arqueológicas.

El material cultural resultó reducido y variado, muy distinto al de los contextos domésticos excavados en otras partes de la ciudad y con una marcada presencia de mayólicas españolas del siglo XVIII (16,98% del total cerámico de todas las épocas) y lozas inglesas como las Creamware, Pearlware y Whiteware (19,27%). Por otro lado, y en relación con otros sitios, la cantidad de cerámicas locales es llamativa, siendo que los tipos criollo e indígena alcanzaron casi al 35% del total. Hemos atribuido la presencia de estos tipos modestos a los convictos alojados en la prisión y no hay duda de que son muy diferentes de los que se usaban para los ceremoniales del Cabildo, parte de los cuales aún conserva el museo, todas mayólicas europeas. Pero, en números absolutos, la excavación realizada en el Cabildo arrojó un muy reducido total de 524 fragmentos cerámicos, todos los tipos incluidos, lo que debe ser tenido en cuenta al establecer comparaciones con otros sitios, incluso con aquellos donde sólo se excavaron superficies mucho menores. Por ejemplo, la excavación de una sola estructura en que quedó basura de uso cotidiano, en Balcarrce 433, a sólo cuatro cuadras de distancia, arrojó un total de 5.811 fragmentos cerámicos. ¿Podría explicarse la poca cantidad de objetos hallados con el hecho de que los únicos habitantes del lugar fueron los presos y el portero?

En cuanto al proceso de cambio que sufrió el espacio en ese sector, fue más lento —se trataba de un edificio público, no una vivienda— que en las zonas residenciales pero igualmente intenso. Al principio el lote no era más que un espacio vacío; luego se construyó el primer Cabildo que doce años después ya estaba en un estado deplorable. Se lo usaba únicamente en forma esporádica y fue objeto de constantes mejoras, modificaciones y cambios durante los siguientes cien años. Después de todos estos esfuerzos se lo demolió y muy lentamente se comenzó a construir el nuevo Cabildo que quedó concluido en parte en 1745, aunque las obras continuaron casi hasta los tiempos de la

Independencia. Para 1820 —apenas terminado—, comenzó a deteriorarse gradualmente y fue completamente remodelado en 1879; diez años después se iniciaron las demoliciones y finalmente su restauración, que sólo pudo completarse en 1982 una vez demolidas las casas que se habían construido sobre Hipólito Yrigoyen. Otro ejemplo de una situación que se repite: un proceso de alteraciones, abandono, demolición y nuevas construcciones, que por falta de un mantenimiento adecuado se vuelven a deteriorar; a esta altura de los acontecimientos, podríamos pensar que ésta y no otra es una de las más llamativas constantes de la sociedad porteña.

#### *4. Un proyecto secreto: túneles del siglo XVIII debajo de Buenos Aires\**

La ciudad de Buenos Aires es un asentamiento indefendible, al igual que muchas otras ciudades latinoamericanas: aun cuando el acceso por el río se hace difícil por la poca profundidad que lo caracteriza, la ciudad está en una planicie sin relieves notables ni bosques, nunca tuvo murallas con puertas ni un sistema circular de fuertes defensivos. Siempre fue una ciudad desprotegida, cuya seguridad dependía de un fuerte endeble con cañones que sólo podían hacer fuego hacia el río, puesto que los tres lados restantes estaban ocupados por la ciudad misma. De vez en cuando se trataron de establecer guardias, polvorines o de crear áreas resguardadas, pero nunca hubo nada parecido a un sistema defensivo consistente. La debilidad de las medidas de protección saltó a la vista con las invasiones inglesas de 1806 y 1807.

Mucho antes que esto ocurriera, los jesuitas ya habían

\* Proyecto del Centro de Arqueología Urbana bajo la dirección de Daniel Schávelzon.



planificado un primer mecanismo defensivo consistente en una red de túneles que enlazaría, bajo tierra, los edificios más significativos, posibilitando una vía de escape o el desplazamiento de algunas pocas tropas. Este sistema habría de funcionar conjuntamente con el que había establecido Joseph Martínez de Salazar en 1671, que consistía en evacuar la ciudad en caso de ataque para buscar resguardo en un fuerte —que de hecho nunca se terminó de construir— en la orilla opuesta del río Luján (Schávelzon, 1989b y 1992). Los jesuitas estuvieron a cargo de este proyecto junto con otros trabajos muy importantes de arquitectura pública que se venían realizando en la ciudad: el Cabildo, San Ignacio con su convento y escuela, la Residencia de Hombres con su iglesia en San Telmo, la Ranchería, la Procuraduría de las Misiones y otras iglesias como las de La Merced o El Pilar. Y si bien este proyecto de los túneles era ambicioso no implicaba mayores complicaciones en tanto se los fuera abriendo sección por sección, simultáneamente con la construcción de los edificios; después, sólo era cuestión de excavar y conectar las secciones faltantes entre los edificios. El proyecto se manejó en un secreto relativo, porque no resultaba sencillo mantenerlo oculto en el ámbito de una ciudad tan pequeña donde cualquier movimiento por parte de una cuadrilla de trabajo se hacía inmediatamente notorio. Los constructores locales ya tenían amplia experiencia en trabajos subterráneos: desde 1667 se venían construyendo silos subterráneos para almacenar granos en el Fuerte, y los aljibes con cisternas de gran capacidad, verdaderas habitaciones bajo tierra, eran cosa común; por otro lado desde la mitad del siglo XVII muchas casas contaban con uno o dos sótanos. Todo esto conformaba un cuerpo de experiencias valiosas. El documento más antiguo relacionado con este tipo de trabajos indica que fueron emprendidos por primera vez alrededor de 1710 (Schávelzon, 1992a:71).

Esta red de túneles ha sido estudiada sólo en parte, por

dos razones: nunca fue completada como tal y el tiempo transcurrido la dañó severamente. La expulsión de los jesuitas resultó en la interrupción de las obras y con el paso de los años los túneles pasaron a formar parte de la mitología urbana, en la medida en que por alguna razón fortuita alguna sección quedaba al descubierto. Por otro lado, algunos tramos fueron reutilizados con diversos propósitos: en una ocasión, cuando las autoridades intentaron excavar nuevos túneles durante las invasiones inglesas, y en varias otras oportunidades, cuando se los reaprovechó como pozos de desagüe, sótanos, o para otras funciones. Las dos únicas secciones que pudieron preservarse y estudiarse son las que se encuentran en la Manzana de las Luces (Greslebin, 1969) y debajo del Cabildo; su direccionamiento indica que estaban pensadas para unirse entre sí, aunque esto nunca se concretó. Con el tiempo, ambos túneles fueron alterados: en un caso cuando se edificó el Colegio Nacional Buenos Aires a inicios del siglo XX y en el otro cuando en 1960 se construyó el edificio que alberga a la Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos.

Los túneles se construyeron cavando directamente en la tosca, el manto compacto y arcilloso que conforma el subsuelo de la ciudad. Este manto posibilita efectuar excavaciones ya que es lo suficientemente rígido como para cavar a poca distancia del suelo. En el caso del Cabildo los túneles son muy angostos, con 50 cm de ancho y 1,25 metro de altura, de manera que la gente sólo podía recorrerlos agachada. En cuanto a la Manzana de las Luces parece haber habido dos momentos constructivos distintos: uno que muestra un trazado irregular para sortear los cimientos, y otro perfectamente recto, que alcanza en algunas partes los 2 metros de altura posiblemente construido junto con las obras superiores. Teniendo en cuenta que sabemos que el plan inicial fue contemporáneo a la construcción de la iglesia en 1710, hemos interpretado esto como el resultado de la necesidad de construir túneles bajo edificios ya construi-

dos, con lo que era imprescindible que se adaptaran a éstos; muy distinto era el caso de los que se cavaban simultáneamente con la construcción de la gran iglesia.

Hasta el día de hoy, como ya dijimos, sólo estos dos tramos de la red original fueron hallados y estudiados, aunque hay referencias de otros sectores que fueron destruidos y de los que sólo quedan referencias periodísticas. Son abundantes las explicaciones sobre su funcionamiento y la historiografía menciona una y otra vez el tema del contrabando; los trabajos arqueológicos permitieron diferenciar la red jesuítica de otros trabajos posteriores, observando que no tenían salida al río como se pensó en un momento dado, y que no había en ellos lugar suficiente como para andar acarreado mercadería por su interior. De hecho, realmente son parte de un sistema de defensa que quedó inconcluso, por donde era posible escapar, aunque dificultosamente; no eran lugares aptos para el paso de grupos numerosos porque la ventilación era mala, faltaba luz, y en general eran lugares desagradables e incómodos.

Mientras avanzaban estos estudios se ubicaron otras construcciones subterráneas y gracias a los materiales arqueológicos hallados, al estudio de las técnicas constructivas y a la documentación histórica analizada, estuvimos en condiciones de diferenciar la gran variedad de construcciones subterráneas que existen debajo de Buenos Aires. La mayoría son del siglo XIX y las más notables se construyeron para desagües, como en el caso del Tercero del Sur. Otras fueron sótanos, pozos de agua, cisternas para los aljibes, depósitos, circulaciones de agua, carbón o cableados de las primeras industrias, pozos de drenaje y hasta grandes cámaras para tales efectos, cavas para vinos o lugares donde almacenar conservas o carne. El error de fondo que se cometió en el pasado fue considerar que todas estas construcciones subterráneas eran parte de una misma y extensísima red.

## 5. *Los almacenes Huergo: un gran proyecto familiar en una ciudad cambiante (Balcarce 433)\**

Estas excavaciones arqueológicas se realizaron en 1996 en un sitio ubicado a seis cuadras del centro mismo de la ciudad, donde el típico y muy conocido restaurante Michelangelo ha tenido abiertas sus puertas durante los últimos treinta años. Se trata de un edificio de 1848-1850 y es en realidad lo que resta de un gran emprendimiento arquitectónico de Carlos María Huergo, quien levantó el edificio para albergar sus almacenes y destilería, y al mismo tiempo su propia casa. Este sitio fue seleccionado para su estudio no sólo por la calidad y originalidad de su arquitectura sino también por su ubicación, en el sitio donde se produjo uno de los pocos cambios en la parcelación urbana del centro de la ciudad.

En el pasado, el terreno y toda la manzana estuvieron ocupados por el convento de Santo Domingo, donde los religiosos se instalaron hacia 1601 tras una larga historia de cambios del terreno original que les adjudicara Garay (Millé, 1964). Allí los dominicos levantaron una primera iglesia con su claustro en la manzana que se abría a la barranca del río, donde sus ovejas pastaban libremente y donde también tenían sus huertos y sembradíos. Este conjunto estuvo en uso durante mucho tiempo hasta que se derrumbó en 1752 (Buschiazzo, 1951; Furlong, 1946a). Entretanto, un año antes del derrumbe, ya se habían iniciado nuevas obras para reemplazar a las anteriores, a cargo del prestigioso y discutido arquitecto Antonio Masella. Las obras se terminaron en 1784 tras varios cambios en la dirección del trabajo y hoy en día constituyen uno de los complejos religiosos más notables de la ciudad.

\* Excavación hecha por el Centro de Arqueología Urbana bajo la dirección de Daniel Schávelzon con la colaboración de Mariano Ramos, América Malbrán, Matilde Lanza, Graciela Mendoza y Mario Silveira, con el apoyo económico de Michelangelo.

En 1823, debido a conflictos que surgieron entre el Estado y la Iglesia, éste puso en vigencia una drástica política de disminución de los poderes temporales de los religiosos, ya que las distintas órdenes eran dueñas de gran parte de las tierras urbanas y rurales del país. En el caso de los dominicos el convento les fue expropiado y traspasado a la recién creada universidad; al mismo tiempo se tomó la decisión de cortar la manzana por la mitad para abrir una nueva calle y poner en venta los lotes resultantes a interesados privados. Era el año de 1823 y nunca antes se había roto con el trazado reticular de la ciudad establecido por Juan de Garay en 1580; por el contrario, en la época eran frecuentes las acciones destinadas a regularizar las calles y las líneas municipales de las fachadas. El proyecto de apertura de la calle fue obra del ingeniero Próspero Catelín; así se creó la nueva manzana y se vendieron a particulares los lotes nuevos.

El terreno que se excavó cambió de manos varias veces entre 1823 y 1833, hasta que finalmente lo adquirió Huergo; en realidad, éste compró dos lotes adyacentes y pasó a ser propietario de media manzana. En ella tenía pensado construir su propia casa, su destilería y un conjunto de almacenes de mayoreo. Si bien su actividad principal era la destilación de licores, la ubicación de estos lotes justo frente a la Aduana resultaba sumamente apropiada para tener allí depósitos de mercaderías importadas. No se sabe con exactitud la fecha de inicio de las obras, aunque sí sabemos que la destilería y la casa comenzaron a construirse hacia 1840, mientras que todavía en 1848 continuaban las obras de construcción de los almacenes. Con la muerte de Huergo al año siguiente la construcción se detuvo, y como corolario de una serie de pleitos judiciales, hacia 1850 la familia pudo finalmente terminar el proyecto.

La notable obra emprendida por Huergo era de hecho un edificio industrial bastante simple: la destilería de dos plantas con sus sótanos se ubicó en la esquina y en la terraza se colocaron una serie de habitaciones para uso familiar.

A un lado de la destilería situó el depósito de tres pisos para su negocio de mercaderías al mayoreo, con cuatro naves paralelas entre sí; para la circulación, abrió una entrada por una calle que llevaba a una salida sobre la calle posterior. El primer edificio todavía tenía la apariencia de una casona colonial tradicional con su patio central, pero el otro ya era de una modernidad peculiar para una ciudad como Buenos Aires, porque seguía la mejor tradición inglesa de estructuras de ladrillo. En la ciudad no había edificios de bóvedas autoportantes superpuestas, novedad que fue introducida en el país por el ingeniero inglés Eduardo Taylor por esos mismos años. Esta estructura es tan similar a otras obras de Taylor que tenemos razones para creer que también éste fue un proyecto de su autoría tal como hemos intentado demostrar en otra obra (Schávelzon y Silveira, 1998). El funcionamiento mismo del edificio era totalmente novedoso, ya que por primera vez se sacó ventaja del desnivel de la barranca al río para facilitar las tareas que allí debían llevarse a cabo. La mercadería era recogida en la Aduana y transportada por la calle Belgrano, en una suave cuesta arriba, hasta la entrada principal del edificio situada en la parte alta del terreno, para ser ingresada directamente por el segundo nivel; de allí se la bajaba por agujeros internos o con la ayuda de pescantes hasta el primer nivel o simplemente se la cargaba en carros, con lo cual toda la operatoria de carga y descarga se simplificaba enormemente. Taylor utilizó este mismo sistema en otros edificios —aduanas todos ellos, donde la carga y descarga era continua—, combinando sistemas de niveles naturales con otros artificiales.

Las excavaciones arqueológicas en el interior nos permitieron ver que esta estructura se encontraba precisamente donde una vez estuviera el antiguo convento de Santo Domingo, aunque Taylor debió rebajar la barranca para su obra; tal vez sea por esto que gran parte del terreno resultó arqueológicamente estéril. Del convento, la única estructura que se encontró fue el fondo de un enorme pozo de ba-

sura de 3 metros de diámetro que se usó en la cocina y que hemos fechado para 1790-1820. A este pozo se arrojó en la época gran cantidad de restos de pescado y de mamíferos, como por ejemplo vacunos y ovinos y también pájaros, pollos y gallinas y otras aves de corral; también se encontró cerámica en abundancia, vidrio y otros objetos de la vida cotidiana de los dominicos. Sin embargo, uno de los sótanos fue rellenado hacia 1848-1850 con desechos provenientes de un sitio donde se servían comidas, aparentemente una fonda donde se daba de comer a los obreros de la construcción. Y junto con los restos de comida también se hallaron materiales de obra, como fragmentos de ladrillos, baldosas y tejas, y una cimbra de madera y metal que probablemente se usó para construir las bóvedas. Fue interesante comparar los dos diferentes conjuntos de restos alimenticios, ya que con un intervalo de sólo treinta años quedó perfectamente claro que correspondían a dos grupos sociales diferentes —los frailes dominicos y los obreros de la construcción—, con diferentes posibilidades económicas y diferentes hábitos alimentarios. Los dominicos consumían gran cantidad de pescado, mientras que los obreros comían mucha carne roja y sólo un 2% de pescado; los frailes usaban una vajilla fina y casi no aparecieron restos de botellas de licores, mientras que los obreros bebían vino en abundancia y su vajilla era rústica. Con todo, tuvieron algo en común: entre los frailes dominicos, los productos importados representaron un 92,14% del total de objetos hallados y en la fonda de los obreros, aunque sea difícil de creer, la vajilla importada representó el 97,53%. No hace falta aclarar que la calidad de ambos conjuntos era totalmente distinta. La dieta de los dominicos resultó ser menos variada, pero su arte culinario superior; por otro lado, la variedad en la alimentación no es siempre un indicador de estatus social sino más bien la búsqueda, día tras día, de aquellos alimentos que estuvieran al mejor precio.

Después de la muerte de Huergo el sitio se mantuvo tal

cual él lo dejara durante un tiempo, pero más tarde sus nietos comenzaron a desmembrarlo: primero se vendió la casa con el alambique y parte de los almacenes, más tarde se demolió todo, el terreno se fraccionó en tres partes, y a principios del siglo XX comenzaron a construirse allí grandes edificios. Sólo parte de los almacenes sobrevivió aunque con cambios; en cuanto a las fachadas, la posterior fue modificada y la del frente definitivamente destruida. Este estudio arqueológico nos permitió no sólo observar con detenimiento los hábitos alimentarios de los dos grupos sociales mencionados y establecer valiosas comparaciones, sino también comprender los detalles del proceso de apropiación y uso posterior de las barrancas del río. Desde los tiempos de la fundación, en la ciudad se pensaba esta zona y se la utilizaba como un borde y salvo por las ventajas que representaba para el Fuerte, la barranca en sí misma carecía de valor y nadie estaba interesado en vivir en ella, a menos que no le quedara otro remedio. Después de esta construcción se hizo evidente que el lugar tenía sus ventajas y en los siguientes treinta años parte de las obras más importantes de la ciudad se construyeron encima de esa barranca, aprovechando el desnivel.

#### 6. *La casa Elía: cambios en la tipología y cambios en la topografía (Balcarce 531)\**

En la calle Balcarce 531 hay un edificio que la tradición atribuye a la familia Elía, aunque la investigación histórica ha demostrado que en realidad ellos nunca vivieron allí. La estructura se halla en la parte más alta de la antigua barranca al río, lo que hace de éste un caso especialmente interesante porque permite entender cómo se fue transforman-

\* Estudio a cargo de Teresa Di Martino, Marisa Gómez y Marta Lázzari para el Centro de Arqueología Urbana; la excavación fue hecha por Daniel Schávelzon.



do uno de los espacios urbanos más significativos, hasta el punto de volverlo prácticamente irreconocible (di Martino, Gómez y Lazzari, 1988).

La barranca al río, desde la distribución de solares que hiciera Garay, había quedado como propiedad comunal; fue sólo en el siglo XVIII cuando se consolidaron las manzanas comprendidas entre las calles Balcarce y Paseo Colón cuando comenzaron a aparecer allí las primeras construcciones, pero la barranca constituía de por sí un límite físico que obligaba a ubicar las viviendas en su parte más alta y no en la más baja. Este caso, como ya dijimos, nos resultó de mucho interés porque nos dio la oportunidad de observar cómo esta casa se fue apropiando de la barranca y cómo pasó de ser una vivienda mínima a una mansión residencial para más tarde transformarse en un conventillo. Esta fue una situación especial donde se conjugaron los cambios físicos y la propiedad compartida de un mismo solar.

La casa más antigua que se ubicó era propiedad, en 1749, de los hermanos Marsán, aunque no sabemos desde cuándo eran los dueños. En medio del terreno habían construido una casa de madera y adobe con dos cuartos, techo de tejas, una cocina y un pozo de balde. En 1788 la casa fue mejorada con ladrillos y nuevos tirantes de madera para el techo, y de acuerdo con la nueva moda impuesta por la Real Ordenanza de 1784 se le construyeron otros dos cuartos a la calle con un zaguán en el centro. El terreno presentaba un desnivel de 3,10 metros: la primera casa estaba en la parte alta de la barranca mientras que la segunda había quedado mucho más abajo. Por lo tanto, se levantó una imponente fachada con una puerta que sostenía una bóveda arriba de la cual se construyó un mirador con una hermosa vista del río; tanto el mirador como la fachada se habían ornamentado con rejas y pilares. Desde la calle aparentaba ser una gran residencia, pero en realidad no era más que la antigua casa con algunos cambios y las dos nuevas habitaciones de alquiler, ocupadas respectivamente por

dos familias distintas. Hubiera sido interesante ver cómo se las arreglaban entre todos para compartir el patio, la cocina, las letrinas y el pozo de agua.

Hacia 1840 esta vida en común y compartiendo el patio debió de haberse tornado difícil porque fue para esa época cuando se abrieron dos puertas independientes para acceder a los dos cuartos que daban a la calle, conjuntamente con otra puerta lateral que llevaba directamente al fondo. El concepto de propiedad privada y de vida encerrada en el individualismo, no compartida, creció en esa época cambiando las formas de vida del siglo anterior. El proceso de cambio continuó y se agregaron otras habitaciones que lentamente le fueron dando a la construcción la forma de una casa con dos patios; finalmente hacia 1900 la casa llegó a contar con dieciséis cuartos, y hacia fines de esa década ya era un conventillo de treinta y dos habitaciones. La vida en él, en los últimos cincuenta años, se desarrolló en condiciones deplorables para sus ocupantes.

En resumen, en esta casa, a diferencia de lo que sucedió en el terreno de la Imprenta Coni, los sucesivos propietarios fueron agregando una habitación tras otra, subdividiéndolas y deteriorando seriamente la calidad de vida de sus ocupantes; con todo la casa siguió funcionando como tal y el edificio todavía se mantiene en pie, después de haber pasado por las manos de dieciséis dueños distintos en menos de doscientos años. Lamentablemente en 1990 el interior se demolió y la fachada se restauró sin que se respetara su diseño original, de manera que hoy en día resulta casi imposible saber con exactitud cómo fue en su origen.

La excavación arqueológica, consistente en una serie de pozos de sondeo, tuvo por objeto central establecer, junto con la investigación documental, la compleja cronología del proceso de cambio de las habitaciones de esta casa, determinar la funcionalidad de los espacios y establecer algunas de las hipótesis antes desarrolladas sobre el cambio entre la propiedad compartida y la subdividida.

7. *Basura doméstica y vida privada: cuando lo individual surge entre lo colectivo (Bolívar 238)\**

Un pozo de basura similar a muchos otros del siglo XIX tardío, excavado como parte de una operación de rescate durante una obra como tantas otras, por primera vez rompió la visión cuantitativa y colectiva que habitualmente presentan; nos obligó a pensar en individuos con actitudes muy personales y por ende muy diferentes al común de lo que significaban los grupos medios-altos de la ciudad. La excavación de ese pozo, conservado en buena parte debajo de un edificio construido hacia 1900, correspondió a la familia Cobo primero, entre 1850 y 1870 para luego seguir en uso por quienes la alquilaron hasta cerca de 1890. Lo hallado estaba en excelente estado de conservación a tal grado que se pudo recobrar gran cantidad de objetos de madera, tela y cuero. El pozo era ovalado y estaba profundamente cavado en la tosca arcillosa, más de 13 metros, por lo que se mantuvo con un bajo tenor de humedad y sin que la napa freática lo perforara haciendo así que la conservación de su contenido sea muy buena.

Lo interesante en este caso es lo insólito: primero un grupo de objetos de índole sexual arrojados dentro de una bacinica de loza, que incluían tres placas de porcelana —una entera y dos fragmentadas— con motivos sexuales en bajorrelieve que fueron fechadas hacia 1820 y junto a ellas tres objetos posiblemente fálicos tallados en madera. Pero no fue todo: en ese pozo había también armas militares (tres rifles y al menos un sable), un catalejo, portaobjetos de microscopio, pinceles de artista, varios juguetes tallados en madera en forma artesanal al igual que otros de porcelana, varios tinteros y lápices de grafito. Otras curio-

\* Excavación hecha por Daniel Schávelzon y el Centro de Arqueología Urbana junto con el Instituto Histórico del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

sidades fueron que el medio centenar de vasos formaba siempre pares todos diferentes entre sí, que la vajilla fue en un 90% de porcelana, lo que es un porcentaje inusualmente alto, y también que las bacinicas mostraron ser el recipiente de mayor uso en la casa, o al menos el que en mayor cantidad fue descartado. También fue inusual la cantidad de frascos de medicinas y de artículos de tocador, incluyendo media docena de pastilleros de madera.

Este pozo, yendo más lejos que la mera curiosidad, muestra cómo los patrones de conducta en el centro histórico se alteran constantemente. Y si bien estadísticamente la basura de esa casa entra en los porcentajes habituales de su época —mayoría de lozas *Whiteware*, de botellas de vino sobre la ginebra, el porcentaje alto de productos importados—, lo personal está tan presente que es imposible no verlo. El final del siglo XIX (el pozo fue usado entre 1850 y 1890) nos señala la presencia en la cultura material de sectores sociales que antes casi pasaban desapercibidos: los niños, los ancianos, los jóvenes, el sexo, lo militar, lo creativo y lo intelectual.

#### *8. De la medicina religiosa a la medicina científica: el antiguo Hospital de Mujeres (Plaza Roberto Arlt)\**

En un terreno de la zona céntrica de la ciudad se vivieron casi todos los cambios de la medicina social ocurridos entre el siglo XVIII —cuando los hospitales crecieron y se desarrollaron como tales—, hasta el reciente fin de la asistencia del Estado a los grupos sociales carentes. Se trata de los terrenos que hoy conforman la Plaza Roberto Arlt, en Esmeralda y Rivadavia, y que formaban parte de la vecina

\* Excavación hecha para el Programa por la Memoria de Buenos Aires del Gobierno de la Ciudad bajo la dirección de Marcelo Weissel y su equipo de colaboradores.

iglesia de San Miguel a la cual pertenecían. Las excavaciones se efectuaron como resultado de un hallazgo casual, gracias a lo cual se le pudo dar forma a una arqueología que estudiaría la atención de la salud (Weissel, 1997).

El terreno fue adquirido por la Hermandad de la Caridad en 1738 para dar atención y sepultura gratuita a los pobres y para construir una capilla dedicada a San Miguel. Se abrió allí una primera sala destinada a mujeres, pero en realidad hasta 1755 casi no tuvo funcionamiento por falta de recursos propios. Sólo en ese año fue creado el Colegio de Huérfanas y el Orfanato separadamente del hospital, y hacia 1770 se iniciaron obras de cierta envergadura. Para 1790, tras altibajos constantes, el hospital ya contaba con una sala amplia con ventanas —la anterior no las tenía—, una botica y otras dependencias. A partir de ese momento hubo constantes obras de ampliación y remodelación. Pero en 1822 llegó la supresión de la Hermandad y el Estado nacional, tras hacerse cargo, hizo nuevas obras para completar tres salas de atención, oficinas y botica. Al año siguiente la institución pasó a depender de la Sociedad de Beneficencia y diez años más tarde se desgajaría el Asilo de Huérfanas. Para mitad de ese siglo se finalizó la construcción de la iglesia con su casa parroquial y en 1876 se fue de allí el Hospital de Mujeres para dar lugar a la nueva Asistencia Pública que, creada en 1892, permaneció en el lugar hasta 1960. El edificio fue demolido en 1970 y el espacio transformado en plaza, mientras que la iglesia fue remodelada hacia 1912.

El sector que se excavó en la parte posterior del terreno cambió constantemente de funciones a lo largo de los 230 años de uso del suelo. Los planos existentes muestran la presencia de una sala de atención de enfermas, oficinas y básicamente un amplio patio; este último se transformó en caballeriza y herrería aproximadamente entre 1900 y 1920. Los otros espacios del sitio se ven, en los cinco planos existentes fechados entre 1878 y 1922, con diferentes cons-

trucciones y destinados a diferentes actividades cada uno de ellos. Típico de Buenos Aires, la arquitectura no dejaba de cambiar y si bien los procesos eran más pausados que en el ámbito de lo doméstico, posiblemente no hubo un solo año en más de dos siglos en que no se alterara o modificara algo.

La excavación puso de manifiesto precisamente ese proceso incesante de cambio, con continuidad cultural desde mediados del siglo XVIII hasta la actualidad y restos constructivos conexos a dicho proceso. El hallazgo más significativo fue una enorme cámara de desagüe asociada a la caballeriza y a los baños que allí existieron, obra que hemos fechado hacia 1870-1880; es decir, que debió funcionar menos de veinte años. Asociada a la construcción de esta obra subterránea se halló una vasija cerámica afro completa y un fragmento de otra a su lado, puesta después de hechas las paredes en el inicio del relleno colocado para cubrir la bóveda, posiblemente por las mismas personas que trabajaron allí. Es un detalle curioso que los afroargentinos que trabajaron de obreros en esos tiempos tardíos aún usaran ese tipo de cerámicas y las enterraran, lo que es un posible indicador de la existencia persistente de rituales no católicos y de una identidad cultural fuertemente arraigada.

En el curso de estos trabajos se puso en evidencia la presencia de materiales culturales asociados a las actividades que se desarrollaban en el sitio: buena parte de éstos son materiales de construcción, pero hay diversos objetos usados en la medicina, como frascos de farmacia y jeringas, cerámicas de cocina y mesa, herraduras y hierros usados en los carruajes y escasos objetos domésticos. Las cerámicas mostraron un patrón relacionado con los cambios en la vajilla que se usaba en edificios públicos: para el siglo XVIII era semejante a la de cualquier casa de la ciudad, diferenciándose gradualmente a medida que avanzaba el siglo XIX y se establecían las nuevas normas de higiene; de allí que haya un porcentaje alto de mayólicas y lozas Creamware y

una reducción drástica en la cantidad de lozas Pearlware y posteriores. Según el sitio excavado, el porcentaje de cerámicas llegó a representar el 70% para el siglo XVIII y un 30% para el siglo XIX, esto es, una situación inversa a la de los contextos domésticos de la misma época.

## II. CERCA DE LA PERIFERIA DE LA ANTIGUA CIUDAD

### 9 *La Imprenta Coni (Perú 680): cambios en un lote en la periferia urbana\**

El edificio y el terreno que albergaron como su último destino a la afamada Imprenta Coni, también fueron objeto de excavaciones arqueológicas. Este importante ejemplo de la gran arquitectura industrial temprana (1884), fue sede de una de las editoriales más importantes en la historia del país y afortunadamente llegó a nuestros días en un estado de preservación notable. Se encuentra a un lado del antiguo cauce del Tercero del Sur, lo que intensificó nuestro interés por saber más acerca del proceso de utilización del lote y del contenido de los sucesivos rellenos de nivelación que se depositaron desde el siglo XVI hasta el XIX. Esto también nos permitió adquirir mayor conocimiento sobre cómo se fue borrando gradualmente la topografía original y observar los diferentes cambios que tuvieron lugar en las formas de utilización del espacio urbano (Schávelzon, 1991; 1996b).

Las evidencias más antiguas están representadas por una serie de tres pozos alineados que en algún momento sostuvieron postes separados entre sí por 1,50 metro, para-

\* Excavación hecha por Daniel Schávelzon, Ana María Lorandi y los colaboradores del Centro de Arqueología Urbana, con el apoyo de Earthwatch-USA.

lelos a la calle. Los pozos se encontraban debajo de un ci-  
miento que hemos fechado hacia 1740, y según los artefac-  
tos cerámicos encontrados en su interior podemos fechar  
estos agujeros aproximadamente hacia 1650. Aun cuando  
en el momento del descubrimiento no disponíamos de to-  
dos los elementos para identificarlos, más allá de determi-  
nar que eran agujeros de postes (Schávelzon, 1996b:41), al  
revisar el censo de 1734 encontramos que en la ciudad to-  
davía existían muchos ranchos hechos con cueros. Los in-  
dios pampas, para hacer sus viviendas, usaban sobre todo  
cueros de caballo; eran largas y angostas, y estaban soste-  
nidas por dos hileras de postes paralelos firmemente ente-  
rrados en el terreno, se cerraban por tres de sus lados y lle-  
vaban techo. El padre Sánchez Labrador dejó la siguiente  
descripción: “no son otra cosa que unas grandes tiendas o  
toldos, altas, cuadradas y algo arqueadas en el medio. Para  
el techo cosen 26 cueros de caballo (...), el hilo con que co-  
sen está hecho de los nervios y venas de los mismos caba-  
llos. Del mismo modo juntan y cosen otros cueros para  
los alares de la casa, a la cual dejan dos puertas (...). Están  
mantenidos esos toldos por palos delgados y alrededor cla-  
vados y asegurados por estacas” (Furlong, 1938:49). Esto  
representa la evidencia más antigua de construcción en ese  
lugar, pero hacia el fondo del terreno, cerca del antiguo  
cauce del Tercero, se recuperaron cerámicas del siglo XVII  
temprano de los tipos conocidos como micácea naranja, le-  
brillo verde, columbia liso e isabela, en un contexto que  
también arrojó huesos de equinos, vacunos y dos manos de  
moler maíz de tradición indígena. Es decir que en ese sec-  
tor el terreno había sido usado transitoriamente, aunque  
más no fuera para comer y arrojar los desperdicios.

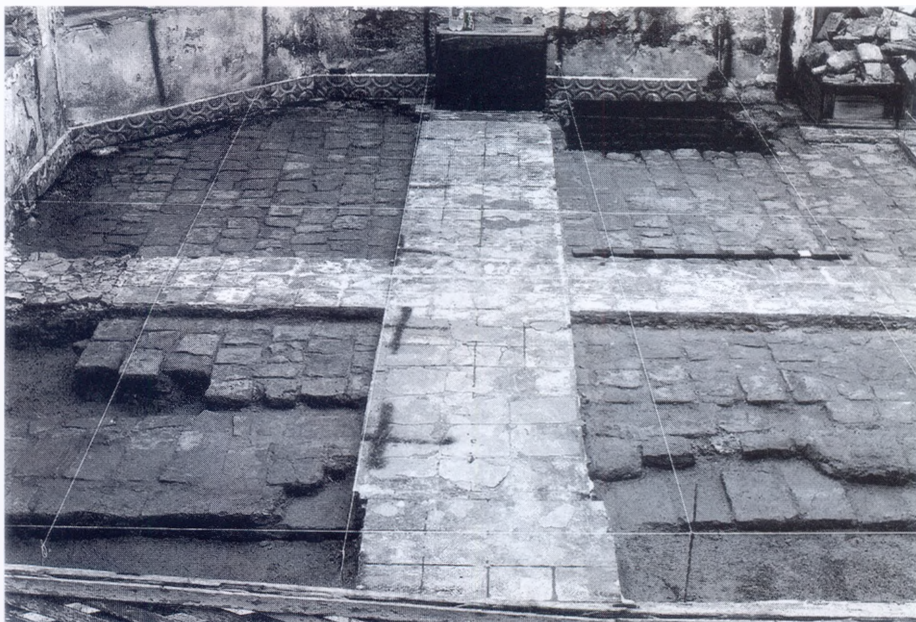
Hacia 1740 Juan Gutiérrez Villegas y Juana Rodríguez  
levantaron allí una primera vivienda, aunque no escritura-  
ron debidamente la propiedad; esta casa se construyó en  
un momento en que el Cabildo comenzó a vender terrenos  
del ejido por lo que la población de la zona limítrofe con



éste aumentó. Según la documentación histórica, la casa contaba con una sala, dos habitaciones y cocina. Los muros eran de adobe y la cimentación de ladrillo. De los registros surge que en 1800 la propiedad le fue vendida a un *pardo*, después de un largo juicio entre un yerno de los propietarios y doña Juana Rodríguez, quien no tuvo más remedio que pagarle al teniente de Dragones con una negra esclavizada y su hija, para compensar el precio de la casa que estaba estimado en \$600. Como ya dijimos, en 1800 la propiedad cambió de dueños y este *pardo* la conservó para sí hasta 1822, cuando la vendió a la familia Goyena por la suma de \$1.000.

Hasta ese momento entonces, la casa estuvo en manos de un militar de poco rango y de un mestizo; estaba mal ubicada, muy próxima al Tercero, que despedía olores fétidos y se inundaba con frecuencia. Sin embargo, la creciente densidad urbana y las cada vez mejores edificaciones que aparecían en la zona, donde se estaba levantando el nuevo barrio de San Telmo —a partir de la construcción del convento y la iglesia de los jesuitas—, hacían que ese terreno resultara atractivo para las familias de mayores recursos y con alguna visión de futuro. Fue así como los Goyena compraron la propiedad, demolieron la antigua casa y construyeron una amplia residencia, aprovechando su proximidad con la Calle Real y tratando de minimizar las molestias causadas por el Tercero. Y allí arrojaron como relleno el escombros de la casa demolida, aunque el largo proceso de relleno y sedimentación sólo iba a acabar medio siglo más tarde.

La nueva residencia contaba con diecisiete habitaciones; un zaguán conducía hacia el patio principal, al que le seguía un segundo patio rodeado por las habitaciones y había después un tercero, al fondo, para las habitaciones de la servidumbre. El primer patio tenía un aljibe con una galería de piso enladrillado, lo que indicaba que la sala y los demás ambientes principales se encontraban allí; en los



LAS TÉCNICAS ARQUEOLÓGICAS: excavación en área abierta en la esquina de Defensa y San Lorenzo; en la foto se ha levantado el primer piso de mosaicos (ca. 1920) y se observa un primer enladrillado (hacia 1875).



LAS TÉCNICAS ARQUEOLÓGICAS: interior de Michelángelo en la calle Balcarce donde en planta baja sólo fue posible excavar por cuadrículas debido a la estructura de hormigón preexistente en los suelos.



LA SELVA URBANA: dos sitios en excavación cubiertos por la vegetación tras años de abandono en Defensa esquina San Lorenzo y en Virrey Liniers e H. Yrigoyen.

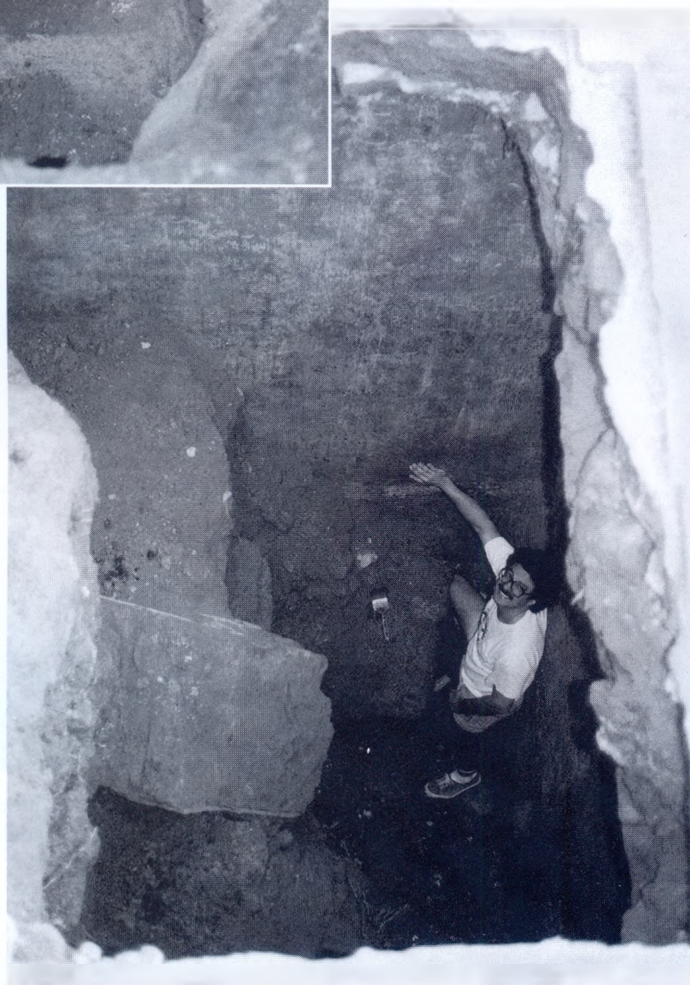




Excavación en el patio del fondo de la antigua Casa Ezcurra; nótese la cantidad de pozos de desagüe y muros de diferentes épocas; al fondo el sector con suelo conservado desde el siglo XVI.

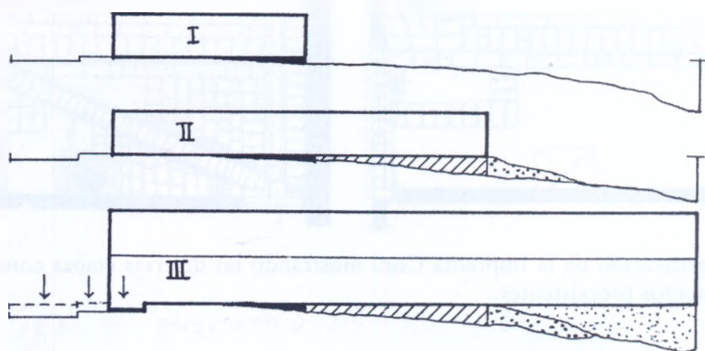


LA BUENOS AIRES SUBTERRÁNEA:  
dos construcciones muy  
diferentes aunque cercanas;  
túnel del siglo XVIII bajo el  
Cabildo y parte de una cisterna  
para agua de 1850 bajo el patio  
del mismo edificio.

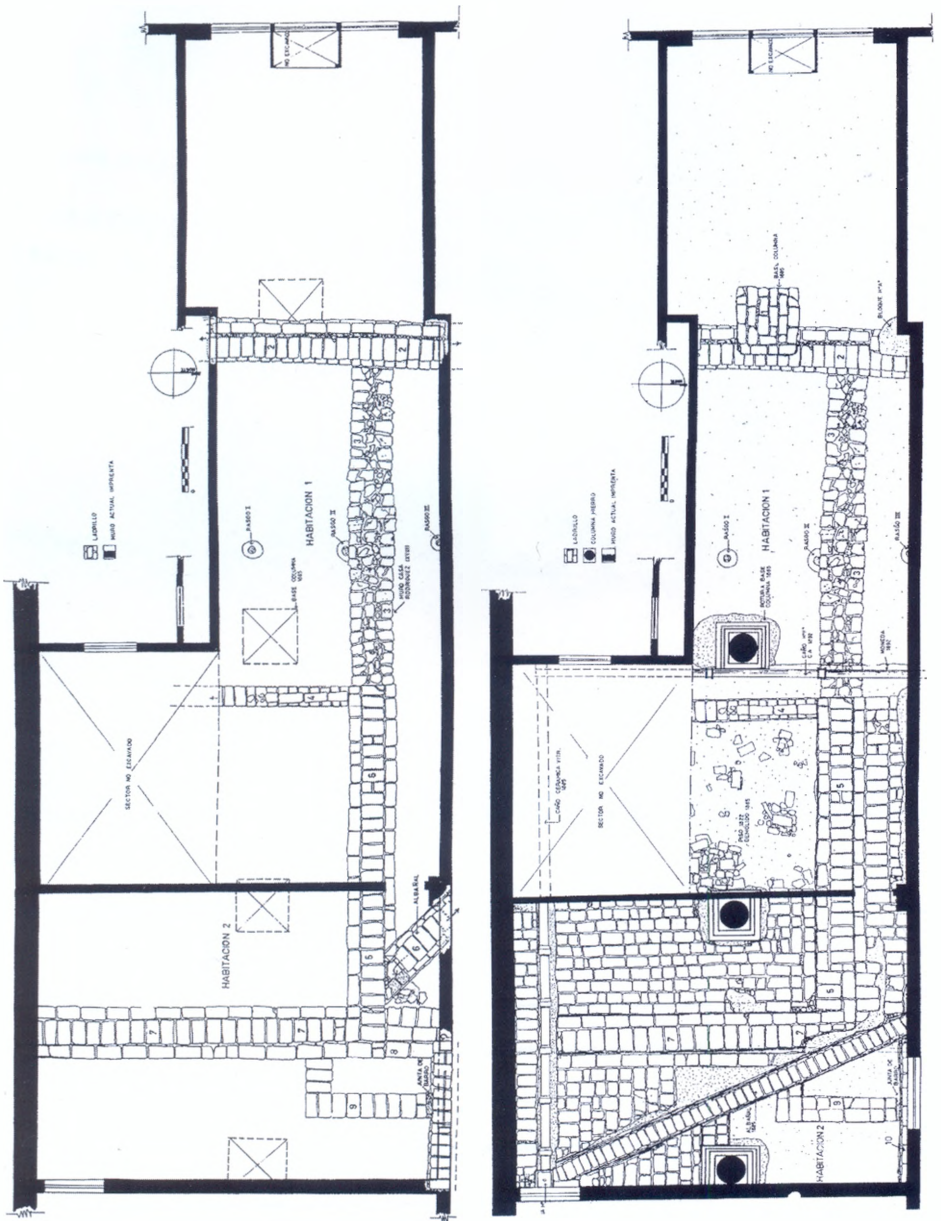




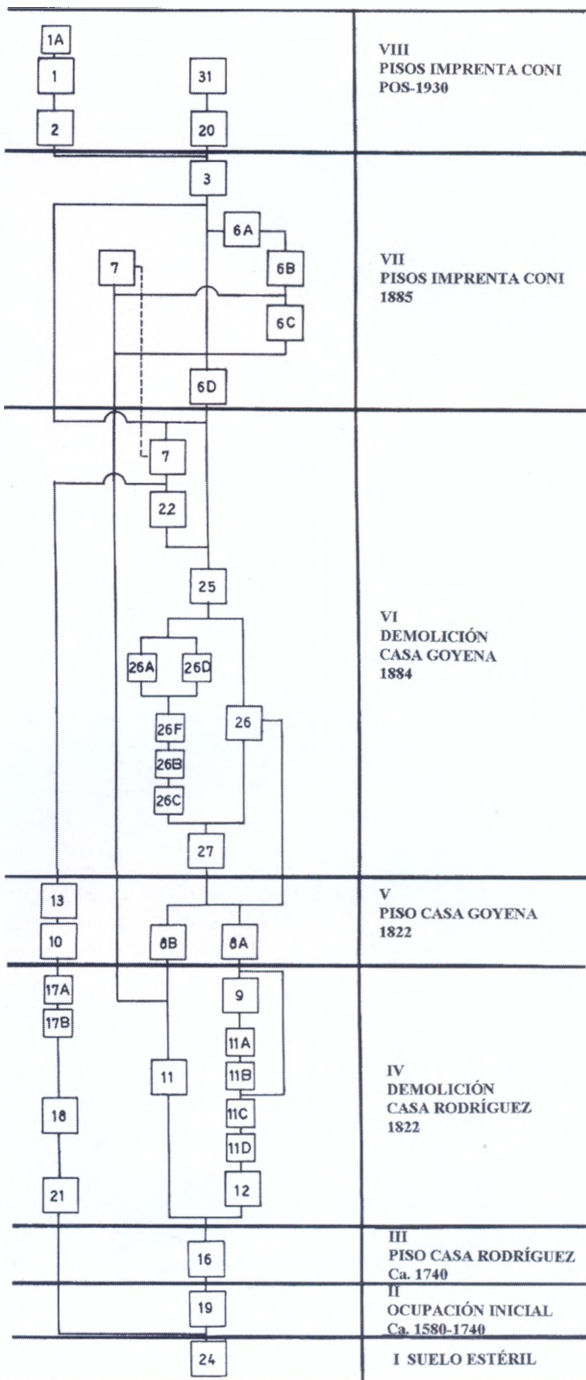
Interior de una habitación de la Imprenta Coni durante la excavación: se observa un muro de 1740 reusado en 1822 y enterrado para construir el edificio de la imprenta en 1885.



Proceso de transformación del terreno a medida que cambiaron las construcciones entre el siglo XVIII y finales del XIX en Perú 680.

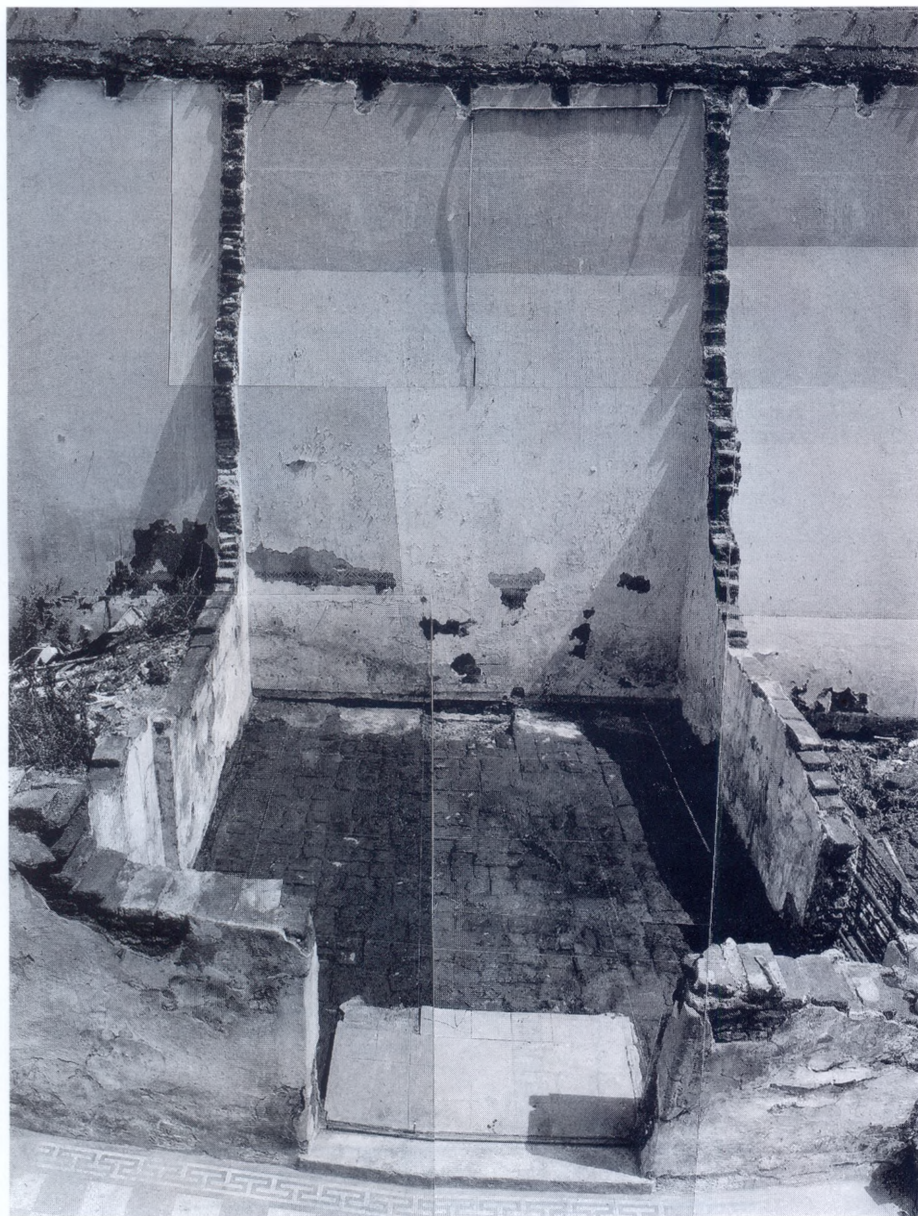


Planos de excavación de la Imprenta Coni mostrando las diversas etapas constructivas, pisos y cimientos preexistentes.

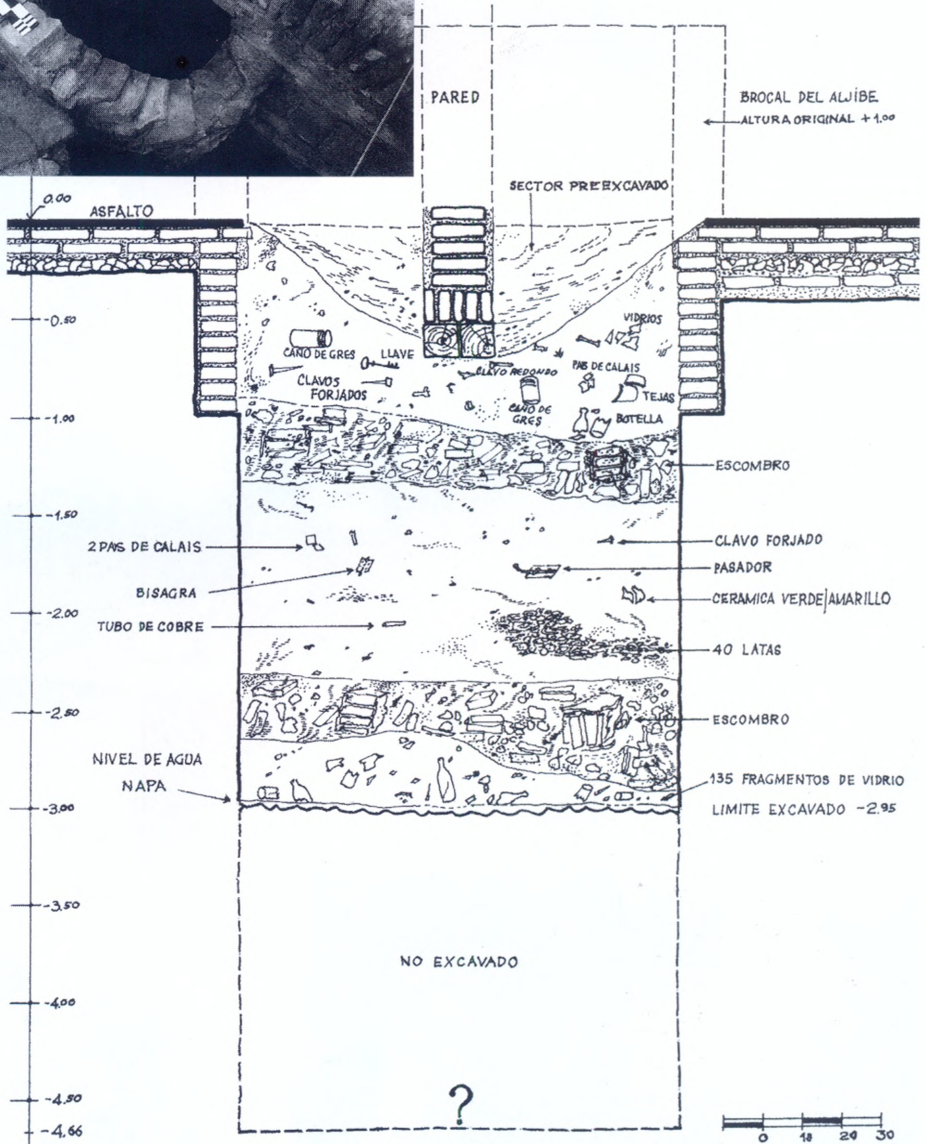


Reconstrucción gráfica de la secuencia estratigráfica de la Imprenta Coni y su contrastación con la información histórica, según el método de Eduard Harris, a lo largo de casi 400 años de uso del suelo urbano.





Habitación del antiguo conventillo que existiera en Defensa 774 tras el retiro del escombro que la cubría para poder ser excavada: fue el primer estudio sistemático de un edificio de este tipo, fechado cerca de 1870.

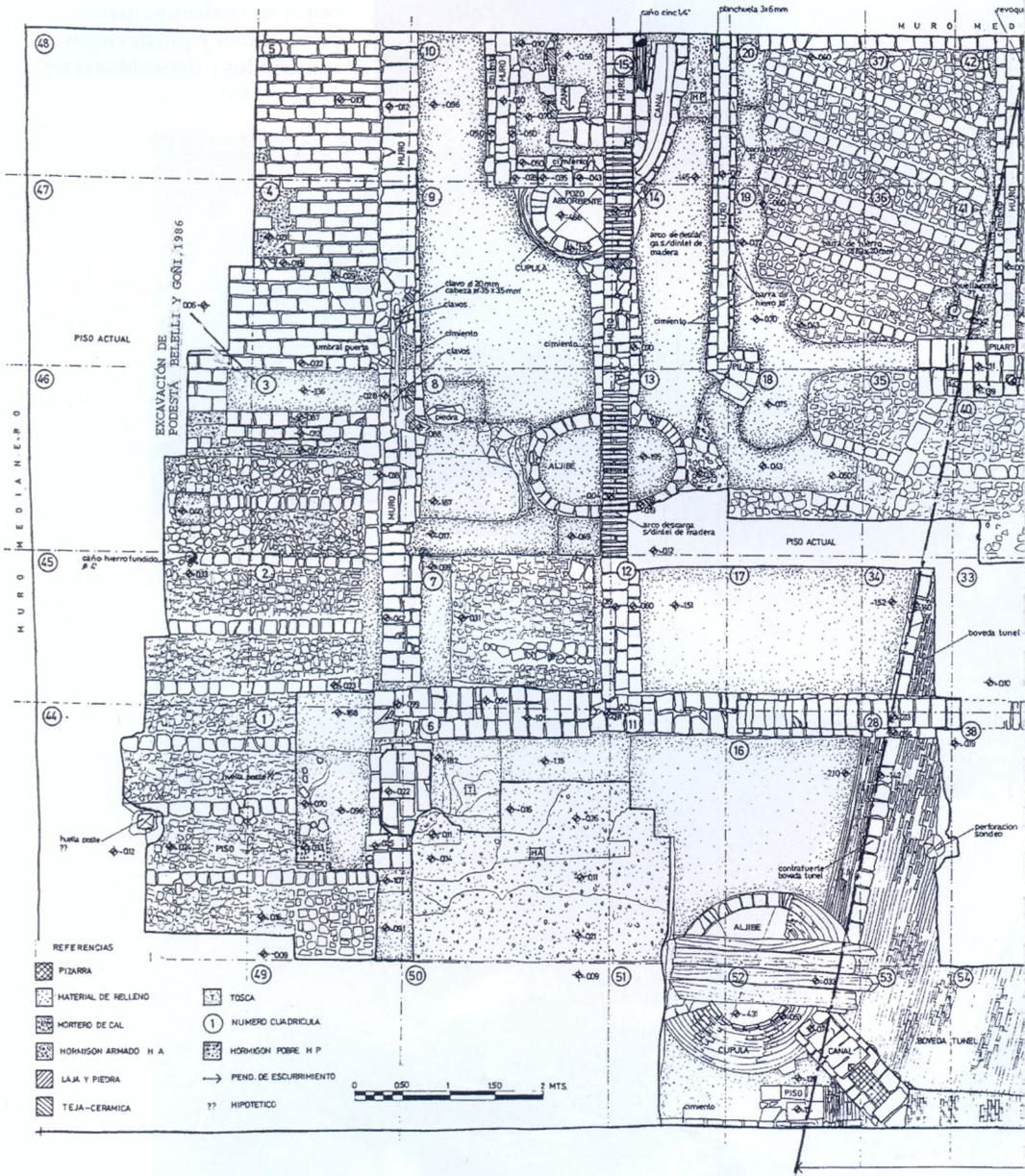


Pozo de agua construido en 1865 y destruido en 1894 en el patio de la casa de Defensa 751; tenía forma ovalada y se podía sacar agua desde dos lados del muro que lo cubría. (Dibujo Guillermo Coni Molina)



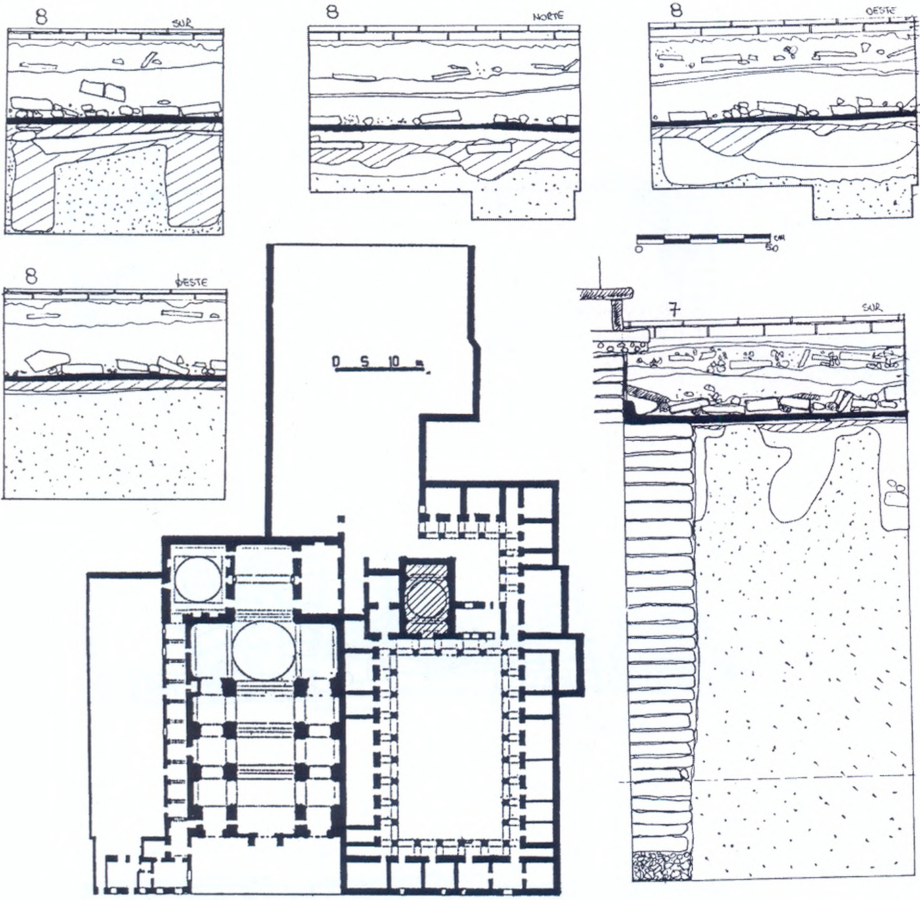
Foto de la excavación hecha en el patio posterior de Defensa 751; una secuencia compleja de restos de cimientos, muros, pisos, aljibes y pozos ciegos construídos y destruídos entre 1730 y 1865.



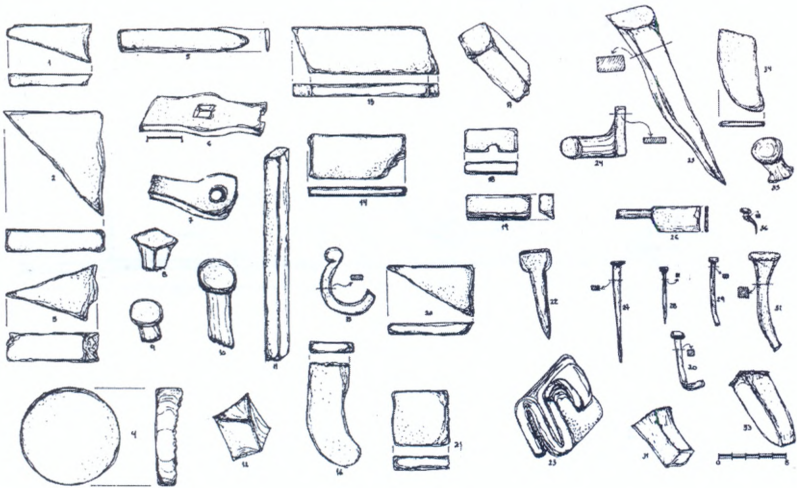


Plano de la excavación del patio del fondo de Defensa 751; al centro corre el túnel del Tercero del Sur. (Plano Marcelo Magadán)





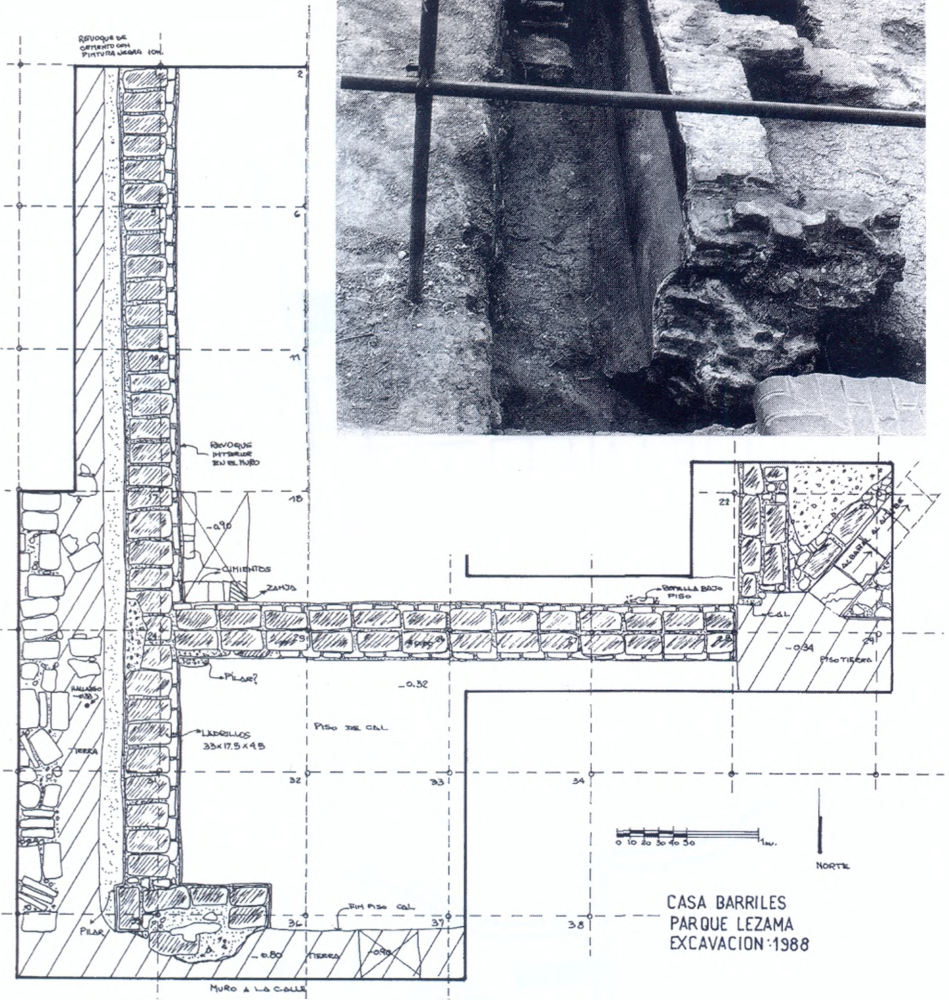
EXCAVACIONES EN LA IGLESIA Y RESIDENCIA JESUÍTICA DE SAN TELMO: plano general y perfiles de la excavación en el interior de la capilla de Belén (en líneas rayadas) indicando el piso original (en línea negra) y los objetos hallados en la herrería descubierta debajo.





Plano de la zona sur de la ciudad entre las calles Moreno, Perú, Independencia y Leandro Alem en 1886; se han indicado en negro los terrenos excavados y en línea gruesa el recorrido del arroyo Tercero del Sur antes de ser entubado.





Plano de excavación de la antigua casa de Magdalena Barriles descubierta bajo Parque Lezama y una foto de sus cimientos.

fondos parecería que los rellenos no fueron suficientes porque no alcanzaron a borrar completamente la topografía original. La residencia era totalmente de ladrillos, incluyendo los pisos, y al menos un cimiento de la casa anterior se pudo aprovechar, mientras que los viejos muros de adobe fueron demolidos y aprovechado su escombros para levantar un poco más el nivel del terreno.

Esta casa ya muestra a las claras que la nueva arquitectura del siglo XIX estaba bien definida. Herencia de algunas pocas casonas del siglo anterior que también presentaban una secuencia de patios, estas viviendas eran más angostas y se adaptaban a los nuevos lotes de solamente un cuarto del solar original —y a veces hasta de un octavo—, y se extendían a lo largo de las medianeras con la sala en el frente y una puerta que se abría al patio principal. En el centro del patio había un aljibe, mucho mejor que un simple pozo de agua: se trataba de una construcción subterránea con paredes revocadas donde se almacenaba el agua de lluvia proveniente de las terrazas y los patios por medio de caños y albañales. Tener un aljibe era símbolo de jerarquía social, ya que su costo era muy elevado.

El cambio de la casita original a esta nueva residencia indica las transformaciones que se estaban operando en esa zona urbana. A pesar de esto, los Goyena no residieron allí por mucho tiempo: casi todas las familias importantes, al igual que ellos, comenzaron a abandonar el área como consecuencia de dos terribles epidemias, la del cólera en 1867 y la de fiebre amarilla en 1871. Todo aquel que podía permitírselo se trasladaba al norte de la ciudad; los Goyena vendieron su casa en 1873 y tras varios cambios de manos en 1883 la compró Pablo Emilio Coni.

Los Coni, pertenecientes a una familia de impresores franceses, ya habían tenido otros edificios para su imprenta en distintas partes de la ciudad. En 1886 cuando Pedro Coni se diplomó de ingeniero, demolió la anterior casa Goyena e inició la construcción de un edificio nuevo y

más amplio donde funcionarían las nuevas instalaciones. Esta vez la estructura había de ser una planta industrial que incluiría también —lo que no dejaba de ser extraño—, una casa para alquilar y otra donde el editor mismo habitaría. El uso mixto del edificio como vivienda e industria, resultó un rasgo bastante común en los primeros tiempos de la nueva arquitectura industrial, de la que en Buenos Aires había pocos antecedentes. En este caso se incorporaron sistemas constructivos mixtos y nuevas tecnologías y materiales como el acero y las columnas sin paredes, junto con la novedad de un patio con su techo completamente vidriado, que coexistían con el sistema tradicional de muros portantes. Todavía en 1970 este notable edificio seguía funcionando como imprenta, de lo que se desprende que noventa años después de ser construido todavía resultaba adecuado para funcionar como tal, lo cual por cierto resulta extraño ante la velocidad con que se producían los cambios en la ciudad.

Es interesante notar que si bien la casa Goyena se demolió, Coni mantuvo los pisos de ladrillo intactos y bien conservados debajo de los nuevos, que fueron de cemento en lo que sería el sector de máquinas y de entablonado de madera en el sector de oficinas. Asimismo aprovechó varios de los antiguos cimientos para sus nuevas paredes, junto con algunos albañales para la primera instalación de agua, y el aljibe. El escombros producido por la demolición se usó para terminar de rellenar el Tercero, ya en forma definitiva.

Durante las excavaciones realizadas en este edificio se hallaron objetos que son representativos de las actividades que allí se llevaron a cabo y que también nos hablan de sus ocupantes. En la casa Rodríguez, el 12% de las cerámicas encontradas fueron de tradición indígena; 7,84% eran tinajas criollas y el resto fragmentos de materiales europeos, como lozas Creamware, botijas de Sevilla, mayólicas españolas de Triana, un par de vasos de cristal y otros objetos de vidrio, incluyendo botellas inglesas de vino y frascos de

perfume. Consideramos que se trataba de una familia de pocos recursos, pero dado que sólo el 20% de su vajilla era de manufactura local quizá se tratara de gente que, como era habitual en la época, trataba de dar una imagen de lujo y comodidades que no condecía con la pobre calidad de su vivienda. Quizá sea una buena expresión de los cambios sociales que se estaban produciendo en ese siglo, donde era frecuente querer recibir, aparentar y mostrar una posición de holgura que muchas veces no era real.

La casa que siguió, la de los Goyena, ya contaba con determinadas características que eran consideradas para la época casi opulentas: azulejos importados de Pas-de-Calais, vidrios en las ventanas, pisos enladrillados y un aljibe para agua potable, sin contar las dimensiones mismas de la casa. En cuanto al diseño arquitectónico también nos muestra un momento poco común: contaba con una amplia sala, pero el espacio del comedor todavía en esa época no estaba claramente definido, cosa que recién comenzaría a ocurrir unos años más adelante, cuando cobrara importancia al construirse separando los dos primeros patios (Lecuona, 1984). La cultura material estaba representada por porcelanas, lozas Pearlware y Whiteware, fragmentos de vidrio de botellas de vino, perfumeros y frascos diversos, juguetes, un crucifijo, cepillos de dientes, hebillas de cinturón de hueso, llaves, candados, pipas, botones y herraduras de caballo. Todo esto se distingue de inmediato de los objetos recuperados en el contexto posterior de la imprenta, donde se encontraron herramientas de trabajo, materiales de construcción y elementos de la imprenta misma, particularmente tipos de madera y metal. Asimismo de la imprenta se ubicaron tres grandes cisternas, sin duda las más espectaculares de Buenos Aires hasta la fecha, usadas para proveerse de agua en cantidad para la primitiva maquinaria de vapor.

Este caso muestra las modificaciones bruscas y de fondo que se practicaron en esta propiedad, el uso de la tierra

urbana a lo largo de casi dos siglos y los rápidos cambios sociales que se reflejan tan claramente tanto en la arquitectura como en la cultura material en la antigua periferia urbana. La arqueología permitió en este caso, en que la excavación cubrió casi toda la superficie posible de excavar en el sitio, explicar un proceso que parecería simple en la explicación pero que fue en extremo complejo comprenderlo en la estratigrafía, en especial debido a la parquedad de los documentos al describir las estructuras físicas construidas. Y nos sirvió en su momento de modelo, aplicando el sistema de las matrices de Edward Harris, para comprender mejor lo que sucedió en la periferia del viejo centro urbano.

#### 10. *La casa Peña: de vivienda aristocrática a conventillo (San Lorenzo 392)\**

Al igual que en la casa Elía y en la Imprenta Coni, en las excavaciones realizadas aquí se detectó la existencia de dos primeras viviendas muy modestas del siglo XVIII construidas en los terrenos próximos al Tercero. En este caso el edificio se encuentra en la esquina de Defensa y San Lorenzo, frente al sitio de otra de nuestras excavaciones: la de Defensa 751. La calle San Lorenzo fue, en sí misma, el relicto de la existencia del Tercero hasta que se lo entubó en 1865.

Como dijimos, las excavaciones llevadas a cabo en 1995 permitieron ubicar los restos de dos casas: una vivienda pequeña de muros de adobe construida en la parte más alta del terreno, sobre la calle Defensa, y otra un tanto más amplia sobre San Lorenzo. De la primera hay evidencias claras de un solo cuarto aunque sospechamos que pudo haber tenido una segunda habitación; la otra casa de-

\* Excavación hecha por el Centro de Arqueología Urbana bajo la dirección de Daniel Schávelzon con la colaboración de A. Zarankin y X. Senatore, con el apoyo económico de Jorge Eckstein.

bió de haber tenido dos o tres. En la totalidad de este sitio y desde el punto de vista arqueológico, el siglo XVIII no aparece del todo claro; si bien está presente en forma de cerámicas y otros objetos, el proceso de construcción de la casa Peña fue tan agresivo que no dejó más que escasas evidencias del pasado.

Hacia 1835 se demolieron las construcciones existentes en el lugar, se rellenó todo el terreno para renivelarlo y se construyó una gran residencia familiar de dos patios; las habitaciones principales eran de ladrillo y la parte de atrás de madera. La casa tenía aljibe de pozo, no de cisterna, varios pozos de desagüe y al menos otro pozo de dimensiones considerables para arrojar la basura. El estudio de los restos arquitectónicos y la excavación arqueológica mostraron que el edificio respetaba las pautas estéticas de la época colonial, aunque ya se trataba de una casa netamente neoclásica. Fue la residencia de una familia importante de la ciudad, los Peña. Aquí sucedió que la compra del lote resultó complicada porque la propiedad de la tierra no estaba demasiado clara, muy posiblemente a raíz de que los propietarios anteriores no hubieran escriturado como correspondía; tal vez a esto se deba que no pudiéramos encontrar ningún documento anterior a 1840. La familia Peña no vivió allí muchos años; hacia 1875 se trasladó a la zona norte y al edificio se lo subdividió y se lo rentó. De dicha subdivisión sólo una pequeña parte sobrevivió hasta nuestros días: en 1906 la fachada se hizo prácticamente a nuevo, salvo un pequeño sector de la vieja casa principal que no se modificó. Desde entonces y hasta 1990 cuando quedó totalmente abandonada, catorce propietarios diferentes fueron usando el edificio para una amplia variedad de actividades comerciales. En resumen, la gran residencia Peña fue usada como tal por solamente treinta años.

Las excavaciones en esta casa demostraron que las condiciones de vida allí fueron de opulencia, sólo comparables a la de los habitantes de la casa de Defensa 751. El pozo de

basura principal arrojó 1.219 cerámicas, mayormente de los tipos Creamware y Pearlware, en una proporción entre locales e importados del 0,5% y 99,5% respectivamente. Allí hubo perfumes de París y Köln (Colonia), objetos de marfil y hueso tallados, grandes fuentes, jarras de vidrio tallado con vasos haciendo juego, gran cantidad de tubos y tulipas de quinqués, copas de vino, juguetes y otros sofisticados objetos de cerámica como salseras, fuentes, cremeras y dulceras.

La casa familiar fue rápidamente modificada a través de una maniobra de especulación inmobiliaria que dio amplios beneficios: la parte posterior fue demolida para construir dos conventillos paralelos con acceso por la calle Defensa, mientras que la casa principal quedó subdividida en cuatro casitas de tamaño mínimo para ser alquiladas. Todo el conjunto pasó a ser un conventillo que ofreció a sus moradores condiciones de vida muy precarias, y a los propietarios, seguramente importantes ingresos. En el siguiente punto pasamos a describir los resultados obtenidos del estudio de uno de tales conventillos. Sobre la calle Defensa quedó casi sin cambios lo que fuera la vieja entrada lateral y su zaguán, luego reciclado en lo que el mito ha denominado como *casa mínima*, lo que por cierto nunca fue.

### 11. *Arqueología de un conventillo y la vida cotidiana del nivel social mínimo (Defensa 774)\**

Uno de los conventillos mencionados más arriba y que en su momento formó parte de la casa Peña, fue excavado a partir de una hipótesis principal: ¿había sufrido en sus ochenta años de vida, cambios y transformaciones que ex-

\* Excavación hecha por el Centro de Arqueología Urbana bajo la dirección de Daniel Schávelzon y colaboradores con el apoyo económico de Jorge Eckstein.

presaran alteraciones en las formas de uso de sus inquilinos? Dado que ése fue un rasgo constante que la arqueología puso de manifiesto con respecto a la arquitectura porteña, era de nuestro interés saber si en el hábitat de los grupos socioeconómicos más bajos se daba el mismo fenómeno. Los descubrimientos realizados confirman tal hipótesis: hubo cambios físicos grandes, pero aun cuando todos estos cambios y modificaciones sirvieron para mejorar la decoración y la estética general del edificio, no contribuyeron significativamente a mejorar las condiciones de vida de sus habitantes.

El edificio fue construido después de haberse eliminado prácticamente todo rastro de su función anterior: de la magnífica casa Peña sólo quedaron algunos ladrillos reutilizados en los cimientos y un estrato de pocos centímetros con material muy compactado, básicamente cerámicas, huesos y vidrio. El conventillo excavado es uno de los dos que se construyeron, paralelos entre sí, al mismo tiempo y dentro del mismo terreno. Compartían la medianera que separaba ambos edificios, no había ninguna puerta que los intercomunicara, y los conventillos consistían simplemente en una hilera de habitaciones cuadradas con el patio respectivo todo a lo largo. Ambos tenían un local comercial al frente y un pequeño baño al fondo; cada cuarto se alquilaba a una familia o grupo de individuos que hacían su vida en esos espacios mínimos, compartiendo el único baño y el patio con sus piletones para lavar la ropa y donde también se cocinaba, en anafes portátiles que se colocaban frente a cada puerta.

El estudio mostró, además de lo ya citado, que el conventillo fue construido en un primer momento con ladrillos pegados con cal, pero con una mampostería y revoques de pésima calidad y pisos también hechos de ladrillos. El aljibe que abastecía de agua no era más que un simple pozo que no pasaba de la primera napa freática —en realidad esa calidad de agua no era potable—, y había una letri-



na con otro pozo; tanto este pozo como la letrina eran compartidos por ambos conventillos ya que se los había emplazado debajo de la medianera. No hace falta mucha imaginación para darse cuenta de las condiciones deplorables en que debieron vivir esas catorce familias (Schávelzon, 1996a).

Hacia 1915 hubo un gran cambio en el conventillo: al reconstruirse el edificio vecino fue necesario hacer una nueva medianera, quizá simplemente porque el conventillo no la tenía y se apoyaba en la pared del otro propietario. De todas maneras, sacar la pared significó la demolición del techo y que algunos sectores de las viejas paredes y pisos tuvieran que ser rehechos, lo que ha quedado en evidencia con la excavación del piso y la estratigrafía muraria. Aparentemente se aprovechó esa oportunidad para introducir algunas mejoras generales: se construyeron techos de vigas de hierro y tejas francesas —todavía están los mechinales en la pared—, se pintaron y decoraron las paredes, se colocaron nuevos pisos de entablonado, cielos rasos con molduras de yeso, al patio se le cambió el piso por uno nuevo de mosaicos y se instaló la electricidad. No hacía mucho, en 1893, se había instalado el agua corriente y los desagües cloacales. Todo esto hizo que el edificio se viera mejor, pero los inquilinos seguían compartiendo un mismo baño y el suministro de agua y luz siempre dejó mucho que desear. Con todo y como era de prever, estas mejoras, sin un mantenimiento adecuado, duraron poco; vemos que en los cuartos había capa sobre capa de pintura y que gradualmente el conventillo fue volviendo a su situación anterior.

La excavación nos permitió constatar que también buena parte de las ordenanzas municipales vigentes no se respetaban: en los pisos no había cámaras de aire, los pozos estaban demasiado cerca uno del otro —el de provisión de agua y el de la letrina—, no se prestaba ninguna atención a la relación entre número de baños y usuarios, se

cocinaba en el interior de los cuartos —los pisos y los muros estaban sucios de hollín—, no había capa aisladora alguna en los cimientos y aun después de 1905 cuando ya se había aprobado la ordenanza correspondiente, carecían de una cocina general. Hasta los planos de las obras sanitarias eran fraguados puesto que pudimos comprobar que las distancias reales entre los pozos y la que figuraba en los planos no coincidían.

En los diversos pozos de desagüe se hallaron elementos que muestran hábitos alimentarios variados: las carnes en las comidas eran principalmente rojas, de aves silvestres y de corral, sin que los inquilinos estuvieran restringidos únicamente a una dieta de carne vacuna, ya que identificamos entre otros restos de cordero, cuis y lagarto (Silveira, 1996). Lo mismo sucedió con los objetos, entre los cuales se recuperaron largas boquillas de dama, adornos de hueso y marfil, así como también muchas monedas e incluso botellas de cerveza enteras. Estas variables, muy por encima de lo que esperábamos, permiten establecer una nueva hipótesis relacionada directamente con la alta incidencia de inmigrantes extranjeros, europeos en su mayoría, en este tipo de edificios.

En síntesis, las evidencias permitieron corroborar sin lugar a dudas las ideas prevalecientes en la época en cuanto a las malas condiciones de vida en los conventillos; y que a pesar de alguna mejora eventual de carácter decorativo o estético, en realidad las cosas nunca cambiaron. La cultura material recuperada confirma estas ideas, ya que los hallazgos corresponden a la cancelación de los pozos, en un período donde ya había objetos de mayor calidad aunque dentro de un estándar que se mantiene a lo largo del tiempo. Este ejemplo ha sido útil también para observar el dramático proceso de tugurización de la zona sur, al trasladarse las familias acomodadas a barrios mejores y dejar allí sus propias casas transformadas en conventillos, para que fueran alquiladas en las condiciones que ya hemos

descrito. También nos ha ayudado a comprender mejor las complejidades de los mecanismos sociales imperantes, especialmente en lo que tiene que ver con los inmigrantes extranjeros que no tenían otra opción más que vivir en estos conventillos. Pero muy probablemente, aunque no podemos afirmarlo a ciencia cierta, la vida en sus países de origen debía de ser más dura todavía y tal vez las posibilidades de progresar fueran menores.

## *12. Un proyecto urbano de 1865: el túnel del Tercero del Sur (Defensa 751)\**

Al igual que la casa Goyena, este terreno estaba ubicado directamente sobre la orilla del Tercero del Sur, siendo por lo tanto un lugar poco apto para una vivienda. Si bien todavía estaba dentro de la traza de la ciudad, formaba parte del área que había quedado parcialmente desocupada hasta el siglo XVIII. Allí se construyeron dos casas de dimensiones mínimas; la primera, que daba al frente, se edificó hacia 1739 y la segunda, la del fondo, hacia 1750. Ambas casas estuvieron habitadas hasta 1860, cuando toda el área sufrió importantes renovaciones urbanas: el gobierno municipal decidió entubar el Tercero prácticamente a lo largo de todo su recorrido para mejorar las condiciones de vida en la zona, facilitar la venta de los terrenos allí ubicados y promover la construcción de casas de mayor calidad.

La intención de iniciar una obra de gran aliento que permitiera resolver el problema de ese arroyo ya había quitado el sueño a varios virreyes y las acciones de arrojar basura con tierra no resultaban suficientes para solucionar el problema de las inundaciones. El agua llenaba el zanjón

\* Excavación hecha por Sergio Caviglia, Daniel Schávelzon y estudios de arquitectura de Marcelo Magadán con el apoyo económico de Jorge Eckstein.

porque constituía el drenaje natural del agua de lluvia en el sector sur de la ciudad. Así, sólo un proyecto de ingeniería hidráulica podría servir al doble propósito de recibir las aguas y drenarlas sin causar molestias a los vecinos. Por otro lado, de llevarse a cabo esta obra los terrenos subirían de precio, ya que al estar tan bien ubicados sobre la Calle Mayor iban a resultar doblemente atractivos. La historia de los problemas que el gobierno municipal tuvo que enfrentar para completar este entubamiento sería larga de relatar, pero baste decir que la obra llevó varios años; finalmente pudo llevarla a buen término el intendente Torcuato de Alvear, quien también fue el promotor y realizador de otras grandes obras públicas en toda la ciudad. El entubamiento del Tercero fue sólo una de las muchas transformaciones del entorno físico que se iniciaron con su gobierno y tal vez constituya el proyecto más complejo llevado a cabo hasta entonces. Se solucionó abriendo un canal subterráneo cubierto por una bóveda de ladrillo cuya parte superior quedaba a nivel del terreno. Estas bóvedas se fueron construyendo lote por lote, y cada nuevo propietario, a continuación, edificaba encima su casa. Debido a estos trabajos, las dos casas pequeñas que mencionamos con anterioridad quedaron a un nivel más bajo que el del nuevo terreno, por lo que fueron simplemente demolidas e integradas al relleno; en su lugar se construyó una gran residencia con veinticinco cuartos y tres patios: la casa más importante de todas las que excavamos en la ciudad. Y es de esta manera como el agua pluvial circulaba por debajo de las nuevas edificaciones. El proyecto recién se completó en 1880; comenzó con el entubamiento del Tercero por debajo de la calle Independencia y de algunos otros lotes de esa misma manzana y de la manzana ubicada al este; al observar el Catastro Beare en el período comprendido entre 1860 y 1864, se ve parte del zanjón aún abierto.

El conjunto del entubamiento formado por el brazo principal que desagotaba en el río y otros dos ramales ma-

yores, sólo estuvo en uso por veinte años, pasados los cuales fue cancelado y rellenado. La epidemia de cólera de 1867 obligó a las autoridades municipales a organizar un sistema eficiente para la provisión de agua potable y para la evacuación tanto de las aguas servidas como de las pluviales. Este sistema fue implementado más tarde por el ingeniero inglés Bateman: abarcaba la ciudad completa y era totalmente independiente de las obras preexistentes, incluyendo el entubamiento del Tercero, que quedó definitivamente rellenado en 1892. Los sectores del Tercero que originalmente habían quedado al descubierto se habían ido anegando de a poco, como fue el caso de la Imprenta Coni que ya describimos; desde entonces toda la historia del Tercero quedó en el olvido. Con el paso del tiempo se hicieron algunos hallazgos casuales en el subsuelo de la zona, lo que alimentó la creencia popular en la existencia de una misteriosa red de túneles que corren por debajo de la ciudad, mucho más extensa de lo que realmente fue.

Las excavaciones en este terreno fueron de utilidad para establecer una secuencia cultural del uso de los lotes en la zona en tiempos anteriores a toda ocupación permanente, y hasta la construcción realizada hacia 1739 de la primera vivienda, cerca de la calle Defensa. Esta era reducida en sus dimensiones —4 metros de ancho por 8 de largo— y estaba ubicada en el centro del terreno. Sus muros no eran paralelos entre sí, poniendo en evidencia la poca calidad de la construcción, y los pisos eran de fragmentos de ladrillos. Estos cimientos estaban asociados a un contexto que incluía los fragmentos de un centenar de pipas inglesas y francesas de caolín y una cantidad importante de cerámicas de tradición indígena correspondientes al tipo Monocromo Rojo (pulido y pintado). También se pudo estudiar, además del túnel de 1865, el antiguo sistema sanitario de la casa que estuvo en uso antes de los nuevos sistemas que instalara Obras Sanitarias hacia 1893; esas antiguas instalaciones consistían en dos aljibes con cisternas, un aljibe de

pozo y cuatro pozos de desagüe. De la parte exterior de la bóveda del túnel, de un relleno con cultura material de los siglos XVII a XIX, se pudo recuperar gran número de objetos ya que ese relleno fue hecho con basura urbana de la zona. Un pozo de basura posibilitó el descubrimiento de un conjunto cerámico de varios cientos de lozas y cerámicas fechados entre 1865 y 1895, mientras que otras excavaciones complementarias realizadas en el interior del edificio permitieron comprender los cambios graduales que se fueron practicando en el mismo durante el siglo XX. La historia dice que se usó como vivienda desde el momento de su construcción y hasta 1895, es decir por unos treinta años, que más tarde pasó a ser una vinería, después un taller de reparación de automóviles y finalmente un conventillo. Los materiales culturales presentes en esta excavación tal vez constituyan el muestreo más completo que hayamos obtenido en Buenos Aires; como el túnel estaba excavado dentro del cauce mismo del Tercero, la tierra de sus lados conservaba gran parte de la basura que allí fue arrojada a lo largo de tres siglos. Este conjunto sirvió para establecer las bases de muchos estudios posteriores sobre la cultura material de la ciudad (Schávelzon coord., 1987; 1991).

### 13. *Los cambios en una vivienda (Chile 830)\**

En 1993, el edificio que alberga al Museo Nacional del Traje fue objeto de estudio con el fin de analizar el proceso de cambio de las instalaciones sanitarias en una vivienda que se mantuvo relativamente sin cambios durante casi un siglo: las instalaciones sanitarias son la historia física del desarrollo del higienismo y la salubridad urbana. La pri-

\* Estudio hecho por Pablo Willemsen para el Centro de Arqueología Urbana.

mera estructura habitacional que se ubicó en el sitio fue una casa pequeña, a principios del siglo XVIII y que hasta 1796 fue propiedad de Petronila Carvallo; después de su muerte la propiedad fue heredada por las dos generaciones siguientes de familiares hasta 1871, cuando el último de sus herederos murió durante la epidemia de fiebre amarilla. Como el propietario no dejó testamento se hizo uno de oficio y a esta circunstancia se debe que hoy en día tengamos una descripción detallada de su interior (Willemsen, 1994).

La casa fue vendida y un par de años más tarde demolida para construir en su lugar una gran residencia en el nuevo estilo italianizante de moda, con un esquema de dos medios patios y diez ambientes; se accedía a la casa por un zaguán que llevaba directamente al primer patio. En 1885 comenzaron las modificaciones graduales de la residencia, que terminó siendo un edificio de tres patios y casi treinta habitaciones y que en 1971 compró el gobierno nacional para transformarlo en museo.

La casa primitiva tenía las dimensiones medias típicas de la época: tenía una planta rectangular y estaba ubicada cerca del frente del lote pero no contra la línea de fachadas; allí, alrededor de 1790 se construyó una fachada con dos cuartos detrás, uno de los cuales estaba subdividido. Había una única puerta de tableros, “revoque viejo de bosta”, techo de tejas, una puerta interior de vidrio y una única ventana tal como es descrita por los documentos. Es decir que ésta era una típica casa colonial de dos ambientes, donde uno de los cuartos recibía luz a través de la puerta y el otro a través de la ventana. Sin duda que para 1871 ya era una antigüedad urbana emplazada en una ubicación privilegiada, más adecuada para construir una residencia acorde a las nuevas modas y al alto poder adquisitivo de aquellos que ahora habitaban en la zona; y esto fue lo que se hizo.

Durante sus primeros cuarenta años, la nueva casa, la que aún permanece en pie, fue constantemente ampliada

agregándosele una mampara de vidrio en el patio y pequeños cuartos para el servicio, en la medida en que la vida doméstica del siglo XIX se iba haciendo más sofisticada. La casa se construyó en un momento en que la burguesía había cambiado los hábitos de comer y recibir, de manera que el comedor y la sala de recibo ya eran los espacios más significativos en una casa y debían ser amplios y cómodos. Si comparamos este edificio con la casa Goyena construida en 1822 y que ya hemos descrito, el comedor, que carecía de entidad como tal, pasó a ser el segundo ambiente más grande de la casa. Lo mismo ocurrió con la separación entre el segundo y el tercer patio, que se definió hacia 1907, reubicando a la servidumbre.

El estudio arqueológico del aljibe ubicado en el patio del fondo permitió observar los detalles de su construcción en 1871, con un gran albañal que llevaba agua desde las terrazas. En 1889, con las instalaciones de Obras Sanitarias primero para desagües y después para agua corriente, el pozo fue rellenado, el brocal demolido para tapar el agujero de acceso y se cruzó por allí un gran caño de desagüe de cerámica vitrificada. Este sistema funcionó hasta 1920, cuando una vez más todo fue reemplazado por las cañerías de hierro que continúan parcialmente en uso.

El ejemplo muestra, nuevamente, la forma brusca en que la arquitectura colonial fue reemplazada y dejada de lado, en este caso tardíamente, para dar preferencia a formas arquitectónicas completamente diferentes adaptadas a las nuevas modas del siglo XIX, con diferentes características en cuanto a la ocupación del suelo urbano, al uso del espacio interno y a su relación con la calle. Las instalaciones sanitarias expresan ese proceso y a la vez ayudan a su materialización.



#### 14. *La Residencia de Hombres de los jesuitas en San Telmo\**

Una de las obras más significativas en la expansión de Buenos Aires fuera de la traza urbana inicial fue la Residencia y Casa de Ejercicios Espirituales que los jesuitas construyeron en el Alto de San Telmo, con su iglesia y capilla anexas. Esa zona formaba parte del ejido, o tierras comunales, por lo que no hubo asentamientos debidamente establecidos hasta el siglo XVIII temprano, cuando las tierras de la zona comenzaron a venderse o a ser apropiadas en forma poco legal. En 1732 los jesuitas recibieron una donación —por parte de particulares— de terrenos para que construyeran allí una iglesia y su convento. Dos años más tarde, Andrés Blanqui, el arquitecto de la Orden y uno de los constructores más conocidos de la época, quedó a cargo de dibujar los planos de un imponente conjunto que había de ocupar dos manzanas completas. Blanqui tenía antecedentes de sobra: había trabajado en el Cabildo, La Merced y San Ignacio, en Buenos Aires y mucho más en el interior. Considerando que ésta sería la primera iglesia —y la única, por mucho tiempo— que se construía en el nuevo barrio, se buscaba finalizar la obra lo antes posible.

Pero Blanqui no pudo hacerse cargo de la construcción y hubo que recurrir a otro prestigioso arquitecto, el hermano Prímoli, quien estaba llevando adelante la construcción de la iglesia de São Miguel en las Misiones, ahora territorio brasileño. Comenzó la obra en 1735 y en 1737 tomó su lugar el hermano José Schmidt, de Baviera (Furlong, 1946b); por esos años se decidió anexar también un colegio, que quedó listo en 1746. La Casa de Ejercicios se

\* Excavación hecha por Daniel Schávelzon con el apoyo de Earthwatch-USA y los colaboradores del Centro de Arqueología Urbana; la primera etapa de trabajos fue hecha por Hernán Muscio y Andrés Zarrankin.

construyó en la década de 1740 gracias a otra donación privada. En 1745, otro arquitecto, Antonio Masella, se unió al grupo; debía tomar el lugar de Schmidt, cuya salud estaba tan quebrantada que murió durante la obra. Pero ésta, a pesar de encontrarse muy adelantada y de ser de dimensiones monumentales para la época, quedó en suspenso con la expulsión de los jesuitas en 1767. Con el tiempo y la participación de varios otros arquitectos, la obra pudo finalmente concluirse. Tras el abandono producido por la expulsión de los jesuitas los betlemitas se hicieron cargo del conjunto e instalaron un hospital en el sector de la Residencia y lo que una vez fuera la Casa de Ejercicios pasó a ser una cárcel, después de que el espacio sirviera también de cuartel, polvorín y depósito, en este orden, y funcionó como cárcel de mujeres hasta 1978. Las modificaciones realizadas en el interior del edificio y en la fachada han sido tan radicales que el edificio original es casi irreconocible; en cuanto al colegio, se lo demolió recientemente en su totalidad.

Nuestras excavaciones arqueológicas se centraron en el patio y en la antigua capilla de la Casa de Ejercicios Espirituales. El patio mostró la secuencia de los cambios a que fue expuesto durante dos siglos, incluyendo la clausura del pozo del aljibe, que al terminarse la excavación fue nuevamente sellado en 1992, después de haberlo redescubierto y estudiado. La galería presenta al menos cuatro etapas constructivas diferentes, con lo que el nivel del piso terminó por quedar más de 70 cm por encima del original.

Las excavaciones realizadas en el interior de la capilla dieron resultados muy interesantes: primero, se encontró el nivel del piso original de principios del siglo XVIII, un enladrillado ubicado a 42 cm de profundidad, debajo de otro piso de baldosas francesas importadas y fechado hacia 1820-1830. En un sector ubicado contra el ángulo nordeste, se encontró un entierro colectivo compuesto de tres esqueletos de mujeres jóvenes. Resultaron ser dos niñas de

siete y doce años y un nonato de sexo femenino; los tres esqueletos presentaron evidencias de muerte por subalimentación. Nos preguntamos ¿por qué estas tres niñas muertas por inanición fueron enterradas en la capilla de una residencia que era exclusivamente para hombres, sin cajón ni referencia alguna? Las evidencias muestran que el entierro es posterior a la construcción del edificio y probablemente también posterior a la expulsión de los jesuitas.

Otras cuadrículas llevaron al descubrimiento de lo que hemos interpretado como una forja o herrería asociada con la obra de construcción de la iglesia. Debajo del piso se halló un importante estrato de óxido de hierro que contenía cortafierros, herraduras de caballos, partes de rejas, clavos, ganchos, cuchillos y una variedad de planchas cortadas en forma irregular. Todos estos hallazgos parecen haber sido forjados en el sitio mismo, ya que eran fragmentos desechados entre la masa de óxido; este conjunto además estaba mezclado con carbón y nódulos fundidos de cobre. También se encontraron huecos con marcas de postes enterrados, rellenos con tierra, escombros y óxido; tal vez se tratara de los soportes de las mesas de trabajo, el fuelle o algún techo provisorio que existió durante el tiempo que llevó la construcción de la capilla. El material cerámico asociado a este taller estaba compuesto sólo por tinajas de manufactura regional. Cuando la herrería dejó de funcionar, se colocó un grueso contrapiso de barro limpio perfectamente nivelado, y encima el nuevo enladrillado.

En resumen, este imponente conjunto construido durante el siglo XVIII tuvo una historia compleja. Durante más de cien años muchos se esforzaron para que se completara, mientras interinamente iba cambiando de funcionamiento: después que los primeros religiosos lo usaron como convento y escuela, pasó a ser hospital, guarnición militar, universidad, protomedicato, depósito de armas, penitenciaría de mujeres y hoy en día alberga al Instituto Penitenciario y a un museo, mientras que algunos sectores

directamente se demolieron. Todo esto sucedió en menos de dos siglos y medio. Nos preguntamos si los benefactores que en 1732 donaron sus dineros para que se “empleasen en beneficio espiritual de la mucha gente que lo puebla [al barrio]” (de Paula, 1984), estaban profundamente equivocados en cuanto a lo que los vecinos querían, o si por el contrario, la ciudad y su gente había cambiado tanto que sólo tres generaciones más tarde nadie consideraba importante ni necesario que se perpetuaran las funciones para las cuales el conjunto había sido construido demandando tantos esfuerzos.

### III. EN LAS AFUERAS DE LA CIUDAD ANTIGUA

#### 15. *“Polvo fuiste y en polvo te convertirás...”:* *la casa Barriles en Parque Lezama\**

El actual Parque Lezama es un terreno que se extiende detrás del límite sur de la ciudad antigua, ubicado precisamente en el borde de la barranca. Durante los siglos XVI y XVII fue un sitio elevado —el más alto de la ciudad— que quedaba incluido dentro de las tierras ejidales y no tenía una ocupación permanente. En el siglo XVIII fue ocupado por una guardia militar y un polvorín, y tras la venta de terrenos en esa zona se construyó una quinta de importancia, propiedad de Manuel Gallego. En 1812 Gallego la vendió al inglés Daniel Mackinlay y en 1826 cambió nuevamente de dueño; esta vez fue el norteamericano John R. Horne, que la transformó en una quinta modelo, con extensos jardines y un parque de flores muy bien cuidado. En 1857 la propiedad fue adquirida por Gregorio Lezama,

\* Excavaciones hechas bajo la dirección de Ana María Lorandi y Daniel Schávelzon, con la colaboración de Sandra Fantuzzi y el apoyo de Earthwatch-USA.

que construyó una enorme mansión englobando las estructuras preexistentes. En 1889 la adquirió el Estado nacional en condiciones muy ventajosas en cuanto al precio, para hacer de ella un parque y paseo público, y desde 1897 en la antigua residencia Lezama tiene su sede el Museo Histórico Nacional; para la creación del parque se demolieron todas las casas anteriores, salvo la que quedó para el museo.

Dentro de ese gran parque, sobre la calle Garay, se hallaron y excavaron los restos de una casa construida aproximadamente en 1860 y demolida en 1898, propiedad de Magdalena Barriles. Se trataba de un patio rodeado por seis habitaciones, con doble acceso por la calle —al frente— y por la parte posterior, una tipología rara en la ciudad. La casa no fue lujosa a pesar de la fachada decorada con columnas y molduras, de los pisos de baldosas importadas de Francia, de haber tenido azulejos en algunas paredes y un buen aljibe en el centro del patio, todos datos recabados por la excavación. En el interior las paredes seguramente deben de haber tenido una decoración de yeso en forma de flores y motivos geométricos. El material cultural rescatado corresponde en época y categoría a una casa que si bien aparenta haber sido bastante aceptable desde el punto de vista arquitectónico, estaba ubicada lejos del centro aunque en el inicio de la Calle Mayor (Lorandi, Schávelzon, Fantuzzi, 1989).

Lo más interesante de esta casa fue que se la construyó en un lugar que carecía de precedentes constructivos, ni documentales ni arqueológicos. Fue un edificio importante; sin embargo, y a pesar de ello, fue demolida menos de cuarenta años después de construida y sus restos enterrados bajo el nuevo parque. Tenemos aquí nuevamente un ejemplo del agresivo proceso de transformación en las formas del suelo urbano: una cuadra entera de viviendas que tuvieron un destino parecido, porque se las construyó, se las demolió poco después y los restos fueron a parar bajo

tierra, reafirmando esta constante porteña que en la vida privada nunca supera a dos generaciones, y en la pública o en lo comercial-industrial sólo un poco más.

#### 16. *Dos casas, dos generaciones cada una (Defensa 1469)\**

Como parte del estudio del área periférica de la ciudad antigua se excavó en 1988 un lote baldío ubicado en Defensa 1469, donde pocos días más tarde se iba a dar inicio a una construcción. Ya que se trataba de un sitio muy cercano a la cota de altura más alta de toda la ciudad, también era de interés saber si se constataba una de las hipótesis establecidas acerca de la ubicación de la primera fundación de Buenos Aires (Yrigoyen, 1978). Como consecuencia del muy corto espacio de tiempo que se nos concedió para excavar, se decidió realizar siete cuadrículas: éstas se excavaron en los sitios donde era posible hacerlo, es decir donde las topadoras no habían penetrado demasiado hondo en el suelo para retirar el escombros de la demolición; además, se priorizó la zona que presentaba evidencias de haber tenido construcciones (Schávelzon, 1989).

La excavación demostró la presencia de dos casas superpuestas casi con exactitud una a la otra, sobre un terreno que no había tenido ocupación alguna anterior a la primera vivienda. La misma debió construirse hacia 1860 por los restos arqueológicos y según el catastro de Pedro Beare, levantado poco más tarde, esta casa debió de tener patio y fondo. Al parecer era gemela de una casa vecina y quizás ambas fueran de un mismo propietario. Los pisos de esa casa eran de ladrillos enteros en los interiores, y de fragmentos de ladrillos en los patios, semejantes a otros excavados y de la misma cronología (por ejemplo, los de

\* Excavación hecha por Daniel Schávelzon, colaboradores del Centro de Arqueología Urbana y el apoyo de Earthwatch-USA.

Defensa 751). De esa casa poco quedaba salvo algunas cerámicas, fragmentos de botellas y el nivel de piso y contrapiso, que fue aprovechado en la obra posterior para mejorar la aislación de la humedad. No sabemos exactamente cuándo fue que la demolieron, pero para 1915-20 ya se había edificado la nueva casa.

Esta construcción también fue modesta, si consideramos que sus cimientos de ladrillo apenas tenían 30 cm de profundidad, que los pisos eran de mosaicos nacionales y había una galería techada sobre el patio sostenida por simples columnas de madera. Esta casa fue la que se demolió en 1988. La cultura material asociada a esa vivienda fue también sencilla: pocas lozas, vidrios, hierros, un candelero de lámpara y un vidrio de frasco medicinal.

Como evidencia de los complejos procesos vividos en la ciudad, entre el escombros de la demolición y semienterrado, se encontró el basamento hecho en mármol de un gran monumento al general Juan D. Perón. No sabemos de qué forma se lo trajo desde la plaza cercana donde estaba ubicado —información oral de los vecinos—, considerando que su peso es enorme, a punto tal que sólo fue posible conservar la placa labrada con inscripciones alegóricas, que se encuentra actualmente en el Museo de la Casa de Gobierno. Asociado a este basamento se hallaron numerosas monedas fechadas entre 1946 y 1952, ubicando el traslado y su posterior entierro en algún momento durante los acontecimientos de 1955.

En síntesis, al excavar en la periferia de la antigua ciudad podemos observar dos hechos recurrentes: 1) una ocupación ligera con baja alteración del suelo, estratigráficamente fácil de observar y producto de un nivel de agresión y alteraciones poco sistemático, y 2) un proceso de cambio en la arquitectura que puede ser considerado violento, con una duración de menos de dos generaciones para la existencia de cada vivienda. Ambas son comunes en la zona externa a la traza antigua de la ciudad y evidencian un pa-

trón que, con todas las variantes posibles, se mantiene en los sitios excavados.

*17. La arqueología de los espacios públicos:  
los parques y las plazas de Buenos Aires\**

Buenos Aires presenta una superficie más bien reducida, para lo que es la ciudad, de espacios libres de edificios; son básicamente varios parques y muchas plazas cuyo origen por lo general se remonta al siglo XIX. Sin embargo, algunos de estos espacios se originaron en el siglo XVI o al menos en tiempos coloniales. En base a la importancia que revistieron en la conformación de la ciudad y de la vida comunitaria, se planificaron una serie de exploraciones arqueológicas en tres importantes parques: Lezama, Patricios y Palermo, con el fin de ayudar a reconstruir su historia y a proporcionar algunas respuestas específicas a hipótesis planteadas sobre las formas de uso desde el siglo pasado hasta el actual. En el caso de las plazas buscábamos determinar: 1) si había material cultural en su superficie que nos permitiera ubicar la primera Buenos Aires (1536-1541); 2) si las plazas habían sufrido los mismos intensos procesos de cambio que la arquitectura, incluyendo su pauperización, y 3) si la cultura material evidenciaba las diferencias sociales de sus usuarios y de qué manera.

El parque más significativo de la ciudad es Palermo cuya historia se remonta al siglo XVII cuando era utilizado únicamente como pastizal, por ser tierras marginales y poco atractivas. Más adelante, cuando hablemos del Caserón de Rosas, mencionaremos que a partir del siglo XVIII esas tierras se habían dividido en lotes y vendido, no obstante ser tierras realengas. A principios del siglo XIX toda la zo-

\* Trabajos hechos para el Centro de Arqueología Urbana por América Malbrán y Matilde Lanza, los de Palermo son de Daniel Schávelzon.



na se encontraba dividida entre diversos propietarios, a quienes Rosas les fue comprando sus terrenos hasta llegar a poseer una enorme superficie. Él fue el primero en darle un diseño, hacer trabajos de nivelación para evitar las inundaciones y se ocupó de hacer obras de jardinería, plantaciones, lagos y canales para uso recreativo, todos a cargo del ingeniero Nicolás Descalzi. Después de la caída de Rosas en 1852 el parque quedó abandonado —aunque las áreas recreativas siguieron siendo visitadas—, hasta que el presidente Avellaneda en 1873 transformó todo el lugar en el Parque Tres de Febrero, aunque aún hoy se lo llama Palermo. A partir de entonces se iniciaron varios proyectos y obras que culminaron con el gran emprendimiento del francés Carlos Thays, quien trabajó la parte central del parque hasta dejarla tal como se la ve hoy en día.

Los estudios de superficie mostraron un parque que no expresa su historicidad; aquellos que lo recorran no podrán encontrar nada en él que señale una antigüedad mayor que las postrimerías del siglo XIX. El diseño, los monumentos y su arquitectura, la topografía y hasta los materiales culturales de superficie, apuntan a un trabajo paisajístico de excelencia llevado a cabo y usado en el siglo XX, con particular énfasis en sus inicios. Sin embargo, la arqueología del paisaje permite descubrir algunos rasgos más antiguos: hay allí alineamientos de árboles que indican antiguos senderos y cursos de agua, partes de la antigua usina eléctrica y de uno de los lagos, todos con evidencias de ser obras de mediados del siglo XIX, pero aparte de esto no hay nada más que indique la antigüedad del sitio. Para peor, muchas de las obras arquitectónicas más importantes fueron demolidas: el Café de Hansen, el Pabellón de los Lagos, la estación de ferrocarril, el Caserón de Rosas y la Intendencia. La recolección de superficie no permitió recuperar ni un solo fragmento anterior a principios del siglo XIX. La evidencia más antigua es loza tipo Creamware, que representa solamente el 1,1% del total; el tipo Pearl-

ware representa el 7,9% y las Whitewares trepan al 70,4%, con porcentajes significativos de gres (11%) y porcelana europea (6%) (Malbrán y Lanza, 1997). Desde el punto de vista cronológico todo esto vendría a reconfirmar los profundos cambios ocurridos durante la primera mitad del siglo XIX, y desde el social, la calidad de los materiales apunta a un grupo de alto poder adquisitivo y de hábitos selectivos: hay poca ginebra (9,1%) y muchas botellas de cerveza (62,9%), una presencia importante de frascos de brillantina para el cabello (10,2%) y hasta tinteros (8%). Al comparar esta información con la obtenida en otras plazas de la ciudad vemos que las cifras son significativamente más altas (Schávelzon, 1994:91).

En el caso de Parque Lezama se observó que existieron en su actual superficie una larga serie de edificios de la más variada índole: una escuela, viviendas, una plaza de toros, bares, un restaurante, varias pérgolas, una serie de quioscos-bibliotecas y algunas esculturas; todo se demolió a los pocos años de haber sido construido. Este permanente proceso de cambio no sólo ha alterado el espacio sino también el subsuelo y está expresado en la fuerte presencia de materiales de construcción (19,3%, sin contar ladrillos). En este caso el material es bastante más antiguo que el recuperado en Palermo; en la superficie también se hallaron mayólicas de los siglos XVII y XVIII. El porcentaje de loza Creamware, aun siendo bajo (2,7%), duplica al de Palermo; las lozas Pearlware representan más del doble, indicando una mayor profundidad cultural. Y esto es cierto: el parque Lezama durante la colonia fue usado más intensamente que Palermo por estar ubicado entre el puerto del Riachuelo y el centro de la ciudad, era lugar de paso y allí hubo construcciones. En las excavaciones se hallaron los restos de un antiguo polvorín del siglo XVIII y una casa, la de la familia Barriles, de la que ya hemos hablado.

En la zona sur de la ciudad se hicieron recolecciones de superficie en las plazas Garay, Ameghino, Uriburu, Espa-

ña, Nicaragua y en Parque Patricios. La historia de todas estas plazas es similar a la de los parques antes descritos: esto es, un proceso interminable de construcciones y demoliciones que por ejemplo barrió con el cementerio que una vez existió en Plaza España y con el gran matadero de la ciudad en Parque Patricios. Tal vez debido a la similitud entre estos procesos, los porcentajes en la presencia de materiales culturales son bastante parecidos: las lozas Creamware representan entre el 0 y el 2,8%, las Pearlware entre el 0 y el 7,5% y las Whiteware, un mínimo de un 20% y un máximo de 55,8%. El gres está entre el 1,4 y el 6,1% con la excepción de Parque Patricios, donde trepa al 20,2%, duplicando lo hallado en Palermo y con una mayoría de envases de cerveza, probablemente asociados a los trabajadores del matadero. La porcelana, que en este caso puede ser un indicador de una cronología tardía y no un índice de recursos económicos dada su tipología, va del 5,7 al 29,4%. En síntesis, las lozas Creamware tienen una presencia promedio de menos del 1%, las Pearlware menos del 4% y las Whiteware representan casi el 50%; el gres representa el 7% y la porcelana el 17% (Malbrán y Lanza, 1997).

Esta comparación entre plazas que se encuentran tanto en los bordes del centro histórico como en la periferia nos permite observar que la distribución del material cultural en superficie es relativamente homogénea, mostrando las mismas tendencias generales en toda la ciudad: prácticamente la inexistencia del mismo antes del siglo XVIII, una presencia tenue en la primera mitad del siglo XIX y a partir de allí, una dinámica agresiva de eventos de construcción y demolición. El tipo de objetos usados, al menos en lo que tiene que ver con la cerámica y el vidrio, no difiere de otros encontrados en excavaciones anteriores efectuadas en el interior de edificios o en pozos de basura de la ciudad.

## 18. *De casa suburbana a residencia del gobernador: el Caserón de Rosas \**

En 1837, el gobernador de Buenos Aires Juan Manuel de Rosas decidió construir una residencia en las afueras de la ciudad, donde tuviera tierra suficiente para algunas plantaciones, áreas de recreación con libre acceso para el público, y un verdadero palacio que reflejara el rango social y el poder que ejercía. Al no haber espacios vacíos tan extensos en la periferia urbana, comenzó a comprar uno por uno los terrenos de lo que ya en ese entonces se llamaba Palermo —nombre del primer poblador—, proceso que le insumió cuatro años. Pasado ese tiempo Rosas se encontró en posesión de una gran extensión de tierra —535 hectáreas— bien comunicada con la ciudad, que incluía una casa de campo más bien pequeña en la que se instaló para ir supervisando personalmente las obras de mejoramiento de la zona: se hicieron importantes rellenos para evitar las inundaciones, canales de irrigación y desagüe, un estanque muy grande con un área donde tomar baños y otros varios edificios menores que funcionaron como cocina, guardia militar, enfermería y consultorio veterinario; también se cultivaron plantas nativas, había animales diversos sueltos y el resultado fue un parque sumamente bello, único en su tiempo. En la ciudad, una obra de urbanismo de tal envergadura fue algo nuevo —la Alameda colonial no tenía más que unas pocas cuadras de largo— y significó una transformación radical de terrenos bajos en jardines que se cuidaban esmeradamente todo el año (Schávelzon y Ramos, 1989; 1991).

En 1838 se inició la gran obra de arquitectura: el llamado Caserón le fue encargado a Miguel Cabrera, un cons-

\* Excavaciones hechas bajo la dirección de Daniel Schávelzon y Jorge Ramos y colaboradores con el apoyo económico de la Fundación Antorchas y el Banco Ciudad.

tructor prácticamente desconocido en su tiempo, quien a partir del núcleo de la casa preexistente agregó un gran patio central rodeado por columnas y envolvió cuatro grupos de habitaciones mediante portales. Esta obra constituyó un intento por preservar la tradicional arquitectura local dejando de lado las nuevas estéticas europeizantes que desde el gobierno de Rivadavia se habían impuesto en la ciudad.

Si bien el Caserón fue una arquitectura de su tiempo, en la que el neoclasicismo se hizo sentir de muchas formas, la estética resultante fue marcadamente tradicionalista y sobria. Pero sus grandes dimensiones, la ubicación en esas tierras frente al río y los trabajos de paisajismo llevados a cabo a su alrededor, hicieron de ella una de las construcciones más importantes de Buenos Aires.

El uso del espacio abierto fue totalmente novedoso en la ciudad dada la presencia de plantas y animales, de un lago artificial con botes y hasta de un pequeño barco de vapor, además de otro que había encallado y que se transformó en salón de baile, las galerías de árboles y el libre acceso del público a la propiedad. Quizás eso era lo que más atraía al público que paseaba por allí los fines de semana.

Juan Manuel de Rosas fue derrotado en la batalla de Caseros en 1852, con lo que se produjo un cambio radical en la política nacional; sus ideales, al igual que sus seguidores, fueron perseguidos primero y proscritos después. Los terrenos comenzaron a deteriorarse y hasta la residencia misma pasó a ser usada como cuartel, feria, Colegio de Artes y Oficios, Colegio Militar y Escuela Naval, hasta que finalmente se la dinamitó en 1899; sus espacios externos e internos fueron modificados, las galerías y columnatas tapiadas, al igual que las ventanas, y no faltó quien tuviera el mal gusto de hacer pintar la mitad de negro.

Nuestro proyecto histórico-arqueológico —el primero en la ciudad—, se estableció con dos grupos de objetivos: por una parte se intentó rescatar este edificio paradigmático en la historia urbana para la memoria colectiva, por

medio de la observación y exposición directa gracias a la excavación; por otra parte era de interés académico el estudiar sus sistemas constructivos, las secuencias de edificación, a la vez también estábamos interesados en llegar a una más amplia comprensión de la relación entre la pequeña primera casa y la que construyó Cabrera, información toda esta con la que no se contaba. Era tanto lo que no se sabía en relación con este edificio, su entorno y la cultura material de sus habitantes, que todos los datos obtenidos en este trabajo pionero de arqueología del paisaje resultaron verdaderamente invaluable.

La segunda temporada de trabajo pudo partir de hipótesis arqueológicas específicas que se centraban en el aparente —y no comprobado— uso diferencial del espacio interno y externo, expresado a través del registro arqueológico. Las excavaciones permitieron corroborar algunas otras hipótesis en cuanto a sus dimensiones, su ubicación exacta, la estructura de sus muros y los sistemas constructivos aplicados, que resultaron emparentados más con la tradición colonial que con la modernidad europeizante de la época; también logramos una aproximación a la vida cotidiana del lugar a partir de la cultura material. Conviene recordar que tanto sobre el edificio como sobre la forma de vida de quienes lo habitaron se han escrito docenas de libros; sin embargo, la magnitud de los sucesos políticos que tuvieron por escenario dicha residencia hicieron que todos aquellos aspectos que no tuvieran directamente que ver con este tipo de acontecimientos quedaran relegados o fueran pobremente registrados. Desde el punto de vista histórico, ¿quién hubiera podido imaginar que el hombre que escribía leyes prohibiendo la importación de productos de Europa, el hombre que le declaraba la guerra a Francia y a Inglaterra y luchaba contra ambas potencias, iba a usar vajillas de loza y porcelana inglesas y francesas en su mesa, o que los pisos de su residencia eran de baldosas francesas y que hasta los cepillos de dientes venían de París? Entre los

objetos rescatados durante las excavaciones, de toda la cerámica utilizada en la vajilla y para cocinar o guardar pudimos recuperar un único fragmento de probable factura local; por el contrario, encontramos algunas baldosas de producción nacional intercaladas con las europeas. Y es que la vida cotidiana en casa del gobernador no escapaba a los problemas que aquejaban al resto de los habitantes de la ciudad: la inexistencia casi absoluta, a principios del siglo XIX, de manufacturas locales.

La arqueología del paisaje permitió encontrar no sólo restos materiales de construcciones nunca mencionadas en la documentación histórica —como fuentes, jaulas de animales y basamentos de esculturas—, sino también los sistemas de conducción de agua cerrados y abiertos; con esta información pudimos reconstruir parcialmente el sofisticado sistema de suministro y evacuación de aguas, al igual que los procesos formativos del sitio en sí mismo, con sus rellenos y alteraciones. Con todo este cuerpo documental, se pudo comenzar a escribir una nueva historia del parque y de las notables construcciones que allí existieron (Ramos y Schávelzon, 1992).

Y una vez más, tenemos en el Caserón de Rosas un ejemplo del incesante proceso de construcción-demolición tan característico de la ciudad; el edificio se levantó alrededor de otro anterior y funcionó como residencia privada por un breve período de doce años, después de los cuales fue saqueado y abandonado, y en los cuarenta años que siguieron cambió permanentemente de formas y usos hasta que fue definitivamente demolido y todo el terreno transformado. Vemos así que la obra arquitectónica y de planeamiento urbano más importante en la historia de Buenos Aires —al menos hasta pasada la mitad del siglo XIX—, ¡sólo fue aprovechada doce años! Por lo menos, el uso público del espacio que Rosas estableció sí se respetó en buena parte del sitio original, aunque parte de los terrenos han pasado en los últimos años, lamentablemente, a manos privadas.

19. *Del campo a la ciudad: el mirador de Sabato*  
(H. Yrigoyen 3450)\*

La ciudad colonial, al menos hasta inicios del siglo XVIII, tuvo límites claros: la traza marcaba, legal y socialmente, qué estaba afuera y qué quedaba adentro. Pero a partir de la venta del ejido desde la década de 1720, los límites empezaron a desdibujarse; lentamente y por espacio de un siglo la ciudad se extendió transformando lo que era campo en tierras suburbanas y más tarde plenamente urbanas: hemos elegido este caso para ejemplificar estos eventos.

La historia del predio se remonta a la estancia que tuvo allí Mariano López, su primer propietario, en el siglo XVIII. A partir de él fue cambiando de manos y reduciéndose hasta quedar transformado en una manzana urbana en la cual se construyó una casa cuando Roberto Lange compró el predio en 1868 (Rezzónico, 1996). Se trataba ya de una quinta suburbana con una arquitectura italianizante de una sola planta, a la cual luego se le agregó un primer piso de estilo afrancesado con un mirador con veleta, el que más tarde sería famoso: en él se inspiraría Ernesto Sabato para escribir su novela *Sobre héroes y tumbas* (Correa, 1971; Sabato, 1980), aunque cambiando la ubicación, por razones literarias. En 1873 se instaló allí el Asilo de Niñas —que con otro nombre, ya antes citamos en la plaza Roberto Arlt—, hasta que en 1875 albergó por un año al primer Hospital de Niños de la ciudad. En 1876 funcionó en el sitio el primer centro dedicado a la hidroterapia, una nueva técnica curativa en nuestro ámbito que había sido introducida por los doctores Felipe y José Solá (Zarraz, 1997).

\* Excavación hecha para el Gobierno de la Ciudad por Mario Silveira, Mariano Ramos y Daniel Schávelzon; estudios de arquitectura de Guillermo Páez.



El terreno excavado, reducido ya a media manzana, tenía aún dos muros en pie de la antigua construcción y algunos cimientos a la vista, pero había sido excavado mecánicamente en casi la totalidad de su superficie. Durante la excavación arqueológica nos preocupamos por comprender cómo se expresaba en términos estratigráficos esta transformación rural-urbana, es decir, por saber si los procesos de transformación del suelo eran similares a los observados en el interior de la traza con la intensidad y violencia que ese registro presenta, y si lo que sucedía en la zona oeste de la ciudad se diferenciaba de las del sur y norte. Lo que se pudo observar es que la alteración es casi mínima, incluso donde estuvo construida la casa; directamente sobre el humus se hicieron los pisos, que aunque se hayan cambiado una y otra vez, incluso hasta modificar su altura, constituyeron un proceso que se expresó en pocos centímetros de profundidad y que ni siquiera llegó a la tosca, salvo en los pozos ciegos o los posteriores que hubo que abrir para caños de agua corriente, instalados allí en 1905. Todas las evidencias materiales indican una muy ligera ocupación de finales del siglo XVIII, una mínima intensidad durante la primera mitad del siglo siguiente, para aumentar en forma brusca para la década de 1870 y reducirse posteriormente hacia 1930. Es interesante saber que para 1900 el edificio ya había sido alquilado en partes, para ser usado con diferentes funciones, por lo que se le agregaron depósitos y nuevas habitaciones, lo que terminó siendo un conventillo primero y taller de reparaciones de autos después; más tarde quedó abandonado, época en que Sabato lo describiera, y en 1980 se lo demolió.

Las evidencias de la funcionalidad son claras: se rescató un conjunto importante de frascos de farmacia del siglo pasado de tiempos del hospital; de la clínica de hidroterapia se excavó una pileta revestida de azulejos franceses y que aún conservaba sus cañerías. Este piletón había sido cancelado hacia 1900 para construir una habitación enci-

ma. Por último se aprovechó la existencia de muros asociados a los cimientos y el terreno para hacer un ejercicio de arqueología de muros, tratando de definir técnicas de registro e interpretación de los contextos en forma vertical.

En síntesis, lo ocurrido en el terreno conforma una continuidad de cambios, muestra del proceso de urbanización que significó la reducción paulatina de la superficie y la transformación de lo que una vez fueran tierras agrícolas en áreas edificadas; no es similar a Parque Lezama, lo que muestra que no existe un patrón que identifique estos procesos. Pero sí nos indica claramente cómo en la ciudad se le fue cambiando la función a la arquitectura a medida que se iban estableciendo diferentes formas de uso de la tierra y de qué manera se iban incorporando actividades netamente urbanas —asilo, hospital, clínica— cada vez más lejos del centro, aunque estos cambios no se expresan físicamente con la misma brusquedad que en los terrenos céntricos.

## *20. Tres construcciones en espacios públicos: la usina de Palermo y los polvorines de Parque Lezama y el Jardín Botánico\**

Dentro de la arqueología de los espacios públicos de la ciudad se han excavado algunas construcciones que, más allá de ser parte de un paisaje y de estar, por ende, incluidas en las interpretaciones de esas zonas, han sido significativas en sí mismas. Se trata de dos polvorines, al menos ésa es su identificación más plausible, y una usina eléctrica; las dos primeras ya habían desaparecido y su hallazgo se produjo durante la excavación; y en la última —aún está en pie la construcción— se procedió a excavar su inte-

\* Excavaciones hechas a través del Centro de Arqueología Urbana bajo la dirección de Daniel Schávelzon.

rior para estudiar los túneles que supuestamente allí debían existir a base de referencias orales.

En el actual Parque Lezama hubo una construcción de pequeñas dimensiones dedicada a polvorín y casa de guardia, ubicada en el extremo sur de la barranca y mirando al Riachuelo; no era la famosa Guardia del Riachuelo con la que muchas veces ha sido confundida, sino un modesto polvorín. Tipológicamente eran construcciones rectangulares con el piso alto para evitar la humedad en la pólvora, con un muro perimetral que impedía acercarse al edificio y que se generaran accidentes, y que a la vez lo hacía más fácilmente defendible. Sabemos que estuvo en uso entre 1750 y 1830, quizá con mayor antigüedad.

Al hacerse las excavaciones en Lezama se procedió a ubicar el sitio siguiendo la cartografía del siglo XVIII, observando que el sitio quedaba ahora bajo un ancho camino asfaltado cercano al llamado Templete. Se trazaron varias cuadrículas y en una de ellas se logró ubicar uno de los muros. En el sitio exacto había crecido un pino centenario cuyas enormes raíces destruyeron lo poco que quedaba. Se trataba de un muro de ladrillos de 40 cm de largo cuya extensión pudo seguirse a lo largo de 19 metros, aunque en gran parte ya era sólo una hilada del cimiento. Uno de los extremos a su vez fue destruido por una cañería de agua de cerámica sin vitrificar, fechada hacia 1870. Asociado con este cimiento se hallaron lozas y vidrios ingleses y un vaso español soplado y decorado en colores, formando un contexto de inicios del siglo XIX quizá contemporáneo de la demolición aunque incluyera algunos materiales del siglo XVIII (Lorandi, Schávelzon, Fantuzzi, 1989).

El otro polvorín estaba ubicado en lo que hoy es el Jardín Botánico, también construido entre los finales del siglo XVIII y la primera mitad del XIX, el que fuera conocido como el Polvorín de Cueli por ser ellos los posteriores propietarios del terreno. Fue destruido hacia 1890 con la construcción del Botánico y en ese sitio se construyó mu-

cho más tarde un invernadero subterráneo, que aprovechó parte de los arcos de cimentación del edificio antiguo. Fue excavado parcialmente ubicándose el muro perimetral e identificando los sectores originales empotrados en los muros recientes (Schávelzon, 1987); el Jardín fue creado en 1892 e inaugurado en 1908, época para la cual el polvorín ya había desaparecido; el invernadero actual tomó su forma hacia 1930.

Por último, en los trabajos hechos en Palermo (Ramos y Schávelzon, 1989 y 1991), se llevó a cabo una temporada de estudio en la Usina Eléctrica que había construido allí Rufino Varela en 1887, siendo la primera en su tipo en la ciudad. Con los años tuvo otras funciones y llegó con grandes alteraciones hasta la actualidad. Por informes de su personal sabíamos que existían túneles que habían sido rellenados ex profeso mucho tiempo antes, por lo que se propuso la recuperación de ellos y su estudio e interpretación. El trabajo que se llevó a cabo (Schávelzon, 1987) permitió liberar gran parte de su trayecto —aunque nuevamente fueron rellenados en 1989—, entendiéndose que su recorrido está en función de la circulación de agua desde el lago cercano hasta las máquinas de vapor que generaban electricidad. Son de ladrillos unidos con cal y el techo tiene una estructura de perfiles de hierro que aún se conservan en buen estado. De esta forma se logró identificar un sitio significativo del patrimonio arquitectónico de la primera era industrial que estaba totalmente olvidado y proyectar su futura recuperación, incluyendo los túneles y el lago cercano. Es interesante que la excavación de este sitio permitió recuperar un importante conjunto de objetos metálicos de uso militar —desde hebillas hasta armas— asociado al Caserón de Rosas y al posterior Colegio Militar próximo.

Estos tres ejemplos de arquitectura utilitaria, sean coloniales o industriales, sirven en este caso para señalar una vez más la profunda transformación física que ha sufrido

la ciudad incluso en los sitios que parecen menos alterados, como son los parques públicos, donde quedan relictos de diferentes momentos tecnológicos que pueden ser investigados, interpretados y recuperados a través de la arqueología histórica.

## **“Ser o no ser (como los europeos)”: arqueología de las etnias y los géneros**

En las páginas precedentes sobre la historia de la ciudad, hemos visto que desde el momento mismo de su fundación la población de Buenos Aires fue siempre multiétnica. A medida que transcurrió el tiempo la mezcla entre distintos grupos étnicos se acentuó aun cuando los blancos siempre prevalecieron. La bibliografía sobre la ciudad se refiere con frecuencia a tres grupos raciales básicos: los blancos, los negros y los indígenas. Dejando de lado el hecho de que esta forma de pensar conlleva una carga notable de racismo, la realidad era bastante distinta: los tres grupos más importantes estaban constituidos por los europeos y sus descendientes blancos, por los africanos y por los indígenas, y ninguno de estos grupos era homogéneo. Europa estaba representada por españoles, portugueses, italianos, valones, flamencos, irlandeses y alemanes, entre otros; por los inmigrantes judíos provenientes de lugares lejanos de Europa central que abandonaron sus tierras de origen pasando por España, y finalmente por los criollos o blancos que nacieron en este continente. Se desprende de lo anterior que jamás hubo algo parecido a una población étnica-

mente homogénea, aunque es cierto que lo que se llamaba *blanco* era amplia mayoría. Los africanos por su parte no provenían de una misma región, cultura o idioma y había otros individuos en situación de esclavitud originarios de lugares como Ceilán, netamente hindúes y musulmanes. En la región, los querandíes eran todos del grupo pampa, mientras que los chanás y los guaraníes provenían de culturas de la selva que nada tenían que ver entre sí en cuanto a cultura o idioma.

A partir del siglo XVII, los araucanos llegados de Chile irrumpieron en las cercanías de Buenos Aires y desplazaron a los tehuelches hacia el sur, provocando un importante cambio étnico casi en las puertas de la ciudad. Allí, fuera y alrededor de Buenos Aires, se fue estableciendo una población fuertemente mestizada compuesta principalmente por africanos huidos —que solían ser bien aceptados por los indígenas—, blancos y mestizos que habían desertado del servicio en los fortines de frontera o que lisa y llanamente eran prófugos de la Justicia. Si a esto le sumamos los blancos que vivían en las tolderías por propia voluntad o por estar cautivos, el mosaico de grupos diferentes resulta más que llamativo. La captura de “chinas e indios” que más tarde se repartían entre algunas familias de la ciudad para que fueran reeducados —lo que no era más que una forma solapada de esclavitud— fue usual hasta fines del siglo XIX, y también era usual que esas familias retribuyeran con dinero a los soldados que les proveían los cautivos, de manera que el negocio era bueno para muchos.

Si fuera posible ver en perspectiva el mosaico étnico poblacional de inmediato surgirían dos grupos claramente definidos: uno, compuesto por los blancos de origen europeo y católicos —no los demás cristianos—, que no realizaban ningún “trabajo vil”. Esto implica que no importaba el idioma que se hablara, en tanto y cuanto todos se atuvieran a las normas de la división de trabajo heredadas del

medievo español; realizar cualquier tipo de actividad manual era indicativo de una clase inferior. El otro grupo abarcaba a todos los demás sin que importara el color de su piel, su idioma o su religión, y eran quienes realmente producían mediante actividades primarias: trabajaban en el campo, criaban ganado, o eran carpinteros, molineros, herreros, sin que faltaran entre ellos los artesanos de renombre y hasta los artistas. Hasta fines del siglo XVIII los ideales del noble caballero se centraban en la devoción y en los rituales que debían cumplimentar por pertenecer a un grupo exclusivo; todo lo demás no era otra cosa que la simple materialidad de la producción, una cuestión de siervos nacidos no para otra cosa o sumidos en ese papel por mandato divino. En 1719, el jesuita José Claussner escribió que aún en esa época, bastante tardía ya, “los españoles tienen muy poca afición a los trabajos de mano, de donde resulta que lo dejan para los extranjeros” (Muhn, 1946:23). Para el siglo XVIII la sociedad era un poco más flexible y se podía encontrar criollos blancos dedicados a la confección, al trabajo en cuero o en madera. Las profesiones liberales eran socialmente aceptables y las practicaban sobre todo los extranjeros. Aquí tenemos otra descripción, esta vez del padre José Cardiel, escrita en 1747: “Todos son mercaderes, que acá no es mengua de nobleza. Vemos varias transformaciones: viene un grumete, calafate, marinero, albañil o carpintero de navío. Comienza aquí a trabajar como allá —que espanta a los de la tierra, que no están hechos a tanto— haciendo casas, barcos, carpinteando, aserrando todo el día (...) Dentro de pocos meses se ve que con su industria y trabajo ha juntado alguna plata: hace un viaje con yerba o géneros a Europa, a Chile o a Potosí. Ya viene hombre de fortuna; vuelve a hacer otro y ya en ese segundo lo vemos caballero, vestido de seda y galones, espadín y peluca (...) que luego lo vemos oficial real, o tesoroero, o alcalde” (en Furlong, 1938:49).

El sistema social era en extremo permeable para el eu-



ropeo o el blanco en general, pero cuando en alguna ocasión se veía en la ciudad a alguna mulata vestida como una dama, la gente se escandalizaba (Romero, 1976). Lo mismo ocurría en el siglo XVI cuando eventualmente se veía a algún español trabajando la tierra, forzado por la necesidad más absoluta. El comercio y la posesión de propiedades se consideraban actividades de caballeros, al igual que el contrabando y la corrupción, que eran vistos como necesidades derivadas de la situación local; todos los demás trabajos eran “viles”, esto es, serviles, abyectos, sólo dignos de seres inferiores.

Las descripciones más claras de esta forma de ser de las clases altas locales se las debemos a extranjeros —centroeuropeos principalmente—, acostumbrados a producir con sus propias manos: en 1727, el hermano Miguel Herre escribió una carta en los siguientes términos: “en esta parte del Nuevo Mundo son tenidos como nobles todos los que vienen de España, o sea todos los blancos; se los distingue de las demás gentes en el lenguaje, en el vestido, pero no en la manutención y habitación, que es la de mendigos; no por eso dejan su ufanía y su soberbia; desprecian las artes; el que algo entiende y trabaja con gusto es despreciado como esclavo” (Muhn, 1946:41). Estas actitudes marcaron la sociedad a fuego y sin duda constituyeron una de las razones principales del fracaso de la primera Buenos Aires que fundara Pedro de Mendoza. La posibilidad de que los blancos practicaran artes y oficios o que se dedicaran a la agricultura y que dichas actividades fueran compatibles con el estatus social de un blanco, sólo comenzó a vislumbrarse con los cambios producidos por la Ilustración, a fines del siglo XVIII, y a discutirse más en profundidad a comienzos del siglo siguiente (Martínez, 1967).

Sería arduo determinar cuál grupo poblacional pasó las mayores penurias durante los siglos de dominación española. A los aborígenes se los expulsó, se los redujo a trabajar en las estancias o directamente se los exterminó. Los

africanos y sus descendientes habían sido arrancados de su tierra y forzados a trabajar como esclavos en un mundo totalmente diferente y desconocido para ellos; ocasionalmente a alguno se le otorgaba su libertad o tenía la suerte de trabajar en tareas livianas para familias de la ciudad; inclusive no faltó el que llegó a ser un artesano de renombre, aunque nunca se les permitió agremiarse. Mestizarse con un blanco o con alguien *blanqueado* constituía el mejor mecanismo de promoción social y aun cuando este mestizaje no les facilitaba progresar mucho en la escala social, al menos servía para posibilitarles una vida un poco mejor.

## LA PRESENCIA INDÍGENA

La población indígena de la ciudad era escasa, no sólo porque los nativos se habían refugiado en la campaña, como ocurriera en los primeros años, sino porque en realidad no eran muchos. A la fecha no hay informes concluyentes sobre el número de miembros de las distintas comunidades establecidas en el desierto. Podríamos asumir que entre indígenas y mestizos representaron de un 5 a un 10% de la población urbana, cifra que se desplomó a cero hacia mediados del siglo XIX. En 1601 el porcentaje de indios puros fue del 8,87%; hacia 1726 representaban sólo un 3%, hacia 1744 no eran más que un 1,62% y hacia 1778; tomando conjuntamente la ciudad y la campaña, no pasaban del 2,24%. Sin embargo, estas cifras difieren mucho en el resto del país. Por ejemplo, en 1673, Buenos Aires tenía 26 encomiendas con 354 indígenas; en 1582, Santiago del Estero no tenía más que 48 vecinos a cargo de 12.000 indígenas, y un siglo más tarde la ciudad seguía teniendo 34 encomiendas con 3.358 indígenas (Assadourian, Beato y Chiaramonte, 1992). La reducción demográfica de la población nativa en la región fue extremadamente brusca, mucho más que en el país como conjunto, donde en 1776

todavía representaban el 63,5% del total; en 1869 la cifra bajó al 10%, y hacia 1895 a un 4,3% (Martínez Sarasola, 1992). Las indias y mulatas todavía servían en tareas domésticas y sólo en 1860, como una total novedad, se comenzaron a contratar mujeres blancas humildes para esos trabajos, más concretamente inmigrantes irlandesas.

Es interesante observar que en los primeros tiempos de vida de la ciudad, desde el momento mismo en que Garay hizo su repartimiento, se hizo evidente el carácter multiétnico de los distintos grupos indígenas: los pampas, querandíes, guaraníes, chanás, estaban entremezclados en estas épocas tempranas de vida urbana, con sus distintos idiomas y culturas de origen. Aun cuando hacia fines del siglo XVII la presencia indígena estaba representada casi únicamente por los pampas y los guaraníes, la historia ha mostrado un movimiento incesante de muchos otros grupos. Un buen ejemplo de esto podría ser el traslado de 500 charrúas desde Uruguay ordenado en 1624 por el gobernador Céspedes, para que trabajaran en el Fuerte de Buenos Aires.

Con el tiempo, la presencia indígena en la ciudad fue cambiando: en los siglos XVI y XVII, verlos era cosa común puesto que formaban parte del entorno cotidiano. En el siglo XVIII ya casi eran extraños en la vida urbana; se los veía durante el día vendiendo perdices u otros animales pequeños, pero al oscurecer desaparecían salvo unas pocas familias que permanecían en toldos dentro de la traza urbana. Alrededor del siglo XIX comenzó a cobrar fuerza la imagen del “indio malo” que raptaba y asesinaba, y a perderse ese concepto anterior del indio manso, domesticado y esclavizado. Además de su reducción numérica, esta nueva imagen hizo que se los considerara y se los tratara mal en los centros urbanos. Hacia 1860, un escritor hizo el siguiente relato de una situación callejera: “unos cuantos indios patagónicos han paseado nuestras calles, luciendo sus robustos miembros de bronce, mal cubiertos con pieles, dejando pasmados a los que así los veían sin dar señales de sen-

tir frío. Las mujeres se han asustado al ver a esos hombres de tanta talla y mirada torva, a la vez que indiferentes a lo que encuentran en la calle (...) Como no se les ocurra asistir al teatro, en la idea de que estando en un país libre no se les ha de impedir la entrada...” (Cantilo, 1864/8-II:411).

Poco antes, el viajero inglés William McCann había hecho la siguiente descripción del mercado de la ciudad: “Este mercado produce en el extranjero que lo ve por primera vez una gran impresión de sorpresa; la variedad de tipos y trajes entre los que figuran representantes de todas las razas y países, así como la Babel de lenguas de todas las naciones, confunde al espectador a un punto difícil de explicar. Ninguna ciudad del mundo, con seguridad, puede ostentar tan abigarrado concurso de gentes; es tan grande la variedad de los rostros que acaba uno por dudar de que la especie humana proceda de un tronco común; la tez olivácea del español, el cutis cetrino del francés y el rojizo del inglés alternan con fisonomías indias, tártaras, judías y negras; mujeres blancas como el lirio y de radiante belleza forman contraste con otras, negras como la noche, mientras el porte y la indumentaria de las diferentes clases sociales contribuye no menos al desconcierto” (McCann, 1969:128-129).

La arqueología ha puesto en evidencia la presencia contundente de indígenas y mestizos a través de distintos tipos cerámicos y/o contextos, producidos y tal vez usados por cada grupo social. Las cerámicas indígenas se caracterizan por el complejo proceso de cambio que presentan: por un lado muestran una continuidad en las formas, técnicas de manufactura y decoración que se mantienen entre los siglos XVI y XVIII. Aun cuando probablemente esas cerámicas no se producían en la ciudad, se usaron habitualmente y han aparecido en todos los contextos excavados. Por el otro, existe un grupo llamado cerámica monocroma roja el cual, a principios del siglo XVII comenzó a adaptarse a nuevas funciones. Tanto en Buenos Aires co-

mo en Santa Fe la Vieja —y donde se encuentran hoy en día las colecciones más importantes—, se observa que muchos de los platos, escudillas, cantimploras y tinajas fueron hechas sin torno y pintadas de rojo, costumbre que se mantuvo hasta el siglo siguiente. Hemos encontrado platos de base plana imitando las lozas Creamwares, manufacturados con esta cerámica de tradición indígena aunque ya mestizada. Durante los siglos XVII y XVIII, se hizo común en Buenos Aires otra cerámica de tradición similar: la monocroma roja pulida, denominada anteriormente “engobada”, que respeta la tradición de pastas indígenas, se hace en torno, e imita muchas formas españolas, pero que sobre todo trata de reproducir los vidriados europeos mediante un pulido muy cuidadoso que otorga a las piezas un brillo especial.

Las cerámicas que llamamos mestizas o criollas están formadas por aquellos tipos que mantienen por lo menos alguna tradición indígena, ya sea en su manufactura, pasta, cocción o forma, pero que al mismo tiempo están muy mezcladas con las formas africanas y/o las funciones europeas: tinajas, candelabros, tazas, vasos, botellas y botijas, tan comunes entre el siglo XVII y mediados del XIX.

Las cerámicas indígenas aparecieron en menor proporción en relación con los productos europeos: entre el siglo XVII y principios del XIX fue disminuyendo gradualmente de un máximo del 20% a cero, en contextos familiares o muy modestos o en sitios de trabajo como los que hemos descrito anteriormente. Entre las familias acomodadas esa cerámica representó casi el 10%; la usaban los sirvientes en la cocina, el promedio se mantuvo hasta mediados del siglo XIX y más tarde desapareció.

La presencia indígena, además de en la cerámica, está expresada en algunos pocos objetos más: piedras de moler maíz —su uso es una tradición americana—, unos pocos huesos trabajados para ser usados como herramientas simples y muy poco más. Recién comienza a dibujarse su per-

fil en el registro arqueológico. Queda lo intangible para los recursos actuales: las plantas medicinales —algo se indica más adelante—, los alimentos como el tomate, la papa y la batata, formas de comer y un rico lenguaje que en jirones aún utilizamos sin darnos cuenta.

## LA PRESENCIA ARQUEOLÓGICA DE LOS AFRICANOS

La arqueología de las minorías étnicas no aborígenes en la Argentina no existía hasta el momento de iniciarse nuestros proyectos. Si bien hay una bibliografía bastante completa sobre los africanos y sus descendientes (Torre Revello, 1940; Andrews, 1980; Ortiz Oderigo, 1974; Rodríguez Molas, 1958 y 1961; Rosemblat, 1968; Lanuza, 1946), debemos señalar que actualmente no hay casi población afroargentina ni en Buenos Aires ni en el resto del país, con la excepción creciente de los nuevos inmigrantes brasileños y de los caboverdianos. Para la historia, la importancia de la presencia africana es muy reciente y el tema no es fácil de abordar debido a la carga de racismo que conlleva. Como consecuencia de la imagen que promovió la historia tradicional de una población blanca y de la limpieza racial, el lego en la materia prácticamente desconoce que antes de la gran inmigración europea de fines del siglo XIX los africanos formaban parte de la composición étnica local. Por otro lado, no se habían realizado excavaciones en sitios ocupados específicamente por africanos hasta los trabajos en la Casa Ezcurra (Schávelzon, 1997b).

De hecho, hubo población africana desde la primera fundación porque Pedro de Mendoza ya había traído consigo algunos africanos; en el transcurso de los dos siglos que siguieron su llegada fue cosa habitual, aunque durante los primeros cincuenta años se los trajo en forma irregular debido a que en Buenos Aires estaba prohibida la entrada por el puerto de esclavos africanos. El número preciso de

la población realmente negra y de sus grupos mestizados es difícil de establecer, porque por un lado las estadísticas son poco confiables y por el otro los funcionarios encargados de los censos clasificaban a los ciudadanos de una manera totalmente arbitraria: ¿cuáles eran los límites precisos entre un africano puro, un moreno o un mulato, después de varias generaciones de intercambio étnico tanto con los indígenas como con la población criolla? Además, el color de la piel variaba, dependiendo de dónde hubieran sido hechos prisioneros los africanos. De todas maneras, juntando todos estos grupos diferentes llegamos a la conclusión de que para la segunda mitad del siglo XVIII la población de color representaba entre el 25 y el 30% de los habitantes urbanos. Hacia 1744 había en la ciudad 1.150 negros, 330 mulatos y 221 pardos, haciendo un total del 16,91%; en 1778 había un total de 6.835 afroargentinos, incluyendo todos los grupos y haciendo un promedio del 28,38%. Para treinta y cuatro años, el crecimiento fue notable, superando casi el 300%, aunque la proporción con el resto de los habitantes se mantuvo (Ravignani, 1919). De un estudio basado en el censo de 1744 surge que el 37% de las familias urbanas tenían africanos en situación de esclavitud dedicados mayormente a las tareas domésticas. Un 52,10% no tenía más que uno o dos y un 11,8%, entre diez y veinte (Guerín y otros, 1988).

Los datos en cuanto a los primeros tiempos no son tan precisos: entre 1597 y 1607 entraron 5.639 cautivos africanos al territorio; entre 1606 y 1625 se confiscó un total de 13.678 de ellos que fueron ingresados ilegalmente a la región desde Brasil, y hacia 1680 la cifra trepó a 22.892; y entre 1702 y 1714 la Compañía Real de Guinea trajo 3.475 "cabezas". Muchos fueron llevados a Chile y Perú y otros quedaron en ciudades intermedias como Córdoba o Tucumán.

Los africanos llegados a nuestras costas no traían consigo una única cultura y ni siquiera un idioma común que

les sirviera para comunicarse entre los distintos grupos. Provenían en su mayoría de las zonas costeras o centro-costeras de África, lo que estaba en relación con la época del año en que se los capturaba. Es por esto que la documentación histórica señala las diferencias entre los *congos* (de Camerún y Congo), los *benguelas* (de Angola), los *cafres* (de Mozambique y Madagascar), los *mandingas* (de Guinea), y otros (Rout, 1976). A su vez, estos grupos crearon sus propias sociedades y grupos comunitarios de asistencia recíproca que adquirieron cierta relevancia en los siglos XVIII y XIX. Y aun cuando los blancos consideraban a la negritud como una unidad que los abarcaba a todos, para los africanos las cosas eran distintas.

En la sociedad colonial, la colocación de los africanos esclavizados fue totalmente distinta a la de Brasil o los Estados Unidos con sus sistemas de plantaciones. Si bien buena parte de ellos fue destinada a tareas agrícolas como reemplazo de la mano de obra indígena, cada vez más escasa, otro número importante quedó en la ciudad en carácter de siervos domésticos o trabajaron en talleres, en la construcción, y hasta en artesanía y orfebrería. Era habitual que se los alquilara como mano de obra semiespecializada y llegaron a buscar trabajo por su cuenta, debiendo entregar el salario a sus amos. En las familias patricias los sirvientes domésticos dormían dentro de la casa, en el patio del fondo donde había cuartos separados para ellos, lo que muestra una estructura bastante flexible de funcionamiento social o al menos mucho menos rígida que la de otras regiones del continente. Esto propició un marcado mestizaje y el que muchos africanos pudieran comprar su propia libertad; con frecuencia, algunos de los que se dedicaron a la artesanía adquirieron una posición de relevancia debido a la calidad de sus trabajos. En 1726, el padre Cattaneo dijo que los pobladores debían “servirse de moros o negros, que como he dicho son los que hacen todo, se adiestran de tal manera que, al presente, son excelentes



maestros” (Furlong, 1946). De algunas memorias escritas por miembros de familias acomodadas se desprende que los niños se criaban manteniendo una relación muy cercana con los sirvientes, que jugaban con ellos y pasaban mucho tiempo en sus habitaciones. Las señoras de la casa, por su parte, siempre tenían cerca a la “negrita del coscorrón”, para abofetearlas cuando por cualquier motivo estaban enojadas o de mal humor; otras jóvenes esclavas estaban obligadas a usar una larga trenza para que las señoras pudieran tironársela a gusto, y también estaban las que debían servirles el mate de rodillas (Torre Revello, 1940:161).

Parecería que uno de los motivos por los cuales los africanos recibían un trato más considerado que en otras regiones tenía que ver con su precio. Al principio las autoridades prohibieron su ingreso, pero más tarde lo autorizaron, aunque sólo en tránsito: los precios eran muy elevados, casi tres o cuatro veces más altos que en otras partes del continente. Hacia 1610 un varón joven costaba \$500; una pareja con una hija \$700, aunque eventualmente podía comprarse un africano por \$250, dependiendo de su edad, habilidades y estado físico. Pero, un buen terreno urbano costaba \$300, un cuarto de solar se podía comprar desde \$80 y una estancia en las afueras del ejido, con equipos y ganado incluidos se podía adquirir por \$500, aunque vacía sólo valía \$ 100 (Ensink, 1990). De todas formas, esta situación no cambiaba la realidad de la diferencia. Concolorcorvo narra que los pobladores “son muy tenaces en observar las costumbres de sus antepasados: no permiten a los esclavos, y aun a los libres que tengan mezcla de negro, usen otra ropa que la que se trabaja en el país, que es bastante grosera”.

En las casas urbanas el servicio doméstico estaba compuesto principalmente por mujeres adultas y jóvenes que se hacían cargo de las tareas de la casa, de cocinar y servir la mesa; iban al mercado y llevaban los recados que las señoras se enviaban entre sí. Una niñita servía el mate e iba

cargando los implementos necesarios de un lado a otro, allí donde la señora deseara tomarlo. Fuera de la casa, tanto las mujeres como los hombres en situación de esclavitud trabajaban de vendedores ambulantes, ofreciendo aves, velas, plumeros, escobas y dulces. El personaje de la lavandera fue muy importante para la vida cotidiana, ya que las africanas tradicionalmente se reunían en las toscas del río, frente al centro mismo de la ciudad para hacer su trabajo, con lo cual terminó por crearse una especie de ambiente cerrado al cual no tenía acceso la cultura blanca: el símbolo propio era la pipa, que era fumada por las mujeres esclavas.

Se entiende que esta movilidad social entre los africanos y sus descendientes y el resto de la población no representaba ninguna graciosa deferencia por parte de la racista sociedad blanca; sólo significaba que aquí tenían algunas desventajas menos en comparación con otras regiones. Por ejemplo, ningún africano o mestizo podía formar parte de una cofradía religiosa, de manera que tuvieron que crear las propias, y lo mismo ocurría con el ejército, por lo que tuvieron que terminar por formar sus propios batallones. Todo esto representó el punto de partida para el desarrollo y crecimiento de las *naciones* o sociedades que agrupaban a los africanos y que adquirieron cierta relevancia a principios del siglo XIX. En ocasiones se los autorizaba a construir su propia iglesia y a tener sus *tangos*, sitios donde bailaban sus danzas, celebraban sus ceremonias y reconstruían, dentro de lo posible, su identidad (Rodríguez Molas, 1957; 1958). Para mediados del siglo XIX ya había oficiales del ejército, poetas, músicos y escritores negros.

Durante los tiempos de la colonia la vida de los africanos liberados no fue fácil, ya que su nivel social —aunque siempre era mejor que el que tenían en situación de esclavitud—, era muy bajo. En general vivían en la zona de la periferia sur del centro, sobre las actuales calles Chile, Independencia, México y Estados Unidos, donde también se encontraban las sociedades que los agrupaban.

En 1813 se declaró la *Libertad de Vientres*, garantizando automáticamente la libertad a todo varón o mujer nacidos de negros cautivos; la ley, con todo, no se cumplió al pie de la letra y también ocurrió con frecuencia que los padres no aceptaran separarse de sus hijos, lo cual era más que comprensible. Todo esto dio pie a situaciones complicadas hasta que en 1852 la esclavitud quedó definitivamente abolida, inclusive para aquellos africanos o sus descendientes que desearan inmigrar y radicarse en el país. Nuevamente, y aunque muchos africanos fueron liberados, la ley no se cumplió al pie de la letra y pronto aparecieron otras organizaciones creadas para perpetuar ese sistema de sometimiento forzoso, situación que duró hasta el siglo XX.

Si bien la presencia africana fue muy numerosa, su identificación arqueológica no fue tan fácil de establecer y al menos hasta el presente no hay más que dos tipos cerámicos específicos que puedan adjudicarse a tal cantidad de grupos heterogéneos. En los Estados Unidos, el tipo cerámico conocido como Colono Ware ha permitido establecer una conexión casi directa entre grupo étnico y cultura material, pero en este caso las cosas no son tan simples. Las colecciones museográficas en la Argentina y Uruguay se han concentrado en los instrumentos musicales y su iconografía, en detrimento de otros aspectos de la cultura material (Ortiz Oderigo, 1974). La cultura material de los grupos afro se compone de objetos de muy diversos orígenes: los que fueron traídos de África, los que se produjeron aquí respetando los patrones culturales africanos, los que se mezclaron con tradiciones indígenas locales y los que fueron reutilizados tras haber sido descartados por la sociedad blanca. En el primer grupo están las pipas, que fueron especialmente importantes entre las mujeres, aunque se las copió localmente con similares decoraciones de líneas, triángulos y puntos. En los contextos afro o afroargentinos se encuentran raspadores de hueso y vidrio y cuchillos de madera, resultado de la prohibición que pesaba sobre ellos

de usar armas y cuchillos de hierro; también son habituales las pequeñas piedras redondeadas que se usaban para hacer predicciones, las cuentas de collar de vidrio azul, los huesos tallados para colgantes y artes adivinatorias, y los fragmentos redondeados de botijas de aceite sevillano que seguramente se usaban para distintos juegos.

Durante una de las excavaciones hicimos un hallazgo digno de mención: un muñeco vudú tallado en madera con una espina de hueso atravesada en el corazón; el muñeco aparecía estrangulado con un trozo de alambre y se lo encontró enterrado cerca de uno de los lagos de Palermo, en un área de marcada tradición africana hasta la primera mitad del siglo XIX. San Benito de Palermo, el santo tutelar de la zona y cuya iglesia existió en dicho lugar por largo tiempo, fue muy honrado por la población afro de la ciudad, especialmente después de 1807 cuando lo canonizaron en Italia.

En la cerámica hay una serie de fragmentos de los siglos XVII y XVIII que corresponden a vasijas globulares muy sencillas, con diámetros de entre 10 y 15 cm, sin decorar, hechas por enrollado o modelado directo, con cocción irregular y con evidencias de haber sido expuestos al fuego. Hasta el momento este tipo de vasijas había sido clasificada como indígena o habían quedado incluidas en las “cerámicas mestizas” (Schávelzon, 1991); ahora en cambio, a partir de haber diferenciado el tipo de cerámicas afro de las de tradición netamente indígena, encontramos que estas piezas no corresponden a ninguna de las dos categorías, siendo notablemente parecidas a las que publicó Leland Ferguson (1992:85), resultado de hábitos de alimentación y formas de cocinar similares a las de los afroamericanos.

Hubo fuertes rasgos culturales que funcionaron como elementos integradores entre los diferentes grupos étnicos que conformaron la negritud y que los identificaron como tales —la música, los alimentos, las danzas, el colorido de sus vestimentas, las palabras en común—, pero al mismo

tiempo hubo un uso intenso de formas de cultura y de objetos provenientes de otros grupos. Tal vez buena parte de la cerámica criolla asociada a los grupos mestizos fuera también utilizada por africanos puros a casi puros. Y probablemente éste sea también el caso del tipo de cerámica indígena llamado Buenos Aires evertido.

Hasta ahora, la bibliografía arqueológica menciona únicamente un sitio en todo el país que presenta evidencias que interpretamos como de un asentamiento africano con su cementerio: Arroyo de Leyes, en la provincia de Santa Fe (Aparicio, 1937; Frenguelli, 1937; Carbajal, 1938). Durante mucho tiempo los objetos de allí rescatados fueron considerados una falsificación; sin embargo, resultan notablemente similares a los producidos por los afronorteamericanos en el este de los Estados Unidos durante el siglo XIX. El parecido es tan extraordinario que hasta parecen haber sido inspirados por un mismo modelo extracontinental, cuestión que deja planteada la necesidad de trabajar en la arqueología de la Diáspora Africana en la totalidad del continente americano. El hallazgo de estas cerámicas enterradas y semienterradas sugiere que el sitio pudo haber sido un cementerio de afroargentinos, como los que existen para afronorteamericanos en Alabama, Georgia y las dos Carolinas, en los Estados Unidos. La costumbre de colocar recipientes o botellas en las sepulturas de la costa de África ya ha sido suficientemente estudiada y se ha extendido ampliamente en este continente (Burrison, 1983; Vlach, 1990). Hoy podría interpretarse como una manifestación cultural con neto énfasis afro, que aún se practicaba en la década de 1930.

Con las luchas de la Independencia la situación de los afroargentinos varió notablemente: enrolarse en el ejército les brindó la posibilidad de obtener su libertad y de pasar a ser, simultáneamente, parte de una estructura que les permitía ascender en la escala social, aunque más no fuera mínimamente. Buena parte de los muchos ejércitos que com-

batieron en las guerras internas incluyeron batallones de pardos y morenos, y en otras guerras posteriores, como por ejemplo la que se libró contra Paraguay, los índices de mortandad fueron tan elevados que más que en bajas de guerra se podría pensar en un genocidio de la población no blanca. Pero ciertas actitudes culturales debieron permanecer fuertemente arraigadas; al excavar la plaza Roberto Arlt se encontró una vasija afro entera y parte de otra colocadas bajo tierra durante la construcción de una cámara de desagüe fechada hacia 1870. Parecería que incluso en una época en que gozaban de libertad, algunos mantenían fuertes lazos de identidad mediante rituales muy particulares de los que desconocemos todo.

El intenso proceso de mestizaje, la prohibición desde 1813 de la entrada a puerto de barcos que transportaran africanos y la alta tasa de mortandad en las guerras, tuvo como consecuencia la disminución drástica y permanente de la población africana, a lo que siguió un verdadero aluvión de inmigrantes europeos, en la segunda mitad del siglo. La primera inmigración europea estuvo compuesta sobre todo por hombres solos —los grupos familiares llegarían mucho más tarde—, lo que llevó a que se diera una incidencia muy alta de parejas formadas por estos hombres con mujeres negras o mestizas, lo que *blanqueó* aún más la población. El Liberalismo, así, consiguió poner fin a la africanización de Buenos Aires y en el transcurso del siglo que siguió propició una ciudad más blanca todavía (Andrews, 1980).

## LA PRESENCIA ARQUEOLÓGICA DE LA NIÑEZ

En la rígida sociedad española las mujeres conformaban un grupo muy discriminado, pero más aún lo eran los niños. Su presencia histórica es casi inexistente en un mundo que parecía estar habitado únicamente por varones

adultos; pero sin duda los niños existieron y dejaron algunos rastros de su cultura material; otro desafío para la arqueología de la ciudad. Es verdad que su presencia no es demasiado obvia y al menos por ahora sólo es posible observarlos desde principios del siglo XIX con juguetes u objetos que debieron usarse como tales; pero para 1850 los hallazgos arqueológicos muestran la profundidad de los cambios que se estaban operando en la vida cotidiana familiar. De allí en más la presencia de la niñez es cada vez más fuerte y clara.

Hay dos conjuntos de evidencia material tal como dijimos: los juguetes por un lado y los objetos usados por los niños por el otro; de ambos hemos recogido buenos ejemplos: los juguetes son variados y desde las primeras publicaciones la información se ha enriquecido (Schávelzon, 1991:163-164). Por aquellos días mencionábamos muñecas con rostros de porcelana, bolitas, soldaditos y armas de metal y las tazas con platitos de las casas de muñecas, tan típicas de la época victoriana. Esto quiere decir que, en principio, los niños blancos de las clases media o alta jugaban en forma muy parecida a la de cualquier niño centroeuropeo; los mismos juegos, los mismos juguetes, salvo que Europa fabricaba estos juguetes, y aquí sólo se los consumía. Por supuesto no sólo a los pocos elementos mencionados se reducía el universo de los juegos y los juguetes; cabe mencionar, y esto es interesante, que todos aquellos de los que tenemos evidencias materiales fueron importados. La contextualidad de los juegos también está presente puesto que las bolitas aparecieron por lo general entre los pisos enladrillados, en el interior de caños de desagüe y hasta en pozos ciegos, o sea en perfecta coincidencia con la forma en que éstas se usaban: para jugar en el piso. Al excavar el conventillo de la calle Defensa que ya describimos las bolitas cayeron entre las maderas del piso—seguramente ya rotas— y quedaron allí olvidadas; en la Imprenta Coni quedaron atrapadas entre los zócalos y los

pisos, en unas uniones imperfectas que debieron de ser la maldición de los niños.

Son también llamativos algunos juguetes de guerra como por ejemplo un pequeño cañón de bronce encontrado en San Lorenzo 392, en el pozo de basura de la familia Peña que fue llenado a inicios del siglo XIX. En memorias escritas en esa época es habitual encontrar información sobre niños que se entretenían imitando a personajes conocidos de las guerras de Independencia —los niños eran considerados adultos chicos—, y que incluso se vestían de marineros, lo que duró hasta bastante después de la Primera Guerra Mundial. Juan Bautista Alberdi, quien sentó las bases teóricas de la Constitución Nacional, escribió en sus memorias que cuando niño fue un mimado del general Belgrano y “más de una vez jugué con los cañoncitos que servían a los estudios académicos de sus oficiales” (Alberdi, 1962:5).

Existe un conjunto de objetos habitualmente presentes en las excavaciones que se asocian con las actividades escolares: pizarras, lápices, cortaplumas, grafitos, tinteros y plumas, y los grandes frascos de tinta que usaban los maestros en las escuelas. Con ellos vemos el siglo XIX y el gran auge de la educación popular provocado por las prédicas de Sarmiento; como consecuencia, para 1850 y 1900 hay una gran incidencia de estos objetos, en directa relación con la disminución del analfabetismo y el incremento de todas aquellas actividades que tuvieran que ver con los nuevos mecanismos de inserción social. La educación pública en Buenos Aires al igual que el proceso de expansión del alfabetismo en la totalidad del territorio nacional fueron casi excepcionales en el continente, sólo superados por los Estados Unidos y Canadá. También fue parte del proceso de homogeneización cultural que trajo aparejado el blanqueo racial de la población.



## LA PRESENCIA ARQUEOLÓGICA DE LAS MUJERES

Éste es otro de los grandes desafíos que la arqueología urbana debe enfrentar: buscar y encontrar la presencia de las mujeres, que por cierto vivieron una vida difícil, llena de privaciones y limitaciones de todo tipo. El papel que jugaban dependía principalmente del color de su piel, de su posición social y su riqueza; una *señorita* estaba destinada a casarse con un hombre blanco, a tener una casa, sirvientas y probablemente jamás se vería obligada a entrar en la cocina u ocuparse de tarea doméstica alguna. Se esperaba de ella que tuviera hijos, que asistiera a la iglesia, que hiciera sociales con otras familias de igual posición, que recibiera invitados en su casa y que luciera sus galas; más tarde podía incluso ser la estrella de una tertulia. La iconografía del siglo XIX es rica en ilustraciones que muestran a estas damas tomando el mate que les cebaban sus *negritas* o conversando en las tertulias; siempre son blancas, están bien vestidas y los ambientes que las rodean están a tono con las clases media y alta. Las opciones que podía tener una mujer eran ir directamente al prostíbulo o al salón, mientras a mitad de camino entre ambos extremos quedaba el difícil espacio social de la costurera.

Muy distinto era el lugar social de las mujeres casadas con criollos en no tan buena posición o con hombres de piel más oscura; y no hace falta decirlo, mucho peor era la situación de las mujeres de los afroargentinos e indígenas, no importa qué tonalidad de piel tuvieran: su existencia iba a estar limitada a trabajar sin descanso como lavanderas, vendedoras ambulantes, siervas, planchadoras, cocineras que vendían lo que preparaban en el mercado o la feria, sin que faltaran aquellas que fabricaban velas, naipes o fósforos. No importa cuál fuera su actividad específica, estaba destinada a una vida de trabajo incesante como esclava o mujer libre, y en el mejor de los casos, hacia fines del siglo XVIII, hasta podía llegar a tener la suerte de poseer una ca-

sita propia si el esposo se enrolaba en el ejército o era algún artesano reconocido. La iconografía de la época muestran a estas mujeres vistiendo ropas muy modestas y hasta raídas, descalzas, comprando y vendiendo productos al aire libre. Puede ser que algunas no tuvieran que trabajar tanto, pero de todas maneras debían atender sus hogares, criar sus múltiples hijos y cuidar al esposo que trabajaba de sol a sol (Mallo, 1990). Las mujeres mestizas, al igual que las indígenas, jugaron un papel preponderante en la producción doméstica de tejidos, bebidas alcohólicas y conservas, cuando no tenían directamente que llevar adelante su hogar, solas y sin apoyo alguno. En la periferia urbana la situación era aún más grave: la miseria cobraba proporciones dramáticas y las mujeres padecían mucho. La producción necesaria para el autosustento que imponía la vida rural representaba jornadas de trabajo largas y agotadoras para obtener lo más indispensable, más alguna que otra cosa con que poder comerciar, como podían ser los huevos o las legumbres.

Las distancias sociales eran tan grandes como sus distintas formas de vida. En una descripción de damas de buena posición, Xavier Marmier escribió con displicencia en 1850 que: “trabajan poco y aprenden poco. Pasan el día en cómoda indolencia, vestidas con descuido, hasta el atardecer no muestran ninguna actividad: a esa hora trenzan sus hermosas cabelleras, a las que enlazan con mucho arte (...) Así aparecen en las calles, en las tiendas, sobre las azoteas o en los salones. La conversación que tienen —debo decirlo— es de alcance muy limitado (...) Más tarde acaba uno por encontrar no sé qué agradable quietud en la ignorancia de las porteñas” (Marmier, 1948:38). Y ésta es la mirada de otro europeo, Félix de Azara, sobre las mujeres del campo: “por supuesto que las mujeres van descalzas, puercas y andrajosas, asemejándose en todo a sus padres y maridos, sin coser ni hilar nada” (Azara, 1943:13). Las descripciones de este tipo abundan, pero hay que tener en cuenta que la ves-

timenta en general era un artículo de lujo y a veces mucho más prohibitiva que otros productos indispensables. En el siglo XVII un buen atuendo era más caro que una casa o un terreno. Y la insistencia de los cronistas en cuanto a que excepto las clases altas todos los demás andaban andrajosos no debe sorprender, ya que con demasiada frecuencia confundieron dejadez con pobreza. El viajero francés Julian Mallet escribió en 1809 que “las mujeres son encantadoras, hablan el castellano con mucha corrección y gusto, pero lo que influye en sus atractivos es la irresistible inclinación que tienen por toda bebida y por el tabaco” (1988:65). Y por su parte, el inglés Emeric Vidal comentó lo que sigue: “las mujeres van descalzas y son muy sucias. Sus vestiduras consisten comúnmente en una camisa sin mangas, sujeta por un cinturón a la cintura y muy a menudo no tienen más que la puesta” (Vidal, 1820:20). Durante la colonia, el vestido era la configuración de la alteridad social.

Por supuesto, esta cuestión de la apariencia o la educación de las mujeres respondía a distintas razones: al prestigio, al color de su piel, a su posición social o al tipo de trabajo que hacía el esposo, pero sin duda, la situación general de la mujer era de total dependencia y sujeción. Se dieron algunas excepciones por parte de mujeres que encontraron alternativas para romper con ese orden de cosas, pero no fueron más que unos pocos casos raros. Podemos mencionar el caso de María Josefa Ezcurra, cuya casa excavamos con los resultados que ya fueron descritos. Con frecuencia ocurrían episodios como el que relata un viajero alemán acerca de una joven indígena de alrededor de dieciocho años: “...vestida con ropas de gran señora, finas y relucientes, pero harapienta y sentada como si hubiera estado esperando visitas mañaneras de una corte de admiradores, que mostraba un semblante delicado y rubio. A su lado, su madre y hermanas, de sangre india o más bien africana, trabajaban rudamente. Sus padres estaban tan orgullosos de tener una hija blanca que se la consideraba como

ama de casa: no trabajaba y era servida por sus hermanas” (Schmidtmeyer, 1947:13).

Estos rangos sociales están bien documentados en la arqueología de la ciudad: aros, aretes, anillos, dedales, agujas y tijeras, hebillas de plata o bronce, peinetas de carey, agujas de hueso para sostener rodetes, cuentas de collar, pequeñas llaves de alhajeros, medallitas de vírgenes y rosarios, forman parte del mundo del que se rodeaban, mostrando que a pesar de las imágenes que algunos viajeros tuvieron de ellas no eran sucias ni andaban harapientas. En el siglo XVIII, cuando la economía vivió una mejora generalizada, las joyas se hicieron más comunes, fabricándose las con piedras preciosas y también falsas; las damas de mejor posición usaban ornamentos de plata y oro (Porro y Barbero, 1994), pero ellas eran la excepción y eran las mismas que usaban vestidos elegantes hechos con telas lujosas traídas de Europa. Todo esto, sin embargo, no cambiaba en nada el papel de la mujer: en el siglo XVI, Ruy Díaz de Guzmán narró cómo a su padre, don Alonso Pérez de Guzmán “le fue forzoso asentar casa, tomando estado de matrimonio con doña Úrsula de Irala” por imposición del mismo Irala, quien así tomaba venganza de aquellos que habían osado desafiar su autoridad. Úrsula de Irala era una mestiza, una blanca no pura, y esta unión representaba un castigo severísimo para Pérez de Guzmán (Lafuente Machaín, 1939:565). La arqueología ha comprobado estas presencias mixtas con la recuperación constante, en viviendas de las clases media y alta, de cerámica indígena y criolla: en la mesa se usaban mayólicas de Talavera o porcelanas orientales, y en la cocina, ollas de Santa Fe o tinajas de Mendoza.

En el siglo XIX la presencia femenina en la arqueología cambió bruscamente: a partir de 1850 comenzaron a aparecer cientos de frascos de perfumes franceses junto con aguas de Colonia, más tarde llamadas *aguas floridas*, frascos para polvo de maíz primero —para blanquear la piel—

y después para los *afeites*, que hasta 1920 fue todo lo que una mujer que se consideraba decente podía usar. Y de la misma manera que encontramos la mano femenina en los frascos de cocina con sus aceites y otros preparados que aún se conservan en el interior (Schávelzon, 1994), también hallamos restos de la semilla *Revienta Caballos* (*Solanum Sisymbrii Foliun*), un poderoso abortivo que se usó en la casa Peña en algún momento entre 1850 y 1895 (D'Ambrogio, 1996), lo que en cierta forma viene a confirmar que la vida de las mujeres, no importa a qué clase social pertenecieran, no era fácil y estaba sujeta a todo tipo de prejuicios, además de depender de una visión del mundo patriarcal y machista.

## **Las demás cosas de la ciudad: evidencias no arquitectónicas**

### EVIDENCIAS FAUNÍSTICAS Y MALACOLÓGICAS

En los trabajos arqueológicos que se realizaron en la ciudad se investigó con particular atención el tema de la dieta alimentaria. Este interés surgió a partir de la posibilidad de averiguar en qué consistían en realidad los hábitos alimentarios, en una sociedad que tenía el privilegio de poder acceder a las carnes rojas en cantidades casi ilimitadas, y a muy bajo o ningún costo. Por todo esto consideramos que el tema era prioritario, teniendo en cuenta la clara inconsistencia del histórico mito del asado como única fuente de alimentación. Hasta el día de hoy, nuestro país es famoso en todo el mundo por su carne vacuna y por su alta tasa de consumo por habitante. Y esto es verdad: históricamente, el promedio de consumo ascendió a casi 250 kg por persona por año; pero las evidencias arqueológicas, conjuntamente con la revisión de la documentación histórica, parecen indicar otras realidades acerca de qué se comía y cómo se preparaban los alimentos. Gracias a los resultados obtenidos de los estudios óseos llevados a cabo en Buenos Aires (Silveira, 1995; 1996; 1997), debemos entender que las abundantes descripciones literarias, llenas de

expresiones de asombro, escritas por viajeros de origen europeo, tuvieron su razón de ser en el consumo bastante escaso de carnes rojas en sus países de origen; en países como Francia o Alemania el promedio era de 17 kg por persona por año y en Inglaterra la cifra era aún más baja (Montanari, 1993:153). Sin embargo, casi no se hace mención del consumo doméstico de aves, peces, cordero y otros animales pequeños, puesto que esto era cosa habitual en Europa.

La evidencia arqueológica es abundante y variada. Para principios del siglo XVII tenemos el ejemplo del pozo de basura de una vivienda de clase acomodada ubicada en Moreno 350, donde se identificaron *Bos Taurus* y *Ovis Aries*, es decir vacunos y ovinos. Esto permitió abrir una nueva puerta y rever la tradición histórica según la cual antes del siglo XIX no se comió carne de oveja. En épocas posteriores o en sitios más alejados del centro las evidencias son similares: en el estrato más antiguo de la Imprenta Coni fechado para el siglo XVII, se han identificado bovinos, ovinos y caballos, relacionados con el lugar donde se arrojaba la basura de la ciudad. Lo interesante en este caso es que el 5,26% de los huesos estaban quemados, lo cual puede indicar ya la presencia de carne asada y no únicamente hervida.

Hacia principios del siglo XIX los restos óseos encontrados en el Caserón de Rosas se ajustan a este patrón: hay una absoluta mayoría de *Bos Taurus* (59,10%), seguida por *Ovis Aries* (11,8%), de otros mamíferos no identificados por el alto grado de destrucción de los huesos (23,65%) y de aves (0,11%). Esta última cifra, tan reducida, ha sido interpretada a partir de la evidencia del consumo de sus huesos por los perros que abundaban en la ciudad y cuyas huellas han quedado claramente marcadas en los huesos grandes (Silveira, 1996). Pero en este caso el porcentaje de huesos quemados correspondientes al siglo XIX tardío ascienden al 25,67% del total. En cambio en el Cabildo, ade-

más de evidencias de carne vacuna y de oveja, las hay de peces (*Doridae*), roedores (*Rodentia indet.*) y aves. Según los estudios practicados, el consumo de roedores fue bastante común hasta el siglo XX, especialmente del tipo conocido como *cuis* (*Cavia Aperea Pamparum*). En otros sitios, sobre todo en los del siglo XIX, los datos son similares y arrojan un porcentaje constante de carne vacuna que supera el 50% de los restos identificados; los huesos quemados van del 0,15% en Parque Lezama al 22,58% en la vivienda ubicada en Defensa 751, indicando que durante el siglo XVIII tardío y todo el transcurso del siglo XIX el hábito de asar la carne se generalizó cada vez más. Tal vez este hábito alimentario estuviera íntimamente asociado a los progresos técnicos relacionados con la cría del ganado, la selección de razas, el mejoramiento de las pasturas y el control de calidad.

Existen cuatro grupos de huesos que presentan un mejor estado de conservación que los mencionados anteriormente y que han posibilitado estudios más precisos. En general el suelo de la ciudad es notablemente ácido, está muy contaminado y tiene una napa freática alta. Como consecuencia, los huesos presentan un estado de conservación malo. Pero en cuatro casos, al estar los pozos de basura muy bien construidos y dentro de la tosca del subsuelo, los huesos presentaron un excelente estado de preservación, incluyendo las escamas de pescado más insignificantes. En la casa Peña (San Lorenzo 392), entre 1830 y 1870 la basura se acumulaba en una gran cámara que arrojó restos de lujosas vajillas Creamware y Pearlware; en esta casa se identificaron únicamente restos de mamíferos: vacunos (85,05%) y ovinos (14,95%). En cambio en los pozos ciegos de la casa, cuando ya ésta se había transformado en un conventillo, entre 1870 y 1894, se halló gran variedad de animales: pavos (*Melearis Pavogallo*), cerdo (*Sus Scrofa*), *cuis* (*Cavia Aperea Pamparum*), patos y gansos (*Anatidae*), vizcacha (*Lagostomus*), y abundancia de aves, roedo-



res y animales domésticos como el gato. En este caso posiblemente esta amplia variedad no se deba a la posición social de los ocupantes sino más bien a la heterogénea composición étnica de quienes habitaron los conventillos. Hasta se podría decir que las familias acomodadas y tradicionales tenían una dieta más monótona que la de las humildes familias de inmigrantes europeos y del este de Asia.

Otro conjunto que se excavó fue el ubicado en Balcarce 433, un relleno que se atribuye a la fonda donde hacían sus comidas los trabajadores de la construcción entre 1848 y 1850. Este conjunto de basura permitió identificar 1.772 huesos de un total de 2.994 fragmentos, y lo interesante fue constatar que a pesar del bajo nivel económico de los parroquianos, la variedad resultó notable, en especial de pollo, aves de corral y silvestres; también hubo cerdo, avestruz y palomas. No se hallaron huesos quemados, siendo que la cocina se encontraba dentro mismo del edificio. Todo este material puede contrastarse con el que se recuperó del pozo de basura del convento de Santo Domingo, con un fechamiento más temprano de 1790 a 1820. Allí la dieta consistía principalmente en pescado, pollo, aves de corral y silvestres, aunque también hubo evidencias de carnes rojas (Silveira, 1997). De un total de 18.000 huesos analizados —dejando de lado los peces—, sólo se identificó un 5,7% de *Bos Taurus* (res); 8,6% de *Ovis Aries* (ovejas) y 2,8% de *Sus Scrofa* (cerdo), pero las aves representaron un total del 68,7%. Los peces, que no fueron incluidos en los porcentajes precedentes, representan el 27,5% del total de los fragmentos óseos recuperados. La comida era más sana, basada en carnes blancas, no tan variada pero seguramente estaba mejor preparada, incluyendo delicadezas como el armadillo (*Dasy Hybridus*), el ganso (*Coscoroba Sp.*) o la martineta (*Eudropus Elegans*).

En síntesis, el estado actual del conocimiento en este tema indica que la dieta de los porteños era rica en todo tipo de carnes, que la variedad era grande y que la mayor o



CIVILIZACIÓN Y BARBARIE: control sanitario de la limpieza de manos de los vendedores ambulantes en la Asistencia Pública, en el sitio excavado en la plaza R. Arlt. (Archivo General de la Nación, cortesía Marcelo Weissel)



CIVILIZACIÓN Y BARBARIE: una pulpería suburbana ilustrada por César H. Bacle en 1833; conviven estancieros, soldados, afro-argentinos y pobladores; nótese las diferentes pipas que usa cada uno. (Biblioteca Nacional)



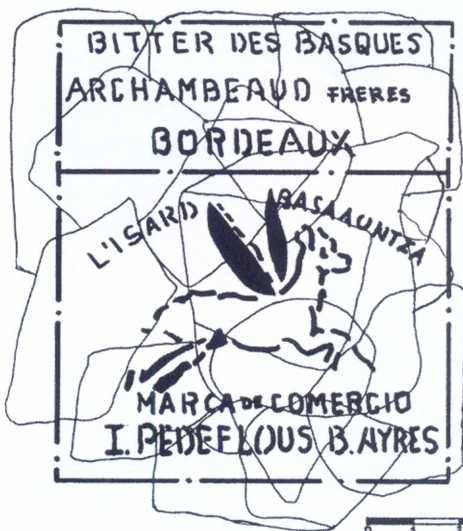
LA CULTURA MATERIAL AFRO: piedras pulidas y coloreadas usadas en ceremonias de adivinación por los pobladores afro-argentinos, siglos XVII y XVIII; excavaciones de Defensa 751, Alsina 433 y San Lorenzo 345.



LA CULTURA MATERIAL AFRO: una vasija para cocinar, un candelabro y una pipa característicos de la cultura africana de los siglos XVIII y XIX; excavados en Defensa 751, Alsina 455 y plaza R. Arlt.



LA IDENTIDAD DEL INMIGRANTE: botija para agua típicamente española, muy común en Buenos Aires entre 1880 y 1920, excavada en Alsina 455.



**BITTER DES BASQUES**

FABRICADO POR **ARCHAMBEAUD FRÈRES** BORDEAUX

EL UNICO LEGITIMO IMPORTADO

Venta anual 42,000 Cajones.

**I. PEDEFLOUS, UNICO IMPORTADOR, BUENOS-AIRES**

**Eskuldunen Bittera**

Con el objeto de evitar en lo posible la falsificación repugnante que se hace de esta usura cada día más apreciada, y para mayor garantía de sus consumidores consideramos, en introducción esta al público que, desde la fecha, todas las botellas trase al frente, grabado en el vidrio la palabra

**ESKULDUNEN**

En la parte posterior existe también grabado como anteriormente la inscripción

**BITTER DES BASQUES ARCHAMBEAUD FRÈRES - BORDEAUX**

con la marca de comercio de I. PEDEFLOUS, que así, más sencilla.

El sistema del cajón sigue siendo el mismo, es decir, parecido al del vermouth Noilly Prat y Cia.

Prueba evidente de su calidad superior es su venta que alcanza á 42.000 ejemplares anuales



Existe grabado en el vidrio de la botella: **ESKULDUNEN** así como la marca de comercio de: **I. PEDEFLOUS 722, Pedras.**

**ISIDORO PEDEFLOUS**  
Proprietario de la Marca de Comercio y Unico Introduttore

Calle Piedras 722 — Buenos Aires

Deposito de agua de Vichy: Fuentes Saint Yorre, Lardy y Colvelin

Así como también espaldas para pisa y herbolinas

La casa se igualmente receptora de los siguientes artículos:

Vinos: Brunos en botellinas marca Cochet Freres; Cognac de la misma casa Cochet Freres; Champagne Yvon Ciquet Pasaardi; Lior de la Grande Chartreuse; Anís de Chart, marca S. Bay, en botellas y en cajones; Anís Fage y Cia; Vermouth Noilly Prat y Cia.; Absaje Berger; Vinos de los cajones Grand Mûnets.

Unico importador del Keweenaw redondo extra Bon marca Raye del Sol el más brillante de 150 grados y 10 galones abarrotes.

**Corredor exclusivo: ADRIAN LABRO**  
76 - Calle SAN MARTIN - 76

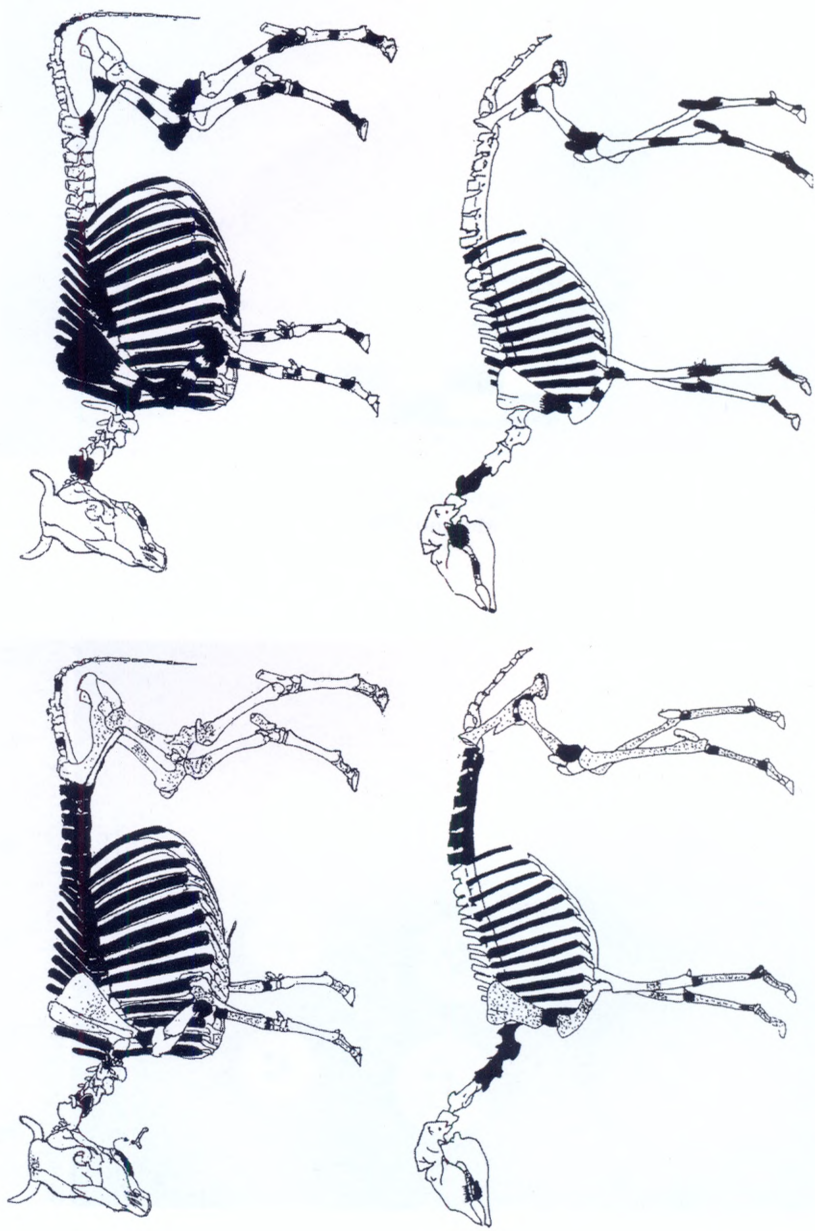
LA IDENTIDAD DEL INMIGRANTE: reconstrucción con fragmentos de la etiqueta grabada de una botella del licor favorito de los vascos franceses; publicidad de la época; excavación del Sitio 1 en Palermo.



EL OCIO DE LA BURGUESÍA: familia de altos recursos en sus cómodos sillones tomando mate cebado por la *negrita* colocada al fondo del cuadro, en un cuadro de Carlos Pellegrini de 1831.



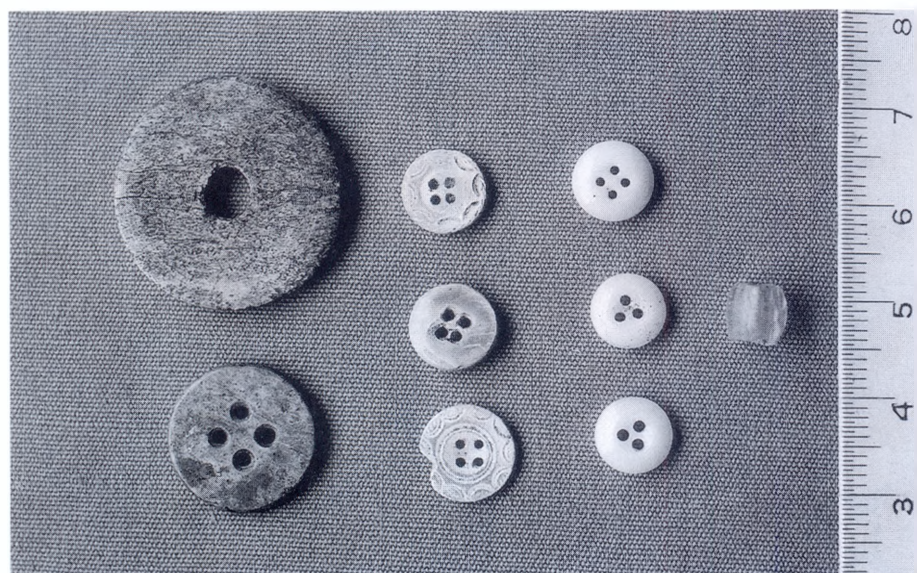
EL OCIO PROLETARIO: yeseros comiendo y riendo en un intervalo del trabajo; no hay muebles para sentarse ni platos en que apoyar el pan, sólo una canilla y una jarra; óleo de Pío Collivadino de 1890. (Museo Nacional de Bellas Artes)



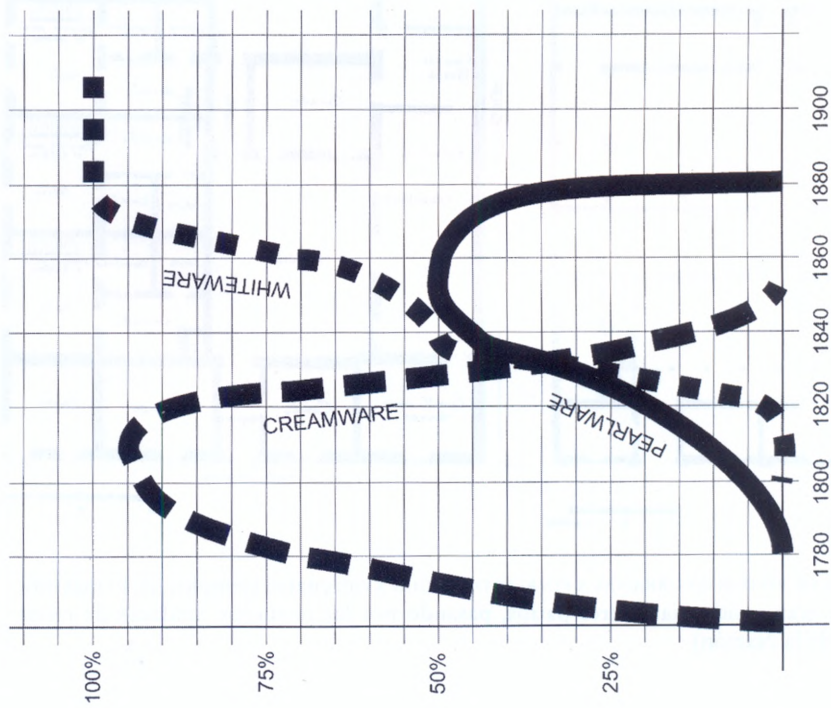
LAS DIFERENCIAS EN LA ALIMENTACIÓN: partes utilizadas de vaca y oveja en la cocina de la iglesia de Santo Domingo (1790-1823) y por los obreros que construyeron sobre el mismo sitio los Almacenes Huergo hacia 1850. (Cortesía Mario Silveira).



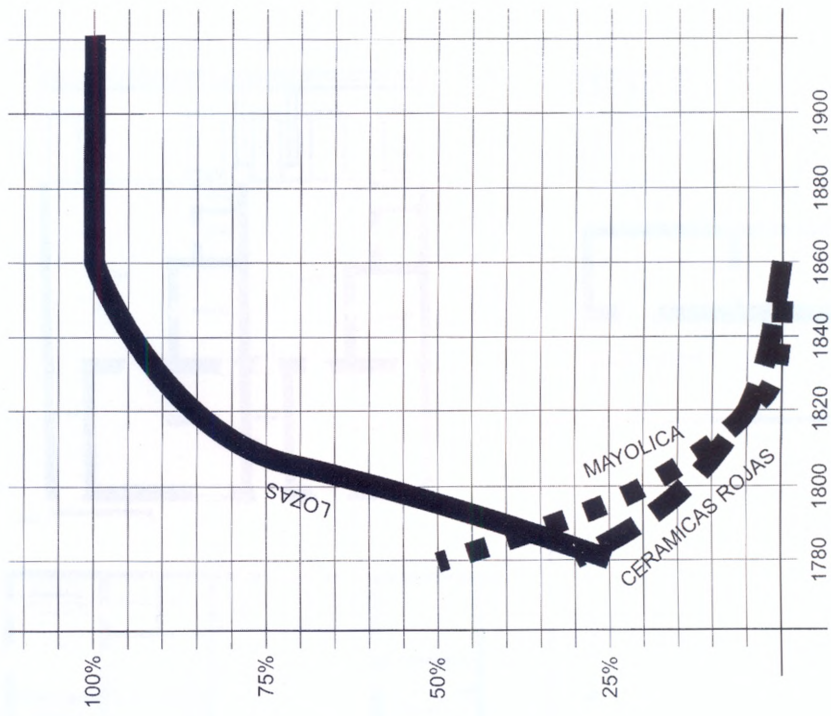
LO MÁS PEQUEÑO DE LOS MÁS RICOS: fragmentos de una botella pintada con hoja de oro, descartada hacia 1620/40; excavada en Moreno 350.



LO MÁS PEQUEÑO DE LOS MÁS POBRES: los botones se difunden en los inicios del siglo XIX y pasan a ser parte de la vestimenta de todos con el uso masivo del vidrio moldeado; excavación Balcarce 433.

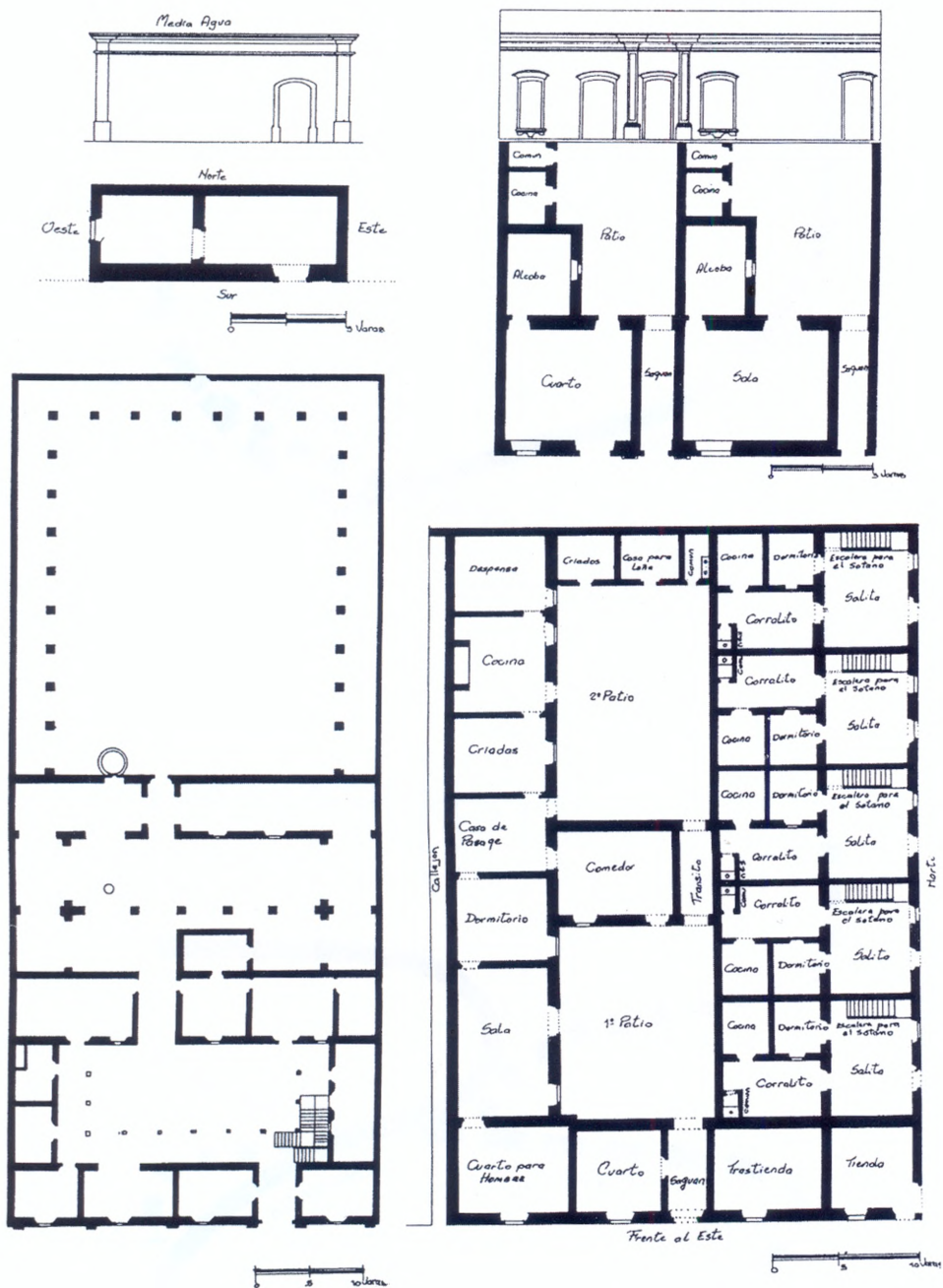


Evolución de la presencia de lozas (Creamware, Pearlware y Whiteware) en contextos hogareños urbanos entre 1760-1910)



Variación de la presencia de cerámicas rojas, lozas y mayólicas en contextos domésticos urbanos (1780-1900).





TIPOLOGÍA DE VIVIENDAS URBANAS A FINALES DEL SIGLO XVIII: cuatro ejemplos, de lo más modesto a la gran residencia de tres patios, pasando por las pequeñas unidades de renta. (Archivo de la Nación)

menor presencia de las distintas especies tiene más que ver con los hábitos nutricionales o las tradiciones culinarias que con la riqueza, el poder, o el fácil acceso a los productos. La posibilidad de ingerir carnes en cantidades tan importantes indica por sí sola una marcada diferencia con las posibilidades de las sociedades europeas en el período comprendido entre los siglos XVI y XX.

Si bien los estudios malacológicos son aún incipientes, han aportado algunas respuestas y puesto sobre el tapete cuestiones arqueológicas e históricas: por ejemplo, la vieja polémica acerca de la utilización de conchillas para pavimentar caminos, como fue el caso del que unía al Caserón de Rosas con la ciudad, hoy una de las más importantes avenidas de Buenos Aires. Los historiadores debatieron este tema por más de medio siglo porque se trataba de un caso único en la ciudad y por el inmenso volumen de material que se hubiera necesitado para la obra; incluso el posible origen de dichas conchillas constituía un tema insoluble. Nuestros trabajos de campo permitieron identificarlas como *Pitar Rostrata* y *Calliostema*, y determinar su lugar de origen en las antiguas barrancas del río en Belgrano (Schávelzon, 1994).

## LA EVIDENCIA CERÁMICA

La cerámica ha sido el material más estudiado en Buenos Aires. Ya hemos presentado el esquema de los grandes conjuntos que se establecieron para su análisis y que son: las de tradición indígena prehispánica que perduró durante dos siglos en la época colonial; las de tradición europea —aunque los objetos hubieran sido manufacturados en el continente—, la mezcla de ambas tradiciones, más la africana, que resultó en la cerámica hispanoamericana o mestiza.

La tradición europea está representada por casi todas las cerámicas españolas que se dieron a conocer en la bi-

bliografía internacional: las mayólicas aparecen desde las épocas más tempranas y se las considera un símbolo de jerarquía, poder y riqueza. Debido a la pobreza con que inicialmente se vivió en la ciudad, las mayólicas recién se hicieron más comunes en el siglo XVII, donde hay abundancia del tipo *ichtuknee*, de los diversos tipos de Talavera y Sevilla, y de los tipos italianos como el Montelupo policromo. También llegaron provenientes de Panamá las mayólicas que se producían en Centroamérica. En el siglo XVIII, cuando ya la ciudad gozaba de una mayor holgura, se hicieron presentes la *faïence* francesa, las mayólicas mexicanas y peruanas y hasta las Delft de Inglaterra. Hacia fines de ese siglo el mercado local estaba saturado de mayólicas de Triana, la única en su género que siguió en uso hasta mediados del XIX.

La tradición europea también está representada por cerámicas rojas comunes: botijas de aceite, micácea naranja, feldespató incluido, lebrillo verde y otras variedades con cubierta vidriada en plomo. Pero estos tipos siempre han sido poco comunes; tal parece que los habitantes de la ciudad preferían el bajísimo precio de las buenas cerámicas locales por sobre las españolas, no muy atractivas, y que carecían del prestigio que tenían las mayólicas. En el siglo XVIII tuvo lugar una entrada masiva de la cerámica el morro, cuyo origen caribeño todavía está en discusión, pero cuya presencia en Buenos Aires fue, por momentos, abrumadora. Un solo pozo de basura (en Balcarce 433) arrojó la cantidad de 3.810 fragmentos y cabe aclarar que sólo se excavó la mitad del contenido de ese pozo. Hasta mediados del siglo XIX también hubo cantidades menos importantes de slipware de los Estados Unidos e Inglaterra, lo mismo que del tipo rey, con unos vidriados exquisitos.

En la región se produjeron pocas cerámicas que siguieran la tradición europea de los vidriados de plomo. Las más comunes a partir del siglo XVIII fueron los tipos verde sobre amarillo de pasta blanca (Schávelzon, 1991:100), po-

siblemente originada en la costa sur del Brasil y su contemporánea verde sobre amarillo de pasta roja cuyo origen permanece difuso pero seguramente es inglesa (Schávelzon, 1991:88). Desde el siglo XIX temprano, en Buenos Aires y sus alrededores se produjo la cerámica denominada utilitaria, que fue muy popular en toda la región del Río de la Plata entre los sectores de bajos recursos.

La tradición europea contrastaba con la continuidad de las cerámicas netamente indígenas que mantuvieron a veces la misma forma de manufactura, la misma pasta, decoración y forma durante siglos. Aunque no hubo una producción local, las cerámicas indígenas que se encontraron en la ciudad corresponden a la tradición guaraní y fueron originarias de la cercana región del litoral fluvial, hacia el norte y hasta tal vez Brasil y Paraguay. Hasta el momento hay tres tipos bien definidos: Buenos Aires cepillado, Buenos Aires decorado y Buenos Aires evertido, todos ellos caracterizados por su forma y decoración. Los dos primeros son los más antiguos y los ubicamos entre los siglos XVI y XVII, mientras que el último es posterior y llegó hasta el siglo XVIII después de haber sufrido algunas modificaciones, por lo que pasó a integrar la categoría de la cerámica criolla o mestiza, con mezcla de tradiciones afro.

Al tercer grupo lo forman cerámicas de producción regional, esto es, aquellas que fueron manufacturadas dentro del actual territorio de la Argentina o sus regiones fronterizas, tipificadas básicamente por la característica de aunar rasgos de las culturas indígena, europea y africana. Las hay hechas con torno y a mano, con pintura guaraní roja y una mezcla de formas españolas y/o indígenas; la decoración, según el caso, se atiene ya sea a la tradición prehispánica o a la plenamente europea, que incluye hasta inscripciones góticas y motivos grotescos del Renacimiento. En este conjunto ya se han establecido algunos tipos: el monocromo rojo es el más antiguo y simple, hecho en torno, pintado de rojo en bandas y con formas que continúan las precolom-

binas o imitan hábilmente las escudillas, cazuelas, lebrillos y cantimploras españolas (Ceruti y Nastasi, 1977). Hacia fines del siglo XVIII aparecieron imitaciones de platos de loza Creamware y existen unas pocas cerámicas rojas polí-cromas con agregados de negro y blanco. El otro grupo es el monocromo rojo bruñido, anteriormente conocido como “engobado”, típico de los siglos XVII y XVIII y hecho, al parecer, en las Misiones Jesuíticas. Esta cerámica intentaba reproducir los vidriados y las formas europeas.

Otro conjunto, el de las cerámicas criollas, comprende un número importante de tinajas y recipientes diversos hechos en cerámica burda, sin pintar, manufacturadas a mano por enrollado o simplemente levantando las paredes en el torno. Este conjunto aún no ha sido estudiado con detenimiento, pero se fabricaron en todo el territorio desde el siglo XVII temprano, especialmente en Paraguay, Córdoba, Mendoza, Santa Fe, Salta y Tucumán. El número de grandes tinajas que se usaron para la fabricación y conservación del vino y que llegaron a Buenos Aires desde fines del siglo XVI y hasta fines del XIX es notable; aquí se las reutilizó como contenedores domésticos de agua. Otro conjunto más raro es el de los objetos cerámicos fabricados sin torno, de pequeñas dimensiones y cerámicas muy oscuras, que he atribuido a la población africana y que suelen ser confundidos con cerámicas de tradición indígena; en este conjunto hay unas pocas pipas indudablemente africanas (Schávelzon, 1997b).

Las lozas Creamware ingresaron en Buenos Aires por contrabando a partir de fines del siglo XVIII y para la época de la Independencia ya habían reemplazado a las mayólicas españolas, con la excepción de las de Triana con las que competían. Los platos de loza Creamware, al igual que las tazas de té y café, se ganaron rápidamente las preferencias de las clases sociales acomodadas, y precisamente a principios del siglo XIX las mesas de la clase media ya tenían vajillas de loza Pearlware. Lo interesante es que los pozos de

basura muestran una larga continuidad en el uso de estos objetos y hasta mediados del siglo XIX las lozas Creamware se siguieron usando; las Pearlware, por su parte, se usaron hasta finales de ese siglo. Ésta es una constante que se observó en toda la ciudad: la modernidad en lo relativo al acceso a los bienes de consumo, pero la tradición —o la austeridad— en cuanto a darles uso por el mayor tiempo posible. De alguna manera esto representa una actitud opuesta a la que se observa en la arquitectura: los cambios de formas y funciones se aceptaban a regañadientes, mientras que por otro lado se daba un proceso muy rápido de alteración y destrucción de los edificios. La producción local de lozas no se inició hasta el cambio al siglo XX.

## LA EVIDENCIA DE LA CULTURA MATERIAL

Para comprender la ciudad y la vida en ella, muchas otras líneas de evidencia han sido tomadas en cuenta; los materiales cotidianos como el vidrio, el gres, el hueso, la piedra, los materiales para la construcción, las herramientas, los artefactos, son todos elementos que contribuyen a clarificar los patrones de comportamiento y hábitos de consumo. Los objetos pequeños como los botones, monedas, medallas o bolitas, abren una ventana a ciertos aspectos domésticos que tal vez mediante otra fuente de información serían más difíciles de comprender. El mundo de los objetos es ciertamente muy amplio, en especial debido a la fuerte presencia de una cultura siempre ansiosa por consumir objetos materiales, alentada además por un comercio creciente y por el contrabando. En uno de los cuadros que se presentan se observa que la cantidad de objetos importados en la traza urbana fue creciendo a base de dos variables: el tiempo y el estatus social. Promediando, hacia 1650 los grupos de menores recursos en la ciudad poseían un 30% de los objetos usados a diario traídos del

extranjero; en cambio las clases altas poseían más del 70%. El material de un pozo que excavamos en el Cabildo fechado por esos años, indicó que en un 88,60% se trataba de objetos importados de Europa; ya hemos mencionado un pozo de basura fechado para 1630-1650 (ubicado en Moreno 350), cuyo contenido determinó un 88,66% de objetos importados; tenemos aquí una marcadísima coincidencia en las cifras.

Un siglo más tarde los bienes materiales de los habitantes urbanos pobres fueron en constante aumento y hacia 1800 casi llegaron a igualar a los de las clases altas, con un promedio de 85%. Es decir, la diferencia radicaba en el mayor y menor valor de los objetos propiedad de uno y otro grupo, pero el promedio de bienes importados era casi idéntico. Un sitio tan modesto como puede ser la fragua del obrador de una iglesia en San Telmo que se construyó en el siglo XVIII temprano, arrojó un 38% de objetos provenientes del exterior; un siglo después, los poderosos padres dominicos tenían en su pozo de basura un 97,53% de objetos importados, y hacia 1848-1850, entre los objetos que desecharon los trabajadores de la construcción en Balcarce 433 había un 92,14% de ellos.

Hasta mediados del siglo XVIII la gran mayoría de dichos objetos provenían de España y más adelante lo fueron de Inglaterra. En ambos casos, los promedios se acercaron al 90%, de manera que en estos distintos momentos los bienes materiales importados provinieron en su mayoría de estos dos países. Este dato coincide con las estadísticas comerciales: entre 1821 y 1842, de un total de 4.215 barcos arribados al puerto —dejando de lado los de Brasil /Portugal y los de Uruguay que se consideraban de tráfico fronterizo—, el 34,99% llegó de Inglaterra y el 31,48% de los Estados Unidos. Juntos suman el 66,47% del total internacional, seguidos por Francia con menos del 10%.

Hasta el momento se han excavado cuatro pozos de basura cotidiana que corresponden a la primera mitad del

siglo XIX, precisamente cuando se llegó por primera vez a un nivel tan alto en el uso de objetos importados. Gracias a ellos, los estudios subsiguientes permitieron comprender algunas actitudes urbanas hacia el consumo y el descarte. Se puede establecer una comparación valedera ya que en tres de ellos se encontraron desechos de alimentación y habitación, y en el cuarto, desechos de alimentación y trabajo. A su vez se entrecruza la posición social de los usuarios —tres fueron de la clase alta y uno de la clase baja—, y por último, tres son de civiles y uno de una orden religiosa. No hace falta aclarar que cuando hablamos de clases altas o clases bajas nos referimos exclusivamente al ámbito urbano, ya que lo que se entendía por riqueza o pobreza en los contextos rurales era totalmente diferente. Y lo era no solamente por el tipo de objetos que se utilizaban sino por la actitud de los usuarios frente a éstos: los procesos eran tan distintos que más de una vez hemos hallado entre la basura del habitante urbano pobre, toda una variedad de objetos que en el campo jamás se hubieran desechado. Los objetos de vidrio recuperados en la casa Peña indican que se descartaron más de cincuenta botellas de vino que no estaban rotas al momento de ponerlas en la basura; los trabajadores del sitio ubicado en Balcarce 433 hicieron lo propio con casi un centenar de botellas en el lapso de dos años (y es probable que fueran el doble, porque aquí sólo se excavó el 50% del pozo). En la fonda se descartaron todos los platos (más de un centenar, sin que estuvieran rotos) cuando las obras de construcción llegaron a su fin. En la casa Ezcurra se descartaron enteros varios platos y un pocillo de loza Creamware, varios vasos de vidrio tallado y parte de una vajilla de Triana.

En los cuatro casos el promedio de objetos entre locales e importados indica que más del 90% fueron importados. La cifra más baja le corresponde al convento de Santo Domingo, y la más alta (superando el 99% de materiales traídos del exterior) a dos grupos sociales tan distintos



como pueden ser los trabajadores de la fonda y la familia Peña. Cabría señalar la posibilidad de que, dado que el convento, al igual que la casa Ezcurra, son ligeramente más antiguos, sus respectivos porcentajes resulten un poco más bajos por ese motivo.

## CUADRO 1.

*Relación entre local e importado en el total de vajilla + culinario (%)*

	Sto. Dgo.	Fonda	Peña	Ezcurra
Local	9,21	0,59	0,57	6,76
Importado	90,79	99,41	99,43	93,24

La diferencia entre las cantidades de objetos importados de la población urbana de las clases altas y bajas puede explicarse observando un contexto peculiar: en el sector posterior de la casa Ezcurra se encontró un conjunto de materiales que indican marcadamente la presencia de grupos afro o afroindígenas durante los siglos XVII y XVIII. Entre ellos, el 73,50% eran de origen local o regional y el restante 26,50% corresponde a objetos importados. La etnicidad está recalcada en el tipo y origen de los objetos a los que tenían acceso.

En cuanto a los porcentajes que corresponden a cada conjunto —dentro del marco de las categorías universales de loza, cerámicas rojas, porcelana y mayólica, pero exceptuando el gres, que es casi inexistente—, la loza constituye el conjunto más significativo recuperado en el convento y en la casa Peña, lo que coincide con la posición social de sus habitantes, mientras que en la fonda se dio en abundancia la cerámica roja, casi inexistente en los dos sitios an-

teriores. La casa Ezcurra fue una excepción, al ponerse en evidencia la marcada preferencia de sus moradores por las mayólicas de Triana y las lozas Creamware. La pequeña diferencia cuantitativa observada en el pozo del convento se ha interpretado como debida a su mayor antigüedad; en cambio, y en el mismo caso, la mayor incidencia de mayólicas españolas se ha interpretado como la consecuencia de una actitud conservadora frente al cambio que representaban las lozas. Lo mismo podría decirse de la casa Ezcurra, donde si bien hubo loza Creamware, se encontró un porcentaje muy alto de mayólicas, todas del mismo servicio de mesa, además de bacinicas con idéntica decoración. En todos los casos la porcelana es escasa, lo que fue usual hasta el siglo XIX tardío. Por el contrario, la familia Peña no poseía mayólicas. Hay que tener presente que las últimas mayólicas que llegaron al país y que hemos identificado como del tipo Triana, se pusieron de moda casi al mismo tiempo que la loza Creamware. Es decir que en un momento dado la gente podía elegir entre los tradicionales objetos españoles y los productos nuevos llegados de Inglaterra, y es evidente que no todos optaron por lo mismo.

## CUADRO 2.

*Porcentaje total de grupos cerámicos (%)*

	Sto. Dgo.	Fonda	Peña	Ezcurra
Loza	64,69	18,67	87,70	27,87
Cerámica	15,78	68,39	2,60	33,96
Porcelana	0,21	1,87	2,50	5,45
Mayólica	19,07	2,03	0,00	32,72

La relación entre los tipos de lozas es interesante: en primer lugar sería lógico suponer que debía existir una relación directa entre las cantidades encontradas por tipo y el fechamiento, con lo que quiero decir que el pozo de basura más antiguo debería indicar una mayor concentración de las lozas más antiguas y así sucesivamente. Sin embargo esto se observó únicamente en el pozo de basura de Santo Domingo, que arrojó un 85,76% de loza Creamware, mientras que ésta es mínima en la fonda de mediados del siglo XIX, lo cual tampoco carece de lógica dado que sabemos que era cara. Pero la casa Peña muestra una muy alta concentración de loza Pearlware (42%) e importantes cantidades de Creamware (23,66%) para la fecha de inicio del pozo, cuando ya estas lozas eran más bien antiguas, y a la vez un volumen de un tercio de loza Whiteware. ¿Qué significa esto? Probablemente ambas familias fueran muy conservadoras a la hora de descartar objetos y simultáneamente estuvieran bien actualizadas con las modas del consumo. Quizás compraran todo aquello que constituyera una novedad, pero lo conservaban luego el mayor tiempo posible. Los Peña casi no tienen cerámicas más modestas, pero en la casa Ezcurra éstas son muchas en proporción: ¿tal vez tuvieran una servidumbre más numerosa que la de los Peña? Esto podría ser, ya que los Peña vivían en el límite de la ciudad y la casa Ezcurra en cambio estaba casi frente a la Plaza Mayor.

### CUADRO 3.

#### *Relación entre lozas por tipos (%)*

	Sto. Dgo.	Fonda	Peña	Ezcurra
Creamware	85,76	2,91	23,66	100
Pearlware	10,84	18,66	42,00	0
Whiteware	3,38	59,41	34,33	0

En el cuadro precedente —y esto casi lo estábamos anticipando—, se dan pautas que confirman la no existencia de un patrón regular; pese a eso, en la relación entre los materiales domésticos y los usados para cocinar y comer existe una regularidad interesante. La casa Peña presenta el porcentaje más alto de objetos domésticos, seguida por el convento y en un grado aun menor por la fonda. De todos modos en los tres casos el porcentaje es pequeño: varía entre el 3,24 y el 8,05%. Esto pone en evidencia la importancia que la vajilla de mesa revestía en la vida urbana en relación con cualquier otro objeto de la cultura material.

#### CUADRO 4.

*Relación entre objetos domésticos y vajilla*  
(Cantidades totales y porcentajes)

	Sto. Dgo.	Fonda	Peña	Ezcurra
Doméstico	32	466	225	78
Vajilla	476	9.474	2.794	245
%	6,72	4,91	8,05	3,14

En esta relación hay un aspecto que llama la atención y que es la baja cantidad de vidrios (sin contar los vidrios planos de ventanas) en comparación con las cerámicas. Si bien la presencia numérica del vidrio es muy alta si se la compara con la de siglos anteriores y sin perder de vista tampoco la escasez de este material en el campo que rodeaba a la ciudad, se pone de manifiesto la falta de un patrón en todos estos casos. Tal vez las diferencias tengan que ver con los distintos usos que se daban a los diferentes recipientes y con individuos que tenían actitudes radicalmente opuestas hacia el descarte de sus posesiones.

Del convento se recuperó muy poco vidrio (0,50%),

pero la cifra fue parca para los vidrios negros (botellas de vino y ginebra) y los transparentes (frascos de farmacia, artículos de tocador, tazas, vasos, objetos de iluminación); la fonda en cambio arrojó cantidades más importantes de vidrio (27,15%) y en las casas Peña y Ezcurra las cifras treparon a 52% y 66% respectivamente. Lógicamente, en la fonda se utilizó un número grande de botellas para bebidas alcohólicas pero otro fue el caso en los contextos domésticos. La relación también fue inversa con respecto a los frascos, vasos, tazas, tulipas o tubos de quinqués. Los vidrios de color, tan característicos de las clases altas, abundan en la casa Peña, escasean en la fonda y prácticamente no existen en el convento. Pero la relación entre las botellas de ginebra y vino es inversa: la más alta era la de los religiosos, después venía la fonda y casi no las había en la casa Peña. ¿Se trataría simplemente de una costumbre de ese grupo familiar? La cuestión no es tan sencilla porque en el siglo XIX beber ginebra era signo de haber descendido de una clase social alta a un nivel social inferior, a la inversa de los siglos XVII y XVIII; y faltaría explicar por qué su incidencia es tan alta en la cocina de los dominicos, una orden religiosa de tanto poder económico. En la casa Ezcurra únicamente se tiró a la basura una botella de ginebra y las botellas de vino son notablemente antiguas: dos fueron fechadas para 1750-1780 y otras dos para 1820-1840. ¿Podría ser que en esa casa no se bebiere alcohol en absoluto?

## CUADRO 5.

### *Relación entre vidrio y cerámicas*

	Sto. Dgo.	Fonda	Peña	Ezcurra
Vidrio	0,50	27,15	52,36	66,66
Cerámica	99,50	72,85	47,64	33,34

CUADRO 6.

*Relación entre tipos de vidrios*

	Sto. Dgo.	Fonda	Peña	Ezcurra
Negro + verde (alcohol)	50,00	79,66	68,36	10,29
Transparente (frascos, vasos)	49,50	20,10	27,85	89,71
Colores	0,50	0,24	3,79	0,00

CUADRO 7.

*Vidrios de ginebra y vino*

	Sto. Dgo.	Fonda	Peña	Ezcurra
Vino	65,00	84,60	99,08	77,77
Ginebra	35,00	15,40	0,92	22,23

Tal vez, a través de los datos obtenidos, estemos en condiciones de establecer pautas —por más variadas que sean— relacionadas con los grupos sociales que usaron y descartaron todos estos objetos. Estamos ante un tipo de evidencia que nos habla de una sociedad muy peculiar: en ningún otro sitio del país y para esa época hubiera sido posible encontrar, tanto en los pozos de basura de las familias acomodadas como en los de los pobres, porcentajes del 90% de objetos traídos del extranjero. En los cuatro casos analizados el patrón de consumo extrarregional es el mismo. Entonces, ¿cuáles vendrían a ser los indicadores de riqueza? Se nos ocurren algunas hipótesis:

1. Una mayor rapidez en recibir los nuevos objetos importados de moda (por ejemplo, nuevas lozas o mayólicas);
2. El descarte de objetos en buen estado (botellas, vajillas, frascos);
3. La elección de ciertos productos ofrecidos en el mercado, no en razón a lo que cuestan sino del prestigio que confieren a sus dueños;
4. La presencia de objetos de uso suntuario (copas, jarras, floreros), es decir una diferenciación mayor en la funcionalidad de la cultura material;
5. Un incremento paulatino de los objetos destinados a la higiene y el cuidado corporal (medicinas, cepillos de dientes, cosméticos, etc.);
6. El incremento de todos estos objetos en relación con la vajilla de uso corriente a medida que transcurre el tiempo;
7. La utilización de objetos de diseño homogéneo (por ejemplo, juegos de platos con igual decoración que las bacinicas o los floreros);
8. El incremento, a medida que transcurre el tiempo, de la proporción de porcelana en relación a otros productos;
9. La disminución, con el correr del tiempo, de la presencia de objetos culturales no europeos (como las cerámicas regionales);
10. La presencia de objetos usados específicamente por ancianos, mujeres y niños.

Por otra parte hay dos rasgos que parecen haber quedado incorporados en los patrones de conducta de las familias ricas: uno, que los objetos habían de usarse durante todo el tiempo posible; dos, el que hubieran pasado de moda carecía de toda importancia. Lo que marcaba status era la rapidez en recibir la novedad, no en descartarla. Esto explicaría la presencia de materiales antiguos en basura-

les muy posteriores en el tiempo y también explicaría el número —pequeño siempre— de objetos reutilizados o modificados para prestar funciones distintas de aquellas para las que fueron fabricados. Esto tiene que ver con la situación de Buenos Aires, que a pesar de ser un activo mercado económico estaba muy marginada de los circuitos internacionales de abastecimiento, por lo que solía padecer prolongadas carencias de determinados productos o superabundancia de otros, lo que obligaba a que la población se abasteciera de acuerdo con las disponibilidades de cada momento. De todas maneras, todo indica que las necesidades nunca fueron lo suficientemente dramáticas como para promover el desarrollo de una artesanía local primero o de una industria local más tarde, lo que ocurrió recién en la segunda mitad del siglo XIX. De hecho, lo que en realidad estamos viendo es el impacto de la Revolución Industrial y la expansión del capitalismo en la periferia del antiguo Imperio español.

## LA EVIDENCIA BOTÁNICA Y QUÍMICA

En Buenos Aires, la arqueología histórica es un campo de investigación muy nuevo; a pesar de ello se han llevado a cabo algunos estudios de material vegetal flotado obtenido de los pozos de basura de los Peña, una familia acomodada entre 1830 y 1890 (D'Ambrogio, 1996). Las especies vegetales identificadas se corresponden bien con la vida cotidiana de la época, como es el caso de una especie tintórea (*Hoffmanseggia Falcaria*), muy usada para teñir a rojo punzó. El uso doméstico de esta planta está relacionado con la estricta obligación, impuesta por Juan Manuel de Rosas, de usar dicho color, de forma tal que de un día para otro todo el mundo se vio forzado a teñir sus ropas, banderas y cintas. Cuando en 1852 el gobierno de Rosas cayó, sus símbolos de poder fueron masivamente desecha-



dos, de manera que es bastante frecuente encontrar paquetes de botones y cintas con su nombre entre la basura.

Otro tipo de evidencia botánica doméstica son las plantas tanto abortivas como medicinales, como es el caso de la *Solanus Sisymbriifolium*, ampliamente conocida entre los siglos XVI y hasta los principios del XIX, momento en el cual la medicina científica hizo que los remedios caseros ya no fueran tan necesarios. Según surge de los restos arqueológicos estudiados éstos fueron reemplazados por una infinita variedad de frascos de vidrio conteniendo todo tipo de medicinas de patente o recetas preparadas en las farmacias.

Con respecto a las frutas de uso culinario, hemos encontrado carozos de durazno y semillas de naranja, granada, melón y sandía. Las higueras en cambio (*Ficus Carica*) y las vides (*Vitis Vinifera*) eran comunes en muchos hogares, donde se las usaba para tener sombra en los patios y a la vez consumir las uvas. Tal vez nada caracterice más un patio porteño que la vieja vid, la parra, que lo cubría casi por completo; es éste un rasgo típico que puede rastrearse desde los últimos años del siglo XVI.

Las evidencias químicas: se han identificado líquidos y sólidos encontrados dentro de frascos y botellas, por medio de espectrofotogrametrías y de análisis químicos. Éstos permitieron identificar productos de uso culinario como por ejemplo aceites de oliva y mostaza dentro de frascos reutilizados y luego descartados, junto con derivados pesados del petróleo como el gasoil, que era muy usado para encender el fuego, barnices para pintar y una heterogénea variedad de productos hogareños.

## Una revisión arqueológica del centro histórico de Buenos Aires

### EL PATRÓN DE ASENTAMIENTO

Buenos Aires fue fundada en una pequeña planicie ubicada en la parte alta de una barranca frente al río —de 8 a 10 metros de altura—, a cuyo pie aparecían afloraciones rocosas blandas del tipo llamado localmente *tosca*. Sobre dicha plataforma y paralela al río fue ubicada la ciudad, puesto que la proximidad a éste era de importancia para la vida cotidiana: de allí la población se abastecía de agua para beber —los pozos aparecieron más tarde y su agua no era potable—, las mujeres lavaban la ropa y el horizonte se oteaba permanentemente para detectar el posible arribo de barcos. Porque el mundo que importaba para una ciudad española en América era precisamente el que estaba al otro lado del océano: Europa. De Europa llegaban los productos indispensables para vivir, a Europa iba la plata que se sacaba de contrabando, de Europa llegaban las órdenes y los permisos, los familiares y las últimas noticias. Era el modelo de cómo había que vivir y de la sociedad blanca que había que conformar; de todas formas, por ese entonces nadie se preocupaba demasiado por el significado preciso que tenía el ser blanco. Pero por sobre todas las cosas,

Europa era la tierra adonde se iba a regresar —al menos el sector social más influyente— una vez cumplido el sueño de *hacer la América*.

El trazado de Juan de Garay respondía a una tipología urbana ya bien arraigada en el planteamiento urbano de la América Hispana, y aun cuando la legislación establecida no concordaba plenamente con el modelo —tema que ha sido ampliamente discutido entre los historiadores urbanos de América—, Buenos Aires quedó comprendida entre los casos que se amoldaron bien al prototipo. El patrón se conformaba por una retícula de manzanas cuadradas cortadas por calles perpendiculares entre sí, en la cual se dejaba una manzana entera vacía para que funcionara como plaza central. Si bien hoy en día la ciudad tiene una plaza doble, aunque la original era una sola, a su alrededor estaba ubicado el fuerte en lo alto de la barranca y los edificios que albergaban los poderes públicos y religiosos. La disposición longitudinal y la plaza no centralizada con exactitud respondían a la presencia del río y de dos arroyos estacionales conocidos como Tercero del Sur y Tercero del Medio (de hecho, estos arroyos eran tres, estando el tercero bastante más al norte), que constituían en sí mismos un límite natural impidiendo que la ciudad se extendiera más allá de ellos. Estos dos arroyos creaban sendas zonas bajas y pantanosas que se tornaban infranqueables con las lluvias porque las calles desaguaban en ellas; por casi tres siglos fueron los basurales de la ciudad.

Hacia el oeste no había límites físicos concretos y el perímetro de la traza estaba marcado por las actuales calles Balcarce-25 de Mayo, Libertad-Salta, Viamonte y Estados Unidos. Más allá de las calles Arenales y San Juan ya las tierras eran comunales y se usaban para pequeños cultivos, extracción de leña y pastoreo de animales, y estaban en manos del Cabildo. Se trataba de una antigua tradición española —la del ejido— que perduró con algunos cambios menores hasta el siglo XVIII temprano y que tenía por ob-

jetivo impedir que se edificara más allá de los límites de la ciudad (de Paula, 1985).

En realidad, la superficie de la planicie original no era totalmente plana, aunque ahora pueda parecerlo: véase el lado oeste de la Plaza de Mayo, donde se encuentra el Cabildo, que tiene un desnivel de casi 2 metros entre un extremo y el otro. El desnivel más pronunciado, de casi 11 metros, se encuentra a la altura de Parque Lezama y del Tercero del Sur sobre la calle Chile, donde se han excavado casi 4 metros de rellenos sobre el terreno original. Una observación detallada de la ciudad, y pese a las constantes nivelaciones, muestra que todavía existen rastros de la vieja topografía original que en buena parte es la causante de las inundaciones endémicas. La arqueología ha sido útil para comprobar la intensidad de los cambios introducidos a lo largo del tiempo en la topografía original, observándose como una constante la repetición de obras de relleno y nivelación. Desde el siglo XVII temprano la ciudad sufrió un proceso gradual de aplanamiento tendiente a eliminar las diferencias de nivel del suelo original tanto por medio de rellenos como de rebajes; se han hallado evidencias de lo dicho en todas las excavaciones realizadas, que muestran esfuerzos individuales y sociales de gran magnitud. Probablemente se haya querido eliminar la topografía primitiva en aras de una ciudad totalmente plana, tal vez acorde con la noción que se tenía del desierto pampeano. Contra toda la lógica, que más de una vez hizo reaccionar a las autoridades llevándolas a desnivelar las calles para que el agua corriera libremente y desembocara en los Terceros o en el Río de la Plata, estos rellenos constantes no hacían sino producir inundaciones y lagunas, ya que el agua no tenía por dónde drenar. Esta situación, en los umbrales del siglo XXI, no ha cambiado, a pesar de los sofisticados sistemas actuales de drenaje pluvial; la ciudad se sigue inundando en forma periódica a causa de los permanentes trabajos de relleno sobre el río y se deben gastar ingentes sumas en obras para la evacuación de las aguas acumuladas.

Los casos de la Imprenta Coni y del sitio de Defensa 751 muestran a las claras que sus propietarios, al renivelar los terrenos para construir sus edificios, optaron por una solución arquitectónica acorde con la política urbana no muy explicitada pero claramente prevaleciente en la época: si hubieran elegido soluciones diferentes, también hubieran sido distintos los usos del suelo. La conservación de la topografía, que hubiera creado hermosas visuales y perspectivas urbanas interesantes, el uso correcto de los drenajes dejándolos como tales en lugar de cegarlos, junto con la posibilidad de romper con la línea continua de fachadas como se hizo hasta el siglo XVIII, hubiera resultado sin dudas en una ciudad muy diferente, más variada, interesante y heterogénea, aunque con valores económicos menos homogéneos.

## TERRENOS Y ARQUITECTURA

¿Cómo fue realmente Buenos Aires en sus primeros años de vida? Sabemos muy poco sobre ella y es más lo que suponemos viendo las ruinas de Santa Fe la Vieja que lo que podemos deducir a través de los contradictorios documentos de la época y las muy pobres evidencias arqueológicas encontradas. El elemento central era la Plaza Mayor, una manzana de la retícula que se había dejado vacía y donde se llevaban a cabo todas las actividades del ceremonial político, las relaciones sociales y el intercambio económico. La plaza era el punto de confluencia de las calles más importantes; en realidad era la vía de ida y vuelta al puerto del Riachuelo —actual calle Defensa—, y los caminos hacia el norte y el oeste. Las cuadras, de 140 varas de largo (aproximadamente 115 metros) estaban divididas en cuatro lotes cuadrados; sin embargo, en los casos de los vecinos principales la división era en medias manzanas. En esos amplios solares se construyeron las primeras cabañas

de madera con techo de paja —más adelante se las hizo de adobe o tapia—, pero probablemente no duraron demasiado, y en el centro de la aldea estos grandes solares se fueron fraccionando lentamente en tiras angostas y largas con frentes de hasta un octavo de solar.

Debemos ser conscientes de lo que significaba para un español que no fuera noble, de aquellos tiempos, el ser propietario de un lote urbano de tales dimensiones, aun hablando de los más pequeños: queda claro que en su país de origen no hubieran tenido la más mínima chance de acceder a un terreno de ese tamaño. El típico lote español, desde la Edad Media y hasta el Renacimiento, medía de 95 a 250 metros cuadrados y sólo excepcionalmente los había de 400 o poco más (García Fernández, 1985); ¡en Buenos Aires el lote más pequeño en la repartición original era de 3.422 metros cuadrados! Sin embargo los propietarios sólo construían ranchos de uno o dos cuartos, con la cocina generalmente ubicada afuera y apoyada sobre una pared. Las descripciones más tempranas de la ciudad hablan de un caserío en el cual se destacaba el torreón circular que servía de fortaleza y alguna modesta torre de iglesia hecha de madera.

La amplitud de los lotes y la definición un tanto borrosa que se tenía de su perímetro —ya que la traza fue modificada varias veces y otras no respetada—, al igual que del perímetro de las manzanas, propiciaba un uso más intenso de los lotes que se aprovechaban como campo de cultivo, para tener algún que otro animal, y como vía de paso entre un terreno y el otro. Es decir que por los fondos de los lotes se podía circular a voluntad, cosa que se observa con frecuencia en los planos dibujados hasta el siglo XVIII. Los animales pastaban libremente y los niños correteaban por todas partes. Las calles de tierra y barroas quedaban para los carros y los caballos; obviamente la vereda no existía. Las casas eran ubicadas con bastante libertad en el centro de los terrenos, con mucho espacio libre

en el frente y los fondos. El patio se usaba para comer, cocinar, lavar y básicamente como sitio de trabajo al aire libre para los artesanos, carpinteros o zapateros. La falta de una reglamentación sobre dónde ubicar las casas dentro de los terrenos —hasta la aparición de una ordenanza en 1784— es un tema que la bibliografía ha soslayado, tal vez ante la presunción, basada en los planos del siglo XVIII tardío, de que las cosas fueron iguales antes y después de dicha ordenanza. La arqueología sin embargo está mostrando una visión nueva y más precisa del proceso: como ejemplo de lo que hemos dicho en las páginas precedentes podemos mencionar las casas de Alsina 455, Balcarce 531, Defensa 751 y Chile 830, con los cambios que fueron sufriendo a lo largo del tiempo. El pozo de basura de Moreno 350, encontrado al frente del terreno, nos indica que para los habitantes de la ciudad las calles y el frente de sus edificios no significaban lo mismo.

Las manzanas cuadradas regulares existían solamente en la zona céntrica. A medida que la distancia era mayor los límites de las manzanas se desdibujaban y casi no había diferencias entre las calles, los terrenos desocupados y las pequeñas casas con grandes lotes a su alrededor. La heterogeneidad en el uso del terreno al igual que en la ubicación de las casas fue un rasgo común, hasta que las cosas cambiaron bruscamente con el nuevo patrón rectificado de la ciudad. La búsqueda de la regularidad geométrica fue el gran proyecto de la Ilustración, junto con las recovas en Plaza de Mayo y fue continuado e intensificado en los inicios del siglo XIX. Buena parte de la historia urbana de Buenos Aires tiene que ver, precisamente, con el intento de obtener calles perfectamente rectas, manzanas perfectamente cuadradas y lotes con fachadas perfectamente alineadas, todo lo cual era casi imposible de lograr en las zonas periféricas. La arqueología ha conseguido mostrar la variedad y originalidad en el uso del suelo previa a ese proceso regulador, y los planos antiguos confirman la presen-

cia de manzanas quebradas, con *huecos*, entrantes y salientes; había calles cerradas y la Plaza Mayor, hasta el siglo XVIII tardío, aparecía rodeada por portales al igual que *el bajo* con su posterior recova al río. Indudablemente durante los siglos XIX y XX se hizo todo lo posible para abortar cualquier modificación a las normas ideales de una ciudad ideal perfectamente bien trazada. No se dudó un instante en eliminar los que hubieran sido, precisamente, los rasgos más notables de la estructura urbana; características tan atractivas hubieran permitido establecer un sistema que priorizara al habitante y al peatón por sobre los sistemas de transporte vehicular que se utilizaron a través del tiempo (Gutiérrez, 1992). La rigidez de este modelo aceptado provocó la pérdida de la originalidad de la ciudad, de su topografía, y borró del mapa muchos de los nodos e hitos de alta intensidad urbana o social.

Varias de las casas y edificios excavados están ubicados sobre la antigua barranca al río. Hoy la barranca ya no existe: fue nivelada hasta hacerla desaparecer aunque la memoria colectiva mantiene las referencias al *bajo* (avenidas Libertador, Alcorta y Costanera) y al *alto* (de Cabildo o Las Heras al oeste). Es cierto que los usos que le dio Eduardo Taylor para depósitos, almacenes y aduanas ya no requieren de la fuerza de gravedad para trabajar correctamente, tal como él lo hizo, pero la barranca en sí misma constituía además un límite urbano que creaba visuales de gran belleza paisajística, al tiempo que separaba e identificaba la zona portuaria. Con las obras que se iniciaron donde estuvo el Fuerte, sobre todo con el edificio del Correo que construyó Sarmiento en 1873, comenzó el proceso por el cual se fue cerrando la vista al río, que implicó el rellenado de la barranca y la organización de nuevas visuales hacia el oeste en una suerte de negación de la existencia del río. A partir de ese momento Buenos Aires dejó de ser ribereña para pasar a ser mediterránea: actitudes de este tipo contradecían la lógica de proyectos anteriores como el de



los Almacenes Huergo, en Balcarce 433, y varios de los estudiados. Este patrón urbano está todavía en vigencia y está entre las políticas urbanas más absurdas y obsoletas que se han venido manteniendo a lo largo del siglo XX. Y no es que no haya habido intentos de recuperar el río para la ciudad, sobre todo por parte de los paisajistas que diseñaron y hasta llegaron a construir parques ribereños que luego fueron destruidos en este siglo, manteniendo la negación del río (Schávelzon, 1988; Compilación, 1933). El cierre definitivo fue la construcción de Puerto Madero, iniciada en 1880, que con sus enormes barracas tapó todo acceso visual a la costa; sólo en los últimos años se ha logrado restablecer alguna relación entre la ciudad y su orilla.

Las casas construidas durante todo el siglo XVII y parte del XVIII fueron en su mayoría de tapias, aunque ya había algunas de ladrillo; desde el siglo XVII temprano muchos techos se hacían de tejas, también se usó el adobe y más adelante el ladrillo asentado en tierra. Y si bien había algunas viviendas un tanto más grandes de lo normal otras eran francamente enormes, como la casa Riglos. Ésta tenía 39 habitaciones y 3 salas de estar con techumbres de cedro labrado, 51 puertas, 12 escaleras con balaustres torneados y 7 ventanas con rejas, 2 tiendas y un sótano de dos cuartos (Torre Revello, 1957:181). Sin embargo la mayoría de las viviendas eran modestas, con alguna moldura o cornisa saliente, balcones con rejas voladas y techos a dos aguas. La ubicación privilegiada era la zona más alta y cerca de la Plaza Mayor, allí donde Garay había repartido solares entre muchos de sus principales lugartenientes, quienes prefirieron los altos de la barranca a la proximidad a la plaza.

Durante el siglo XVII las iglesias y sus conventos fueron mejorando la calidad de su primera arquitectura con edificios de dimensiones más amplias, a medida que crecía la ciudad. Varias obras públicas ya iban tomando cuerpo, como el Cabildo, el Fuerte o el convento de los jesuitas, con lo que la ciudad iba cobrando otra envergadura. Estas

construcciones creaban perspectivas y paisajes particulares, ayudaban a definir su entorno y se convertían en los hitos referenciales de la comunidad. Las calles seguían siendo barriales intransitables, los hedores eran ofensivos y la insalubridad crónica, pero con todo las casas de dos o tres pisos, con sus miradores colocados sobre las terrazas planas, prenunciaban el desarrollo de una ciudad importante para fines del siglo XVIII en el extremo sur del continente. Indudablemente era una ciudad notable para el lugar y la época, aunque no podía competir con centros urbanos como Lima o Potosí.

Pero pese a su crecimiento, las 144 manzanas originales rodeadas de su ejido sólo se ocuparon plenamente hacia principios del siglo XVIII. Hacia 1720 comenzó el proceso de invasión del ejido: el Cabildo, llevando a cabo una acción rayana en la ilegalidad —que produjo jugosos beneficios a sus miembros—, con el pretexto de la presión demográfica y el deseo de la gente de poseer tierra en la ciudad, comenzó a lotearlo y a venderlo. Repentinamente comenzaron a aparecer nuevos centros urbanos en el norte, oeste y sur y la ciudad se expandió, aunque las orillas de los zanjones o Terceros quedaron vacías. En el sur creció el Alto de San Pedro rodeando la calle Defensa que unía la Plaza con el puerto, donde se establecieron familias acomodadas, aunque alrededor de la calle Chile se instalaron libertos, mestizos, indígenas muy pobres y gran parte de las comunidades africanas, ya que ningún otro estrato social deseaba vivir cerca de los insalubres zanjones.

El censo llevado a cabo en la ciudad en 1738, precisamente cuando la ciudad estaba comenzando un proceso de cambio como consecuencia del mejoramiento económico, muestra qué tipo de ciudad era Buenos Aires. Por una parte, los límites norte y sur todavía existían, y aunque estas marcaciones no se respetaban estrictamente sólo aparecían aquí y allá algunas viviendas aisladas o manzanas no consolidadas. Los bordes de la barranca también habían sido

invadidos, no sólo con casas chicas sino que ya había pequeñas manzanas en formación. El censo no es lo suficientemente detallado como para sacar cifras muy exactas pero sirve para corroborar las evidencias arqueológicas que indican que dentro de la ciudad aún quedaban muchos lotes sin ocupar; que lado a lado con las grandes mansiones de muchas habitaciones había “ranchos de paja”, algún “cuartico cerrado”, “casita de adobe” y “sala vieja”, aunque el porcentaje más elevado correspondía a “casas”, lo que al menos significaba “sala con aposentos cubiertos de teja”. Lo que hemos descrito en las etapas iniciales de cada uno de los terrenos excavados es, precisamente, eso. Obviamente la zona central estaba más densamente poblada que el resto de la ciudad, aunque las casas amplias eran habitadas por un menor número de personas y ocupaban lotes más chicos. Las cifras censales muestran un promedio de cuatro personas por casa y en algunas cuadras del sector sur el porcentaje iba de 1,8 a 8,68 personas por casa (Ravignani, 1919).

Para 1738 los grandes lotes coloniales de solar en cuadro ya eran muy pocos; al sur de la Plaza Mayor más del 72% de los lotes eran de dimensiones menores a un octavo de solar y de 284 lotes de la zona más importante solamente tres mantenían su tamaño original. Los comercios registrados son: pulperías, tahonas, tiendas, bodegones, una fábrica de valijas (“petacas”) y lugares para jugar bollos o truques. Los promedios indican cuatro casas por cuadra y diez por manzana. En resumen, este censo muestra una ciudad en la que coexistían distintos tipos arquitectónicos, sistemas constructivos y dimensiones de lotes y donde los modos de vida y las costumbres podían variar incluso a lo largo de una misma calle o dentro de una misma manzana; sobre la calle Viamonte hubo por ejemplo un “rancho de cueros”, que podemos interpretar como una toldería de indios pampa. Y ésta es precisamente la realidad que quedó a la vista con las investigaciones arqueoló-

gicas: una ciudad heterogénea en su arquitectura y en su uso del suelo, sólo blanca en su imagen externa pero no en su composición social o cultural, pobre, modesta, empujada y marginal.

En 1784 el Cabildo hizo pública una Real Ordenanza por la cual los vecinos debían cerrar los frentes de sus terrenos, cercar el perímetro y los planos sólo podrían ser dibujados por alarifes reconocidos y previamente aprobados por la autoridad. Esta ordenanza, que sintetizaba un cuerpo de iniciativas ilustradas que se venían discutiendo hacía tiempo en España y en América, tuvo como resultado materializar un cambio importante en la disposición y forma de las viviendas urbanas, las que debieron desde entonces apoyarse sobre el frente de los lotes, sobre la línea de la vereda. Lo curioso es que como resultado de esta ordenanza las casas terminaron por no tener una entrada directa y los constructores debieron invertir la lógica del diseño que había prevalecido hasta entonces. Así, construyeron una puerta con un zaguán que conducía al patio y desde ahí en realidad se accedía a la casa. Consecuentemente, los interiores sólo tuvieron ventanas hacia el exterior, pero nunca puertas.

Muchos propietarios de viviendas importantes pero que no ocupaban el lote completo, decidieron hacer la nueva fachada y aprovechar para construir pequeñas unidades de viviendas mínimas para renta sobre ella, dejando su casa en donde estaba, al fondo o al centro del terreno. Todo esto fue consecuencia del crecimiento demográfico en el centro de la ciudad, y debido al movimiento económico cada vez más importante que se daba en Buenos Aires, representó la posibilidad para los grupos bajos de acceder a una casa mínima; para los propietarios nació la especulación con el suelo urbano. Las dimensiones de estas casas de renta eran increíbles incluso si se las considera con los pésimos estándares de hoy en día, ya que sólo tenían un cuarto de menos de 5 metros de largo, un patio de 1 metro

de ancho y una letrina abierta. En algunos casos estas unidades mínimas de vivienda se encadenaban en largas tiras sobre el frente de los terrenos, creando enormes patios libres en los fondos. Esas construcciones debían ser muy diferentes en su tipología de las casitas preexistentes, las que en 1729 el jesuita Cattaneo describió como “cuatro paredes en forma rectangular sin ventana alguna, o a lo sumo una, recibiendo luz por la puerta” (Torre Revello, 1957). Las condiciones de vida de los grupos bajos, incluso de aquellos que tenían la suerte de poder acceder a una vivienda mínima, debían de ser ciertamente muy duras.

Un estudio de los planos disponibles correspondientes al período 1784-1792, años en que se conservaron los planos de la Real Ordenanza, mostró que el 13,2% de las casas que se construyeron en la ciudad constaban de un solo cuarto al frente al que se ingresaba por un zaguán; el 73,6% correspondía a una vivienda tipificada como “sala con aposento” —un ambiente junto al otro—, estando el más amplio al frente. Éste era el tipo tradicional de construcción que más tarde derivó en la vivienda típica del siglo XIX. El tercer grupo (9,4%) está representado por viviendas también de este tipo pero que llevan el agregado de un negocio de esquina u otros ambientes usados como comercio, taller, o para otras actividades. Sólo un magro 3,8% corresponde a casas de hasta tres patios que la historia ha señalado erróneamente como ejemplos de la típica arquitectura colonial (Schávelzon, 1994).

En 1825 el viajero Francis Bond Head escribió este crudo comentario sobre el interior de una casa porteña: “colocan sobre el piso de ladrillo un tripe (alfombra) de Bruselas de colores chillones, cuelgan una araña de cristal de un tirante del techo y ponen contra las paredes blanqueadas, siempre húmedas, una serie de sillas de estilo norteamericano de muy mal gusto. Poseen estas familias un piano inglés y algunos jarrones de mármol, pero no tienen ni idea de cómo arreglar sus muebles en forma cómoda.

Las damas se sientan de espaldas contra la pared sin razón alguna para ello” (Head, 1941:65). Dejando de lado la escasa capacidad del viajero para ponerse en contacto con realidades diferentes de la propia, esta visión era indicativa de un momento de cambio en el interior de las viviendas urbanas, de un punto de inflexión en el uso de los espacios y de los cambios en la arquitectura ocurridos entre los últimos años del siglo XVIII y los primeros del XIX. Pero no siempre las cosas fueron así. En el siglo XVI y hasta en el XVII los interiores estaban simplemente blanqueados, no revocados; los pisos, cuando los había, eran de ladrillo y las habitaciones contaban con unos pocos muebles de maderas duras, arcones, una gran mesa con bancos y una cama con baldaquino. La vida cotidiana no era tan diferente de la de los europeos pobres del campo o la ciudad tan bien descritos por Braudel (1984), y cuando alguien estaba en una situación mejor se notaba inmediatamente por las telas. Los textiles representaban el atributo supremo de la gente pudiente, junto con la plata y el oro: aparecían como colgaduras en las paredes —como las que colocó Pedro de Mendoza en 1536—, alfombras, telas en el baldaquino, sábanas y mantas, pero por sobre cualquier otra cosa, en las vestimentas. Vestidos, camisas, jubones, medias y sombreros eran los verdaderos distintivos de poder. Un esclavo africano, una casa y una buena manta eran artículos de similar valor.

## CAMBIO Y CONTINUIDAD

La arqueología ha puesto en evidencia la velocidad y la intensidad de los procesos de cambio en la arquitectura y en su vida interior, en su estructura física, en la ornamentación y en la organización y formas de uso de los espacios. Esto puede parecer extraño en una ciudad que tuvo pocos cambios en su trazado y distribución —por lo me-

nos en sus tres primeros siglos de vida—, pero la evidencia analizada indica sin lugar a dudas un proceso continuo de alteraciones y cambios arquitectónicos. En general, el uso promedio de una vivienda raramente excedía al de dos generaciones, y cada uno de los distintos períodos de ocupación ha mostrado modificaciones de paredes, cimientos y pisos, así como también de los usos de los espacios interiores. Por el momento no sería prudente extender estas afirmaciones a las arquitecturas públicas, pero las observaciones realizadas en el Cabildo y en las iglesias de Santo Domingo y San Telmo apuntan a un patrón de cambio idéntico aunque un poco más lento, en que se reemplazaría la rapidez del recambio por la lentitud en su construcción. Durante el siglo XIX este fenómeno fue aún más intenso: desde la década de 1850 la ciudad completa sufrió cambios drásticos, el crecimiento alcanzó proporciones notables y la gran inmigración modificó dramáticamente la composición social. Sin embargo, este período de la historia de Buenos Aires no va a ser analizado en el presente libro; la Buenos Aires moderna posterior a 1880, *La París de América*, formará parte de publicaciones futuras.

Lo que hemos visto hasta aquí nos permite considerar que las hipótesis establecidas en relación con los cambios arquitectónicos y el uso hecho de los edificios, con la virtual ruptura con el río y su barranca y con las formas tan heterogéneas de uso de los lotes, han quedado satisfactoriamente corroboradas a través de la arqueología, al igual que las hipótesis planteadas con respecto a la cultura material; la ciudad, aun cuando pudiera dar la imagen de ser europea, blanca y católica, en realidad era multicultural, multinacional, pluriétnica y por sobre todas las cosas, marginal. Era la *ciudad del fin del mundo* que tercamente se resistió a aceptar esa realidad y que logró modificar un destino que le estaba predeterminado por las estructuras internacionales políticas y económicas. Y esto es precisamente lo que refleja su cultura material, ejemplificada entre otras cosas por la

disminución sistemática en la presencia de materiales indígenas y criollos, y el aumento constante de productos de origen europeo. En la periferia de Buenos Aires la situación no era así ya que prevalecían las cerámicas no importadas, pero la ciudad era una consumidora que no las producía. Y la cerámica no era lo único que no producía, puesto que Buenos Aires constituía un mercado de intermediación perfectamente organizado que abastecía buena parte de los mercados sudamericanos de todo tipo de productos entrados de contrabando. Desde el siglo XVIII, la presteza de la llegada de las lozas Creamware fabricadas por Wedgwood, Neale y otros contemporáneos, constituye un indicador adecuado de este concepto de ciudad, en la que de una forma u otra, los productos de consumo masivo y suntuario de otras partes del mundo llegaban con una rapidez sorprendente. Sin embargo, su carácter marginal era innegable y la vida cotidiana sufría sus consecuencias: ya hemos mencionado con anterioridad que todos estos productos importados eran usados y/o conservados generación tras generación, mientras que la arquitectura, por el contrario, experimentaba frecuentes modificaciones. Parecería que era más importante mostrar que ser.

Sobre la base de los hallazgos arqueológicos, ¿sería posible encontrar uno o más rasgos de los antiguos habitantes de Buenos Aires que se repitieran en los porteños de hoy? Esto sería empujar a la arqueología más allá de sus propios límites, y sin embargo hay algunas continuidades que vale la pena mencionar. Por ejemplo, podemos ver la estabilidad del modelo fundacional que aún lleva a seguir abriendo calles para mantener y reforzar el trazado reticular, aunque la ciudad ha crecido en cien veces su tamaño. El mantener una estructura urbana reticular que, aunque ha mostrado una y otra vez el no ser ya útil o eficiente, se mantiene a rajatabla en la expansión urbana. En lugar de crear rincones pequeños y tranquilos sin tráfico vehicular, la tendencia ha sido y es la de abrir más calles en lugar de



organizar y diferenciar las circulaciones. La negación del río y sus orillas sólo fue considerada un problema urbano por parte de las autoridades municipales en la década que corre, por lo que se está haciendo lo posible para restaurar el uso social del espacio que existía antes del siglo XIX. Las formas de los lotes y la ubicación de las fachadas se han mantenido tal cual desde el final del siglo XVIII, al igual que la tendencia a la regularización de la manzana. Hubo que llegar al inicio del siglo XXI para descubrir las ventajas de la heterogeneidad.

La actitud de cambiar constantemente los interiores de las viviendas todavía persiste y desde el siglo XIX éste ha sido uno de los indicadores más claros de progreso. La construcción de la ciudad moderna resultó en la demolición sistemática de todo rastro de arquitectura colonial, hasta que ya nada quedó de ella. Esta actitud tan típica del liberalismo en la Argentina ha sido discutida con frecuencia, puesto que llevó a la pérdida de los edificios más importantes del país, como la Casa de la Independencia en Tucumán o el Cabildo de Buenos Aires, los que hubo que reconstruir hacia 1940. La dificultad de establecer políticas preservacionistas para la arquitectura y los espacios urbanos parecería estar basada, sobre todo, en esta tradición de no conservar estructura física alguna. El centro de la ciudad no cambia, pero sus espacios internos ciertamente sí. La cultura material siempre estuvo bien provista de cuanto producto novedoso apareciera por el mundo, aunque se los usaba con cuidado y se los hacía durar por largo tiempo. El tema de las importaciones versus producción local de productos básicos y de consumo masivo sigue siendo una controversia nacional, y en lo relativo al contrabando y la corrupción, de una forma u otra las cosas no han cambiado mucho desde el siglo XVII.

Buenos Aires, ubicada por muchos siglos en el extremo del mundo, no llegó a ser todo lo europea que la sociedad blanca de entonces hubiera deseado, pero tampoco es

una ciudad típicamente latinoamericana; desde su fundación misma se establecieron diferencias y se trabajó duro y a conciencia para recalcarlas. La pluriétnicidad inicial de africanos, indígenas y europeos blancos y criollos fue reemplazada en el siglo XIX por una multiplicidad de orígenes de Europa central y oriental, desde donde los inmigrantes llegaban hablando distintos idiomas y practicando distintas religiones; seguía siendo una sociedad múltiple y heterogénea, pero esta vez prioritariamente blanca. A partir de 1900 el Positivismo se encargó, a través del aparato de la educación popular, de volver a dar la imagen de la homogeneidad de los argentinos. La ciudad que no tenía alternativas de supervivencia, la más austral del continente, la más marginal dentro de la estructura que España había pensado para América, terminó por ser la más exitosa, la que logró alterar el orden establecido para provecho propio sin detenerse a pensar demasiado en el precio a pagar o en las consecuencias de sus acciones para otras regiones del territorio. La ciudad sobrevivió y llegó a ser más importante que Potosí, Córdoba, Santa Fe la Vieja, Asunción y hasta Lima, y para finales del siglo XIX se había transformado en una de las ciudades más grandes del mundo.

Pero ser grande no significa haber borrado las contradicciones que derivan del hecho de ser —aún hoy— periferia, con una sociedad dividida entre el lujo y la pobreza, entre aquellos que pueden acceder fácilmente al consumo de bienes masivos y tantos otros que sobreviven como pueden por debajo del nivel mínimo de pobreza.



## Bibliografía

- Alberdi, Juan Bautista  
1962 **Recuerdos de viaje y otras páginas**, EUDEBA, Buenos Aires.
- Amigos del Arte  
1935 **El arte de los aborígenes de Santa Fe**, Asociación Amigos del Arte, Buenos Aires.
- Andrews, George Reil  
1980 **The Afro-Argentines of Buenos Aires 1800-1900**, The University of Wisconsin Press.
- Aparicio, Francisco de  
1937 "Excursión a los paraderos del Arroyo de Leyes", **Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología** vol. I, pp. 7-19, Buenos Aires.
- Assadourian, C. S.; G. Beato y J. C. Chiaramonte  
1992 **Argentina: de la conquista a la independencia**, Editorial Paidós, Buenos Aires.
- Austral, Antonio  
1986 "Esbozo antropológico preliminar de la historia del poblamiento de la provincia de Buenos Aires", **Estudios sobre la provincia de Buenos Aires**, pp. 15-27, Archivo Histórico, La Plata.
- A.Z.  
1957 "Recuento de extranjeros en Buenos Aires: 1619", **Historia** n° 9, n/p, Buenos Aires.

- Azara, Félix  
 1943 **Memorias sobre el estado rural del Río de la Plata y otros informes**, Babel, Buenos Aires.
- Beare, Pedro  
 1861/5 **Catastro de Buenos Aires** (manuscrito), Museo de la Ciudad, Buenos Aires.
- Becker, Ítala B.  
 1984 **El indio y la colonización: charrúas y minuanes**, Instituto Anchieta de Pesquisas, Rio Grande do Sul.
- Braudel, Fernand  
 1984 **Civilización material, economía y capitalismo, siglos xv-xviii**, 3 vols. Alianza Editorial, Madrid.
- Bread, Emilio A.  
 1964 **La caza entre los indios del Virreinato del Río de la Plata**, Casa Pardo, Buenos Aires.
- Burrison, John A.  
 1983 "Afro-American Folk Pottery in the South", **Afro-American Arts and Crafts** (edited by William Ferris), pp. 332-350, University Press of Mississippi, Jackson.
- Busaniche, José Luis  
 1986 **Estampas del pasado**, 2 vol., Hyspamerica, Buenos Aires.
- Buschiazzo, Mario J.  
 1951 "El templo-convento de Santo Domingo de Buenos Aires", **Anales del Instituto de Arte Americano**, vol. 4, pp. 47-51, Buenos Aires.
- Caggiano, María A.  
 1995 "Los querandíes, ¿un grupo fantasma?", **Arqueología en el Uruguay**, pp. 236-241, Montevideo.
- Calvo, José María  
 1990 **Santa Fe la Vieja: 1573-1660: la ocupación del territorio en una ciudad hispanoamericana**, edición del autor, Santa Fe.
- Canabrava, Alice P.  
 1944 **O comercio portuguez no Rio de la Prata 1580-1640**, Boletim vol. xxxv, Faculdade de Filosofia, São Paulo.
- Canals Frau, Salvador  
 1940 "Los indios del distrito de Buenos Aires según el repar-

- timiento de 1582”, **Publicaciones del Museo Etnográfico**, Serie A, vol. IV, pp. 5-39, Buenos Aires.
- Cantilo, José María  
1864/8 “La semana”, **Correo del Domingo**, Buenos Aires.
- Carbajal, Raúl  
1938 “La alfarería del Arroyo de Leyes”, en **Entre los mocovíes de Santa Fe** (de G. Furlong) pp. 213-227, Amorrortu e Hijos, Buenos Aires.
- Cardoso, Aníbal  
1911 “Buenos Aires en 1536”, **Anales del Museo Nacional de Historia Natural**, vol. XIV, pp. 309-372, Buenos Aires.
- 1915 “El Río de la Plata desde su génesis hasta la conquista”, **Anales del Museo Nacional de Historia Natural**, vol. XXVII, pp. 153-284, Buenos Aires.
- Cerutti, Carlos y Nora Natasi  
1977 “Evidencias de contacto hispanoindígena en la cerámica de Santa Fe la Vieja (Cayastá)”, **Actas y Memorias del IV Congreso Nacional de Arqueología Argentina**, vol. IV, pp. 213-236, San Rafael.
- Chiaramonte, José Carlos  
1971 **Nacionalismo y liberalismo económicos en la Argentina**, Ediciones Solar, Buenos Aires.
- Cicerchia, Ricardo  
1998 **Historia de la vida privada en la Argentina**, Editorial Troquel, Buenos Aires.
- Comisión Oficial del IV Centenario  
1941 **Documentos históricos geográficos relativos a la conquista y colonización rioplatense**, 5 vols., Buenos Aires.
- Compilación de referencias  
1933 **Compilación de referencias documentales que demuestran que las reservas para ribera en la costa al noroeste de Buenos Aires son bienes públicos**, 2 vols., Dirección de Geodesia, Catastro y Mapa de la Provincia, La Plata.
- Correa, María Angélica  
1971 **Genio y figura de Sabato**, EUDEBA, Buenos Aires.

- Coslinga, Cornelio Ch.  
 1983 **Los holandeses en el Caribe**, Casa de las Américas, La Habana.
- Cuccorese, H. y J. Panettieri  
 1971 **Argentina, historia económica y social**, Ediciones Macchi, Buenos Aires.
- D'Ambrogio, Ana  
 1996 **Informe acerca del material vegetal excavado en San Telmo, San Lorenzo y Defensa**, 1995, Centro de Arqueología Urbana (manuscrito), Buenos Aires.
- de Alvear, Diego  
 1910 "Relación geográfica e histórica de la provincia de Misiones", en **Colección de obras y documentos...** (P. de Angelis, editor) vol. III, pp. 479-554, Buenos Aires.
- Deagan, Kathleen  
 1987 **Artefacts of the Spanish Colonies of the Florida and the Caribbean**, vol. 1, Smithsonian Institution, Washington.
- de Angelis, Pedro  
 1836/8 **Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna del Río de la Plata**, 8 vols., Imprenta del Estado, Buenos Aires.
- de Estrada, Marcos  
 1979 **Argentinos de origen africano**, EUDEBA, Buenos Aires.
- de Gandía, Enrique  
 1931 "Los primeros italianos en el Río de la Plata", **Azul** vol. III, pp. 113-144, Buenos Aires.
- 1936 **Historia de Alonso Cabrera y de la destrucción de Buenos Aires en 1541**, Librería Cervantes, Buenos Aires.
- 1936 "Una expedición de mujeres españolas al Río de la Plata", **Boletín de la Junta de Historia y Numismática Americanas** vol. VIII, pp. 117-131, Buenos Aires.
- 1939 "Primera fundación de Buenos Aires", **Historia de la Nación Argentina**, vol. III, pp. 135-175, El Ateneo, Buenos Aires.
- 1957 **Buenos Aires colonial**, Editorial Claridad, Buenos Aires.

- 1961 **La independencia americana**, Editorial Fabril, Buenos Aires.
- 1971 “El lugar en que se levantó la primera Buenos Aires”, **Boletín de la Academia Nacional de la Historia** n° 44, p. 339-351, Buenos Aires.
- de Labougle, Raúl
- 1931 **La Colonia del Sacramento**, Librería y Editorial La Facultad, Buenos Aires.
- de Paula, Alberto
- 1984 “Aspectos arquitectónicos del Colegio y sus anexos y establecimientos auxiliares”, **Manzana de las Luces, Colegio Grande de San Ignacio 1617-1767**, Manzana de las Luces, Buenos Aires.
- 1985 “La escala comarcal en el planeamiento urbano: estructura territorial y evolución de la campaña bonaerense: 1580-1780” trabajo leído en **La Ciudad Iberoamericana**, CEHOPU, Madrid-Buenos Aires.
- de Vedia y Mitre, Mariano
- 1980 **Don Pedro de Mendoza fundador de Buenos Aires**, edición privada, Buenos Aires.
- del Carril, Bonifacio
- 1955 “La primera publicación sobre el Río de la Plata”, **La Nación**, (enero 30), 2ª sección, pp. 1, Buenos Aires.
- del Carril, Bonifacio y Aníbal Aguirre Saravia
- 1982 **Iconografía de Buenos Aires: la ciudad de Garay hasta 1852**, Municipalidad de la Ciudad, Buenos Aires.
- di Martino, Teresa; M. Gómez y M. Lazzari
- 1988 **Historia de la casa de Balcarce 531, estudio, cronología y diagnóstico**, Publicación n° 10, Programa de Arqueología Urbana, Buenos Aires.
- Difrieri, Horacio
- 1981 **Buenos Aires, geohistoria de una metrópoli**, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- 1981 **Atlas de Buenos Aires**, 2 vols., Municipalidad de la Ciudad, Buenos Aires.
- Domínguez, Manuel A.
- 1948 “La vivienda colonial porteña”, **Anales del Instituto de Arte Americano** n° 1, pp. 65-86, Buenos Aires.



du Biscay, Acaresse

1943 **Relación de un viaje al Río de la Plata y de allí por tierras al Perú con observaciones sobre los habitantes**, Alfer y Vays, Buenos Aires.

Ensink, Oscar Luis

1990 **Propios y arbitrios del Cabildo de Buenos Aires 1580-1821**, Monografías Economía Quinto Centenario, Madrid.

Ferguson, Leland

1992 **Uncommon Ground, Archaeology and Early African America: 1650-1800**, Smithsonian Institution Press, Washington.

Fitte, Ernesto J.

1980 **Hambre y desnudeces en la conquista del Río de la Plata**, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires.

Frenguelli, Joaquín

1937 "Falsificaciones de alfarerías indígenas en Arroyo de Leyes", *Notas del Museo de La Plata* vol. II, n° 5, La Plata.

Furlong, Guillermo

1936 **Cartografía jesuítica del Río de la Plata**, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

1938 **Entre los pampas de Buenos Aires**, Talleres Gráficos San Pablo, Buenos Aires.

1946 **Arquitectos argentinos durante la dominación hispánica**, Editorial Huarpes, Buenos Aires.

1946b **Artesanos argentinos durante la dominación hispánica**, Editorial Huarpes, Buenos Aires.

1953 **José Cardiel y su carta-relación (1747)**, Casa Pardo, Buenos Aires.

1958 "La cartografía rioplatense y sus artífices (1515-1955)", *Historia* n° 13, pp. 17-33, Buenos Aires.

1962 "Río de Aos o Río de la Plata", *Anales de la Academia de Geografía* n° 6, pp. 85-94, Buenos Aires.

1968 "Dónde estuvo situada la Buenos Aires de Pedro de Mendoza", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, vol. XLI, pp. 241-250, Buenos Aires.

- 1971 "Algo más sobre la primera fundación de Buenos Aires", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* n° 44, pp. 353-361, Buenos Aires.
- Garavaglia, Juan Carlos
- 1983 *Mercado interno y economía colonial*, Grijalbo, México.
- 1991 "El pan nuestro de cada día: el mercado del trigo en Buenos Aires, 1700-1820", *Boletín de Historia Argentina y Americana* 3ª serie, n° 4, pp. 7-29, Buenos Aires.
- Garavaglia, Juan Carlos y Carlos Gelman
- 1995 "Rural History of the Río de la Plata, 1600-1850: Results of a Historiographic Renaissance", *Latin American Research Review*, vol. 30, n° 3, pp. 75-105.
- García, Juan Agustín
- 1955 *La ciudad indiana, Buenos Aires desde 1600 hasta mediados del siglo XVIII*, Ediciones A. Zamora, Buenos Aires.
- García Fernández, José Luis
- 1985 *Análisis dimensional de modelos ortogonales: España e Hispanoamérica desde el siglo XVI al XVIII*, trabajo presentado en la reunión *La Ciudad Iberoamericana*, CEHOPU, Madrid-Buenos Aires.
- Garretón, Adolfo
- 1933 *La municipalidad colonial*, Librería de J. Menéndez, Buenos Aires.
- Gelman, Juan
- 1996 "La cuestión agraria en un período de transición: la región pampeana entre los siglos XVIII y XIX", *América Latina e Historiografía*, pp. 12-20, UNISINOS, Porto Alegre.
- 1998 *Campesinos y estancieros: una región en el Río de la Plata a fines de la época colonial*, Editorial Los Libros del Riel, Buenos Aires.
- Goldberg, Marta B.
- 1994 "Mujer negra rioplatense 1750-1840", *La mitad del país: la mujer en la sociedad argentina* pp. 67-81, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.

- Goldberg, Martha B. y Laura B. Jany  
 1966 “Algunos problemas referentes a la situación del esclavo en el Río de la Plata”, **4º Congreso Internacional de Historia de América**, vol. VI, pp. 61-75, Buenos Aires.
- Greslebin, Héctor  
 1969 “Los subterráneos secretos de la Manzana de las Luces en el viejo Buenos Aires”, **Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología** n° 6, pp. 31-73, Buenos Aires.
- Groussac, Paul  
 1916 **Mendoza y Garay: las dos fundaciones de Buenos Aires**, J. Méndez, Buenos Aires (2ª edición).
- Guerín, Miguel A.  
 1990 “Los comercios de Buenos Aires, sus orígenes y su incidencia en la urbanización”, **Summa temática** n° 34/35, pp. 70-77, Buenos Aires.
- Guerín, Miguel A. y otros  
 1988 “La estructura ocupacional de Buenos Aires y la conformación de una elite urbana (1734)”, **La historia a través de la literatura**, pp. 341-361, Instituto Histórico de la Municipalidad de la Ciudad, Buenos Aires.
- Gutiérrez, Ramón  
 1992 **Buenos Aires, evolución urbana**, Fondo Editorial Escala, Bogotá.
- 1995 **Pintura, escultura y artes útiles en Iberoamérica 1500-1825**, Ediciones Cátedra, Madrid.
- Hajduk, Adam  
 1981/2 “Cementerio Rebolledo Arriba, departamento de Aluminé, Neuquén”, **Revista de la Sociedad Argentina de Antropología** vol. XIV n° 2, pp. 125-145.
- Halperín Donghi, Tulio  
 1972 “Bibliografía de historia económica de Argentina”, **La historia económica en América Latina** vol. II, pp. 137-171, Sepsetentas, México.
- 1995 **Proyecto y construcción de una nación: 1846-1880**, Ariel Historia, Buenos Aires.
- Hardoy, Jorge Enrique  
 1966 “Las formas urbanas europeas durante los siglos XV al

- XVII y su utilización en América Latina”, **Actas y memorias del xxxix Congreso Internacional de Americanistas** vol. 2, pp. 157-190, Lima.
- 1989 “Localización y causa de abandono de las ciudades hispanoamericanas durante las primeras décadas del siglo XVI”, **Nuevas perspectivas en los estudios sobre historia urbana latinoamericana** pp. 9-39, IIED, Buenos Aires.
- 1991 **Cartografía urbana colonial de América Latina y el Caribe**, Instituto Internacional de Medio Ambiente y Desarrollo, Buenos Aires.
- Hardoy, Jorge y Carmen Aranovich  
 1973/4 “Escalas y funciones urbanas de la América española hacia 1600: un ensayo metodológico”, **Revista de Indias** n° 131/8, pp. 345-381, Madrid.
- Haring, C. H.  
 1955/7 **Séville et l’Atlantique 1504-1650**, 7 vols., Librairie Armand Colin, Paris.
- 1960 “Trade and Navigation Between Spain and the Indies: a Re-View: 1918-1958”, **Hispanic American Historical Review** vol. XL, n° 1, pp. 533-363.
- Head, Francis Bond  
 1986 **Las pampas y los andes**, Hyspamérica, Buenos Aires.
- Hoberman, Louisa y Susan Socolow  
 1993 **Ciudades y sociedad en Latinoamérica**, Fondo de Cultura Económica, México.
- Hualde de Pérez Guilhou, Margarita  
 1959 “El comercio rioplatense del siglo XVII, notas para su historia”, **Historia** n° 17, pp. 10-24, Buenos Aires.
- Iglesia, Silvia y Julio Schwartzman  
 1987 **Cautivos y misioneros: mitos blancos de la conquista**, Catálogos Editora, Buenos Aires.
- Johnson, Lyman  
 1990 “Salarios, precios y costo de la vida en el Buenos Aires colonial tardío”, **Boletín del Instituto de Investigaciones de Historia Argentina y Americana** 3ª serie, vol. 2, pp. 133-157, Buenos Aires.

Kellenbenz, Hermann

1966 "Buques norte-europeos en la navegación entre Brasil y Buenos Aires en los primeros años de la Independencia", **IV Congreso Internacional de Historia de América** vol. 4, pp. 247-259, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires.

1971 "Mercaderes extranjeros en América del Sur a comienzos del siglo XVII", **Anuario de Estudios Americanos** n° XXVIII, pp. 377-403, Sevilla.

Knecher, Lidia y Marta Panaia (editores)

1994 **La mitad del país: la mujer en la sociedad argentina**, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.

Konetzke, Richard

1952 **La emigración española al Río de la Plata durante el siglo XVI**, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, Madrid.

Lafuente Machaín, Ricardo

1939 **El gobernador Martínez de Irala**, Biblioteca de la Sociedad de Historia Argentina, Buenos Aires.

1946 **Buenos Aires en el siglo XVIII**, Municipalidad de la Ciudad, Buenos Aires.

1955 **La casa-fuerte de la Asunción**, edición del autor, Buenos Aires.

1982 "Una población efímera del siglo XVI: Zaratina de San Salvador", **Nuestra Historia** n° 30, pp. 323-337, Buenos Aires.

Lanuza, José Luis

1946 **Morenada**, Emecé Editores, Buenos Aires.

Latzina, Francisco

1889 "La crónica de Buenos Aires y Estudio topográfico de Buenos Aires", **Censo General de la Capital Federal del 5 de septiembre de 1889**, Compañía General de Billetes de Banco, Buenos Aires.

Lecuona, Diego E.

1984 **La vivienda de criollos y extranjeros en el siglo XIX**, Instituto Argentino de Investigaciones de Historia de la Arquitectura y del Urbanismo, Resistencia.

Leguizamón, Martiniano

1919 "Etnografía del Plata: el origen de las boleadoras y el lazo", **Revista de la Universidad de Buenos Aires** vol. 141, pp. 206-256, Buenos Aires.

Leite, Serafim

1948 "Un cronista desconocido de la conquista del Río de la Plata, Antonio Rodríguez (1535-1553)", **Reseñas y trabajos del XXVI Congreso Internacional de Americanistas** (1935), vol. II, pp. 168-180, Sevilla.

Levene, Ricardo

1927/8 **Investigaciones acerca de la historia económica del virreinato del Plata**, 2 vols., Biblioteca de Humanidades, La Plata.

Levillier, Roberto

1943 **Descubrimiento y población del norte argentino por españoles del Perú**, Espasa Calpe, Buenos Aires.

1976 **El Paititi, el Dorado y las amazonas**, Emecé Editores, Buenos Aires.

Liernur, Jorge y Graciela Silvestri

1993 **El umbral de la metrópolis: transformaciones técnicas y cultura en la modernización de Buenos Aires (1870-1930)**, Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

Liss, Peggy K.

1989 **Los imperios transatlánticos**, Fondo de Cultura Económica, México.

Lister, Florence y Robert

1982 **Sixteenth Century Maiolica Pottery in the Valley of Mexico**, The University of Arizona Press, Tucson.

Lopreto, Gladys

1996 **Que vivo en esta conquista, textos del Río de la Plata, siglo XVI**, Editorial de la UNLP, La Plata.

Lorandi, Ana M.; Daniel Schávelzon y Sandra Fantuzzi

1989 **Excavaciones en parque Lezama, Buenos Aires: informe preliminar**, Programa de Arqueología Urbana publ. n° 11, Buenos Aires.

Lyon, Eugene

1992 **Richer than we Thought, the Material Culture of Sixteenth Century St. Augustine**, St. Augustine Historical Society, St. Augustine.

- MacEwan, Bonnie  
 1991 "The Archaeology of Women in the Spanish World", **Historical Archaeology**, vol. 25, n° 1, pp. 33-41.
- Maeder, Ernesto y Ramón Gutiérrez  
 1995 **Atlas histórico del nordeste argentino**, Instituto de Investigaciones Geohistóricas, Universidad Nacional del Nordeste, Resistencia.
- Malbrán, América y Matilde Lanza  
 1997 **Análisis comparativo del material de superficie de algunos parques de Buenos Aires** (manuscrito), Centro de Arqueología Urbana, Buenos Aires.
- Mallo, Silvia  
 1990 "La mujer rioplatense a fines del siglo XVIII: ideales y realidad", **Anuario del IEHS**, vol. v, pp. 117-132, Tandil.
- Mandrini, Raúl  
 1986 "La agricultura indígena en la región pampeana y sus adyacencias (siglos XVIII y XIX)", **Anuario del IEHS**, vol. 1, pp. 11-43, Tandil.
- Marmier, Xavier  
 1948 **Buenos Aires y Montevideo en 1850**, El Ateneo, Buenos Aires.
- Martínez, Pedro  
 1967 "La mano de obra, el artesanado y la organización del trabajo en el virreinato rioplatense", **Historia** n° 46, pp. 68-77, Buenos Aires.
- Martínez Sarasola, Carlos  
 1992 **Nuestros paisanos los indios**, Emecé Editores, Buenos Aires.
- Masini, José Luis  
 1961 "La esclavitud negra en la República Argentina: época independiente", **Revista de la Junta de Estudios Históricos** 2ª Época, n° 1, pp. 135-161, Mendoza.
- Matamoros, Blas  
 1969 **La ciudad del tango: tango, historia y sociedad**, Editorial Galerna, Buenos Aires.
- McCann, William  
 1969 **Viaje a caballo por las provincias argentinas**, Ediciones Solar, Buenos Aires.

- Mellafé, Rolando  
 1987 **La esclavitud en Hispanoamérica**, EUDEBA, Buenos Aires.
- Mellet, Julien  
 1988 **Viaje por el interior de la América Meridional**, Hyspamérica, Buenos Aires.
- Millé, Andrés  
 1964 **Itinerario de la orden dominicana en la conquista del Perú, Chile y el Tucumán y su convento en el antiguo Buenos Aires**, Emecé Editores, Buenos Aires.  
 1968 **Derrotero de la Compañía de Jesús en la conquista del Perú, Tucumán, Paraguay y sus iglesias en el antiguo Buenos Aires**, Emecé Editores, Buenos Aires.  
 1972 **La Cuenca del Plata, antecedentes para su historia**, Emecé Editores, Buenos Aires.
- Molina, Raúl A.  
 1955a “Primeras crónicas de Buenos Aires: las dos memorias de los hermanos Massiac (1660-1662)”, **Historia**, n° 1, pp. 89-133, Buenos Aires.  
 1955b “Quiénes fueron los verdaderos fundadores de Buenos Aires”, **Historia** n° 1, pp. 29-39, Buenos Aires.  
 1956 “El curso de los ríos Paraná y Luján en la cartografía primitiva”, **Historia** n° 4, pp. 83-111, Buenos Aires.  
 1959 “Una historia desconocida sobre navíos de registro arribados a Buenos Aires en el siglo XVII”, **Historia** n° 16, pp. 11-100, Buenos Aires.  
 1966 “Las primeras naves del Río de la Plata”, **Historia** n° 42, pp. 3-111, Buenos Aires.
- Montanari, Massimo  
 1993 “El hambre y la abundancia: historia y cultura de la alimentación en Europa”, **Crítica**, Barcelona.
- Moure, Amédée  
 1957 **Montevideo y Buenos Aires a mediados del siglo XIX**, Editorial Perrot, Buenos Aires.
- Moutoukias, Zacarías  
 1988 **Contrabando y control colonial en el siglo XVIII**, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.



- Muhn, Juan  
 1946 **La Argentina vista por viajeros del siglo XVIII**, Editorial Huarpes, Buenos Aires.
- Nájera, Juan José  
 1971 **Las puntas de Santa María del Buen Aire**, Municipalidad de la Ciudad, Buenos Aires.
- Neumann, Eduardo  
 1996 **O trabalho guarani missioneiro no Rio da Prata colonial, 1640-1750**, Martins Livreiro-Editor, Porto Alegre.
- Oddone, Juan A.  
 1982 "El comercio rioplatense ante la crisis del orden colonial", **De historia e historiadores: Homenaje a José Luis Romero**, pp. 283-310, México.
- Okkon Diet, Uya  
 1989 **Historia de la esclavitud negra en las Américas y el Caribe**, Claridad, Buenos Aires.
- Orser, Charles E., Jr.  
 1996 **A Historical Archaeology of the Modern World**, Plenum Press, New York.
- Ortiz Oderigo, Néstor  
 1974 **Aspectos de la cultura africana en el Río de la Plata**, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires.  
 1980 "Las naciones africanas", **Todo es Historia** n° 162, pp. 28-34, Buenos Aires.
- Ottsen, Heinrich  
 1945 **Un buque holandés en América del Sur 1598-1601**, Editorial Huarpes, Buenos Aires.
- Outes, Félix F.  
 1897 **Los querandíes, breve contribución a la etnografía argentina**, Imprenta Biedma e Hijos, Buenos Aires.  
 1935 **El arte de los aborígenes de Santa Fe**, Los Amigos del Arte, Buenos Aires.
- Parras, Pedro José  
 1943 **Diario y derrotero de sus viajes 1749-1753**, Ediciones Solar, Buenos Aires.
- Patti, Beatriz  
 1993 "La instalación de Pedro de Mendoza en el Río de la

- Plata en 1536: crítica de sus fuentes”, *Crítica* n° 44, Instituto de Arte Americano, Buenos Aires.
- 1996 “Buenos Aires, la ciudad de la etapa inicial”, *Crítica* n° 71, Instituto de Arte Americano, Buenos Aires.
- Pavoni, Norma y Carlos S.A. Segreti
- 1968 “Nacimiento y función de Buenos Aires en el siglo XVI”, Cuadernos de la Cátedra de Historia Argentina, Facultad de Filosofía y Humanidades, Córdoba.
- Porro, Nelly Raquel y Estela Rosa Barbero
- 1994 **Lo suntuario en la vida cotidiana del Buenos Aires virreinal de lo material a lo espiritual**, Prhisco-Conicet, Buenos Aires.
- Quatrin, Zunilda Olga y Mónica A. Cereda
- 1996 **Proyecto arqueológico Quilmes** (manuscrito), Centro de Arqueología Urbana, Buenos Aires.
- Quesada, Vicente y J. M. Estrada
- 1865 “Buenos Aires en 1729”, *La Revista de Buenos Aires* vol. VIII, pp. 165-182, 310-322 y 460-488, Buenos Aires.
- Ramos, Jorge y Daniel Schávelzon
- 1992 “El estanque de Rosas y el baño de Manuelita en Palermo”, *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas J. M. de Rosas* n° 28, pp. 85-97, Buenos Aires.
- Randle, Patricio
- 1969 “Algunos aspectos de la geografía urbana de Buenos Aires”, *Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos* vol. XIII, pp. 213-271, Buenos Aires.
- 1977 **La ciudad pampeana: geografía histórica, geografía urbana**, Editorial Oikos, Buenos Aires.
- Ravignagni, Emilio
- 1919 “Crecimiento de la población de Buenos Aires y su campaña (1776-1810)”, *Anales de la Facultad de Ciencias Exactas* vol. 1, pp. 405-416, Buenos Aires.
- 1940 “El virreinato del Río de la Plata (1776-1810)”, *Historia de la Nación Argentina* vol. IV, pp. 33-234, El Ateneo, Buenos Aires.
- Rezzónico, Carlos A.
- 1996 **Antiguas quintas porteñas**, Interjuntas, Buenos Aires.

Rock, David

1985 **Argentina 1516-1987**, Alianza Singular, Buenos Aires.

Rodríguez Molas, Ricardo

1957 "La música y la danza de los negros en el Buenos Aires de los siglos XVIII y XIX", **Historia** n° 7, pp. 103-119, Buenos Aires.

1961 "Negros libres rioplatenses", **Revista Humanidades** n° 1, pp. 99-126, Buenos Aires.

1958 "Algunos aspectos del negro en la sociedad rioplatense del siglo XVIII", **Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas** n° 3, pp. 81-111, Buenos Aires.

1982 **Historia social del gaucho**, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.

Romero, Antonio A.

1928 "Un fuerte desconocido por los historiadores de Buenos Aires", **Atti del XXII Congresso Internazionale degli Americanisti**, vol. 1, pp. 633-636, Roma.

Romero, José Luis

1976 **Latinoamérica, las ciudades y las ideas**, Siglo XXI Editores, México.

Romero Aguirre, A.

1957 **Ganadería Argentina: su desarrollo e industrialización**, Cía. Swift, La Plata.

Rosemblat, Ángel

1968 "Las castas en la vida de las gobernaciones del virreinato: la importancia de cada sangre en la fusión étnica hasta 1810", **Historia Argentina** (editor R. Levillier), vol. III, pp. 1773-1838, Plaza y Janés, Buenos Aires.

Rout, Leslie B.

1976 **The African Experience in Spanish America, 1502 to the Present Day**, Cambridge University Press, Cambridge.

Rusconi, Carlos

1928 "Investigaciones arqueológicas en el sur de Villa Lugano", **Anales de la Sociedad Argentina de Geografía GAEA** vol. 3, n° 1, pp. 75-118, Buenos Aires.

1940 "Alfarería querandí de la Capital Federal y alrededores", **Anales de la Sociedad Científica Argentina** vol. 129, pp. 254-271, Buenos Aires.

- 1956 “Datos acerca del antiguo fuerte de Buenos Aires”, *Revista del Museo de Historia Natural* vol. XI, n<sup>os</sup> 3/4, pp. 89-98, Mendoza.
- Sabato, Ernesto
- 1980 **Sobre héroes y tumbas** (edición definitiva), Seix Barral, Barcelona.
- Schávelzon, Daniel
- 1988 “Puerto, identidad y transición”, *Documentos de arquitectura nacional y americana* n<sup>o</sup> 25, pp. 25-31, Resistencia.
- 1989a **Excavaciones en Defensa 1469, Buenos Aires: 1er. informe (1988)**, Publicación n<sup>o</sup> 9, Arqueología Urbana, Buenos Aires.
- 1989b “Un fuerte español cercano a Buenos Aires (1671-1672)”, *Todo es Historia* n<sup>o</sup> 268, pp. 38-47, Buenos Aires.
- 1989c **El material arqueológico excavado en el Museo Etnográfico, Buenos Aires** (manuscrito), Centro de Arqueología Urbana, Buenos Aires.
- 1991 **Arqueología histórica de Buenos Aires (I): la cultura material porteña de los siglos XVIII y XIX**, Corregidor, Buenos Aires.
- 1992a **Arqueología histórica de Buenos Aires (II): túneles y construcciones subterráneas**, Editorial Corregidor, Buenos Aires.
- 1992b **La arqueología urbana en la Argentina**, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- 1994 “La casa colonial porteña, notas preliminares sobre tipología y uso de la vivienda”, *Medio ambiente y urbanización* n<sup>o</sup> 46, pp. 69-83, Buenos Aires.
- 1995 **Arqueología e historia del Cabildo de Buenos Aires: informe de las excavaciones (1991-1992)**, *Historical Archaeology in Latin America* vol. 8, The South Carolina Institute of Archaeology and Anthropology, Columbia.
- 1996a “El cotorro: arqueología de un conventillo”, *Crítica* n<sup>o</sup> 73, Instituto de Arte Americano, Buenos Aires.
- 1996b **Arqueología histórica de Buenos Aires (III): excava-**

- ciones en la Imprenta Coni, Editorial Corregidor, Buenos Aires.
- 1997a "Caolin Pipes from Antartica, the Lima Cave in the Shetland Islands", *Society for Clay Pipe Research Newsletter* n° 50, pp. 50-52.
- 1997b **La cerámica de la población africana de Buenos Aires y Santa Fe**, ponencia en el XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina, La Plata.
- Schávelzon, Daniel (coord.)
- 1987 **Excavaciones arqueológicas en San Telmo: informe preliminar** (manuscrito), Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Buenos Aires.
- Schávelzon, Daniel y Jorge Ramos
- 1989 "Historia y arqueología de Palermo de San Benito, aspectos de su planeamiento ambiental", *Anales del Instituto de Arte Americano* n° 27/28, pp. 74-92, Buenos Aires.
- 1991 "Excavaciones arqueológicas en el Caserón de Rosas en Palermo", *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas J. M. de Rosas* n° 26, pp. 71-92, Buenos Aires.
- Schávelzon, Daniel y Mario Silveira
- 1998 **Arqueología histórica de Buenos Aires (IV): excavaciones en Michelangelo**, Editorial Corregidor, Buenos Aires.
- Schávelzon, Daniel y Andrés Zarankin
- 1991 **Excavaciones en la iglesia y residencia jesuítica de Nuestra Señora de Belén (actual San Telmo)**, Programa de Arqueología Urbana, Buenos Aires.
- Schidtmeyer, Peter
- 1947 **Viaje a Chile a través de los Andes**, Editorial Claridad, Buenos Aires.
- Scobie, James
- 1977 **Buenos Aires, del centro a los barrios: 1870-1910**, Solar-Hachette, Buenos Aires.
- Segreti, Carlos S. A.
- 1987 **Temas de historia colonial, comercio e injerencia ex-**

- tranjera, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires.
- Sempat Assadourian, Carlos  
 1983 **El sistema de la economía colonial: el mercado interior y el espacio económico**, Nueva Imagen, México.
- Seró Mantero, Graciela  
 1997 **Conjunto urbano-testimonial: Alsina esquina Defensa; investigación histórica, informe preliminar**, (manuscrito), Secretaría de Cultura, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.
- Serrano, Antonio  
 1934 **Arqueología del Arroyo de Leyes**, Memorias del Museo de Paraná, Paraná.
- Silveira, Mario  
 1995 **Análisis faunísticos en sitios históricos de la ciudad de Buenos Aires**, manuscrito.  
 1996 “Casa Peña: análisis de restos óseos”, *Actas de la Segunda Conferencia Internacional de Arqueología Histórica Americana* vol. 1, pp. 75-90, Columbia.  
 1997 **Informe de los restos de fauna provenientes de la excavación de Michelangelo**, Centro de Arqueología Urbana, Buenos Aires.
- Sobrón, Dalmacio  
 1997 **Giovanni Andrea Bianchi: un arquitecto italiano en los albores de la arquitectura colonial argentina**, Co-rregidor, Buenos Aires.
- Socolow, Susan  
 1987 “Los cautivos españoles en las sociedades indígenas: el contacto cultural a través de la frontera argentina”, *Anuario IEHS* n° 2, pp. 99-136, Tandil.
- Staatlichen Museum für Volkerkunde  
 1981 **Silberschatze aus Sudamerika 1700-1900**, Hirmer Verlag, München.
- Tanzi, Héctor J.  
 1965 “Noticias sobre la economía del virreinato del Río de la Plata en la época de los virreyes Loreto y Arredondo 1784-1794”, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* n° XXXVIII, pp. 243-277, Buenos Aires.

Taullard, Alfredo

- 1927 **Nuestro antiguo Buenos Aires, cómo era y cómo es desde la época colonial hasta la actualidad**, Ediciones Peuser, Buenos Aires.

Torre Revello, José

- 1937 **La fundación y despoblación de Buenos Aires 1536-1541**, Librería Cervantes, Buenos Aires.
- 1938 “Desventuras y muerte de un ilustre italiano en Buenos Aires (1538-1540)”, **La Prensa** (24 de abril), Buenos Aires.
- 1940 “Sociedad colonial: las clases sociales, la ciudad y la campaña”, **Historia de la Nación Argentina** vol. IV, tomo 1, pp. 351-378, Ediciones el Ateneo, Buenos Aires.
- 1945 “La casa y el mobiliario en el Buenos Aires colonial”, **Revista de la Universidad de Buenos Aires**, 3ª Época, vol. III, n° 4, pp. 285-300, Buenos Aires.
- 1949 “Viajeros, relaciones, cartas, memorias (siglos XVII, XVIII y primer decenio del XIX)”, **Historia de la Nación Argentina** vol. IV, pp. 379-407, El Ateneo, Buenos Aires.
- 1951 **La Casa Cabildo de la ciudad de Buenos Aires**, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad de Buenos Aires.
- 1957 “La vivienda en el Buenos Aires antiguo: desde los orígenes hasta el comienzo del siglo XIX”, **Anales del Instituto de Arte Americano** n° 10, pp. 84-125, Buenos Aires.

Torres Lanzas, Pedro

- 1921 “Relación de los mapas, planos, etc. del virreinato de Buenos Aires existentes en el Archivo General de Indias”, Facultad de Filosofía y Letras, Publicaciones de la Sección de Historia VII, Buenos Aires.
- 1927 **Adición a la Relación de los mapas, planos, etc. del virreinato (...)**, Instituto de Investigaciones Históricas, Buenos Aires.

Vidal, Emeric E.

- 1820 **Picturesque Illustrations of Buenos Ayres and Montevideo**, R. Ackermann, London.

- Vila Vilar, Enriqueta  
 1973 "Los asientos de portugueses y el contrabando de negros", **Anuario de estudios americanos** vol. XXX, p. 557-609, Sevilla.
- Viñuales, Graciela  
 1983 "Los poblados de indios del centro y del litoral argentino", **Pueblos de indios: otro urbanismo en la región andina**, Ediciones Abya-Yala, Quito.
- Virgil, Mariló  
 1986 **La vida de las mujeres en los siglos XVI y XVII**, Siglo XXI, Madrid.
- Vlach, John Michael  
 1990 **The Afro-American Tradition in Decorative Arts**, Brown Trasher Book-The University of Georgia Press, Athens.
- Weissel, Marcelo  
 1997 **Arqueología histórica en la plaza Roberto Arlt: primer informe 1997** (manuscrito), Programa por la Memoria de Buenos Aires, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.
- Willemsen, Jorge Pablo  
 1994 "Cronología edilicia, instalaciones sanitarias y material cultural recuperados en Chile 830, San Telmo", **Publicación n° 21**, Centro de Arqueología Urbana, Buenos Aires.
- Yrigoyen, Marcelo  
 1978 "Fundación de Buenos Aires", **Diagonal n° 9**, pp. 12-17, Buenos Aires.
- Zapata Gollán, Agustín  
 1956 "La población de la ciudad vieja de Santa Fe", **Historia** n° 6, pp. 146-152, Buenos Aires.  
 1956 "Las ruinas de Cayastá pertenecen a la primitiva ciudad de Santa Fe fundada por Juan de Garay", **Boletín de la Academia Nacional de la Historia** vol. XXVII, pp. 339-369, Buenos Aires.  
 1956 "La vida en Santa Fe la Vieja a través de sus ruinas", **Boletín de la Academia Nacional de la Historia** vol. XXVII, pp. 229-254, Buenos Aires.



- 1959 "La historia del trabajo en Santa Fe", **Historia** n° 17, pp. 25-29, Buenos Aires.
- 1961 "El espíritu criollo en la fundación de Santa Fe", **Anuario** n° 5, pp. 271-3113, Instituto de Investigaciones Históricas, Rosario.
- 1967 "La pobreza en Santa Fe la Vieja", **Historia** n° 15, pp. 104-106, Buenos Aires.
- 1971 **La urbanización hispanoamericana en el Río de la Plata**, Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales, Santa Fe (3ª edición, 1983).
- 1979 "La primera urbanización hispanoamericana en el Río de la Plata", **Boletín** n° 24, pp. 50-59, Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas, Caracas.
- 1984 Plateros en Santa Fe la Vieja, **Anuario** n° 12, pp. 9-13, Academia Nacional de Bellas Artes, Buenos Aires.
- 1986 **Las puertas de la tierra**, Ediciones Colmegna, Santa Fe.
- 1987 Indios y encomenderos, **América** n° 6, pp. 101-116, Santa Fe.
- Zarranz, Alcira
- 1997 "Un establecimiento hidroterápico modelo en el Buenos Aires de ayer", **Revista de la Asociación Médica Argentina** vol. 108, n° 1, pp. 41-47, Buenos Aires.
- Zavala, Rómulo y Enrique de Gandía
- 1980 **Historia de la ciudad de Buenos Aires**, 2 vols., Municipalidad de la Ciudad, Buenos Aires.
- Zorraquín Becú, Ricardo
- 1947 Orígenes del comercio rioplatense (1580-1620), **Anuario** (1943/45), Sociedad de Historia Argentina, pp. 71-103, Buenos Aires.

# Índice

Prólogo a la versión en inglés, por Stanley South ....	9
Prólogo a la versión en español, por Rodolfo A. Raffino .....	13
Prefacio .....	19
Agradecimientos .....	25
Capítulo 1 - <b>¿Habrá existido alguna vez la primera Buenos Aires? (1536-1541)</b> .....	29
El principio .....	29
Las cosas no eran tan sencillas .....	32
Nuevas cuestiones planteadas por la arqueología	36
Capítulo 2 - <b>El largo camino hasta ser una ciudad</b>	43
La fundación y los primeros tiempos (1580-1620)	43
La ciudad colonial: como en una Europa pobre, aunque no del todo igual (1620-1810) .....	67
La <i>París</i> de América (1810-1880) .....	87

Capítulo 3 - La arqueología de la arquitectura y los espacios públicos .....	97
I. EL ANTIGUO CENTRO .....	99
1. La casa de María Josefa Ezcurra (Alsina 455) .....	99
2. Cinco casas en la antigua calle Victoria .....	102
3. El Cabildo: tradición y prestigio de España en América .....	106
4. Un proyecto secreto: túneles del siglo XVIII bajo Buenos Aires .....	111
5. Los almacenes Huergo: un gran proyecto familiar en una ciudad cambiante (Balcarce 433) .....	115
6. La casa Elía: cambios en la tipología y cambios en la topografía (Balcarce 531) .....	119
7. Basura doméstica y vida privada: cuando lo individual surge entre lo colectivo (Bolívar 238) .....	122
8. De la medicina religiosa a la medicina científica: el antiguo Hospital de Mujeres (Plaza Roberto Arlt) .....	123
II. CERCA DE LA PERIFERIA DE LA ANTIGUA CIUDAD .....	126
9. La Imprenta Coni (Perú 680): cambios en un lote en la periferia urbana .....	126
10. La casa Peña: de vivienda aristocrática a conventillo (San Lorenzo 392) .....	132
11. Arqueología de un conventillo y la vida cotidiana del nivel social mínimo (Defensa 774).....	134
12. Un proyecto urbano de 1865: el túnel del Tercero del Sur (Defensa 751) .....	138
13. Los cambios en una vivienda (Chile 830) .....	141
14. La Residencia de Hombres de los jesuitas en San Telmo .....	144
III. EN LAS AFUERAS DE LA CIUDAD ANTIGUA .....	147
15. “Polvo fuiste y en polvo te convertirás...”: la casa Barriles en Parque Lezama .....	147

16. Dos casas, dos generaciones cada una (Defensa 1469) .....	149
17. La arqueología de los espacios públicos: los parques y las plazas de Buenos Aires .....	151
18. De casa suburbana a residencia del gobernador: el Caserón de Rosas .....	155
19. Del campo a la ciudad: el mirador de Sabato (H. Yrigoyen 3450) .....	159
20. Tres construcciones en espacios públicos: la usina de Palermo y los polvorines de Parque Lezama y el Jardín Botánico .....	161
<b>Capítulo 4 - “Ser o no ser (como los europeos)”:</b>	
<b>arqueología de las etnias y los géneros.....</b>	<b>165</b>
La presencia indígena .....	169
La presencia arqueológica de los africanos .....	173
La presencia arqueológica de la niñez .....	181
La presencia arqueológica de las mujeres .....	184
<b>Capítulo 5 - Las demás cosas de la ciudad:</b>	
<b>evidencias no arquitectónicas .....</b>	<b>189</b>
Evidencias faunísticas y malacológicas .....	189
La evidencia cerámica .....	193
La evidencia de la cultura material .....	197
La evidencia botánica y química .....	207
<b>Capítulo 6 - Una revisión arqueológica del centro histórico de Buenos Aires .....</b>	<b>209</b>
El patrón de asentamiento .....	209
Terrenos y arquitectura .....	212
Cambio y continuidad .....	221
<b>Bibliografía .....</b>	<b>227</b>





A las puertas del siglo XXI, Buenos Aires es hoy una de las grandes capitales de América. Parece difícil de creer que la aldea original de cuatro siglos atrás fue a duras penas viable, debió ser fundada dos veces en el mismo lugar y subsistió en la pobreza por largo tiempo.

La arqueología propone una lectura alternativa de la ciudad, diferente de la historia documental. Toma como base los desechos materiales, un mundo subterráneo rico en evidencias arquitectónicas y de la actividad cotidiana de la gente en el pasado. Un cúmulo de información constituida por cientos de miles de fragmentos de objetos, huesos, semillas o cimientos de edificios, que permiten trazar una historia de Buenos Aires novedosa, de la que surge su carácter multiétnico y pluricultural y la gran capacidad de adaptación que permitió su sobrevivencia.

¿Cómo interpretar este complejo proceso de cambios? ¿De qué manera y por qué los diferentes grupos étnicos y sociales utilizaron y descartaron los objetos de su vida diaria? Pionero de la arqueología urbana en el país, *Daniel Schávelzon* presenta en este interesante libro el resultado de catorce años de excavaciones en Buenos Aires. Un trabajo sistemático que busca recuperar una parte olvidada de nuestra memoria colectiva.

ISBN 950-04-2044-9



9789500420440